ATEF ABU SAIF

Quiero estar despierto cuando muera

DIARIO DE UN GENOCIDIO

Octubre 2023 GAZA Enero 2024



BLACKIE BOOKS

Table of Contents

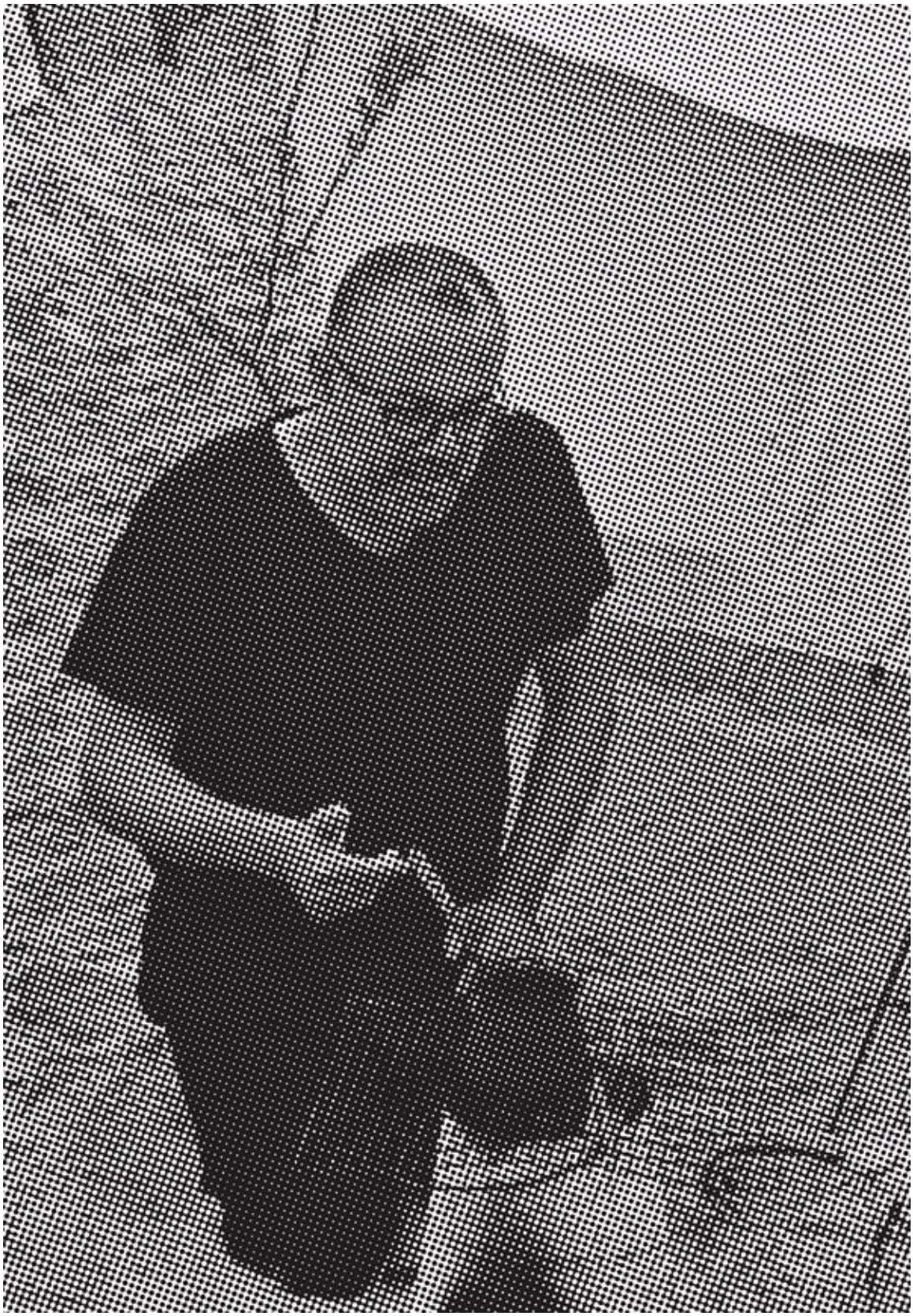
Título
Índice
Nota a la edición de este diario
Prólogo a esta edición
- Sábado 7 de octubre de 2023 (Día 1)
- Domingo 8 de octubre (Día 2)
- Lunes 9 de octubre (Día 3)
- Martes 10 de octubre (Día 4)
- Miércoles 11 de octubre (Día 5)
- Jueves 12 de octubre (Día 6)
- Viernes 13 de octubre (Día 7)
- Sábado 14 de octubre (Día 8)
- Domingo 15 de octubre (Día 9)
- Lunes 16 de octubre (Día 10)
- Martes 17 de octubre (Día 11)
- Miércoles 18 de octubre (Día 12)
- Jueves 19 de octubre (Día 13)
- Viernes 20 de octubre (Día 14)
- Sábado 21 de octubre (Día 15)
- Domingo 22 de octubre (Día 16)
- Lunes 23 de octubre (Día 17)
- Martes 24 de octubre (Día 18)
- Miércoles 25 de octubre (Día 19)
- Jueves 26 de octubre (Día 20)
- Viernes 27 de octubre (Día 21)
- Sábado 28 de octubre (Día 22)
- Domingo 29 de octubre (Día 23)
- Lunes 30 de octubre (Día 24)
- Martes 31 de octubre (Día 25)
- Miércoles 1 de noviembre (Día 26)
- Jueves 2 de noviembre (Día 27)
- Viernes 3 de noviembre (Día 28)
- Sábado 4 de noviembre (Día 29)
- Domingo 5 de noviembre (Día 30)
- Lunes 6 de noviembre (Día 31)
- Martes 7 de noviembre (Día 32)
- Miércoles 8 de noviembre (Día 33)
- Jueves 9 de noviembre (Día 34)
- Viernes 10 de noviembre (Día 35)
- Sábado 11 de noviembre (Día 36)
- Domingo 12 de noviembre (Día 37)

Lunes 13 de noviembre (Día 38)
Martes 14 de noviembre (Día 39)
Miércoles 15 de noviembre (Día 40)
Jueves 16 de noviembre (Día 41)
Viernes 17 de noviembre (Día 42)
Sábado 18 de noviembre (Día 43)
Domingo 19 de noviembre (Día 44)
Lunes 20 de noviembre (Día 45)
Martes 21 de noviembre (Día 46)
Miércoles 22 de noviembre (Día 47)
Jueves 23 de noviembre (Día 48)
Viernes 24 de noviembre (Día 49)
Sábado 25 de noviembre (Día 50)
Domingo 26 de noviembre (Día 51)
Lunes 27 de noviembre (Día 52)
Martes 28 de noviembre (Día 53)
Miércoles 29 de noviembre (Día 54)
Jueves 30 de noviembre (Día 55)
Viernes 1 de diciembre (Día 56)
Sábado 2 de diciembre (Día 57)
Domingo 3 de diciembre (Día 58)
Lunes 4 de diciembre (Día 59)
Martes 5 de diciembre (Día 60)

La perrita Blackie desearía que este libro no existiera.


BLACKIE
BOOKS

Quiero estar despierto cuando muera



Atef Abu Saif nació en el campo de refugiados de Jabalia, en la Franja de Gaza, en 1973. Se licenció en la Universidad de Birzeit y después cursó un máster en la Universidad de Bradford, Inglaterra. También posee un doctorado en Ciencias Políticas y Sociales del Instituto Universitario Europeo de Florencia. Es autor de cinco novelas y dos colecciones de cuentos, así como de varios ensayos políticos. Es también colaborador habitual de periódicos y revistas palestinos y de otros países árabes, en los que en 2014 empezó a publicar sus diarios del conflicto de Gaza. En 2019, se trasladó a Cisjordania, donde reside desde entonces. Al comienzo de la última ofensiva del genocidio israelí en Gaza, en octubre de 2023, Atef Abu Saif estaba visitando la ciudad con Yasser, su hijo de 15 años. Quedaron atrapados allí durante más de tres meses. Aquí están recogidos esos días de terror y muerte, el testimonio único de una de las peores masacres de nuestro siglo.

ATEF ABU SAIF

Quiero estar despierto cuando muera

Diario de un Genocidio



Traducción de Jeronimo Arambasic, Rebeca González Izquierdo, Julia Pich y Delfina Rosa

Título original: *Don't Look Left: A Diary of Genocide*

© del texto: Atef Abu Saif y Comma Press, 2023
Edición original publicada en inglés por Comma Press, Reino Unido, 2023
© de la traducción: Jeronimo Arambasic, Rebeca González Izquierdo, Julia Pich y Delfina Rosa, 2023
© de la ilustración de la cubierta: María Medem
© de la fotografía del autor: Ibrahim Abu Saif
© de la edición: Blackie Books S.L.
Calle Església, 4-10
08024, Barcelona
www.blackiebooks.org
info@blackiebooks.org

Maquetación: Bookwire

Primera edición: marzo de 2026
ISBN: 979-13-88154-22-5

Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

Índice

Nota a la edición de este diario

Prólogo a esta edición
Sábado 7 de octubre de 2023 (Día 1)
Domingo 8 de octubre (Día 2)
Lunes 9 de octubre (Día 3)
Martes 10 de octubre (Día 4)
Miércoles 11 de octubre (Día 5)
Jueves 12 de octubre (Día 6)
Viernes 13 de octubre (Día 7)
Sábado 14 de octubre (Día 8)
Domingo 15 de octubre (Día 9)
Lunes 16 de octubre (Día 10)
Martes 17 de octubre (Día 11)
Miércoles 18 de octubre (Día 12)
Jueves 19 de octubre (Día 13)
Viernes 20 de octubre (Día 14)
Sábado 21 de octubre (Día 15)
Domingo 22 de octubre (Día 16)
Lunes 23 de octubre (Día 17)
Martes 24 de octubre (Día 18)
Miércoles 25 de octubre (Día 19)
Jueves 26 de octubre (Día 20)
Viernes 27 de octubre (Día 21)
Sábado 28 de octubre (Día 22)
Domingo 29 de octubre (Día 23)
Lunes 30 de octubre (Día 24)
Martes 31 de octubre (Día 25)
Miércoles 1 de noviembre (Día 26)
Jueves 2 de noviembre (Día 27)
Viernes 3 de noviembre (Día 28)
Sábado 4 de noviembre (Día 29)
Domingo 5 de noviembre (Día 30)
Lunes 6 de noviembre (Día 31)
Martes 7 de noviembre (Día 32)
Miércoles 8 de noviembre (Día 33)
Jueves 9 de noviembre (Día 34)
Viernes 10 de noviembre (Día 35)
Sábado 11 de noviembre (Día 36)

Domingo 12 de noviembre (Día 37)
Lunes 13 de noviembre (Día 38)
Martes 14 de noviembre (Día 39)
Miércoles 15 de noviembre (Día 40)
Jueves 16 de noviembre (Día 41)
Viernes 17 de noviembre (Día 42)
Sábado 18 de noviembre (Día 43)
Domingo 19 de noviembre (Día 44)
Lunes 20 de noviembre (Día 45)
Martes 21 de noviembre (Día 46)
Miércoles 22 de noviembre (Día 47)
Jueves 23 de noviembre (Día 48)
Viernes 24 de noviembre (Día 49)
Sábado 25 de noviembre (Día 50)
Domingo 26 de noviembre (Día 51)
Lunes 27 de noviembre (Día 52)
Martes 28 de noviembre (Día 53)
Miércoles 29 de noviembre (Día 54)
Jueves 30 de noviembre (Día 55)
Viernes 1 de diciembre (Día 56)
Sábado 2 de diciembre (Día 57)
Domingo 3 de diciembre (Día 58)
Lunes 4 de diciembre (Día 59)
Martes 5 de diciembre (Día 60)

Para Bilal

Nota a la edición de este diario*

Este diario del genocidio israelí en Gaza nace de las comunicaciones de Atef Abu Saif con su editor inglés en Comma Press, Ra Page, mientras estuvo atrapado en la Franja junto a su hijo de quince años. Estas comunicaciones, que se fueron dificultando hasta hacerse prácticamente imposibles debido a la destrucción sistemática de medios de comunicación y fuentes de energía, muchas veces tuvieron forma de mensaje de WhatsApp, o de audio. El diario reconstruye el día a día en una zona sitiada desde el 7 de octubre de 2023, y donde los ataques son cada vez más violentos.

Comma Press contactó en noviembre del mismo año con editores afines para organizar y coordinar un lanzamiento simultáneo del testimonio de Abu Saif. Blackie Books, junto con otras nueve editoriales de todo el mundo, se unió al proyecto con la esperanza de que sirva para denunciar y prohibir de una vez la violencia intolerable y las prácticas genocidas.

* *Quiero estar despierto cuando muera*
es el primer proyecto de la iniciativa Blackie X Palestina, destinada a la recaudación de fondos para labores benéficas en el territorio ocupado y a dar voz a las autoras y los autores gazatíes ante el genocidio.

Prólogo a esta edición

Desde el alto el fuego declarado en octubre de 2025, el ejército israelí ha asesinado a más de 600 palestinos, incluidos niños y ancianos. Esta misma mañana, tres vecinos míos han sido asesinados en Jabalia, incluido un padre llamado Mahmoud Zaqul y su hijo, Mohamad. Ayer, en Jabalia, otros cuatro vecinos míos fueron asesinados también.

Una de las grandes mentiras en la política de Oriente Medio es la supuesta existencia de un alto el fuego en Gaza. Incluso después de veintiocho meses de masacre, los palestinos son asesinados todos los días, las tropas israelíes ocupan Gaza y los bombardeos y ataques de artillería suceden a todas horas. Con la llamada Junta de Paz de Donald Trump nada ha cambiado. Mientras todos hablan de un acuerdo de paz, la paz se destruye todos los días en Gaza.

La situación humanitaria en Gaza se deteriora día a día. La mayoría de las personas aún viven en tiendas de campaña que no los protegen del frío y de la lluvia. El agua se filtra dentro de sus tiendas mientras duermen. Se ha reportado la muerte de muchos niños en las últimas semanas por hipotermia. La mayoría de estas tiendas, tras dos años, están en malas condiciones. Mi hermano Ibrahim me dijo que él no aspira reconstruir su casa, solo quiere una nueva tienda de campaña para su familia. Muchas personas viven en viviendas semidestruidas porque vivir bajo un techo de cemento es mejor que vivir en una tienda, sobre todo en invierno. Pero es muy arriesgado. En los últimos meses, muchas familias han muerto porque los edificios en los que vivían se han venido abajo. Sobrevivir en Gaza hoy depende de que suceda un milagro. La gente lucha por encontrar un lugar donde establecerse, comida para sus familias, agua limpia; y reza por no ser el objetivo del próximo ataque.

Para Israel la ayuda humanitaria es un arma en su guerra contra Gaza. No permite la reconstrucción por cuestiones políticas. Desde que ocupó Palestina, ha implementado el castigo colectivo como política. Todos los palestinos, da igual que sean niños o adultos, deben ser castigados. Así, toda la gente de Gaza se verá privada de sus necesidades básicas hasta que Israel logre lo que percibe como su objetivo final.

No ha habido un solo día desde que comenzó el supuesto alto el fuego en el que no se haya matado a un palestino en Gaza. Los drones israelíes, aviones de guerra y tanques atacan diferentes lugares a diario. La «línea amarilla» que Israel ha trazado en el mapa para marcar las áreas bajo su control (más del 50 % de la Franja de Gaza) es difusa. No hay un territorio concreto que los palestinos puedan identificar como peligroso o prohibido. Queda a juicio de los soldados israelíes decidir si

un palestino ha cruzado esa línea amarilla y si deben matarlo por ello o no.

Además, el flujo de alimentos sigue restringido para la gente en Gaza. En estos veintiocho meses nadie ha comido carne fresca, y gran parte de la carne congelada que han consumido estaba caducada. Los precios son imposibles porque hay mucha demanda y poquísima oferta. Los más jóvenes, especialmente los niños y los recién nacidos, sufren de desnutrición. Los desplazados que han podido regresar a sus casas destruidas o que han montado sus tiendas cerca de las ruinas, no encuentran allí agua limpia, y tienen que caminar kilómetros para llenar una garrafa. No hay infraestructura en Gaza, ni electricidad ni suministro de agua debido a la destrucción de los últimos veintiocho meses. El acuerdo de paz solo trajo sufrimiento silencioso al pueblo.

Completé la escritura de este libro cuando logré salir de Gaza, después de ochenta y cinco días de moverme de un lugar a otro para evitar el peligro y proteger a mi hijo. Cuando la gente me pregunta por qué continué escribiendo diariamente, a pesar de la destrucción a mi alrededor, mi respuesta siempre es que escribir aseguró mi supervivencia. Fue una herramienta de supervivencia. Solo a través de la escritura pude confirmar mi existencia. Me recordaba que solo los vivos escriben, los muertos no pueden. A veces tenía que ponerme a prueba para asegurarme de que estaba vivo. La escritura era esta prueba. A solas en mi tienda de campaña instalada en Rafah, por la noche, mientras mi hijo jugaba con sus amigos, leía en voz alta lo que había escrito acerca de las últimas veinticuatro horas, y escuchaba cuidadosamente mis palabras. El «escritor» escribía sobre mí, confirmaba mi existencia. La escritura me ayudó a sobrevivir haciéndome sentir vivo.

A veces me pregunto si volvería a escribirlo todo de poder volver atrás en el tiempo. No tengo respuesta a eso, pero estoy agradecido por cómo la escritura me ayudó a superar los desafíos de la guerra.

Muchas de las personas que el lector conoce en este diario ya han fallecido, incluido mi padre. No pudo encontrar medicinas ni tratamiento médico en el hospital debido a la escasez de suministros, por lo que tuvo que yacer en su tienda y esperar la muerte. Mi suegra, Widad, también murió en su tienda de Rafah por falta de tratamiento médico. Mi tío Essam, su esposa y seis de sus hijos también fueron asesinados. Además, mi tía Fatima y mi sobrina Samma, junto con otros diecisiete miembros de la familia, quedaron enterrados bajo los escombros de su edificio. El cuerpo de mi tía Fatima se evaporó, no dejó nada atrás. Decenas de amigos mencionados en el libro también han sido asesinados, incluidos mis queridos Wafi y Abdeljawad.

Hace un año, los tanques israelíes destruyeron el edificio donde vivía. En ese apartamento tenía mi biblioteca personal, que albergaba

alrededor de cinco mil libros. Mi sueño era construir una biblioteca en el campamento de refugiados de Jabalia, donde nací, por lo que estaba recolectando libros. Perder mi biblioteca no fue solo la pérdida de un sueño, sino también la pérdida de parte de mi pasado, incluidos libros heredados de mi padre, su biblioteca personal de cuarenta clásicos de la literatura, y el primer libro que mi madre me regaló hace cuarenta y cinco años: el gran *Arabic al-Qāmus al-Muhīt*, que data del siglo XIV. Entre los tesoros perdidos bajo los escombros de mi biblioteca había seis historias que escribí en una cárcel israelí tras mi participación en la Primera Intifada, en 1992. Las «publiqué» colgándolas en los muros de la prisión. Mis compañeros de celda fueron sus únicos lectores. Cuando fui liberado, las guardé como un secreto.

Regresar a Gaza sigue siendo estremecedor para mí. Falta la mitad de mi familia y no sé dónde está la tumba de mi padre. Buscar a los muertos es más aterrador que buscar a los vivos. Mi esposa también quiere encontrar la tumba de su madre en Rafah, pero el ejército israelí ha borrado el cementerio del mapa, como tantos.

Esta mañana, mi hermano Ibrahim me ha enviado una foto de un fragmento de metralla que ha destrozado su tienda. Afortunadamente no ha alcanzado a ninguno de sus hijos. Después de regresar del sur, Ibrahim montó su tienda cerca de las ruinas de su casa familiar en Jabalia, a solo cien metros de la línea amarilla. Cada noche puede ser una catástrofe, ya que el ejército israelí dispara misiles al azar a los civiles dormidos.

Desafortunadamente, aún no vemos la luz al final del túnel. Muchos se han creído la mentira de un alto al fuego en Gaza, mientras la gente continúa muriendo todos los días por los ataques israelíes, por enfermedades y por falta de refugio y ropa de abrigo en el invierno frío y lluvioso. Las manifestaciones y protestas se desvanecen, incluso en países que una vez mostraron su fuerte solidaridad. La crítica hacia Israel se ha suavizado, pero la guerra continúa, con la población palestina siendo asesinada y la Franja de Gaza bajo ataque. No debemos caer en ese falso silencio que quieren que nos creamos.

Atef Abu Saif
Barcelona, 16.2.2026

Sábado 7 de octubre de 2023 (Día 1)

Nunca imaginé que ocurriría mientras nadaba. Me había levantado temprano, alrededor de las cinco y media, y decidí ir al mar. Era sábado y no tenía ningún compromiso hasta las diez, cuando se suponía que debía estar en Karra, cerca de Jan Yunis, para participar del Día de la Tradición Nacional. Iba a ser mi última oportunidad de nadar en el mar este año. La noche anterior había dormido en casa de mi hermana Halima, en el lado oeste de Beit Lahia, a unos pocos minutos de la playa. Estando tan cerca, era muy tentador. Ismael, su marido, va a nadar cada mañana, incluso cuando llueve.

Era una mañana hermosa mientras íbamos hacia la playa. Había una brisa fresca, y todo parecía en calma. Hoy será un buen día, pensé. Voy a nadar hasta las siete y media, después me ducharé en Saftawi, cerca del campo de refugiados de Jabalia. Para las ocho y media ya estaré en camino. Iba a ser todo muy simple.

Pero nada en Gaza es simple. De adolescente eso me frustraba mucho. Hacía planes con semanas de anticipación, después escuchaba a los soldados anunciando el toque de queda por los megáfonos desde los vehículos militarizados pasando por el campo (*Manmno'o el tajawol hatta esha'aron akhar*, decían con un acento gracioso: 'Sin movimientos hasta nuevo aviso'). A partir de ese instante y hasta algún momento indefinido en el futuro, no teníamos permiso para salir de nuestras casas; si lo hacíamos, no podríamos responsabilizarlos de lo que nos pasase. Para un adolescente eso significaba no ir a la escuela en el futuro inmediato; significaba tener que hacer las tareas extraescolares a pesar de que nadie te las reclamara; significaba no jugar al fútbol con tus amigos en el patio por la noche, significaba no salir por ahí. Con el tiempo, aprendí a no hacer ningún plan, ni siquiera los relativos al día siguiente. «Vivimos el hoy», decía mi madre.

Ahora pienso en ese sábado, el día que será inevitablemente conocido como «el primer día de la guerra». Pienso en recordar esta lección que casi había olvidado: no planees nada. Llegamos a la playa. El sol todavía está durmiendo. Hacia el horizonte, se pueden ver los pequeños barcos de pesca rumbo a la orilla después de una larga noche en el mar. Éramos cuatro: mi hermano Mohammed, mi hijo Yasser, de 15 años, mi cuñado Ismael y yo. Yo había llegado a Gaza desde Cisjordania, una típica visita de trabajo, combinando tiempo con parientes y compromisos laborales. Tenía planeado estar tres días allí, desde el jueves por la noche hasta el domingo por la mañana. Yasser me había pedido acompañarme esta vez, dijo que extrañaba a sus abuelos. Nunca pensó que quedaría atrapado.

Condujimos hasta el extremo norte de la playa, estacionamos el coche en la calle principal, después caminamos sobre la arena cubierta de conchas. Fuimos más al norte, bordeando la orilla, más allá de donde cualquier coche puede llegar. En Gaza, se cree que la playa y el mar se vuelven más limpios cuanto más al norte vas. Como siempre, los buques de guerra de Israel usurpaban el horizonte, a la vista de todos.

El mar está espléndido. Ismael y yo nos quitamos los pantalones mientras que Mohammed y Yasser deciden no seguirnos. Pienso en que es la primera vez que he nadado este año. Y sentir el agua es un goce. Yasser camina sacando fotos; Mohammed fuma mucho, como siempre hace por las mañanas.

Sin aviso, cohetes y explosiones suenan en todas las direcciones. Miro las estelas de humo que trazan los cohetes a través del cielo, como decoraciones. Sigo nadando. Es una maniobra de entrenamiento, pienso, un ejercicio cotidiano. Más cohetes y más explosiones, desde mar y tierra. Esto es normal en Gaza. Podría durar una hora o dos, pienso, todavía llego a mi reunión.

Nado de vuelta hacia la costa, llamando a Ismael para que también salga. Él se encoge de hombros mientras salimos del agua: es una intervención típica, no hay de qué preocuparse. Gritando le digo que no parece detenerse. Él asiente con la cabeza y apunta al este. Para entonces estoy sobre la tierra seca y en la playa todos corren en distintas direcciones. «¡Tenemos que salir de aquí!», grita Mohammed. Le ladra a Yasser que deje de sacar fotos. No es momento para eso. Las explosiones retumban en nuestros oídos, cada vez más fuertes. Me doy cuenta de que algo está pasando. Esto no es solo un ataque. Vamos hacia el coche, pero es difícil correr en la arena. Llegamos a la calle principal pero el coche todavía está a quinientos metros. Ismael y yo corremos descalzos con la ropa y los zapatos en las manos. Pero cuanto más avanzamos más peligroso se percibe. Todos a nuestro alrededor están haciendo lo mismo, luchando por sobrevivir.

Finalmente llegamos al coche. Nos tiramos dentro y acelero antes de que hayan cerrado las puertas. Conduzco como un loco, saltándome todas las normas de tráfico. La gente se cruza frente al coche rogando que los llevemos. Paramos y dejamos subir a cinco hombres que se apilan detrás. Le grito a Yasser que pase al asiento de delante, entre Mohammed y yo. Aceleramos otra vez, tocando el claxon para despejar el camino. De pronto le digo a Mohammed: «¿Dónde está Ismael?, ¿lo dejamos a merced de los cohetes?». Mohammed se ríe: «No, se lo dejamos a los tiburones». Después me explica que Ismael no pudo seguirnos el paso y le dijo que nos fuéramos, su casa queda cerca de la playa de todos modos, puede llegar a pie. El chiste de Mohammed con los tiburones no me hace sentir mejor. Debido al miedo por mi hijo y por mí mismo me había olvidado de mi cuñado. En cuanto llegamos a

casa llamo a su esposa, mi hermana, quien me confirma que después de mucho esquivar y esconderse, efectivamente llegó a su casa sano y salvo.

Durante horas nadie sabe qué está pasando. Después las noticias empiezan a caer con cuentagotas. Mi amigo, el joven poeta y músico, Omar Abu Shawish, nadaba igual que nosotros en el mar, frente al campo de Nuseirat, cuando fue asesinado junto a un amigo suyo por un proyectil disparado desde un buque de guerra. Ellos son las primeras dos víctimas de esta guerra.

Pero todavía no sabíamos que era una «guerra», o que empezaba a escalar. Me ducho y me preparo para ir a Jan Yunis para el evento por el Día de la Tradición. Son las ocho y media y todo apunta a que este no será un día normal. Desde mi ventana escucho a un grupo de personas analizando lo que pasa.

—Tal vez Israel asesinó a alguien de muy arriba, y Hamás ha tomado represalias.

—He oído que el asesinato fue en Turquía.

—No, es otra escalada.

—¿Qué dicen? Ya ha habido cientos de cohetes. ¡Esto no es una escalada!

Como los tipos de la ventana, yo tampoco tenía ni idea de lo que estaba pasando. Hasta el mediodía no me di cuenta de que estábamos ante algo diferente. En vez de Jan Yunis voy a la Casa de la Prensa en el barrio de Rimal de la ciudad de Gaza. Allí encuentro a un grupo de periodistas, entre ellos Bilal, el gerente. En lo único que podemos coincidir es en que no tenemos ni idea de lo que está ocurriendo.

Domingo 8 de octubre (Día 2)

No sé cómo dormí anoche. Mientras estaba en la cama y sentía todo el hotel temblar con cada ataque, me preguntaba cuáles de las imágenes que pasaban por mi cabeza eran parte de un sueño y cuáles eran realidad: vi cabezas decapitadas, manos amputadas, dientes astillados, ríos de sangre. En mi sueño, recordaba una escena de la guerra de 2014, cuando traté de ayudar a un equipo de rescate a juntar las partes dispersas del cuerpo de una mujer. Llevé su cuero cabelludo en mi mano. Su casa estaba cerca del cementerio del campo de Jabalia y el olor a muerte que sobrevolaba la escena combinada con la vista de las puertas del cementerio era insoportable. Cuanto más soñaba más luchaba por volver al mundo real, deseando que todo fuera un flashback, una repetición de viejos traumas. Solo un recuerdo.

No podía ser tan malo como aquella vez.

En el Hotel Roots éramos solamente trece: diez huéspedes y tres asistentes. Cuatro de los huéspedes estaban desayunando, habían colocado las mesas en el pasillo, entre el ascensor y el hueco de la escalera. Para quien haya pasado más de cinco minutos en Gaza, esto es un poco cliché. Cuando empiezan los bombardeos —y hay bombardeos casi todos los meses— te ubicas en el medio del edificio, por lo general en un pasillo o en el hueco de la escalera. No solo porque es lo más alejado de las ventanas, lo más lejos posible de los vidrios voladores (la presión de una bomba a media milla de distancia puede hacer explotar tus ventanas), sino porque también es la parte más sólida, más fortificada del edificio. Si tu edificio recibe un bombardeo directo, es más probable que estés protegido en el hueco de la escalera. El cemento reforzado de las escaleras puede ayudar, y con suerte los bloques de cemento se pueden entrecruzar mientras caen, y formar una especie de tienda de campaña de cemento. Con mucha suerte, quiero decir.

Durante la guerra de 2008, Hanna, los niños y yo pasamos 22 noches durmiendo en el pasillo cerca del hueco de la escalera. Por entonces, vivíamos en un edificio cerca del barrio Nasser de la ciudad (oeste de Gaza), y nuestra elección sobre dónde dormir probablemente nos mantuvo con vida.

A través de las cortinas del fondo del pasillo se puede ver algo del mar azul, por debajo de nosotros, por debajo del pequeño acantilado donde se yergue nuestro hotel. Los barcos de pesca no salieron anoche, en lugar de eso, están amarrados al puerto, yacen en la superficie, hamacados en el tiempo, bajo el dominio de las cortinas. Más allá, tres buques de guerra aguardan, listos para volar el puerto al olvido.

Mientras como, pienso en los soldados que nos vigilan desde esos buques de guerra. A través de lentes infrarrojos y fotografía satelital. ¿Pueden contar las rodajas de pan en mi canasta de mimbre, o la cantidad de bolas de falafel en mi plato?

Yasser —quien solo ha presenciado dos guerras hasta ahora— todavía está asustado por los recuerdos del conflicto de 2014. Él tenía siete años por entonces y lo recuerda todo muy vívidamente. Su hermana menor Jaffa, quien solo tenía dos, reclama que ella lo recuerda, pero al pedirle que lo describa, parece describir vídeos que ha visto de la guerra. Ella también sabe que la menciono mucho en mi libro, por lo que tiene una especie de extraña nostalgia. Las memorias de la guerra son extrañamente positivas, porque para tenerlas tienes que haber sobrevivido.

La supervivencia es el tema del día. Los otros huéspedes del hotel —todos de Cisjordania— habían decidido irse a través del paso fronterizo de Rafah hacia Egipto. Todos tienen pasaporte, y muchos tienen credenciales diplomáticas. Sus nombres saltarán a los primeros puestos de la lista. Antes de que termine el desayuno, los arreglos están hechos con el lado egipcio. Mi nombre y el de mi hijo Yasser están incluidos. Juntamos nuestras pertenencias rápidamente. Después, justo cuando Mohammed se dirige hacia el coche, decido quedarme. Esta podría no ser la decisión más sabia, pero es la correcta, al menos para mí. No puedo irme por miedo y abandonar a mi toda mi familia superviviente: mi padre [Talal], mis tres hermanos [Mohammed, Ibrahim y Khaleel], mis cinco hermanas [Awatif, Halima, Naema, Eisha y Asmaa]y mis dos hermanastras [Amina y Samah] y hermanastro [Mosa]. Solo una de mis hermanas vive fuera de Gaza, mi hermanastra Leena, en Amman. Yo solo tenía dos meses cuando la primera guerra estalló, en 1973, y he vivido las guerras desde entonces. Comencé mi novela *Vida suspendida* con la oración «Naeem nació en una guerra y también murió en una». Recordando esto, y los largos 51 días que duraron los embates en 2014, estoy más seguro de mi decisión: como la vida es solo una pausa entre dos muertes, Palestina es un tiempo suspendido en mitad de muchas guerras.

Le digo a Yasser que debe marcharse con los demás, pero se niega, insiste en quedarse a mi lado. Estoy destrozado: la idea de dejarlo solo en el paso de Rafah, que siempre es bombardeado por Israel al comienzo de estas guerras, o no estar con él mientras cruce el norte del Sinaí, que es otra zona de guerra en estos días, me aterroriza. Finalmente, tengo que hacer lo que me pide.

Mis amigos en el hotel empiezan a irse. La ruta Salah al-Din hacia Rafah está llena de peligros; a los israelíes les gusta bombardear las caravanas que la atraviesan. Mohammed acepta llevarlos. Tardará dos hora en regresar.

Yasser me dice que no se puede quedar en el hotel porque se aburre, y me pide quedarse en casa de sus abuelos, donde puede jugar con los niños de su edad. De camino al campo, le pido a Mohammed que paremos en el pequeño terreno que tengo cerca de la playa, así puedo regar los árboles. Es una pequeña parcela donde pretendía construir una casa, algún día. «¿Estás bromeando?», grita Mohammed, «es demasiado peligroso». «Dejar los árboles sin agua es peligroso también», le respondo. «Si la guerra sigue por mucho tiempo, morirán.» Mohammed se ríe: «Se morirán de cualquier forma si hay una verdadera escalada. Los aplastarán con los tanques como hacen siempre». Pero yo insisto.

Cuando llegamos, el lugar está desierto. Solo estamos nosotros allí. Intento cortar un mango, pero ninguno está maduro todavía. «Necesitan una semana más», le digo. «No seas ridículo», dice Mohammed, «no habrá una próxima semana, júntalos ahora y guárdalos en una bolsa de harina». Esta es una técnica que nos enseñó mi madre para madurar la fruta verde. El viernes anterior junté dos mangos que me resultaron deliciosos. Pero ahora ninguno estaba listo, ni siquiera las guayabas. Me negué a irme con las manos vacías así que fui a buscar naranjas. Al final encontré solo una, la cogí, la pelé y la comí allí mismo, el jugo chorreaba por mi mentón mientras lo hacía.

Dejamos a Yasser en la casa de sus abuelos, que está cerca de uno de los campos de la escuela UNRWA (Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en Oriente Próximo). Me encontré con Ali, el hijo de mi amigo Hisham, quien me cuenta que todos debieron abandonar sus casas en Beit Hanoun después de que los tanques atacaran. Muchas familias de su zona habían comenzado a buscar refugio en las escuelas UNRWA en Jabalia. Hisham está pasando la noche en la casa de mi vecino Faraj. La esposa de Faraj perdió a su hermano el primer día de la guerra y tuvo que irse a la casa de su familia en el campo de refugiados Boureij para el funeral. La calle frente a las escuelas UNRWA se está llenando de gente: niños confundidos, hombres enfadados, mujeres cansadas. Todos ellos parecen perdidos. Todo indica que la guerra será una de las largas. Los campesinos ubican sus rebaños contra las paredes de las escuelas. Una sola profesora de la UNRWA intenta ordenar un poco ese caos.

De vuelta en la Casa de la Prensa, docenas de periodistas trabajan incansablemente para seguir las últimas noticias y transmitirlas. Aquí al menos tienen acceso a internet, electricidad y agua corriente, gracias a la energía solar. Bilal, el gerente, sirve comida caliente para todos: arroz y carne. Rami, el contable de la Casa de la Prensa, dice, con una mueca, que esta es la única opción del menú. Comemos mientras deliberamos sobre el futuro que nos espera. Un vago y sombrío futuro.

A medida que cae el anochecer, volvemos al hotel. Muchos periodistas se mudaron al hotel creyendo que de alguna manera es menos probable que sea bombardeado entre otros edificios. Ahora el lugar está rodeado de equipos de camarógrafos que transmiten las noticias al resto del mundo.

Lunes 9 de octubre (Día 3)

En tiempos de guerra, los primeros minutos después de despertarte son los más estresantes. En cuanto te levantas buscas tu teléfono para verificar que ninguno de tus seres queridos haya muerto. Pero mientras pasan los días, empiezas a dudar antes de coger tu teléfono. Algunas mañanas apenas puedes levantarte para cogerlo. En algún momento *habrá* malas noticias.

La ciudad ha sido transformada en un vertedero de gomas y escombros. Hermosos edificios cayeron como columnas de humo, los recuerdos de quienes vivían en ellos se evaporan como arena en el viento. Hago un esfuerzo consciente para dormirme, para descansar mientras puedo. La mayor parte del tiempo, en la guerra, estás simultáneamente exhausto y aburrido. Tienes que luchar por cada momento que estás despierto para estar vivo, pero nada cambia nunca. Cada tanto pienso en cuando me dispararon siendo un niño en la Primera Intifada, y cómo, según mi madre, estuve muerto unos minutos antes de que me trajeran de vuelta nuevamente. Me reconforta pensar: quizás esta vez pueda hacer lo mismo, volver de entre los muertos. ¡El mismísimo hecho de estar pensando en sobrevivir es la prueba de que he sobrevivido hasta ahora!

Hoy es lunes, lo que significa que hay reunión semanal del gabinete de gobierno a las diez. Decido seguir la reunión desde mi teléfono, vía Zoom, y la secretaria me informa de que otros ministros asistirán vía Zoom también, porque los israelíes han bloqueado todas las rutas principales en Cisjordania. Toda la reunión está dedicada a la guerra lanzada contra Gaza. ¿Qué deberá hacer la Autoridad Palestina frente a la negativa de Israel de permitir la llegada de cualquier tipo de alivio humanitario o médico a la Franja? Cuando me llega el turno de hablar, digo que lo más importante es exponer los crímenes de Israel. El mundo tiene que romper la narrativa de Israel de que esto es en defensa propia.

No puedo concentrarme completamente en la reunión mientras las alertas de noticias saltan continuamente en la pantalla de mi teléfono. El chillido de los disparos perdidos de los cañones es ensordecedor. La zona de la playa parece estar llena de explosiones. Muchas veces tengo que mirar detrás de mí para constatar que la habitación esté intacta.

Las noticias urgentes me informan de que el último bombardeo a Al Tirrans en Jabalia ha matado a cincuenta personas. Pido disculpas a los demás ministros y vuelvo al campo. Al Tirrans es el corazón de Jabalia. Desde allí, uno puede llegar a otro punto del campo rápidamente. La feria está a unos pocos cientos de metros al sur, las escuelas primarias

están sobre el oeste, la zona donde vive mi familia está cerca, al este. Todas las conexiones de transporte a las ciudades cercanas convergen en este punto: taxis, minibuses, a Beit Hanoun, Beit Lahia, Bedwin Village y donde sea en el norte de la Franja. Uno podría decir que no existe Jabalia sin Al Tirrans. La palabra *tirrans* significa transistor eléctrico, ya que el principal transistor del campo está ubicado allí.

Cuando llegamos, cientos de familias deambulan por las calles, sin saber a dónde ir. Sus casas han sido bombardeadas o les han dicho que evacúen. Parecen cargar todas sus posesiones mundanas con ellos: desde colchones a bolsas de ropa, desde alimentos a bebidas. Todos parecen exhaustos. Es fácil, pienso, construir una bomba, diseñar un avión o un tanque o un dron para lanzarla. Esas son cosas fáciles, simples. Lo difícil es imaginar el caótico mundo y los estragos que estas simples máquinas causan.

Detengo el coche cerca de la casa de mi suegro y decido caminar el resto del camino. Su casa está cerca de la estación policial que, antes de los Acuerdos de Oslo, solía ser la base del Ejército israelí en Jabalia. De camino, veo un grupo de personas acarreando un cuerpo hacia el cementerio local. Me doy cuenta de que el fallecido es de mi barrio. Yasser aceptó caminar conmigo para ver la devastación. Reconozco la casa bombardeada, pertenece a la familia Abu Ishkian y está ubicada directamente frente al transistor. Conozco la casa. El capítulo inicial de mi novela *Los peatones no cruzan la calle* transcurre en un puesto de frutas a solo una manzana. Todos los personajes de esa novela viven en los alrededores.

Al llegar quedo horrorizado por lo que veo: todo ha desaparecido. Toda la calle, de ambos lados, está arrasada. El supermercado, la casa de cambio, el local de falafel, el puesto de frutas, el salón de perfumes, el negocio de dulces, la juguetería..., todo está quemado. Quemado y enterrado. Lo único que queda es el transistor. Erguido firmemente, como un monumento antiguo.

Caminar por las ruinas es desolador. La sangre lo cubre todo. Tengo que tener cuidado de no pisarla. Pedazos de juguetes, latas del supermercado, frutas aplastadas, bicicletas rotas, frascos de perfume partidos. Entre el polvo y el humo, empiezo a toser. No lo soporto más. Vuelvo con Yasser hacia la casa de mi familia. Mientras doblo la esquina para ir hacia Al Tirrans, el lugar parece un turbio dibujo de carbón de una ciudad chamuscada por un dragón.

A pesar de haber prometido pasar por la casa de mi vecino Faraj a ver a Hisham, no puedo cumplir con mi promesa: me siento impotente ante la situación de Hisham; él me pedirá ayuda y no hay nada que yo pueda hacer. En cambio, salgo a caminar, y de camino me encuentro con mi tío Essam. Hablamos un poco y me cuenta un chiste que Hussian, nuestro vecino, le había contado, pero ninguno de los dos se ríe. En los angostos

caminos y callejones del barrio, nada cambia a pesar de las huellas del tiempo. Los techos pueden cambiar de metal corrugado a amianto, a cemento; un piso puede multiplicarse, pero hay un sabor especial del lugar que nunca cambia.

Le había pedido a Yasser que se quedara en casa de su abuelo. La lógica palestina es que en guerra todos debemos dormir en lugares diferentes, para que, si una parte de la familia es asesinada, la otra sobreviva. Las escuelas UNRWA están cada vez más y más llenas de desplazados y familias sin hogar. Ellos creen que las banderas de las Naciones Unidas los salvarán, aunque en ataques recientes las escuelas UNRWA no han sido inmunes. En enero de 2009, la escuela Al Fakhoura fue atacada; en 2014, las escuelas Abu Husain fueron blanco también. En ambos casos, docenas de civiles que buscaban refugio allí fueron asesinados o mutilados. Mi primo Munier fue herido en el ataque a Al Fakhoura. Perdió ambos ojos y quedó completamente desfigurado.

Esta mañana cuando llego a la Casa de la Prensa, todos están ocupados descargando imágenes y escribiendo noticias para sus agencias. Estoy sentado con Bilal en la habitación del gerente, hablando, cuando de repente una gran explosión sacude todo el edificio. La Casa de la Prensa parece que estuviera bailando. Los vidrios explotan en las ventanas, el techo colapsa sobre nosotros en pedazos. El ataque es más cerca de lo que creemos. Todos corremos hacia el *hall* central. Uno de los periodistas ha sido alcanzado por un vidrio estallado. Su cabeza chorrea sangre. Pero está bien. Después de veinte minutos, sentimos que es seguro salir a la calle para verificar dónde ha sido el ataque exactamente. Las decoraciones de Ramadán todavía cuelgan en la calle.

De regreso en el hotel me siento extenuado e incapaz de concentrarme. Me duelen las muñecas. Bilal me dice que es por usar demasiado el teléfono. A veces me paso horas sosteniéndolo con una mano mientras leo las noticias. Intento dormir.

La pregunta que no me canso de repetirme es: ¿y si hubiera estado caminando por Al Tirrans cuando llegó el ataque? Esa sangre que intenté no pisar podría haber sido mía. Desde el pasillo alcanzo a ver el mar otra vez, a través de la cortina. Más allá del zumbido eléctrico de los drones, apenas puedo oír las olas del mar. Si muero, será mi único testigo, pienso.

Martes 10 de octubre (Día 4)

Anoche casi no dormí. Durante las dos últimas noches he conseguido mantener una especie de rutina: cenar a las 20:00, fumar una narguila hasta las 21:00, ponerme al día con los mensajes de WhatsApp hasta las 21:15; llamar a Hanna y a los niños y hablar con ellos hasta las 22:45 aproximadamente, tras lo cual estoy listo para dormir. Durante dos noches funcionó. Anoche, sin embargo, no.

Acostado en mi cama, en una habitación compartida con Mohammed y Yasser, vi las luces de una explosión en el puerto y cómo se incendiaban los barcos de los pescadores. Claramente no estaba soñando. Después, sentí como el hotel se sacudía tan violentamente que casi me caigo de la cama. Pero cuando de repente oímos que golpeaban la puerta ya no estaba tan seguro. Mohammed saltó de la cama y gritó: «¿Quién es?».

Las explosiones seguían mientras alguien del hotel le explicaba a Mohammed que debíamos evacuar el edificio en dos minutos. El Ejército israelí los había llamado por teléfono informando que iban a ser bombardeados. Ese día, más temprano, había lavado mi ropa más informal —pantalones y sudadera— y la había colgado sobre dos sillas en el balcón, a cada lado de la mesa; parecían dos amigos charlando desoladamente. Todavía estaba mojada, así que elegí mi traje. Mientras enhebraba el cinturón alrededor de mi cintura, vi mi incipiente barba en el espejo. No quiero morir tan desaliñado, pensé, entonces fui hacia el baño a afeitarme, hasta que el grito del trabajador del hotel frenó mis pasos: «¡Última llamada!».

Abajo en el vestíbulo, de repente el hotel parecía lleno, abarrotado de gente de los edificios vecinos que buscaba refugio. Le pregunté al empleado del hotel: «¿Por qué se sienten tan seguros? ¿No van a atacar este lugar?». Respondió: «Es probablemente más seguro que donde sea que estuvieran antes». «Entonces ¿puedo volver a mi habitación?», le pregunté. «No», dijo firmemente, «los pisos altos son peligrosos». No entendí bien la lógica de lo último que dijo, pero no era momento de discutir.

Varios cientos de personas se amontonaban en el vestíbulo del hotel. Un niño de unos seis años le daba la mano a su hermano más pequeño, que no tendría más de dos, intentando calmarlo. Un hombre de unos cincuenta años intentaba hacer sonreír a su hija adolescente. «Todo esto será un recuerdo con el que aburrirás a tus hijos», dijo.

Los periodistas con cámaras ya se habían instalado frente al hotel y estaban pendientes de lo que pudiera ocurrir. Todos hablaban por teléfono o por los auriculares con sus redactores y productores en el

estudio, en cualquier parte del mundo. Un corresponsal joven hablaba en inglés de «una noche terrorífica». Las madres que me rodeaban intentaban calmar a sus hijos. Y la incertidumbre se cernía sobre todo el vestíbulo como una gran carpa, mientras esperábamos a ver dónde caería el ataque.

Cuando golpeó, la primera explosión levantó todo lo que había en el hotel varios metros por el aire. Los escombros volaron por encima de nuestras cabezas. Un hombre me agarró de la mano y me arrastró hacia una zona más cubierta. Una enorme placa de hormigón cayó al suelo desde el techo, justo donde yo estaba. Miré al hombre para darle las gracias con los ojos. No había tiempo para las palabras.

Fuera se oyó un estruendoso gemido y vimos cómo un enorme edificio ubicado frente a nosotros se derrumbaba. Otros edificios perdieron partes de sí mismos, las esquinas se desprendieron, los balcones se cayeron, todo empezó a moverse de un lado a otro. Todas las posesiones del mundo parecían llover sobre nosotros: ropa, muebles, almohadas, pintalabios, botellas, frascos de perfume, juguetes de niños, todo yacía a nuestro alrededor, desordenado, desperdigado. A mi alrededor, los gritos se convirtieron en llantos, mientras la gente del vestíbulo veía cómo sus casas se desplomaban en la nada.

Media hora después, las explosiones parecían alejarse un poco, así que me aventuré a subir de nuevo a mi habitación. El bombardeo continuaba de fondo, y yo no podía quitarme de la cabeza el sonido de una niña que vi en el vestíbulo, con un juguete en la mano, llorando a moco tendido.

Por la mañana leo las noticias. Las noticias hablan de nosotros. Pero están diseñadas para gente que las lee muy, muy lejos, incapaz de imaginarse que alguna vez podría conocer a alguien implicado. Es para gente que lee las noticias para consolarse, para decirse a sí mismos: todavía está muy, muy lejos. Yo leo las noticias por otras razones, las leo para saber que no estoy muerto. Es de suponer que los muertos no leen las noticias, aunque podría equivocarme.

Tres periodistas murieron anoche cuando intentaban filmar los ataques: Said Radwan Taweel, Muhammad Rizik Sobh y Hisham al-Nawajah. Cada uno de ellos había salido corriendo a cubrir el bombardeo de la Torre Hajji, en la calle Instituciones. Ayer mismo los había visto hablando con Bilal, pidiendo sus chalecos antibalas para la prensa. Cuando sus amigos los llevaron al cementerio, les colocaron los chalecos sobre sus cuerpos antes de llevarlos de vuelta a la Casa de la Prensa.

Los operadores de drones y el piloto del F-16 vieron esos chalecos azul brillante, con la tecnología que están utilizando tuvieron que ver la palabra «PRESS» escrita en grande. Pero prefirieron no leerla. Ayer por la mañana, en la Casa de la Prensa, estaban vivos. Volví a verlos unos

veinte minutos antes de que los mataran. Viendo las imágenes del funeral en mi teléfono, me pregunto cuántas veces más en las próximas semanas podré escaparme de la muerte.

Conduzco hasta Jabalia. En el barrio interior de la ciudad, hay gente en las calles. Pero la calle Jala, por el contrario, está desierta. No hay coches. No hay peatones. El humo y el polvo se ciernen sobre la ciudad. Antes de llegar a la casa de mi suegro, atacan una pequeña casa en su calle. Unos minutos después, justo cuando llego, se produce otro ataque en las cercanías. Más tarde me entero de que en estos dos atentados mi amigo Hiham perdió a su mujer, y otro amigo, al que solíamos llamar «Lahsa», fue asesinado. Lahsa solía ir conmigo y con otros amigos a ver partidos de fútbol en la tele. Es un gran hincha del Barcelona. En la guerra de 2014, vimos juntos la mayoría de los partidos del Mundial.

Cruzamos la calle Jala y nos dirigimos hacia la plaza Palestina. Compramos pan en la panadería de las Familias. No hay falafel a la venta cerca, así que seguimos hasta la plaza Palestina para encontrar un pequeño negocio que los hace. El hombre se niega a vendernos patatas fritas porque las necesita para preparar sándwiches para sus clientes.

Caminamos rápido hacia el barrio de Rimal, pasando montones y montones de escombros a ambos lados. Barrios completos han sido borrados. Parece la escena de una película en blanco y negro de la Segunda Guerra Mundial. Una anciana agita los brazos diciendo: «Todo el barrio ha desaparecido». Rimal ya no es el Rimal que todos conocemos. El piso de mi amigo Mamoun, ubicado en los dos últimos pisos de un hermoso edificio, ha sido destruido. Solo dos días antes de que empezara la guerra, yo estaba sentado en su terraza mirando al mar. Mamoun, uno de mis mejores y más íntimos amigos, se había gastado los ahorros de toda la vida en este ático de dos plantas y lo había convertido en su refugio. Ahora ha desaparecido, como casi todo el barrio.

En la Casa de la Prensa apenas hay periodistas. Solo un puñado. Uno de ellos, Hatem, me dice que esto se debe a que aquí no hay internet. Tras el ataque al edificio de telecomunicaciones, internet se ha caído en la región, así que la mayoría de los periodistas se han marchado.

Los chalecos de los tres periodistas asesinados han sido colocados en la sala donde, ayer mismo, estaban sentados trabajando. La sangre sobre ellos parece fresca, dando testimonio de los horrores de la noche. Bilal no ha venido hoy. Llama para decir que se ha trasladado a otra oficina, propiedad de la Casa de la Prensa, que sí tiene internet. «Si no hay internet, no hay noticias.» Dejo a Yasser en el hotel y voy a visitar a Bilal. La oficina está en un edificio de cinco plantas. Bilal y otros cuatro periodistas están sentados alrededor de la mesa de redacción. Me tomo un café, pero de repente me siento muy cansado y necesito seguir sentado. Me falta energía.

Cuando vuelvo al hotel, no leo las noticias. Toda nuestra vida son noticias. En lugar de eso, apoyo la cabeza en la almohada y empiezo a pensar en buscar algunos libros. En tiempos de guerra, tienes mucho tiempo para ocupar. Pero me duermo pensando qué libro debería leer.

Miércoles 11 de octubre (Día 5)

Anoche estaba convencido de que mi momento había llegado. Alrededor de las diez y media de la noche, apoyé mi cabeza en la almohada para intentar dormir. Mi hermano Mohammed ya roncaba insoportablemente fuerte. Justo cuando empezaba a quedarme dormido, alguien que venía por el pasillo gritó: «Habitación 102, ¡despiértense!». Después golpeó la puerta y volvió a gritar: «¡Todos nos tenemos que ir!». Salté y abrí la puerta. Era el mismo hombre otra vez, con la respiración entrecortada: «Van a atacar el hotel». Yasser y Mohammed salieron de la cama inmediatamente: «¿Qué edificio exactamente van a atacar?», le pregunté. «¡El hotel!», contestó el hombre. Metimos frenéticamente todas nuestras cosas en los dos bolsos que teníamos. Oí al hombre del hotel gritando mientras bajaba las escaleras: «¡Habitación 102, ya no hay tiempo! Todos los demás ya han salido. ¡Dense prisa!». Nos atropellamos para salir de la habitación: Mohammed con un bolso, Yasser con otro, yo con mi portátil, pantalones de vestir y zapatos.

Todos se habían ido ya. Éramos los últimos en evacuar. Mona Ghalayini, la dueña y gerente del hotel, estaba subiéndose a un coche. Sugerí que la siguiéramos, quizás ella conocía un camino seguro para salir. Tiramos los dos bolsos en nuestro coche y, con Mohammed al volante, la seguimos. Dos manzanas después tuvimos que frenar; sobre nuestras cabezas pasaban misiles aéreos y proyectiles de los barcos de guerra. No podíamos seguir. Era demasiado peligroso. Los coches son blanco fácil para los israelíes. Teníamos que salir de ahí. ¿Pero hacia dónde? Sin rumbo, empecé a caminar. Seguimos andando y decidimos ir a la Casa de la Prensa «alternativa». Estaba a veinte minutos caminando y durante todo el camino teníamos que correr hacia alguna puerta o cualquier cosa que pareciera que pudiera protegernos, mientras las explosiones sonaban sobre nosotros. Cuando por fin llegamos a la oficina, no había nadie. Era ya la una de la madrugada. Yo seguía agarrando mis pantalones, mis zapatos y mi ordenador. «Sigamos», dije. Pensé que podríamos ir hacia el norte, hacia mi casa en Saftawi. «Está demasiado lejos», protestó Mohammed. Pero no teníamos otra opción. Mi idea era seguir andando. Caminamos por la calle Rimal durante otra hora, metiéndonos en algún recoveco cada vez que lo necesitábamos, después de un rato nos cansamos, necesitábamos descansar. Nos sentamos todos en la vereda. Media hora después, decidimos volver al coche e ir hacia el norte. Habían pasado tres horas desde que salimos del hotel y sabíamos que tardaríamos otras tres en volver caminando hasta donde estaba el coche. A las seis de la mañana llegamos por fin.

La luz del día ya había empezado a invadir la oscuridad; la noche había terminado.

En mi casa de Saftawi intenté dormir. No podía dejar de pensar en que esa misma mañana me habían atropellado en la calle Rimal y que ahora era una especie de fantasma, sin saber que me habían matado. El piloto del F-16 o el operador del dron podrían habernos confundido mientras vagábamos sin rumbo por la calle Rimal, intentando encontrar refugio. «¿Confundirnos? ¿En qué estoy pensando?» El dron no comete errores. En mi diario de 2014, me preguntaba por el zumbido constante del dron antes del amanecer y me lo imaginaba tomando el Suhoor con nosotros, el desayuno antes del amanecer durante el Ramadán. Una amiga mía escribió en su página de Facebook que, cuando duerme, se envuelve las piernas entre sí y entrelaza igualmente los brazos, de modo que, si la matan de la noche a la mañana, su cuerpo se mantendrá entero. Todos tenemos esos pensamientos sobre la muerte. Está presente en todo momento. Yo estaba agotado por la falta de sueño, pero también por pensar todo el tiempo en mi posible inminente muerte. «Maldito seas», le grité al dron, que no paraba de zumbar, y me levanté. Me eché agua en la cara con la esperanza de limpiar mis oscuros pensamientos.

Mientras nos preparábamos para irnos y trasladar todas nuestras cosas a la Casa de la Prensa, los drones y los F-16 empezaron a atacar las casas de la zona del Viejo Ferrocarril. Una vecina, que recibe las noticias de su antiguo aparato de radio, me dijo que toda la zona había sido arrasada. Cuando los habitantes de Gaza abandonan sus hogares en momentos como este, saben que podría ser la última vez. Pero no es la primera vez que se convierten en refugiados. La mayoría de los gazatíes ha experimentado la condición de refugiado muchas veces; históricamente, muchos de ellos son descendientes de familias refugiadas de 1948. Pero algunos también pueden ser «refugiados retornados» de campos de refugiados palestinos fuera de Palestina, como Yarmouk, en Siria, como parte del Acuerdo de Oslo; son, por lo tanto, dos veces desplazados. Luego, con cada ataque a Gaza, tienen que abandonar sus hogares de nuevo y buscar refugio en lugares que sean los objetivos menos probables de los israelíes, como escuelas u hospitales gestionados por la ONU. Para las personas que abandonan ahora sus hogares, esta podría ser entre la quinta y la décima vez que se ven desplazadas.

La calle Al-Rashid, donde está nuestro hotel, parece ser un nuevo objetivo de los israelíes. Mona, la propietaria del hotel, llamó a Mohammed para decirle que tal vez decidiera reabrir el hotel, dependiendo de la situación en las próximas horas. Pero las horas

siguientes solo trajeron bombardeos continuos de los buques de guerra, a lo largo de todo el frente marítimo.

Aún no habíamos comido, así que Mohammed se aventuró en Saftawi a comprar falafel en la calle Nasser. Volvió contando que todas las panaderías tenían largas colas, así que en su lugar había traído de otra tienda pan Saj menos fresco, el que se suele utilizar para el fatteh (plato tradicional a base de pan plano, partido en trozos pequeños, mezclado con arroz). Rellenamos el falafel en las tapas de Saj y nos hicimos nuestros propios sándwiches.

Cuando llegamos a la Casa de la Prensa, puse el colchón que había traído conmigo en una pequeña habitación lateral donde se guardaban las baterías alimentadas por los paneles solares. Me tiré encima. Llevaba 36 horas sin dormir. El ventilador del techo se movía lentamente para sofocar el calor. Cerré los ojos, sin saber si me despertaría o no. Le pedí a Mohammed que cuidara de Yasser mientras yo dormía, el cuerpo no me daba para más. El dron seguía zumbando y de vez en cuando seguían sonando explosiones. Pero yo estaba agotado.

Me despierto de golpe, después de haber dormido solo dos horas. Durante un instante miro a mi alrededor sin saber dónde estoy. Veo las baterías y todos los cables que las conectan y, a través de la puerta, el mostrador de la recepción. Por un momento me pregunto si será un hospital. ¿Estoy herido?, pienso. ¿Se ha olvidado el operador del dron, que se entrenó para este trabajo jugando a la PlayStation, de que en realidad soy un ser humano, con hijos y una esposa esperándome en Ramallah? Me froto los ojos y caigo: estoy en la Casa de la Prensa. Miro el teléfono: no hay conexión a internet. Al menos siento que he descansado.

Hanna me manda un mensaje de texto sugiriéndome que me vaya a la casa de su padre en Jabalia. Dice que ahí es más seguro. No lo sé, pero creo que solo piensa en el bien de Yasser y en el mío. Le digo que Jabalia también está bajo fuego. Ella lo sabe, por supuesto, pero quiere que me dé cuenta de que siempre hay otras opciones. Mi solución no será necesariamente la más segura. La escena en Al Tirrans todavía me atormenta.

No recuerdo la última vez que escuché la radio. Incluso cuando conduzco ya no la enciendo. Y eso que crecí escuchándola, con mi padre y mis vecinos. La radio era como un miembro más de la familia. Abu Darwish, un anciano que vivía junto a nuestra casa en el campo, siempre estaba escuchando las noticias con una radio pegada a la oreja. Normalmente, la BBC. Hoy, el presentador pregunta a un invitado: «¿Puede explicar algo más?». El hombre dice: «Esto es un genocidio». Yasser me pregunta: «¿Qué significa “genocidio”?». «Todo lo que está pasando a nuestro alrededor», le respondo. Luego, el mismo invitado

de la radio habla de heroísmo y firmeza. Dice que nuestro pueblo no abandonará su país, que no irá al Sinaí. Ahora, sentado bajo el gran olivo viejo de los jardines de la Casa de la Prensa, me pregunto: «¿Qué significaría "victoria" en este contexto? ¿En qué circunstancia podríamos decir "hemos ganado"?». Recuerdo que al final de la guerra de 2014 le dije a un periodista que había ganado porque había sobrevivido. Más tarde, mientras camino por la calle Nasser, me doy cuenta de que la única victoria real sería la liberación.

Ahora que internet ha dejado de funcionar, no tenemos otra forma de enterarnos de las noticias que a través de la radio. En la Sala de Formación de la Casa de la Prensa hay una pequeña vitrina en la que se exponen varios aparatos de radio del viejo mundo. Estos aparatos, algunos de los cuales datan de la década de 1950, fueron donados a la Casa por el escritor Tawfiq Abu Shomar.

Mientras escribo esto, me entero de un ataque aéreo contra la Torre Karmel. El edificio toma su nombre del famoso instituto, situado frente a él, que a su vez debe su nombre a la gran montaña que se alza sobre Haifa. La impresionante torre fue alcanzada por más de un lado. En la torre se encuentran numerosos centros de prensa y oficinas. Los israelíes siempre apuestan por este tipo de edificios: nuevos, impresionantes, excitantes centros de desarrollo e inversión. Recuerdo la destrucción de la Torre Basha, la Torre al-Shorouk y, por supuesto, el complejo italiano en 2014. El objetivo es siempre hacernos retroceder en el tiempo, hacer que la ciudad vuelva a parecer pobre y fea.

Jueves 12 de octubre (Día 6)

Ayer por la tarde fui a visitar a unos amigos refugiados en varias escuelas de la UNRWA del barrio. Entrar en la primera de ellas fue como retroceder en el tiempo nueve años. Miles de personas han huido a las escuelas, donde hasta la semana pasada había niños pequeños sentados en los pupitres, aprendiendo. Ahora cada aula alberga a más de cincuenta personas, de varias familias diferentes. En muchos casos, estas aulas de veinticinco metros cuadrados se han dividido en tres, o en más salas pequeñas separadas con sábanas, colocadas aleatoriamente por toda la habitación. Las familias traen consigo ropa, colchones, mantas, almohadas, utensilios de cocina. Pero a medida que más personas inundan las escuelas, otras ocupan lugares en los rincones de las habitaciones, o entre los espacios oficialmente asignados. Al final, todos necesitan un lugar.

En los pasillos de la escuela, la gente va y viene hablando de la guerra. Algunos comparan la situación con sus experiencias de 2014, cuando fueron expulsados de sus hogares en Beit Hanoun y Beit Lahia y se refugiaron también aquí. Fueron tiempos duros, y muchos de los detalles están frescos en la memoria de la gente. Tienen que cruzar el mismo camino una y otra vez. ¿Quién puede decirles cuándo terminará el ciclo?

Conozco personalmente a muchos de estos desplazados y sé que muchos de ellos acaban de reconstruir sus casas tras los bombardeos anteriores. Todavía no han podido disfrutar de sus nuevas casas, hacerlas realmente confortables y habitables. Han tardado entre cinco y siete años en reconstruir lo que se destruyó en 2014. Ahora las casas han vuelto a desaparecer y Dios sabe cuándo podrán reconstruirlas de nuevo. Hisham, un amigo mío, me preguntó: «¿Para qué voy a construir una casa nueva si la próxima guerra va a arrasarla?». Yo sabía lo que quería responder: «Para vivir en ella». Pero esa respuesta me habría parecido simplista, así que respondí: «Primero, esperemos que esta guerra termine, que todos sobrevivamos y que sea la última de las guerras». «Nunca es la última vez», dijo enfadado. Al rato se calmó un poco y dijo: «Sé que un día tendremos un país». Parafraseaba a Mahmud Darwish. Todo el mundo quiere un país. Lo que él quiere decir es un Estado.

Nos sentamos un rato en una pequeña habitación que mi amigo Ali había conseguido armar entre dos paredes cerca de las puertas de la escuela. Parecía la garita de un vigilante, pero hecha de lona. En ese minúsculo espacio vive con otros cuatro miembros de su familia

cercana, además de la familia de su cuñada. Esperaba que su suegro y su suegra se mudaran también en las próximas horas. Insistió en que fuera a tomar un café con ellos. Su mujer lo preparó en un pequeño horno de gas y disfrutamos un momento de nuestro «café desplazado».

Después, di una vuelta por la escuela. Otros amigos me invitaron a sus «habitaciones» de lona. A pesar de la situación, la gente sigue siendo generosa y acogedora. Todos me ofrecieron café o té e incluso galletitas que habían traído consigo. En estas sesiones de café se escuchan historias de horror, relatos de supervivientes milagrosos y viajes difíciles hasta este nuevo refugio. Luego pasamos de una escuela (de chicos) a la vecina (de chicas) a través de una pequeña puerta en la pared que las separa. Ramzi, un viejo amigo, me dijo que su hijo administraba el refugio. «Es el jefe aquí», dijo. Luego sugirió que diéramos el pésame a un hombre que acababa de enterrar a cuatro de sus hijos. Todavía tenía sangre de sus hijos en la ropa y las lágrimas le corrían continuamente por las mejillas mientras hablaba. No se podía decir nada. En un momento, miró al cielo y dijo con impotencia: «Es Su deseo». Ramzi me contó que algunas personas que llegaban a las escuelas habían sido testigos de la pérdida de seres queridos mientras estaban en la calle, y que se habían arriesgado a volver para recuperar sus cuerpos y enterrarlos. «A cada hora hay un nuevo funeral», dice. Muchos van a ver cómo están sus casas y a buscar a parientes perdidos. Algunos regresan, otros mueren en el intento. Pocos regresan con las personas que buscaban.

Una periodista, a la que se le dio por muerta y enterrada bajo los escombros con sus hijos, apareció viva al día siguiente, cuando su padre decidió que quería oír su voz en el mensaje del contestador. La llamó y, para su total sorpresa, escuchó su voz: no grabada, en directo, en vivo. Ella y los niños esperaban a ser rescatados.

En la cuarta escuela que visitamos, me reuní con mi íntimo amigo Bassam, el hermano mayor de Hisham. Bassam ha pasado muchos años en cárceles israelíes y conoce las miserias demasiado bien. Su «habitación» estaba en la tercera planta de la escuela, y cuando le pregunté por qué no había elegido una en la planta baja, me dijo que había tenido suerte de conseguir la que había elegido. Él y los demás hombres acababan de pasar el día preparando la escuela, limpiándola y poniéndola a punto para ser una nueva ciudad.

Cuando cayó la noche, decidí que debíamos alojarnos en la Casa de la Prensa, pues el hotel ya no era seguro. La Casa de la Prensa al menos tenía electricidad, aunque no internet. Parecía que éramos cinco los que pensábamos pasar allí la noche: mi hijo Yasser, mi hermano Mohammed, el periodista Hatim, Abdullah (abogado y activista) y yo. Preparamos juntos la cena: huevos, judías, tomate cocido. Después, nos sentamos alrededor de la narguila, mientras las explosiones sonaban a

lo lejos y la Casa de la Prensa temblaba de lado a lado. Como palestinos, disfrutamos de la oportunidad de analizar la situación desde el punto de vista político. Como gazatíes, también sabíamos qué ataques venían de los buques de guerra del puerto. En las noticias de la radio, el presentador hablaba de la partida de lo que él llamaba «quince lunas», es decir, almas. Tal lenguaje no ayudó a disminuir el peso de lo que estábamos escuchando. De repente, un pedazo de misil cayó en el jardín delantero de la casa. Hizo un ruido aterrador, corrimos a comprobar que no había herido a nadie y calculamos que el misil original del que formaba parte debió de haber impactado en el negocio de al lado, atravesó el techo del edificio y salió volando hacia nuestro jardín delantero, a través de la puerta del negocio. Lo juntamos y lo llevamos al *hall*. Estaba caliente al tacto y pesaba mucho. Lo dejamos junto a los chalecos de los tres periodistas muertos. Toda la escena reflejaba la creciente devastación.

Los mosquitos me atacaban y me picaban a medida que avanzaba la tarde. Abdullah me contó que su hermana es alérgica a ellos, así como al polvo. Terminamos los restos de la cena. A esas alturas, la guerra se ha convertido ya en algo normal. Al principio, cuentas los ataques e intentas averiguar dónde ha sido cada uno, pero después de unos días dejas de contarlos. Creo que se ha puesto en marcha una especie de piloto automático, un modo de supervivencia desarrollado en la guerra de 2014 que te permite dejar de prestar demasiada atención a cada detalle. Durante unas horas, conseguimos desconectarnos del mundo. No tener internet ayudó.

Ahora que han cortado la electricidad en la Franja, dependemos totalmente de los paneles solares. Esto significa que tenemos que vigilar nuestro consumo. También nos han cortado el agua, pero tenemos suficiente para un día en los depósitos.

Esta mañana, iba camino al puerto con Mohammed. Hace dos noches, muchos edificios de la calle de la Institución quedaron destruidos, lo que nos pone demasiado nerviosos para caminar cerca de la playa. Así que giramos hacia el interior y nos dirigimos al este por la calle Omar Mokhtar hacia el Hospital Al-Shifa. La Torre Karmel parece estar derrumbándose. Hay hormigón y escombros esparcidos por la calle. Delice Coffee, una de las principales cafeterías de Gaza, ha sufrido daños. De regreso a la Casa de la Prensa, en la calle Al-Shuhada, veo una bandera que aún ondea desde el tercer piso de un edificio atacado. El edificio se resiste a ser comido como tantos otros y, de alguna manera, sigue en pie. La mezquita de Abbas se ha derrumbado, pero ha dejado su cúpula completamente intacta. Ahora la cúpula se yergue, inmaculada, aunque ligeramente inclinada, sobre un montón de escombros grises.

Llego a mi apartamento en el barrio de Saftawi, en Jabalia. Como mi familia y yo vivimos ahora en Ramallah, no venimos demasiado y no usamos el agua. Así que ahora hay mucha. Lleno la bañera de agua caliente y me sumerjo un largo rato. Lavo la ropa en una olla y la dejo tendida por el piso. Sabiendo que existe la posibilidad de que la casa quede destruida en esta guerra, voy juntando todas las fotos de las paredes y las dejo a un lado. Busco en las estanterías algo para leer en mi tiempo libre, del que tendré mucho. Elijo *Anna Karenina* y también dos ejemplares de mi libro *El libro de Gaza*, jurando que, si vuelvo al hotel después de la guerra, los dejaré en la recepción, en la estantería de los huéspedes.

Yasser pasa el rato con unos adolescentes en el pasillo del edificio. Me pregunta si les puedo prestar tabaco para su narguila. Aunque es casi un adulto, le digo que no. No es prudente que empiecen a disfrutarlo tan jóvenes. Es un mal hábito. Yasser, por primera vez desde que estalló la guerra, parece divertirse. Pregunta si puede quedarse con ellos hasta mañana. Yo digo que es mejor que nos quedemos juntos.

Vamos al supermercado, a comprar chocolates, zumo y frutos secos, y luego nos dirigimos a la Casa de la Prensa para pasar el día. Allí, durante unos minutos nos relajamos, bebemos y hablamos, como si no estuviéramos en medio de una guerra. Un breve y feliz descanso de la pesadilla que nos rodea.

Viernes 13 de octubre (Día 7)

Una casa de nuestra manzana quedó destruida anoche. En un principio se informó de que habían muerto catorce personas, pero por la mañana eran veintisiete. Nuestra calle lleva el nombre de los refugiados tanto de Jaffa como de Howj (un pueblo al noreste de Gaza), por lo que a veces se llama calle Jaffan y a veces calle Howji. En los últimos años, el nombre Howji se ha extendido más. Conozco a muchos de los que fueron asesinados. Son mis vecinos.

Alrededor de la calle había edificios afectados. Ahora lo único que parece intacto es una pancarta colgada en medio de la calle, dando la bienvenida al Ramadán. Cuando ocurrió el atentado yo estaba en la Casa de la Prensa. Llamé a Ibrahim para preguntar por mi padre y el resto de la familia. Una de mis hermanas, Amina, vive frente al edificio atacado. Por suerte, se había mudado a la casa de mi padre ese mismo día. Samah, otra de mi hermanastra, que vive cerca de la playa, muy al norte, cerca de Beit Lahia, también se ha mudado a la casa de mi padre. Tras el ataque de la calle Howji, tomó la decisión de mudarse de nuevo, a un refugio escolar en el campo de Nasser o Shati. Hace pocos días dio a luz a su tercer hijo.

En el mismo ataque, la esposa de mi amigo Mohammed fue alcanzada por una esquirla de misil que atravesó el techo de su casa y la alcanzó en el cuello. Su herida es crítica. Intenté comunicarme con él para preguntarle si necesitaba algo, pero no pude. Ayer no funcionó internet en la Casa de la Prensa porque el router principal se quedó sin electricidad. En la Casa hemos instaurado una nueva política de austeridad en el uso de la electricidad. Solo usamos una lámpara a la vez. Además, hoy no hay agua caliente: el depósito normal está vacío, solo hay agua en el depósito que abastece a la caldera.

Durante la noche, más periodistas vinieron a dormir a la Casa. Bilal les ofreció colchones y almohadas. Pronto, todo el lugar estaba lleno.

Yasser y yo dormimos al aire libre, cerca del jardín de la entrada. La mayoría de los que duermen en la casa y sus alrededores se despiertan a las cinco de la mañana. Les oigo hablar de que los israelíes han ordenado a los habitantes de la ciudad de Gaza y del norte de la Franja que se trasladen al sur. «Es un rumor», digo con desdén mientras me incorporo. «No», responde alguien, «es cierto, me lo acaba de decir un amigo por teléfono». No hay internet para confirmarlo o desmentirlo, así que me vuelvo a tumbar e intento dormir un poco más. A las siete de la mañana, después de dos horas, Mohammed me despierta diciendo que tenemos que evacuar el lugar. «¿Por qué?», pregunto. «Enfrente, en la calle, los empleados de la Cruz Roja están evacuando el edificio.

Todas las organizaciones internacionales se dirigen al sur», dice Mohammed.

Quedamos diez personas. Nos acercamos a la entrada y vemos alejarse las furgonetas de los empleados de la Cruz Roja. Todo el mundo parece asustado; incluso el pequeño gato sentado bajo la mesa frente a la panadería cerrada parece aterrorizado. Acordamos que, llegada la tarde, decidiremos si nos vamos y nos dirigimos al sur o nos quedamos. Yasser, Mohammed y yo volvemos a mi casa de Saftawi. Junto todas las fotos familiares y los recuerdos. Le pido a Mohammed que meta tres colchones en el coche y tres almohadas también, por si tenemos que movernos rápido. Pongo varios objetos esenciales en una kufiya que luego envuelvo en un paquete. Me pregunto si así fue la Nakba. Cuando nos preparábamos para partir, un misil alcanzó la casa de la familia Abu Lihia, no muy lejos de allí. Más tarde nos enteraremos de que quince personas murieron a causa del ataque. Estas cosas se convierten en normales. Sin embargo, detrás de cada ataque, los recuerdos se dispersan junto con los escombros y los misiles; las historias se borran. Y cada vez que suena la sirena de una ambulancia, alguien pierde la esperanza.

Las calles están llenas de gente. Caminan sin saber muy bien adónde ir. Como nosotros la noche que huimos del hotel, solo quieren seguir moviéndose. Muchos van cargados de bolsas y, al mismo tiempo, arrastran tras de sí a sus hijos que lloran. Quién puede darles lo que buscan: seguridad, supervivencia.

Kamal, un amigo de la universidad, nos llama y nos propone que nos quedemos en su casa de Nuseirat.

De vuelta a la Casa de la Prensa, le pregunto a Hatim: «¿Dónde vamos a quedarnos?». Nuestra decisión era conducir hacia el sur y ver si eso es lo que realmente está haciendo todo el mundo. «En el peor de los casos», digo, «si no podemos volver, podemos dormir en el coche». «Buena idea», dice Abdullah. Hatim sugiere que, en tal situación, siempre podríamos ir a ver a Hikmat, el editor de la agencia de noticias de la Casa de la Prensa. Sería bueno ver cómo están las cosas sobre el terreno allí abajo.

Cuando Yasser se entera de que vamos hacia el sur, pregunta: «¿Hacia dónde?». «Créeme», le digo, «no tengo respuestas para todas las preguntas. A veces alcanza con medias respuestas». Yasser, que a veces parece el más ansioso de mis hijos, que tiene miedo de ir solo al supermercado por la noche, ahora parece mucho más fuerte y valiente. Le pregunto: «¿Tienes miedo?». «¿De qué?», me contesta. Con eso me basta.

El empresario Abu Sad Wadia recorre el barrio distribuyendo gratuitamente productos de su negocio: yogures y leche. Envía algunas

botellas a la Casa de la Prensa. Me tomo la mía, con sabor a melón, preguntándome cuándo volveré a probar algo tan dulce...

Sábado 14 de octubre (Día 8)

Mi portátil ya no funciona. He intentado encenderlo y apagarlo muchas veces, pero ha sido en vano. Sospecho que le ha entrado agua durante la noche, ya que lo dejé estúpidamente sobre una mesa en el jardín donde dormimos. Lo he puesto al sol para intentar secarlo. Eso significa que tengo que volver a escribir estos diarios a mano, con mi terrible caligrafía, apenas legible. Me pregunto cómo conservarlo, por si me muero, y la solución que se me ocurre es leerlo párrafo por párrafo y enviárselo a mis amigos y a mi editor en Inglaterra, para que tengan copias.

Anoche, los cinco nos sentamos en el jardín de la Casa de la Prensa: Yasser, Mohammed, Hatim, Abdullah y yo. Discutimos la gran pregunta: ¿debemos quedarnos aquí esta noche o dirigirnos al sur? La exigencia del Ejército israelí de que todos los habitantes de la mitad norte de la Franja se trasladen al sur significa expulsar a 1,2 millones de ciudadanos de sus hogares. Hanna sugiere que vaya con Yasser y me quede en casa de su hermana en Tel al-Hawa. Le digo que está dentro de la zona que Israel quiere evacuar. Para mí, la mejor opción es quedarme en casa de su padre en el campo de Jabalia, pero antes de que pueda sugerir la opción, me informa de que su tía Nima ya se ha mudado a esa casa con su hijo y su familia. La tía Nima vive en la antigua zona ferroviaria, al este del campo, que ha sido muy bombardeada. Hanna me dice que va a convencer a su hermana Huda para que se traslade también a la casa de su padre.

Los israelíes han dicho que tenemos veinticuatro horas para irnos, después nadie podrá moverse. Murieron veinte personas en un ataque contra la casa de la familia Abu Saeda. Mohammed me aconseja que nos tomemos en serio el ultimátum israelí. A primera hora de la tarde, me encontré en la calle con un anciano que caminaba con quien parecía ser su nieto, que llevaba disfraz y máscara de Spiderman. Le pregunté si podía hacerme un selfi «con el Spiderman de Gaza». Publiqué la foto en mi muro de Facebook.

Le propuse a Mohammed que condujéramos por la calle Salah al-Din o por la calle Rashid para ver si, efectivamente, la gente se desplazaba hacia el sur. Primero lo intentamos por Salah al-Din: allí un joven me dijo que los israelíes habían destruido el puente sobre el Wadi, por lo que nadie podía cruzar hacia el sur. Luego giramos hacia el oeste, a la calle Rashid, donde cientos de hombres y mujeres caminaban por la calle paralela a la playa. Como Hatim y Abdullah llevaban chalecos de «PRESS», mucha gente se paró a preguntarles su opinión sobre cuándo

acabaría la guerra, dando por sentado que los periodistas sabían más que ellos. Algunos coches pasaban cargados de colchones, almohadas y sábanas, otras personas caminaban, un tractor llevaba una vaca en un acoplado, mientras que su nuevo ternero viajaba detrás del asiento del conductor. Hatim hizo fotos.

Me di cuenta de que algunos coches giraban a la izquierda en dirección a la ciudad de Zahra. Sugerí seguirlos. Así lo hicimos y nos encontramos en una larga fila de automóviles esperando para cruzar un estrecho puente en la parte rural de la Franja. Tras media hora de espera, durante la cual oscureció, cruzamos hacia Nuseirat. Incluso después de cruzar el puente, las calles estaban atestadas de gente, y la entrada al campo se hacía cada vez más estrecha. Finalmente estacionamos, no lejos de una escuela de la UNRWA. De repente, sonó la voz de un niño: «Papá, papá». Era el hijo de Hatim; toda su familia se había trasladado allí el día anterior. Después de alcanzarlos, le dije a los demás: «Volvamos». «De ninguna manera», dijo Abdullah, «ahora no podemos, es demasiado tarde. Los F-16 atacan todo lo que se mueve por la noche, ya lo sabes». Tenía razón, teníamos que quedarnos en el sur al menos durante la noche. Maldije la idea de haber hecho exactamente lo que los israelíes habían exigido. Los demás dijeron que era culpa mía: había sido idea mía venir a ver cómo estaban las cosas «sobre el terreno».

Sugerí aparcar cerca de donde se alojaba la familia de Hatim. Conocía a su padre, un viejo amigo mío. Prometí que charlaríamos más, una hora más tarde, cuando volviéramos. Luego caminamos hacia la casa de Hikmat, en la zona beduina cercana.

Hatim sabía cómo llegar al «Diwan/Shek» de la casa del padre de Hikmat. Se trata de un gran espacio, normalmente al aire libre, donde el Muktar 'líder de la tribu' (o familia) se sienta y recibe a los invitados para dictar sentencia sobre cualquier disputa que haya surgido entre los miembros de la tribu o con otras tribus. Pero cuando llegamos, no había nadie. Tras esperar diez minutos, durante los cuales intentamos llamar a Hikmat, pasó un chico y nos preguntó qué hacíamos allí. Dos minutos después, Hikmat llegó desde un callejón muy estrecho detrás del «Diwan/Shek». Nos invitó a tomar un café. Le dije que estaría bien, pero que teníamos que irnos en una hora. Hikmat quería encender un fuego. «El perfume de los beduinos es el fuego», dijo. El café sería más que suficiente, le dije, teníamos poco tiempo. Nuestro plan era estar durmiendo en el coche a medianoche. Nos turnaríamos para estar despiertos, dos horas cada uno. Éramos cuatro adultos, así que podríamos cubrir las ocho horas. Salí para intentar llamar por teléfono, pero no fue posible. Cuando volví estaba tan cansado que me senté

accidentalmente sobre las gafas y las rompí. Ahora mi ordenador no funciona y mis gafas están rotas. ¡Qué desastre!

Al cabo de veinte minutos, Bashar, el sobrino de Hikmat, llegó con el café. Luego apareció su padre y nos pidió que entráramos en su casa. Insistió en que no se podía discutir, que de ningún modo podíamos irnos de su casa ahora que había caído la noche. Es el tipo de hospitalidad beduina ante la que nadie puede objetar nada.

Dentro, disfrutamos de agua caliente, electricidad y, lo más importante, internet. Nos trajo la cena a todos, tras lo cual le pedí disculpas y le dije que necesitaba dormir. Los demás siguieron hablando un rato sin mí.

Me despierto al amanecer, molesto por los fuertes ronquidos de mi hermano Mohammed. Intento esperar un rato antes de coger el teléfono y leer las noticias. Espero deliberadamente el mayor tiempo posible antes de hacerlo, porque a veces es demasiado pronto para recibir malas noticias. Durante el desayuno descubro que a los demás también les molestaban los ronquidos de Mohammed.

Abdullah nos pregunta si podemos llevarlo a Zawaida a visitar a su esposa, que se ha trasladado allí a la casa de su padre. Unos días antes de la guerra, ella dio a luz a su primer hijo, Basil, y él no ha pasado suficiente tiempo sosteniéndolo, abrazándolo y cuidándolo. Por el camino, nos perdemos varias veces, ya que ninguno de nosotros conoce el campo. Varias veces paramos a preguntar a la gente cómo llegar, solo para que nos digan que tampoco son de allí. Todos han venido de la ciudad de Gaza.

Una o dos horas después estamos de vuelta en la ciudad de Gaza. En Rimal, el barrio más bonito de Gaza, vemos la magnitud de la reciente devastación. Este es el barrio de lujo de Gaza, donde viven las familias más ricas. Ahora es solo escombros. La zona frente a la casa del presidente Abbas es un montón de hormigón gris y roto. La propia casa del presidente resultó parcialmente dañada. Todo parecía una panorámica de Dresde o del East End de Londres tras la Segunda Guerra Mundial. Vi la pila de escombros donde antes estaba el piso de Mamoun, donde había pasado la tarde con él, hacía solo una semana.

Todo a nuestro alrededor está muerto y en silencio. Solo hay cuervos y algún que otro perro perdido rebuscando entre los escombros. Los israelíes quieren que toda Gaza tenga este aspecto. Insoportable. Infernal. Hace unos días, la gran librería de Samer Mansour fue destruida, así como todo el edificio «Lego» en el que se encontraba, un precioso complejo nuevo con una cafetería en la terraza llamada Ristorette, el lugar favorito de los jóvenes emprendedores y los chicos de la tecnología. Ahora, libros y vajilla yacen esparcidos entre las ruinas. En la guerra de 2021, la versión anterior de la librería de Samer también fue destruida, y se produjo un clamor internacional:

editoriales de todo el mundo enviaron libros como donativos. Hace un año, inauguré el nuevo edificio con todas sus nuevas existencias. Ahora está en ruinas y el mundo calla. Otra librería, llamada Libad, también ha sufrido daños. Hoy me he enterado de que mi amiga la artista Huda Zakout ha sido asesinada junto con sus hijos. Huda era una artista que captaba perfectamente en sus retratos a la clásica mujer palestina con su atuendo tradicional. Tenía un gran futuro por delante hasta que los israelíes la masacraron.

Domingo 15 de octubre (Día 9)

Es difícil irse a dormir sin saber si vas a volver a despertar. Estábamos de vuelta en la Casa de la Prensa, en una parte del barrio de Rimal que ahora está prácticamente abandonado. La Casa de la Prensa es un edificio de dos plantas con dos jardines, uno delante y otro detrás, rodeados de altos muros. Por suerte, los edificios que la rodean también son bajos —solo una o dos plantas— y están rodeados a su vez de grandes jardines. En otras palabras, no había ninguna posibilidad de que un edificio vecino se nos cayera encima, como ocurría en la mayoría de los edificios del campo, y las posibilidades de que nos alcanzaran escombros voladores eran definitivamente bajas.

Anoche llovió muy suavemente. Apenas había nubes, nada de viento. Solo unos minutos de lluvia y luego nada. Estaba en el jardín de la Casa de la Prensa y extendí las manos para juntar unas gotas y lavarme la cara. Como un regalo del cielo, pensé. O quizá solo lágrimas por los caídos. El dron seguía sobrevolándome en busca de su nueva víctima, como un perro hambriento. Le sugerí a Hatim que pusiéramos unos cubos para recoger el agua. Hatim dijo que el aire estaba lleno de polvo y veneno de los proyectiles y misiles, que estaría contaminada y no sería bueno tomarla. Anoche no conseguimos pan, ya que la mayoría de las panaderías están cerradas y hay que hacer cola durante tres o cuatro horas ante las pocas que siguen abiertas. Mucha gente espera tres o cuatro horas, solo para oír al dueño de la panadería anunciar que se han quedado sin harina o sin gas, por lo que tienen que cerrar.

Mientras llevaba a Ahmed, que trabaja en la Casa de la Prensa, a su casa de Shujaiya, en la parte oriental de la ciudad, me fijé en mucha gente que llevaba manojos de pan tradicional Saj. Le dije a Mohammed que debía de haber una panadería clásica cerca. Estábamos cerca del antiguo mercado de Azzawiya, y recuerdo vagamente que había una panadería en una de las callecitas laterales. Estacionamos en la plaza Palestina y caminamos hasta el mercado, donde encontramos herboristerías, tiendas de comestibles y vendedores de pollos todavía abiertos. Y sí, encontramos la panadería de Saj abierta. Tuvimos que esperar media hora para poder comprar diez panes. Luego compramos dos pollos y le pedí al vendedor que los cortara en mitades. También compramos hierbas y aceite de oliva para preparar la comida en la Casa de la Prensa. Antes de irnos compramos algunas patatas, la mayoría podridas, y algunos tomates y cebollas muy marchitas. En el camino de vuelta, propuse que pasáramos por mi casa en Saftawi, para poder ducharme y ahorrar un poco de agua de la Casa de la Prensa. Recuperé una camisa azul sin planchar que hacía cinco años que no me ponía.

Ya en la Casa de la Prensa, tocamos el timbre durante unos veinte minutos, pero Hatim no abría. Al final conseguí que Yasser trepara la tapia para cruzar al otro lado y abriese la puerta. Hatim estaba dentro, dormido. Después de dejar la comida, fui a ver a mi padre. Mi hermano Ibrahim se ha mudado con su suegro. Awatif, mi hermana, se ha mudado con su numerosa familia (hijas e hijos) a casa de sus suegros, mientras que Amina se ha ido a vivir con mi padre. Mi padre me propuso dormir en su casa, cosa que me hubiera encantado, por supuesto. Es la casa en la que nací y en la que he vivido la mayor parte de mi vida. Lo más diplomáticamente posible, me negué explicando que necesitaba estar en la Casa de la Prensa con electricidad e internet. «¿Tienes miedo?», le pregunté medio en broma, medio en serio. «No, no, no», se burló, «Dios es nuestro protector». Mohammed le ofreció un cigarrillo mientras yo intentaba leerle la cara.

De vuelta a la Casa de la Prensa, empecé a preparar la cena. Le pregunté a Hatim cuál era el agua más segura. Por suerte, me explicó, un amable hombre había colocado un gran depósito negro lleno de agua potable al otro lado de la calle para que todos pudiéramos usarla. Agarré dos baldes y crucé a llenarlos del tanque.

Llevé mi colchón al interior y lo coloqué entre dos filas de escritorios, como una salchicha entre pan. Todo, excepto la televisión, estaba apagado para ahorrar electricidad. En la pantalla, un presentador de noticias pedía a los corresponsales en Gaza, Tel Aviv, Jan Yunis y el sur del Líbano actualizaciones y aclaraciones. Imagino que una granada nos mata allí donde estamos, y que la televisión continúa sin inmutarse, hasta el punto de que acaba dando la noticia de nuestra muerte sobre nuestros propios cadáveres. Imagino que otro impacto cercano hace que el televisor se tambalee del estante y caiga sobre nosotros, continuando con la noticia de nuestro fallecimiento, boca abajo, sobre nuestros cuerpos desmembrados. Imagino al presentador saliendo del televisor e intentando recoger sus palabras de entre toda la carnicería que le rodea para volver a limpiarlas.

Me despierto sobre las seis de la mañana y salgo a la calle con la esperanza de tener señal. Tengo que ponerme en el medio de la calle y agitar el teléfono por encima de la cabeza, solo para captar los mensajes de la noche.

Hacia las diez de la mañana lavo mi camisa nueva, que llevaba más de cinco años sin tocar en el armario. No tengo nada más que ponerme, así que tengo que esperar desnudo, durante tres horas, a que se seque. Desnudo, estoy expuesto a un aluvión de mosquitos, que hacen ruidos similares al de los drones de fuera. Pongo mi portátil al sol, para que se seque un poco más. Todavía tengo fe en que algún día volverá a funcionar. Nos aferramos a estas pequeñas esperanzas. Tenemos que hacerlo.

Lunes 16 de octubre (Día 10)

Ayer vi la muerte acercarse. Sentí sus pasos creciendo cada vez más fuerte. Vi sus mandíbulas abiertas, mientras se acercaba. Acaba de una vez con esto, pensé.

De repente suena mi teléfono. Es Rulla, un pariente en Cisjordania, diciéndome que verifique si es cierto que ha habido un ataque en la calle en Talat Howa, donde vive mi primo Hatem. Talat Howa está en el lado sur de la ciudad de Gaza. Hatem está casado con Huda, la única hermana de mi esposa. Él vive en un edificio de cuatro pisos. Su madre vive en la planta baja, su hermano menor (y su familia) viven en el primer piso, su hermano mayor (y su familia) viven en el tercero, y él vive con su familia y la familia de su hijo en el segundo piso. Son las ocho de la tarde.

Intento llamar a algunas personas, para averiguar cuáles de los edificios de la ciudad de Hatem han sido atacados. Pero ninguno de sus teléfonos funcionan. Camino hasta el Hospital Al-Shifa para verificar los nombres: las listas con los muertos identificados están colgadas fuera de la morgue improvisada. Apenas puedo acercarme al edificio: cientos de gazatíes han hecho del hospital su casa, su jardín, sus pasillos, cada rincón vacío o desocupado del hospital tiene una familia. Me doy por vencido y me dirijo al edificio de Hatem.

Treinta minutos después estoy parado en su calle. Hasim, el hermano de Hatem, por suerte o, como él diría, por mala suerte, acababa de salir a hacer recados cuando cayó el misil. «Es cierto», me confirma. Una o dos horas antes habían bombardeado el edificio de Huda y Hatem. Los cuerpos de la hija de Huda y sus nietos ya habían sido retirados; la única superviviente de la que se sabe, hasta ahora, es Wissam, otra de las hijas de Huda, que ahora está en cuidados intensivos. Wissam, me entero más tarde, entró directamente a cirugía, donde le amputaron ambas piernas y la mano derecha. Wissam es una joven artista recién graduada en la Escuela Superior de Artes de Gaza. Un día antes de que estallara la guerra, se suponía que yo debía asistir a su ceremonia de graduación, pero por cuestiones personales llegué tarde. Ahora Wissam tendrá que pasar el resto de su vida sin piernas y con una sola mano. «¿Y los demás?», le pregunto a Hasim. «No podemos encontrarlos», me responde.

Al final del día, logramos recuperar cinco cuerpos. Cuatro de ellos eran Mustafa, Adam (su hijo) y su esposa y una criatura de tres meses. Desafortunadamente no pudimos encontrar a nadie más. Llamamos y llamamos. Gritamos: «¿Hola? ¿Alguien puede oírnos?». Gritamos los nombres de quienes todavía estaban desaparecidos, esperando

desesperadamente que alguien estuviera vivo todavía bajo las ruinas. Tristemente, después de cinco horas, fuimos a enterrar los cuerpos que habíamos encontrado.

Por la noche voy a ver a Wissam al hospital; está apenas despierta. Después de media hora me pregunta: «Khalo ('tío'), estoy soñando, ¿verdad?».

«Todos estamos en un sueño, Wissam», le digo.

«¡Mi sueño es terrorífico! ¿Por qué es así? ¿Por qué?», me responde.

«Todos nuestros sueños son terroríficos», le digo.

Después de diez minutos de silencio, ella dice: «No me mientas, Khalo. Estoy en mi sueño. No tengo piernas. Es cierto, ¿no? ¿No tengo piernas?».

«Pero dijiste que es un sueño», le digo.

«No me gusta este sueño, Khalo», me contesta ella.

Tengo que retirarme. Lloro y lloro durante diez largos minutos. Abrumado por los horrores de los últimos días, camino directamente fuera del hospital, y me encuentro deambulando por las calles. Pienso para mis adentros: podríamos transformar esta ciudad en un set de filmación para películas de guerra. Quizá películas de la Segunda Guerra Mundial y películas del final de los tiempos. Se lo podríamos ofrecer a los mejores directores de Hollywood. Tenemos de todo aquí. Todo lo que haga falta para cualquier tipo de catástrofe. Día del Juicio Final a la carta.

¿Quién tiene el coraje de contarle esto a Hanna, mi esposa, tan lejos en Ramallah? ¿Quién tiene el corazón para decirle que su única hermana ha sido asesinada? ¿Que su familia ha sido asesinada? Yo no tengo ese coraje. Llamo por teléfono a Manar, mi colega, y le pido que vaya a nuestra casa en Ramallah con algunos amigos cercanos, e intente demorar que la noticia le llegue a Hanna. «Miéntele», le digo a Manar. «Dile que el edificio fue atacado por los F-16 pero que los vecinos creen que Huda y Hatem no estaban en ese momento.» «¿Dónde están?» «No sabemos exactamente, pero deben de estar en algún lado.» «Cualquier mentira que sirva», le digo a Manar, «lo que sea que pueda hacer que para cuando la noticia llegue, sea infinitesimalmente más leve».

Por la mañana voy a ayudar en la búsqueda de los cuerpos desaparecidos. El edificio es «un montón de imágenes rotas», como diría TS Eliot, y los drones vuelan muy altos y apenas son visibles en el expansivo infinito de azul, asegurándose de que no tengamos refugio, mientras revolvemos entre las ruinas, bajo su constante y circular zumbido. Tantas vidas deshechas. De camino a la casa de Huda y Hatem, veo las torres destrozadas, negocios, escuelas, edificios universitarios. Gaza es sometida a otra de sus mórbidas transformaciones. Pero esta vez es diferente, una nueva máscara es colocada en su rostro. Una de ira insaciable.

Nací dos meses antes de que la guerra de 1973 empezara, y desde entonces he vivido a través de una guerra interminable. Fragmentos de balas se incrustaron en mi hígado. Tenía quince años durante la Primera Intifada, cuando me dispararon los soldados israelíes y me incrustaron en el hígado esos fragmentos de bala que aún continúan allí. El cirujano británico calmaba a mi madre y le dijo: «Su hijo va a sobrevivir».

Cada vez que encuentro a la muerte frente a mí, en el medio de la calle, como en aquel momento, intento juntar mi coraje y convencerme de que voy a sobrevivir, así como el cirujano inglés le dijo a mi madre que lo haría. Pero esta vez es distinto. Esta vez no me puedo convencer. Fracaso en el intento de calmarme a mí mismo. Sé que no puedo mentir. Lo veo por todos lados, es la muerte, puedo sentirla. Puedo tocarla. Sobrevivir no está en la lista de elecciones que yo pueda tomar.

Martes 17 de octubre (Día 11)

Es el día 11 del conflicto, pero ya todos los días se han fundido en uno: hoy es como ayer, el mismo bombardeo, las mismas noticias, el mismo miedo, el mismo olor. Nada cambia. Uno vive con el bombardeo, el ruido de las explosiones, el zumbido flotante de los drones, el sónico boom de los F-16. Esta cacofonía es como la banda sonora de una película, solo que la película es tu vida. Tienes que vivir con esto. Y recordarte a ti mismo que *estás* vivo en esto, que *esto* no es una película. Pero después dudas: tal vez sí es una película, un biopic, y ya estás muerto.

Mi madre solía decir: «Los muertos nos escuchan, Atef, si les hablamos, pero solo si somos honestos con ellos». Me pregunto, tal vez estoy en un documental, uno malo, un pedazo de propaganda que solo sirve al país donde se muestra, reafirmando todos los prejuicios de los espectadores, todas las mentiras con las que los medios los han alimentado. Quizá soy uno de los muertos mencionados, y mi muerte, propaganda. Quizá soy una de las personas que han muerto, y ahora les están mintiendo, y nadie puede oírme. Leo todos los nombres en el teletipo de las noticias al final de la pantalla, esperando a que aparezca el mío.

Por la noche vuelvo a visitar a Wissam, que se ha quedado sola en el hospital. Me reuní con la enfermera y le expliqué la situación. «Necesita compañía, alguien que cuide de ella.» Hablé con Wissam y me preguntó lo mismo que el día anterior. Traté de explicar que no elegimos nuestro destino, sencillamente nos pasa. Nadie debería juzgarme por lo que le dijese en ese estado, tenía que decir cualquier cosa que lograse calmarla. Me preguntó de nuevo por sus piernas.

«Lo que realmente importa es que sigues viva.»

«¿Incluso sin piernas? ¿Incluso sin una mano?»

Y no había nada más que pudiese decirle, excepto: «Sí».

Maldije mi suerte por tener que ser yo quien le diese esa noticia. Llamé por teléfono a Waffa, su hermana, para hablar también con ella. No hablé acerca del dolor. No se puede hablar, o escribir sobre el dolor. Es algo que se siente, que se vive. Mientras estaba con Wissam observaba a través de la ventana del hospital, intentando averiguar qué nos esperaba más allá de la oscuridad.

Las tareas que quedaban eran las más duras: consolar a mi padre y a mi suegra por sus pérdidas familiares.

Anoche no tuve otra opción más que dormir en la casa de mi amigo, en Jabalia, el campo donde nací y pasé casi toda mi vida. Durante tres noches había dormido en los jardines del edificio de la Prensa. Yasser pasó las noches conmigo, durmiendo a mi lado. Estaba aterrorizado,

por supuesto. La Casa de la Prensa está ubicada en el corazón del barrio Rimal de la ciudad de Gaza. Todas las noches allí oímos las metrallas cayendo alrededor, hora tras hora. Más de una vez tuvimos que levantarnos y buscar un nuevo refugio. Al final dormimos entre dos filas de escritorios nuevos. Nos amontonamos en un pasillo mirando fijamente los cables de internet y los de los ordenadores. Cuando el sueño finalmente llega, es como una entrega: uno concede, se da cuenta de que no hay otra opción que dejarlo ganar, aceptar lo que pueda venir, aunque eso sea la muerte.

Mi intención a corto plazo es empezar a dormir en casa de Faraj. La hermana de mi suegra y su familia se han trasladado allí. La casa está ubicada en lo que llamamos la Zona Ferroviaria, al este de Jabalia. Faraj está actualmente solo en su piso, ya que su mujer se ha ido a quedarse con su familia tras la muerte de su hermano el primer día de la guerra. La madre de Faraj vive en el piso más bajo de su edificio, mientras su piso está encima del de ella.

Cuando llego a la casa de la madre de Hanna, encuentro a un corro de mujeres rodeando la cama de mi suegra y consolándola. Mostafa, mi suegro, está solo en su habitación. Intenté recuperar la compostura antes de entrar en su habitación. Me abofeteé el rostro y me grité en silencio. El viejo solo tenía dos hijas y ahora una de ellas, Huda, se ha ido. La mitad de su familia ha sido aniquilada. Le digo: «Que Dios nos asista», pero se queda con la vista fija en la nada. Me siento a su lado. No puedo resistirlo más y rompo a llorar. Pienso en Hatem y en la clase de persona que era mi cuñada Huda. Un día antes del ataque Hatem me escribió, me dijo que viniese a pasar la noche con ellos. Si lo hubiese hecho ahora estaría muerto.

«¿Los encontraremos?», me pregunta el viejo.

«Inshallah», respondo, «por la mañana saldremos a buscarlos».

Nos quedamos ahí sentados, escucho caer la lluvia. Es la última lluvia que necesitan los olivos para cebarse, antes de ser vareados. Miro a través de la ventana y digo: «Quién sabe, a lo mejor encontramos a algunos vivos». No es solo una ilusión. Muchos serán encontrados días después. Como la periodista dada por muerta entre los escombros junto a sus hijos que, dos días después, respondió a la llamada cuando la telefoneó su padre. Estaban vivos y esperaban un rescate. Las historias de supervivencia se propagan tan rápido como las de muerte.

En lo que se refiere a la madre de Hanna, nada puede decírsele a una mujer que ha perdido a su hija, además tan de repente. Huda no estaba enferma, la muerte no avisó. Segundos antes de que el misil israelí explotase, mi suegra hablaba con su hija por teléfono. Había que hacer la cena así que colgaron diciéndose: «Mantente a salvo», sin saber que no podría mantenerse a salvo ni tan siquiera cinco minutos más.

Lloró durante horas, aullando el nombre de Huda. Parecía no creerse que su hija hubiese abandonado este mundo. Mi suegro le dio a su primogénita el nombre de su madre. La historia de amor entre Huda, la abuela, y su marido Yousef, sigue viva en el imaginario familiar, y ha pasado de generación en generación. Después de la guerra de 1967, ambos pudieron visitar Jaffa una vez más. Habían tenido que irse de niños, durante la Nabka. Volver a la ciudad brevemente fue para ellos un sueño, sentarse en los escalones de los cines Alhambra como habían hecho antaño cien veces.

¿Qué hubiese pensado la vieja mujer acerca del asesinato de Hatem y su nieta, Huda?

Cuando Ashraf, el marido de Waffa (la hermana de Wissam) telefoneó para darle las noticias a mi suegro, este tenía el teléfono en manos libres, y su mujer lo escuchó todo al mismo tiempo. Ella gritó. Se enteraron a la vez.

Camino hacia la casa de Faraj. No he comido nada desde ayer. He recibido noticias de mi amigo Mohammed Mokaiad, a quien conozco desde que éramos niños. Su mujer ha quedado completamente paralizada después de que un trozo de metralla le haya atravesado el cuello. Su hermano Yasser ha sido asesinado junto con toda su familia mientras viajaban al sur, tal y como el Gobierno israelí había solicitado. En el lado oriental del barrio, decenas de personas estaban sentadas frente a la última tienda aún abierta en la calle secundaria. Nuestro barrio tiene dos calles: la calle principal (calle Howji) que compartimos con familias que venían del pueblo de Howj, y la que compartimos con familias que se refugiaron de Dayr Sunayd. Mi abuelo tenía una tienda allí, antes de partir hacia Jordania, después de 1967, donde vivió el resto de su vida.

Habían enviado a Mohammed antes en busca de falafel, pero había fracasado en la búsqueda, así que regresó con chocolate. Me como tres porciones y envío dos a mi padre a través de mi hermano Khalil.

Cuando llegamos a casa de Faraj se ofrece a hacernos la cena. Todo lo que he podido llevarme al estómago es ese chocolate, pero aun así declino la oferta. Tenemos que racionar la comida. En lugar de eso intento conectar mi teléfono a internet a través de una tarjeta de datos que Mohammed me ha traído. Es lo que llamamos red de la calle.

A las 14:45 nos despierta el impacto de un misil F-16 en un edificio cercano. Mi colchón está en mitad de la sala. He valorado el lugar más seguro donde colocarlo. Empecé por la cocina, pensando que era lo más lejano (desde la calle), pero luego imaginé utensilios de cocina volando por todas partes. Así que opté por una esquina en la sala de estar. ¿Pero y si un espejo se me caía encima? Siempre hay algo que temer, con lo que tener cuidado. Al final: en medio de la sala de estar.

Oigo voces a través de las ventanas así que me asomo: al parecer el objetivo era un banco que está a unos cien metros. Un conductor de ambulancia confirma que no hay heridos. Pero el edifico está totalmente destruido. Al día siguiente oímos que un pedazo de metralla voló cientos de metros y acabó en la habitación de nuestro amigo Abdel Aziz, donde mató a su hijo. Aquella noche, Abdel Aziz había llevado a sus cuatro hijos y a su única hija a dormir a una habitación en la parte alta de la casa, con techos de madera. Pensó que las casas con techos de hormigón eran más peligrosas, porque al colapsar mucha gente moría dentro. El chaval dormía entre sus hermanos y su hermana cuando la metralla le alcanzó, después de atravesar el techo con facilidad.

Llevo a mi suegro y a su nieta Widdad a visitar a Wissam. La noche en la que sucedió el ataque, Widdad estaba durmiendo en casa de su abuelo, cuidando de su abuela. Este será el primer día que se vean desde las amputaciones de Wissam. Y como era de esperar, la reunión está bañada en lágrimas. El abuelo intenta calmarlas. Yo apenas puedo soportarlo. No soy tan fuerte como solía ser. Los dejo allí y me dirijo a la Casa de la Prensa. Cuando llego, Bilal parece preocupado. Puedo leer el miedo en sus ojos. «¿Tienes miedo?», le pregunto. «No, pero la situación es insostenible, y muchos factores están cambiando.» Me sugiere que vayamos a dormir con nuestro amigo Jawdat Khoudary, en la parte vieja de la ciudad. Le digo que tengo que ir a trabajar, hay que ir a buscar cuerpos entre los escombros. Yasser llega y me dice que Widdad necesita pañuelos y zumo para su hermana. Su rostro y su pecho están encendidos, como si el calor de las deflagraciones siguiese en su cuerpo. Sin embargo, sabemos que es su cuerpo luchando contra la infección. Necesita desesperadamente beber algo.

Mohammed se acerca al supermercado a comprar lo que ha pedido. Yo acompaño a Yasser y a mi suegro a ver la casa destruida. Yasser y yo rebuscamos entre los escombros, con el viejo observando a una distancia prudente. Es incapaz de acercase más. Solo puede quedarse ahí y llorar.

En cada pila de escombros se abren agujeros, unos más grandes y otros menores. En los más grandes descansa una pieza de mampostería, una estructura, un muro o una escalera que han logrado frenar parte del derrumbe, y que permiten pasar entre ellos. Escalo estas estructuras y grito: «Huda, Hatem, ¿podéis oírme? Si alguien puede oírme decid sí o Dios».

Yasser y yo retiramos algunas piedras. Un olor putrefacto se expande. Creo que estamos en lo que fue la habitación de Hatem. Acerco mi móvil a los agujeros más pequeños y fuerzo el zoom al máximo, intentando una imagen más clara. Lo he intentado varias veces, pero no he logrado nada.

Después de unas cuantas horas regreso a la Casa de la Prensa. Rimal está en calma. No hay coches. No hay gente cruzando las calles. La ciudad parece débil, exhausta. Por doquier se encuentran restos de destrucción: una casa a la que le falta una esquina, ocupada ahora por escombros, un bloque de apartamentos desmantelado, sin nada más que polvo en el lugar que antes ocupaban las paredes. Las calles están llenas: de ropa esparcida, de juguetes perdidos esperando a que los niños los recojan, de libros escolares rotos, de novelas y folletos medio quemados, de almohadas y sofás envueltos con fundas cosidas a mano, de televisores que nunca volverán a emitir programas. Incluso los azulejos de los baños han salido volando y están ahora desperdigados por la calle, que jamás volverá a estar limpia.

En Gaza no existe la estabilidad. La guerra ha existido aquí desde que existe la misma Gaza. En mi camino de vuelta a Jabalia observo el complejo italiano. Todo el mundo sabe que fue destruido en la guerra de 2014, y fue reconstruido apenas hace tres meses. Y me pregunto: ¿sobrevivirá a esto?

Miércoles 18 de octubre (Día 12)

Los dos eventos más importantes en nuestras vidas son los únicos sobre los cuales no tenemos ninguna autoridad: nuestro nacimiento y nuestra muerte. En el medio, jugamos un juego sin poder alguno sobre ese tiro final, el monstruoso último gol en tiempo de descuento que socava todo lo que hayamos hecho, casi burlándose. No depende de nadie más. Uno simplemente pierde.

Esta era mi segunda noche en Jabalia. El lugar donde debería haber estado desde el principio, donde mi familia —padre, hermanas, hermanos— se habían reunido. Podría haber muerto aquí en la Segunda Intifada o por lo menos en la segunda larga «guerra», en 2014. Pasamos la noche intentando encontrar señal para escuchar la radio. La guerra nos arrastra al pasado y a las viejas formas de enterarnos de las cosas. Ahora, la radio es la única vía que nos acerca las noticias. Sin internet. Sin redes sociales. Volvemos al tiempo de la radio. Las explosiones continúan, cada vez se sienten más cercanas, cada vez hacen que me revise el cuerpo, por si me han alcanzado.

Después pienso: ¿por qué siquiera quiero sobrevivir? ¿En qué me beneficiaría sobrevivir, si solo vivo para pasar otro día temiendo que no voy a sobrevivirlo? Hasta ahora, sigo aquí, claro. ¿Pero a qué precio, si es solo por otro día? ¿Debería darme por vencido y retirarme de este juego? Ya basta de estar doblegado por la muerte, no más búsquedas del siguiente lugar seguro, se acabó el racionalizar lo que está pasando. Debería simplemente dejar que ocurra, venga lo que venga.

Ha sido una noche oscura y terrible. Más de 500 personas fueron asesinadas anoche en el Hospital Bautista. 500. Podrían haber muerto en otro lugar. Pero buscaron una vida y un futuro en la santidad de ese hospital, creyendo, equivocadamente, que los israelíes saben que los hospitales están protegidos por leyes internacionales. Sin respetarlo, fueron asesinados, fueron aniquilados.

El hospital fue construido por los británicos, o más bien por la Iglesia de Inglaterra, hace ciento cincuenta años. Solíamos llamarlo El Hospital Inglés. Allí es donde fui salvado, por un cirujano inglés, cuando me dispararon de adolescente en la Primera Intifada. Apenas puedo dormir pensando en ese lugar, pensando en los niños que dormirán en los jardines del hospital frente a la iglesia, descansando bajo el cielo azul oscuro, protegidos tan solo por algunas nubes dispersas, esperando el sol de la mañana, al que nunca despertarán. Cierro los ojos y trato de imaginarme a mí mismo no despertando.

El primer día de la guerra, un amigo mío me mensajeó: «¿Qué está pasando en Gaza?». Yo le respondí: «La pregunta apropiada no es qué

está pasando, sino qué ha estado pasando todo este tiempo, durante más de 75 años». Nosotros vivimos en una película de guerra, y el director, que también es el productor y la estrella, no quiere que termine. El estudio de Hollywood que está detrás de la película sigue alimentando el guion con nuevas escenas, sigue agregando millones de dólares al presupuesto. Las primeras pruebas en pantalla demuestran que será un éxito de taquilla, pero solo si siguen filmando. Y nunca paran.

Solo cuando me despierto sé que estoy vivo. Pero incluso ahí, por un momento, no estoy seguro. Ayer por la tarde estaba allí, en el Hospital Bautista. Fui a comprar pan a una panadería pequeña en el viejo mercado, justo a la vuelta. Si el ataque hubiera ocurrido unas pocas horas antes, hubiera sido uno de los muertos. Por todos lados había gente haciendo colas para el pan. Todas las panaderías de la ciudad están saturadas de gente estos días. Con suerte, después de hacer cola durante dos o tres horas podrás comprar diez rodajas de pan, que le alcanzarán a tu familia para una noche. No hemos comido desde ayer. Y ayer únicamente tomamos café, y café y más café. Fui a varias panaderías buscando alguna que estuviera menos saturada; al final me rendí e hice cola frente a una que solo hacía panes particularmente grandes, usados para los rollos de shawarma, en los clásicos hornos de barro o «forma». Tuve suerte. Después de tan solo una hora y media, me atendieron, y todavía tenían suficiente harina para nuestro pan.

En cuanto me visto, voy a la Casa de la Prensa. Allí hay electricidad, casi todo el tiempo. Por lo menos puedo cargar mi teléfono y ver las noticias en televisión. Anoche, todo el barrio donde está ubicado el edificio de Prensa fue atacado y todas las ventanas, suelos, techos, estantes, puertas, todo en el edificio fue destrozado. Vidrios rotos por todos lados, pedazos de madera, aluminio retorcido, barras de metal deformadas en cada equina. La puerta del jardín voló. Las únicas cosas que no se cayeron fueron las fotos de la Ciudad de Gaza colgadas alrededor del patio interno. La semana anterior, antes de que la guerra estallara, se había inaugurado una muestra de la ciudad, vista a través de la mirada de los fotógrafos, celebrando la belleza de este precioso pueblo: sus calles altas, los parques, los jardines, las vistas del puerto. Las fotos todavía cuelgan de las paredes. Si Yasser y yo hubiéramos dormido allí, como hicimos la primera semana de la guerra, no habríamos sobrevivido. Tuvimos suerte de tener nuestra casa en Jabalia.

Jabalia es uno de los lugares más peligrosos en la Franja de Gaza, uno de los más atacados. Aun así, tuvimos suerte de estar allí anoche. Ahora mismo ya nadie sabe lo que es seguro y lo que es peligroso en Gaza, lo que es bueno y lo que es malo, a quien creer y a quien no. Uno simplemente tiene que elegir. Tirar el dado.

Las noticias dicen que los israelíes quieren evacuar el 60 % de los habitantes de la Franja, probablemente porque quieren aplastar la Ciudad de Gaza. Por todos lados tiran panfletos desde los helicópteros diciendo, en árabe, que quien permanezca en el Norte del Wadi será considerado como integrante de la organización terrorista. Probablemente eso quiera decir que pueden disparar al verlo. Pero yo no voy a obedecer sus órdenes. He estado, hasta ahora, en el norte de la Ciudad de Gaza y en Rimal, dos de las zonas más atacadas. Esto no es una locura. Lo que es una locura es simplemente obedecer sus órdenes. A veces lo único que tienes son las elecciones que tomas; debes asegurarte de que *sean* tuyas.

No hay garantías, de todos modos, de que si me traslado al sur esté seguro. Mi esposa Hanna me suplica por mensajes que me reubique en Rafah, así Yasser y yo podemos estar cerca del paso, en caso de que sea abierto para quienes poseen pasaportes extranjeros y credenciales diplomáticas. «No confío en el ejército de Israel», le contesto, «¿por qué debería obedecerles?».

No son confiables, tal como lo demuestran los hechos. Ayer, Yasser, el hermano de mi amigo Mohammed, fue asesinado junto a su familia en el campo de Nuseirat, al trasladarse hacia el sur desde la ciudad tal como los israelíes habían ordenado. Y muchos otros que obedecieron esas órdenes ni siquiera llegaron tan lejos. Ayer, decenas de personas fueron asesinadas en grupo con ataques de misiles en la calle Salah al-Din, arteria principal de la Franja, cuando iban al sur. Murieron esperando en medio del tráfico, yendo despacio hacia el sur, siguiendo órdenes. Y estas eran personas que ya habían obedecido las órdenes anteriormente, al dejar primero sus casas para ir a las escuelas UNRWA, y al trasladarse después en grupo al sur.

Como siempre dice mi amigo periodista y gerente de la Casa de la Prensa Bilal: «No hay lugar seguro en la Franja de Gaza. Son lo mismo el sonido de un dron fuera y el zumbido de un mosquito dentro, el peligro simplemente está en todos lados».

Mientras pienso a qué futuro se enfrenta esta ciudad, si es que existe, estoy obligado a seguir escribiendo. Mediante la escritura, podemos mantener los lugares vivos, podemos dejar nuestros recuerdos de calles que ahora son escombros, las casas que ahora han sido aplastadas. Podemos no solo evitar que sean olvidadas, podemos crear un mapa para saber cómo deben ser reconstruidas. Reconstruidas como eran, en el lugar que sea.

Toda la familia de mi primo Hatem murió cuando bombardearon la casa. Solo Wissam, mi sobrina de veintitrés años y su hermana Widdam sobrevivieron para mantener sus historias, para contar lo que pasó, para hablarnos sobre sus últimos momentos, las últimas pocas risas, los

últimos pocos abrazos. Alguien tiene que demostrarnos que nadie puede terminar la vida, la vida es un obsequio, que quien sea que nos la haya dado la protegerá. Esto no es una plegaria, ya que no hay plegaria que pueda cambiar el curso del destino, es un sentimiento que tengo, uno que me abruma, cada tanto. Lo sentí anoche, visitando a Wissam en el hospital, cuando distinguí una niña en el pasillo que, a pesar de todo el caos y la multitud, hacía tranquilamente su tarea escolar.

Jueves 19 de octubre (Día 13)

Durante dos horas intentamos averiguar qué ha ocurrido exactamente. Pero no conseguimos encontrar nada: escombros, cascotes, pedazos de edificios, muebles rotos, recuerdos desparramados en todas direcciones, las pertenencias cotidianas de personas que estaban vivas hace apenas una hora. Intentamos frenéticamente encontrar a alguien con vida, intentamos frenéticamente escuchar cualquier llamada de auxilio entre tanto ruido. La escena es caótica e insoportable. Por un momento, imagino que soy yo quien está bajo todos estos escombros y que, aunque sigo vivo, nadie viene a ayudarme. Imagino a mi hijo Yasser en esa situación, atrapado bajo los escombros, pero aún dormido, sin saber que se le está acabando el oxígeno, que está a punto de morir. Disfrutando de su último sueño. ¿Qué estaban soñando esos niños en el momento en que fueron destrozados?

Vuelvo a la casa de Faraj. No podemos hacer nada ahora. La mañana nos ayudará a ver las cosas con claridad. Pero no puedo dormir, solo estoy acostado esperando que entre el sol en la habitación, así me puedo levantar y sumarme a buscar sobrevivientes con el resto del barrio. O muertos. Es difícil para las excavadoras acceder al lugar donde anoche cayó el misil del F-16, ya que los callejones que conducen a él son muy angostos. Parece imposible mover los escombros a mano, y no hay forma de recuperar los cadáveres o ayudar a los que puedan estar vivos sin retirar los escombros. Los callejones más anchos no tienen más de dos metros. La única posibilidad es hacerlo nosotros mismos, sacar los escombros con nuestras propias manos. Levantamos los pedazos más grandes al unísono, una docena de hombres a la vez, empujando piedras y grandes bloques de hormigón, para luego sacarlos del camino. Conseguimos mover y retirar varios muros caídos, con la esperanza de encontrar a alguien detrás o debajo de ellos. Abdo, el hijo de mi primo Ali, propietario de una de las casas destruidas, pasea por los callejones vecinos, llamando a sus hijos. Cree que siguen vivos, que de alguna manera escaparon cuando el misil impactó en su casa. Intentamos calmarlo. No para de gritar: «Despertaos, chicos. Sé que estáis durmiendo. Es hora de despertarse». Ninguno de nosotros puede soportar su dolor, así que todos redoblamos nuestros esfuerzos y nos centramos en el trabajo, intentando bloquear sus lamentos.

Encontramos el cuerpo de Ali, mi primo. Ali es el vendedor de huevos más famoso del campo de Jabalia. Tan solo tres semanas atrás celebró la boda de su hijo, Mostafa. Su hijo escapó a la muerte, pero él no, mientras que todas sus hijas, que se trasladaron con sus maridos e hijos hasta el centro del campo, pensando que era más seguro, murieron. Ya

no volveremos a ver a Ali en el mercado, vendiendo huevos. Ya no le preguntaré: «¿Cómo están tus "huevos", primo?» (la palabra «huevo» en árabe también se utiliza para referirse a los testículos). Ya no oiré su respuesta: «¡Crecen, pero ya no sirven para nada!».

Más tarde, me entero de que otro misil impactó en la casa de unos parientes míos en Jan Yunis. El dueño de la casa que fue alcanzada tenía un negocio de falafel en la planta baja del edificio, donde sus hijos trabajaban a veces, ayudando a preparar el falafel. Anoche estaban haciendo su trabajo habitual: pisando los garbanzos, condimentando la mezcla, echando las bolas de falafel en el aceite caliente. Cerraron la tienda y se fueron a casa alrededor de las 3 de la madrugada. Una hora más tarde, la casa quedó reducida a escombros. Murieron ocho miembros de la familia y cuatro habitantes de la casa de al lado. Sin embargo, tuvieron suerte, ya que sus cuerpos fueron recuperados rápidamente. Eso es lo que significa tener «suerte» en estas circunstancias: la «suerte» de poder tener un entierro digno, de que se nos muestre un poco de respeto en esta formalidad final. Tu familia tiene «suerte» si no tiene que esperar días o semanas a que recuperen tu cuerpo, todo el tiempo imaginándote todavía bajo los escombros, reviviendo tus últimos momentos, atrapado, una y otra vez, sin un cierre. Hanna está sufriendo así en este momento, imaginando desesperadamente los últimos momentos de vida de su hermana Huda, visualizándola a ella, y a su marido Hatem y su hijo Mohammed, todos debajo de los escombros, y sabiendo que no puede hacer nada para sacarlos.

Incluso cuando mueres tu suerte puede seguir empeorando. La muerte de Huda y Hatem y su familia sucedió como un rayo, pero no tener un entierro adecuado es un golpe añadido que desorienta aún más a la familia. Cuando los muertos descansan, nosotros también descansamos.

Algunos niños han inventado una nueva e ingeniosa forma de asegurarse de que su historia sea contada, o al menos quede registrada, incluso después de haber sido despedazados por un misil israelí. Para que sus cuerpos sean reconocidos, han empezado a escribir sus nombres con marcadores en las manos y piernas. Comparten esta práctica en las redes sociales. Algunos incluso escriben los números de teléfono de sus familiares para que puedan llamarlos e informarlos de su muerte. Es casi imposible pensar que el mundo seguirá existiendo después de nuestra muerte, pero estos niños lo hacen: anteponiendo a sus seres queridos, con la esperanza de aliviar su sufrimiento salvándoles del purgatorio de no saber. También lo hacen, creo, por ellos mismos: la idea de morir y no ser llorado por nadie es insoportable.

Ya me he familiarizado con todas las caras con las que me cruzo de camino al tercer piso del hospital donde Wissam está siendo tratada. Conozco a la gente que vive en la pequeña carpa a la entrada de la escalera, cerca de la unidad de urgencias. Conozco a la mujer con sobrepeso que duerme en una camilla en el pasillo del primer piso. Conozco a las tres jóvenes que siempre están sentadas cerca de la entrada del segundo piso, con caras de ansiedad, aparentemente sin creer aún que ahora esta sea su vida. Cuando camino por el pasillo del segundo piso hacia el quirófano, siempre veo a la familia que ahora utiliza como dormitorio una habitación contigua al quirófano. Conozco al padre que siempre intenta calmar a sus hijos. Conozco la cara del hombre que está detrás de la cortina que ha corrido por la esquina de un pasillo para crear su propio espacio. Cuando veo su cortina, sé que he llegado al cuarto piso. Y cuando recorro el pasillo del primer piso, conozco a la mujer que siempre está ocupada preparando tentempiés para sus hijos, y al hombre con la pierna rota y enyesada.

Me he familiarizado con todas las enfermeras y sus caras siempre con el ceño fruncido. Me digo a mí mismo: «Que Dios los ayude a todos». También he llegado a conocer a las familias de los otros heridos de la habitación de Wissam. Conozco a Abu Naeem, el hombre que trabajaba como policía antes de la guerra. Conozco al joven Abu Yazan y a su esposa Om Yazin, que amablemente cuidaron de Wissam el primer día que llegó aquí.

Conozco sus caras y su dolor. Sé lo que sienten y lo que no sienten.

Viernes 20 de octubre (Día 14)

«¿Pero qué te has puesto?», balbuceo al darme cuenta de que mi hermano Mohammed lleva un par de zapatos de mujer. «¿Ahora te das cuenta?», me responde. Resulta que Mohammed los lleva desde ayer. Llevaba dos semanas con el mismo par de zapatillas deportivas y le estaban haciendo daño. Ayer descubrió que los zapatos de Hanna eran mucho más cómodos. Ya nadie presta atención a esos detalles. La guerra y cómo sobrevivir a ella son las únicas cosas que nos ocupan. En la guerra todos son iguales, incluidos los géneros. Ayer, cuando fui a visitar a Wissam, yo llevaba pantalones cortos. Normalmente, ni se me ocurriría usarlos en un lugar así. Pero ahora, a nadie le importa ni se fija. Así, la vida en tiempos de guerra es mucho más sencilla.

Siempre nos preparamos para lo peor. Las mujeres, por ejemplo, han empezado a irse a la cama completamente vestidas e incluso con el pelo cubierto, por si tienen que evacuar la casa de repente y así no perder tiempo en cubrirse. Pero creo que también es por si las matan por la noche, para que no las encuentren semivestidas. Es una de las reglas de la guerra: estar siempre preparado. En los primeros diez días de esta, yo era igual. Siempre dormía vestido. Luego decidí dejar de pensar en los peores escenarios, no es forma de terminar el día. Además, no tengo ni idea de lo que le pasará a mi cuerpo después de morir, así que ¿por qué debería preocuparme? Estaré muerto. Para mí, lo único en lo que debería pensar es en que no ocurra, en mantenerme a salvo.

Anoche dormimos. Quiero decir que dormimos de verdad. Era evidente que todos lo necesitábamos. El dron no paraba de revolotear y zumbar, pero nos dormimos igualmente. Muchos misiles alcanzaron la ciudad de Zahra, al sur de la ciudad de Gaza, destruyendo la mayoría de las nuevas y hermosas villas de la zona. Zahra es una nueva urbanización que fue fundada originalmente por Arafat para detener la expansión del asentamiento de Nitzarim. Al borde de la zona de Sheikh Ijlin, la floreciente nueva ciudad ha dado una nueva vida a la ruta de la costa.

Al apoyar la cabeza en la almohada, me quedé dormido. Normalmente tardo un rato, escuchando el dron y fingiendo mantener una conversación con el piloto, uno de mis pequeños rituales. Pero anoche me quedé dormido como un tronco, y no podía creerlo cuando me desperté y vi que eran las siete de la mañana. Más tarde recuerdo que en realidad me desperté durante unos minutos a eso de las tres de la madrugada, después de oír una explosión, e incluso salí de la cama, me acerqué a la ventana, y vi el camión de bomberos que trabajaba en la calle. Le pregunto a Faraj si había soñado todo esto. Me asegura que

no; todos nos habíamos levantado y mirado. Señala la calle de abajo y dice que los camiones de bomberos siguen trabajando allí. Esos cinco minutos de vigilia me parecieron una pesadilla.

Cada noche, antes de acostarnos, tenemos la costumbre de escuchar las noticias mientras fumamos narguila. El edificio suele temblar a nuestro alrededor, por las explosiones, mientras intentamos relajarnos. Nos acostumbramos a estas cosas. Ya ni siquiera nos molestamos en asomarnos a la ventana para ver dónde ha sido cada impacto. Las explosiones forman parte de nuestra vida. Lo único que importa es que no sea tu casa ni la de al lado. Catorce personas murieron en diferentes ataques en el campo, entre ellas mi amigo Ziad Abu Jidian. El instinto del ejército israelí parece ser matar a tantos como puedan. El número de muertos no es importante, lo importante es que Gaza muera. Para ellos solo somos números, y cuando te convierten en números, no importa si son diez o diez mil. Es solo un número. El mundo permanece en silencio, salvo algunas manifestaciones en las principales ciudades y capitales. Pero a los israelíes no les importan las manifestaciones.

Suena mi móvil para avisarme de que la excavadora ha llegado a las ruinas de la casa de Hatem y Huda. Conduzco hasta allí con Mohammed. Ya han retirado parte de los escombros. Ayudamos en los trabajos de limpieza de escombros en curso y, por fin, al cabo de media hora vemos una mano, claramente la de un hombre. La zona que la rodea está cubierta de polvo y piedras, y al principio no nos fijamos en ella. Durante diez minutos, despejamos cuidadosamente el espacio a su alrededor con nuestras propias manos, retirando piedras y cavando más hondo para llegar hasta el cadáver al que está unida. No tiene cabeza. La mano derecha está levantada como para proteger la cara de su dueño del fuego de la explosión. Hazim, el hermano de Hatem, dice que el cadáver pertenece a su hijo, Awad. Por un momento, pongo en duda esa conclusión. Pero mis dudas desaparecen pronto cuando Hazim explica que Hatem llevaba en ese momento una camisa blanca y su hijo una negra.

El que maneja la excavadora dice que tiene que irse, que es lo máximo que puede hacer por ahora, y al dejarnos nos abandona a nuestro dolor. Metemos el cadáver en una bolsa de plástico y seguimos buscando el resto de los cuerpos. Cada tanto, Hanna vuelve a llamar preguntando si hay algún progreso en la búsqueda de su hermana.

Después de un rato empieza a dolerme la espalda y no puedo seguir. Le pido a Mohammed que me lleve a la Casa de la Prensa. Una hora más tarde me llama para decirme que han encontrado los cadáveres de los hijos e hijas de Hazim. ¿Hay noticias de los nuestros?, pregunto refiriéndome a Hatem, Huda y su hijo. «Desgraciadamente, no», dice. Hacia el mediodía vuelve a la Casa de la Prensa y explica que han tenido que abandonar el lugar por los nuevos bombardeos en la zona. Era

demasiado peligroso continuar la búsqueda. La misión sigue incompleta.

Más tarde, voy a otro lugar bombardeado en Jabalia. Mi primo Nabeel, cuyos hijos siguen bajo los escombros de la casa familiar, está sentado solo, llorando. Me siento a su lado. No puedo decir nada. El silencio es una forma de solidaridad, una expresión de incapacidad compartida. Muchos hombres han estado trabajando aquí, a mano, intentando sacar a la gente. Por fin, alguien grita: «Algunos trozos de cuerpo». Tras tres horas más de trabajo, se encuentran varios cuerpos, entre ellos el de Yousef, el hijo de Nabeel. Unos veintitrés miembros de la familia siguen perdidos entre los escombros, y los esfuerzos por encontrarlos continúan hasta el atardecer.

Sábado 21 de octubre (Día 15)

¿Qué día es hoy? Es una de las primeras preguntas que te haces al despertar. La fecha ya no importa, nadie tiene reuniones o compromisos. Los días son todos iguales. Algunos días, ves más ataques que otros, no porque el día en sí haya sido menos violento, simplemente porque la violencia se ha dado en cualquier otro lugar de la Franja. Todos los días son violentos.

Caigo en la cuenta de que hoy es sábado. Así que ayer fue viernes. Mis parientes siguen con sus esfuerzos para recuperar más cuerpos de los escombros. Abu Lail, un familiar, nos trae café. Nabeel sigue intentando escuchar las voces de su hijo y de sus nietos. Apoya la oreja en cuanto hueco encuentra entre los escombros, esperando escuchar una voz o un llanto. Mete la mano en un agujero y con sus dedos agarra un juguete de uno de sus nietos. Al sacarlo se quiebra en un llanto incontrolable. Después encuentra un plato de basbousa (un postre típico). Claramente alguien lo estaba comiendo cuando el misil impactó. Los cinco nos juntamos alrededor del plato incapaces de procesar el hecho de que alguien murió mientras comía. Una fiesta que termina con la muerte, o la muerte que termina en una fiesta.

Anoche fue difícil. Decirlo parece algo redundante, porque todas las noches lo son. Y lo que pasó anoche es solo la repetición de lo que pasa cada noche. Los misiles caían por todos lados. Los proyectiles hacían su chirriante estruendo, al que poco después le seguía la explosión. En los primeros días de la guerra, discutíamos sobre los tipos de misiles que oíamos y si eran de buques de guerra, tanques o F-16. Ahora estamos más familiarizados con cada tipo y ya no hay desacuerdo. Cada vez que oímos el chirrido del misil, esperamos la explosión y luego el baile en zigzag de la casa. Tiene su ritmo.

¿Nos hemos acostumbrado a los bombardeos? ¿Tenemos menos miedo ahora que al principio? Tal vez. Todo se convierte en normal si ocurre con suficiente frecuencia, incluso la muerte. Es normal enterarse de la pérdida de alguien cercano, cada día esas cosas les ocurren a otros. Uno se acostumbra, por desgracia. La muerte pierde su poder sobre ti, ya no te impacta como antes. Lo único que te importa, en ciertos momentos, es tu propia supervivencia. Y cuando escuchas que otra persona ha muerto significa que tú, por el contrario, sigues vivo. Los muertos no oyen las noticias. Oír que otros se han ido significa que tú no te has ido.

Uno de los juegos a los que me gusta jugar para dejar de pensar constantemente en la muerte es imaginar que nada existe fuera de mi cuerpo. Esta mañana, mientras voy al hospital para visitar a Wissam,

intento jugar a ese juego. Imagino que no veo a nadie y que nadie me ve a mí. No veo ni oigo nada. Tomo el mismo camino de todos los días, solo que esta vez imagino que soy invisible mientras paso por los pasillos y subo las escaleras. Nadie me ve, nadie me oye. Agacho la cabeza. Solo me despierto del juego cuando llego a la habitación de Wissam y la oigo hablar con Dios, culpándolo de haberla dejado con vida: «¿Por qué no me dejaste morir? Debería haber muerto como los demás, ¡estaba con ellos en la misma habitación! ¿Por qué?».

Es fácil ser invisible, pero ser visible, estable y capaz de seguir adelante, a pesar de las heridas y el trauma, requiere fuerza. Así que decido, en mi camino de vuelta por el hospital, abrir los ojos todo lo posible, para ver y oír todo y a todos los que me rodean: la señora con sobrepeso en su camilla en el pasillo; las tres jóvenes que intercambian miradas ansiosas en la entrada del tercer piso; la niña pequeña que hace los deberes sin saber si habrá una escuela a la que volver. Veo a los niños sentados alrededor de su madre preparando los bocadillos de la mañana. Veo al hombre de la pierna rota susurrando a su mujer entre gemidos de dolor. Ojalá pudiera escuchar a escondidas su conversación. Las palabras no sirven para describir todo esto, y no ayudan a que la realidad sea menos dolorosa. Todavía oigo la voz de Bothina, la esposa de Nabeel, culpando a Dios: ¿qué diferencia habría para Él si les perdonara un solo nieto?

Ayer, mientras estábamos sentados con Bilal en el jardín de la Casa de la Prensa, poniéndonos al día y narguileando, oímos un alboroto en la calle. La gente hablaba y gritaba mientras los coches se alejaban. Salimos a ver qué pasaba. Al parecer, el ejército israelí ha llamado por teléfono a los habitantes del barrio de Rimal y les ha pedido que evacúen la región. La calle Shuhada, donde se encuentra la Casa de la Prensa, es una de las pocas calles de Rimal que ya no da señales de vida. Justo el día anterior, había visto a una pareja de jóvenes caminando por ahí de la mano, pasando un raro momento romántico juntos, haciéndose selfis y sonriendo a la cámara. Yo estaba fuera intentando captar la señal del teléfono cuando pasaron junto a mí. Quizás el amor sea posible en tiempos de guerra, pensé. Me saludaron diciendo: «Gracias a Dios que estás a salvo», aunque no me conocían. Se ha convertido en una frase común con la que la gente se saluda ahora. La pareja se detuvo un momento bajo el enorme eucalipto y luego giró hacia la calle Nazaret.

Mi amigo y empresario Abu Sad Wadi vive en esta calle. Cuando salí con Bilal para ver qué pasaba, Abu Sad estaba rodeado de su familia intentando calmarlos. Apenas podía creer que tuviera que abandonar su casa. Los invité a todos a volver a la Casa de la Prensa, donde le dije que se tranquilizara para que pudiera pensar con lógica sobre la situación. El oficial israelí le había dicho por teléfono que su casa iba a

ser destruida y que tenía que irse. En estos momentos, hay que pensar en los que están contigo, y no solo en lo que tú puedes soportar. Todos comprendimos que la misión de Israel era evacuar todo el norte de la Franja de Gaza, y pronto, sin duda, hacer lo mismo con la mitad sur, hasta expulsar a toda la población al desierto del Sinaí. Nadie quería formar parte, pero tenemos que pensar en los más vulnerables de los que están con nosotros.

Antes de volver a Jabalia, pasé por mi piso de Saftawi. Puse en remojo mi ropa y la lavé. Mi camiseta morada se había convertido en un sucio morado grisáceo. Me tumbé en la cama durante media hora e intenté relajarme. El resto del edificio ya está casi vacío. La mayoría de mis vecinos se han ido.

Como no habíamos comido desde por la mañana, le propuse a Mohammed que compráramos falafel y nos lo comiéramos en casa de Faraj. No nos dimos cuenta de que Faraj no tenía pan y esperaba que se lo trajéramos. Mi vecino Abu Aseel me oyó hablar de ello con Mohammed cuando regresó, e inmediatamente llamó a su mujer y le preguntó si podía coger un poco. Ahora, gracias a la generosidad de mi vecino, podemos comer la única comida de verdad del día.

Por la noche, antes de volver a casa de Faraj, fui a ver a mi suegra. Mientras le hacía las preguntas de rigor, parecía completamente derrotada, demasiado agotada incluso para llorar. Yasser, que se ha estado quedando allí, insistió en volver conmigo a casa de Faraj, para poder acompañarme a visitar a Wissam por la mañana. Se quejó de que nos vamos y no lo llevamos con nosotros. Cuando le sugerí que se quedara con su abuela, ya que ella lo necesita, se negó. De vuelta a casa de Faraj, pasamos también por casa de mi padre. Estaba a punto de sentarse a cenar queso y aceitunas, y acababa de encender el fuego del quemador en la garrafa de gas cuando llegué. Le pregunté si tenía frío. No es que tuviera frío, me explicó, es que prefería estar lo más abrigado posible. Le di unos frutos secos que había comprado para él y tres chocolates.

En la calle, un chico vendía todo tipo de radios. Por fin ha vuelto la era de la radio. Aquello me recordó a nuestro viejo vecino Abu Darwish, que inspiró uno de mis personajes de ficción. Los palestinos son tan adictos a las noticias que es como si llevaran setenta y cinco años esperando en vilo una noticia: que todos sus problemas se han resuelto, que pueden hacer las maletas y volver a sus casas.

Domingo 22 de octubre (Día 16)

Ya son dieciséis días de conflicto. Todavía estoy vivo. Gaza ya no es más Gaza. Se ha vuelto una ciudad diferente. Cuando me desperté esta mañana, miré hacia abajo desde mi ventana en el campo de refugiados de Jabalia. Docenas de hombres jóvenes se ocupaban de remover los escombros de un grupo de edificios devastados por los misiles durante las tres noches anteriores, intentando desesperadamente recuperar los cuerpos atrapados debajo. Calculan que unos treinta y cinco cuerpos siguen allí abajo. En cuanto a mi propia pérdida de familiares, hasta ahora no hemos podido recuperar los cuerpos de la hermana de mi esposa, Huda, su esposo Hatem, y su hijo. Ya han pasado ocho días. Hanna, mi esposa, me llama cada mañana preguntando cuáles son las posibilidades de encontrar hoy los cuerpos y poder enterrarlos. Algunas personas han descubierto los cuerpos de sus seres queridos cientos de metros más allá por la violencia de la explosión. Encontramos al segundo hijo de su hermana, Mohammed, tirado sobre un edificio a setenta metros de distancia.

Nuestro vecino de al lado, en Jabalia, Faraj, ha estado muy cerca de nosotros durante las últimas dos semanas, compartiendo cada carga y cada duelo. Cada día de la guerra, hasta ahora, se ha levantado antes del amanecer para prepararse para el largo día que nos espera. Quiere salvaguardar cierta normalidad para su familia, o al menos lo más cerca que podemos estar de la «normalidad», y para ello debe planear cada detalle de su día, como una estrategia de guerra, hacerse con unas provisiones básicas.

Lo primero que hay que pensar, en estos tiempos, es conseguir pan para el día. Las posibilidades de conseguir pan a tiempo para el desayuno son extremadamente pocas. Casi siempre se consigue al mediodía. Sabiendo esto, muchas familias mandan a uno de sus hijos a hacer cola frente a la panadería antes del amanecer. Estos niños tienen que esperar al menos dos horas antes de volver con su preciada carga. Algunos tendrán que esperar hasta cinco horas. Anoche, desafortunadamente, no conseguí nada de pan. Faraj y mi familia han estado comiendo juntos, comunitariamente, desde que todo esto empezó. Por eso anoche asumí que Faraj iba a conseguir el pan, y él asumió que lo conseguiría yo. Compré falafel y cuando lo encontré frente a la casa, para sentarnos y comer juntos nos avergonzamos porque lo único que teníamos para comer eran bolas de falafel. Yousif Shaheen, un amigo del barrio, nos oyó hablar del pan y al darse cuenta de que no teníamos, instantáneamente llamó a su esposa para preguntarle si podía darnos un poco. Unos minutos después una

amable señorita apareció con nueve pequeños rollos de pan para nosotros, suficientes para Faraj, mi hermano Mohammed, mi hijo Yasser y yo. Llevaba tantos años sin vivir en Gaza que me había olvidado de la capacidad de la gente de acompañarse mutuamente, hasta en los momentos más difíciles.

La segunda cosa que hay que pensar es cómo asegurarte de conseguir agua limpia. Para beberla. Olvídate de agua fresca, o de algo para refrescarte. Basta con que esté lo suficientemente limpia. La gente de Gaza ha sufrido cortes de agua mucho tiempo; las aguas están contaminadas hasta en las épocas mejores. Pero ahora esto es un corte absoluto. En el edificio de la Casa de la Prensa, donde llevo diez días, directamente no tenemos agua. El problema tiene varias aristas. Como la electricidad está cortada la mayoría del tiempo, aunque tengas agua, no puedes bombearla a los tanques que están en los techos de cada edificio. Por eso la mayoría de los edificios no tienen agua. No todos pueden comprar botellas, los primeros días de la guerra el precio de una botella pequeña de agua alcanzó los diez shekels, así que mandaban a alguno de los niños a hacer cola cerca de la estación de agua UNRWA para llenar botellas o bidones.

Acostada en el hospital, Wissam arde de fiebre. Como si todavía sintiera el calor de la explosión dentro de su cuerpo, necesita agua, preferentemente fría, idealmente helada, ¿pero de dónde voy a sacarla? Cuando llegamos a la Casa de la Prensa pongo un par de botellas en la nevera y espero cinco horas para llevárselas por la noche. El agua fría es un privilegio con el que la mayoría de la gente ni puede soñar.

La tercera cosa a la que hay que prestar mucha atención en tiempos como este es a tu batería recargable. La electricidad es una rareza fugaz en la Franja por estos días, y algo completamente ausente en los campos. La última vez que hubo electricidad en el campo de refugiados de Jabalia fue hace trece días. Al estar subyugados a lo diario, a constantes cortes durante más de una década (ocho horas sí, ocho horas no), en la mayoría de las casas de la Franja han aprendido a adaptarse: los más afortunados tienen generadores, pero la mayoría depende de baterías, no muy distintas a las de los coches, que se cargan cuando hay electricidad. Estas baterías nos proveen de una luz mortecina por la noche, algo de acceso a internet, aunque no es suficiente para encender una cocina eléctrica, una nevera o un hervidor. Cargar una batería puede llevar hasta cinco horas. En momentos así, cuando no hay electricidad en absoluto, quienes pueden costearlo mandan a un miembro de la familia con la batería a la casa de algún conocido que tenga energía solar. Allí tendrán que esperar haciendo cola para conseguir un lugar donde enchufarla y simplemente esperar a que cargue. Solo al volver a casa podemos cargar los teléfonos móviles.

Así es que para disfrutar de una cierta normalidad necesitas a tres personas trabajando para ti: una en la cola del pan, otra en la cola del agua en la bomba UNRWA, y otra más esperando a que cargue la batería de la casa en un edificio con paneles solares. Afortunado el hombre con tres hijos que puedan hacer eso por él, de otro modo tendrá que correr frenéticamente con su esposa de un lugar a otro, en busca de migajas.

Esta mañana las filas de las baterías son más largas. Cientos de mujeres, hombres y niños esperan conseguir su pan. Frente a la panadería Shanti, en la calle Wihda, la cola es de más de quinientos metros, lo mismo frente a la panadería Family en el cruce entre la calle Wihda y la calle Nasser. De acuerdo con el director de la Asociación de Panaderías, Abdelnasser Ajrami, siete panaderías han sido atacadas por misiles israelíes. Dos noches antes, la panadería cerca de la casa de mi hermana Asma, un lugar llamado Abu Rabee, fue completamente destruida, junto con las vidas de la mayoría de las personas que hacían fila fuera. Esto es a unos pocos cientos de metros de donde estoy viviendo en Jabalia. Y no solo se han destruido panaderías, también cafés donde proveen a la gente de comida rápida en un momento en que la mayoría está sin hogar y ya no tienen más acceso a sus propias cocinas. Es como si los israelíes estuvieran buscando el objetivo más indefenso de los indefensos; también han atacado el Hospital Bautista, así como varias iglesias: el primero, tan obvio, pero con tan mala prensa. Pueden culpar de ello a los palestinos. Como atacar dos hospitales podría resultar algo sospechoso, ahora van a por blancos más pequeños e insignificantes, y muchos de ellos son panaderías donde la gente hace cola pacientemente, niños en su mayoría, esperando morir, ya sea rápidamente por un misil aéreo o lentamente por inanición, mientras las filas se hacen cada día más largas.

Anoche el mercado del campo de Nuseirat fue atacado. Entre los lugares alcanzados estaban los dos mejores restaurantes del campo: Jenin Restaurant y Aqil Restaurant. En el quinto día de guerra, cuando estuve en Nuseirat, compré un sándwich de Aqil Restaurant. Las personas que hicieron fila allí anoche para comprar sus sándwiches ahora están muertas.

He convencido a mi padre para que me preste una de sus viejas radios. Durante las largas noches, sin electricidad, sin internet, me siento desconectado del mundo. Todo lo que puedo escuchar es el sonido de las explosiones y gritos sin poder saber de dónde vienen exactamente. A veces Faraj, Mohammed y yo nos metemos en un macabro juego de adivinar dónde ha sido cada explosión y lo cerca que está. Supongo que la mayoría de la gente en Gaza ha jugado a este juego durante las últimas dos semanas.

La única solución a esto es tener un set de radio. Mi padre tiene tres, para él son como reliquias familiares. Una tiene más de treinta años.

Finalmente, acepta darme una para las noches de guerra. La mayoría de la gente ahora depende de estos viejos equipos para escuchar las noticias. Han empezado a venderlas nuevamente. Aunque los negocios de radios desaparecieron hace tiempo, ahora muchas tiendas en Gaza anuncian que tienen radios a la venta, ubicándolas en el centro de los escaparates. Pasamos la noche luchando con la estática, intentando conseguir una señal clara.

Pero mientras el tiempo pasa, cada día se parece más y más al anterior, y al anterior a ese, y cada noche parece la última. Esta guerra parece la última y a la vez es como la anterior. En una guerra nada es nuevo. Le decía a Mohammed: «La única cosa que posiblemente sea nueva de la guerra es eso que uno nunca puede saber: que sea tu última guerra». A pesar de todo, el hecho de despertarnos cada mañana es noticia suficiente para mí, y no podría agradecerlo más.

Lunes 23 de octubre (Día 17)

Anoche fue la noche más violenta. Unas seiscientas personas fueron asesinadas durante los ataques en distintas áreas de la Franja. Alrededor de las once de la noche oí una explosión cercana. La secuencia habitual: el chillido del misil, un flash en la oscuridad, después la explosión. Estaba acostado en el colchón, en el medio del piso (alejado de las ventanas), intentando dormir casi anestesiado cuando descubrí una nube oscura y nociva llenando la calle. No parecía que hubiese nadie fuera. Oí el sonido de varias ambulancias llegando todas a la vez. Empecé a toser. El olor era ese del metal ardiendo y la ceniza. Tuve que tomar un poco de agua. Me ardía la garganta. Todos se despertaron y miraron por la ventana. El humo se hacía más denso. Conté doce ambulancias yendo hacia el este de la calle.

Normalmente la pregunta que nos hacemos es: ¿Dónde ha sido? Normalmente, después de media hora, las noticias llegan para informar de que fue cerca de Trans, por ejemplo, una zona que puede decirse céntrica en el campo de refugiados de Jabalia. Ahora sé que esto es lo que pasó en Trans el tercer día de la guerra, cuando más de cincuenta personas fueron asesinadas. Pero esta vez las noticias tardan días en llegar. Una de las cosas más inquietantes de la guerra, esta vez, es que los misiles pueden caer a unos pocos metros y pasar horas o días sin que sepas exactamente dónde. Sin noticias, sin internet, sin la posibilidad de salir, uno solo puede especular quién ha sido herido.

Extraño la comida de verdad. La mayoría de los días como falafel por la mañana y falafel por la noche. Hace dos días compré algo de pollo y lo freí enseguida, para que Mohammed, mi hijo Yasser y yo pudiéramos comer. Para nosotros fue un festín. Quería guardar un poco para el día siguiente, pero Mohammed se burló diciendo: «¡Mañana estará podrido!». Tenía razón: la nevera no funcionaba por la falta de electricidad, así que puse el pollo en un cuenco y lo llevé al balcón porque por las noches el aire es más fresco. Todos improvisamos, por supuesto, en tiempos de crisis. Pero esta mañana nos despertamos y descubrimos que el pollo estaba podrido, olía horrible. Ahora no tenemos nada para comer, así que llamo a mi hermano Ibrahim y le pregunto si puede comprarnos algo de falafel antes de que cierre el negocio. Cuando llegamos a la casa de la familia donde Ibrahim está alojado, improvisamos unos sándwiches con el falafel. Cada vez que lo como, siento que es lo mejor que he probado nunca. Para mis adentros, creo que me lo digo porque podría ser mi última comida.

Esta mañana me sorprendo al ver una barbería abierta. Mi intención de entrar termina al ver la cola de hombres jóvenes fuera. En cambio,

sugiero que mi hermano Ibrahim me corte el pelo usando la pequeña máquina que tiene. Mi hermano Naeem, ya fallecido, era bueno cortándonos el pelo. En la Primera Intifada, durante los toques de queda, que a veces duraban hasta cuarenta días, Naeem solía cortarle el pelo a la mayoría de los hombres del barrio. Ahora, Ibrahim lo hará lo mejor que pueda.

Esta mañana me desperté desesperado por que algo cambie. Es desesperante esperar que una guerra termine. ¿Y si nunca termina? No terminó en una semana. Quizá no termine después de un mes, o un año. Nosotros, el objeto de la guerra, no tenemos voz en su desarrollo. Me di cuenta de que necesito tener una estrategia a largo plazo y planificar más seriamente cómo voy a gestionar mi vida durante las próximas semanas y meses.

Hoy me quedo en Jabalia. Eso significa que no iré a visitar a Wissam al hospital y que no iré a la Casa de la Prensa. A mí, el solo hecho de visitar a Wissam me devasta. Creo que soy más débil de lo que imaginaba. Y a veces uno tiene que hacer lo que sea mejor a largo plazo. Para poder ir a verla mañana, no debo ir a verla hoy. Descansaré.

Llamo a mi hermana Eisha para preguntarle si estaría dispuesta a cocinarnos una comida caliente. La haría muy feliz, contesta. Su esposo, Maher, también es un buen amigo mío. Sugiere sacrificar un par de pollos que ha criado en el corralito de su pequeño jardín.

Mi plan de hoy es no usar el coche porque anda escaso de gasolina. Y no queda más en la gasolinera. No hemos podido repostar en más de una semana, tenemos que ser cuidadosos. El combustible es una de las mayores presiones para los gazatíes ahora: es mejor usarlo únicamente para emergencias. Algunas personas que tienen generadores también necesitan gasolina. Por eso es normal ver cientos de personas haciendo cola en las estaciones de servicio, sosteniendo sus bidones con la esperanza de mantener sus generadores funcionando. Ayer vi al dueño de la estación de combustibles en la entrada de Jabalia discutiendo desesperadamente con un grupo de personas que se había reunido frente a la estación, mientras intentaba convencerlos de que no había más combustible y que hacer cola era inútil. Sus intentos por que se fuesen fueron en vano. Un hombre gritó: «¿Cómo es que tienes una estación de combustible y no tienes combustible?». Indignado, el dueño le contestó: «Pregúntale a la guerra».

Me dirijo caminando a la casa de Eisha en el barrio de Tal-Azzatar. A estas alturas, casi me he vuelto indiferente a las explosiones que van perforando la ciudad a mi alrededor, porque ya son demasiadas. Después de diecisiete días, no tiene sentido detener la vida: la vida debe continuar. La gente deambula por las calles nuevamente como si hubiera habido una desescalada, pero no. Por todas partes hay montones de escombros y edificios medio derrumbados. Mientras

camino, descubro nuevos vacíos en la ciudad. Casas de amigos, edificios que estaban integrados en la topografía de estas calles, ahora están desaparecidos. Algunos eran referencias en la región. ¿Qué pasará con nosotros?

Todos los que mueren aquí, mueren por pura maldad y por mala suerte. Simplemente estaban donde cayó el misil en ese momento en particular. La mayoría anda moviéndose, de un lugar al otro, intentando adivinar dónde estarán más seguros la próxima vez. Ya nadie es residente permanente en ningún lado.

Un pequeño consuelo es que cuando oyes el sonido del cohete sabes que no te va a golpear. Cuando eres el objetivo de un cohete, no lo oyes llegar. Es simplemente la muerte. Simplemente mueres. Y, aun así, en mis sueños pienso que veo a la muerte, que se toma su tiempo, que se deja reconocer. Oigo sus pasos. Veo sus dientes.

Y nada de lo que hayamos aprendido como personas, como especie, nos sirve en tiempos así. Tengo que parar un momento y dejar paso a un pastor para que cruce la calle con su rebaño. Cientos de ovejas y cabras pasan caminando delante de mí. Todas parecen cansadas. No han comido en días. El pastor, supongo, anda por las calles porque debe haber sido forzado a evacuar su establo. Me lo confirma: no sabe dónde esconderlas, así que las guía por las calles. «¿Y por las noches?», le pregunto. «Duermo donde me encuentre y ellas duermen a mi lado.»

Cuando llego a la casa de Eisha, me hago una vez más la pregunta: ¿se está a salvo aquí, realmente? Uno no puede evitar hacerse esa pregunta, aunque no haya respuesta.

Martes 24 de octubre (Día 18)

«¿Es *siempre* difícil la vida en Gaza?», me preguntan a menudo. Reviso mis recuerdos y lucho por recordar un tiempo en que no lo fuera. Tal vez brevemente, allá a principios de los noventa, cuando la Autoridad Palestina estableció una base en la ciudad, hubo un momento de calma. O la promesa de calma, tal vez, en algún momento futuro. Para mi generación, veinteañeros entonces, el futuro empezaba a abrirse. El proceso de paz iba a ser el principio de un nuevo comienzo. Podía funcionar. Miles de personas tomaron las calles en apoyo. En el momento no lo supimos, pero era agarrarse a un clavo ardiendo. Mi fallecida madre participó en una de las masivas manifestaciones que celebraban los Acuerdos de Oslo, cuando se firmaron. Su esperanza era que su hijo fuese liberado. Murió sin verlo libre.

A pesar de eso, fueron buenos tiempos. Gaza estaba llena de promesas, los edificios se estiraban hasta el cielo en todas las direcciones, la ciudad se estaba expandiendo hacia el sur y hacia el norte, calles arenosas eran pavimentadas, aparecían monumentos públicos, el dinero empezaba a llegar a la ciudad. Gaza tenía un futuro próspero, si hubiera continuado el proceso de paz.

Tristemente, solo duró unos pocos años, después de los cuales todo colapsó. La paz se hizo una carga para los palestinos, su precio —la presencia de la policía israelí por todos lados— fue demasiado. El futuro fue cancelado. La economía estancada, el aeropuerto fue bombardeado, la gente fue rodeada, incluso cuando los colonos israelíes y los soldados se fueron, los muros regresaron y la gente de Gaza supo, otra vez, que eran prisioneros allí, y no ciudadanos.

Durante toda la noche de ayer, los tanques no cesaron sus disparos al campo. La casa de Eisha queda del lado este de Jabalia, la frontera se cierra hacia donde se ubican los tanques, por cientos. Venir aquí era una decisión arriesgada pero después de diecisiete días yendo de un lado a otro, con escaso acceso al agua, durmiendo en colchones en el suelo y sin poder siquiera higienizarme, ya había tenido suficiente. Necesitaba una ducha y una buena noche de sueño en una verdadera cama; necesitaba lavar mis ropas y lavarme los dientes. En casa de Eisha podía hacer todo eso; ella tiene energía solar, lo que significa que el agua puede ser bombeada al techo, lo que significa ¡agua corriente!

Eisha se levanta temprano porque tiene que preparar el pan. Tantas panaderías han sido atacadas por los israelíes que no va a mandar a su hijo de catorce años a que haga una fila durante horas interminables. La única solución es hacerlo ella misma. Se abasteció de harina en una escapada al supermercado al inicio de la guerra. Cada dos días, cocina

pan para dos días más. Yo la ayudo, amasando y cortando la masa. «Las rodajas deben ser muy finas», explica. Maher, su esposo, empieza a freír el pan en la sartén, destinada a crepes.

Eisha nunca pensó que acabaría haciendo su propio pan. Ella es de la generación de los que lo compran todo. Hasta las verduras las compra preparadas para cocinar: la berenjena y el calabacín en rodajas, la malva (Mulukhiyah) cortada. Ahora, tiene que hacerlo todo ella misma. Se niega a mudarse a algún lugar cercano al centro de la ciudad. Ella enseña en la escuela UNRWA que está a unos pocos cientos de metros de su casa. Se pregunta: «¿Voy a terminar viviendo en la misma aula donde enseño?». Un pensamiento bizarro.

Miles de familias gazatíes se enseñan ahora cómo hacer pan, como nosotros. Esto es lo que ha logrado el bombardeo a las panaderías. Eisha es una de las afortunadas, ya que tiene gas para ayudar en la cocción, lo que acelera todo el proceso. Pero la mayoría de la gente, especialmente quienes han tenido que abandonar sus casas, lo hacen con fuego, usando madera o cartones. Improvisando con lo que tienen: una chapa de metal apuntalada hacia arriba con dos piedras, sobre un fuego alimentado con madera de los escombros.

Hace unos años, alguien pintarrajeó en las paredes de una de las escuelas UNRWA al este del campo un eslógan extraño: «Nosotros progresamos hacia atrás». Había una advertencia ahí encerrada. Cada nueva guerra nos arrastra hacia lo básico, de regreso al inicio. Destruye nuestras casas, nuestras instituciones, nuestras mezquitas e iglesias. Arrasa nuestros jardines y parques. No nos deja nada para el futuro. Recuperarnos de cada guerra nos lleva años, y antes de habernos recuperado, una nueva guerra llega. Sin sirenas ni alarmas o mensajes en el móvil. Solo llega. Nosotros nos encontramos de pronto en el medio. Mi primo Nabeel, que perdió a casi toda su familia hace seis días durante el ataque en el barrio de Jaffan, anoche gritaba a Allah, culpándolo por todo cuanto ha caído sobre nosotros. «Si eres quien decide, ¿por qué me elegiste para perder a toda mi familia, mis hijos, mi hija, mis nietos? ¿Por qué debo ser yo con quien pruebes tu incendiario poder Todopoderoso?» Nabeel es un profundo creyente, pero en momentos de locura como estos creo que puede perdonársele.

Todos sobrevivimos, solo por error, porque un cohete falló al alcanzarnos. Porque la muerte no nos reconoció, o nos confundió con alguien más. Nos despertamos cada mañana solo por estos accidentes. Y el día que sigue se pasa esperando la noche, la misma noche. Aunque el día tiene ciertas piedades. Puedes ver de dónde surge el humo, así se adivina dónde puede haber sido el último ataque. De noche es imposible. Simplemente oyes las explosiones, ves el flash, y después

nada. No sabes nada, no sientes nada. Simplemente te quedas ahí adivinando, inventándote todo. Para mí, el momento más feliz es cuando me despierto, cuando me agarro a mí mismo, revisando que estoy completo, y después miro alrededor: lo logré. Conquisté la noche. Algunas veces no estoy muy convencido, así que he tenido que inventarme pruebas de que estoy vivo. Una es despertar a todos en la casa y hablarles, intercambiar noticias, cuanto más mundanos los detalles, mejor. Por lo aburrido de los detalles, sé que no es un sueño. Los sueños son más exóticos que esto. Otra prueba es llamar a mi esposa, Hanna, y decirle que Yasser y yo todavía estamos vivos. Su voz nunca podría ser reproducida en un sueño. Cuando la oigo, sé que es ella. Sé que todo esto es real, no simplemente el sueño de alguien que ya ha muerto.

Miércoles 25 de octubre (Día 19)

La falta de medicinas y equipamientos en los hospitales es impactante. No solo no hay remedios, sino que los pacientes ahora son operados sin anestesia. Así, su dolor es doble. Es normal escuchar gritos continuos casi en cada cama del hospital. Nadie tiene analgésicos, nadie tiene sedantes. Lo único que se les ofrece es una cama, y ahora, hasta eso se ha terminado. El Hospital Al-Shifa normalmente tiene una capacidad de quinientas camas que ha sido duplicada esta semana. Pero en este momento, ni siquiera eso alcanza. Los nuevos que llegan no tienen a donde ir. Un pabellón que fue diseñado para tres camas ahora aloja siete. Las camas son ubicadas en los pasillos, en las salas de espera, frente a las salas de operaciones, hasta en las entradas de los baños y escaleras. Cada centímetro tiene que ser usado. Ayer, para poder responder a la demanda, la gerencia del hospital puso una carpa sobre toda el área de ingreso a la zona de urgencias, una gigantesca tela, debajo de la cual se dividen los espacios de una guardia improvisada. No resuelve la cuestión de la capacidad, pero les ha dado más espacio para trabajar. Ahora, los nuevos ingresos son puestos en colchones en el suelo. No hay camas.

Esta mañana, el Hospital Al-Shifa parece más lleno de gente que nunca. En tiempos de guerra, todo parece igual cada mañana, pero el hospital está particularmente diferente. Lo único que se ve son cientos de personas por doquier: caminando, parados, reunidos alrededor de los médicos, saliendo de las carpas hechas apresuradamente en los jardines de delante. Agitación por todas partes. Con las nuevas paredes y pasillos de tela, parece que estamos en un hospital de campaña. Una gran carpa, con cientos de pacientes acostados en el suelo en todas las direcciones. No hay doctores a la vista, solo una única enfermera intentando gestionar las consultas y necesidades de todos.

Cuando llego a su cama, Wissam me pide algo difícil. Me pregunta si le daría su inyección letal. Ella confía en que Allah la perdonará. Sonrío y le digo: «Pero no me va a perdonar a mí, Wissam». Ella me dice: «Le pediré que te perdone, de tu parte». Le digo que es una locura y cito un verso sobre la sabiduría del Todopoderoso. Le digo que Él prefiere que ella siga con vida a pesar de tanta muerte. Esa es Su voluntad. Ella insiste en que no puede soportar más el dolor de sus heridas. No le han dado ninguna medicación ni anestesias. No es justo tener que soportar todo ese dolor. Está pálida, lista para rendirse. No hay palabras que ayuden, mientras sigo repitiendo frases alentadoras.

Diecinueve días de guerra y no hay señales de que vaya a terminar. Nadie habla de un cese total del fuego. La mayoría de la gente discute la

posibilidad de unas pocas horas de tregua, por razones humanitarias, para permitir la entrada de alimentos y medicinas. Una de las cosas que uno debe hacer en tiempos como estos es escuchar las noticias y seguir cada declaración, cada porquería de información nueva. Que a la vez es insoportable de escuchar. El modo en que hablan de nosotros, en que se refieren a nosotros, hablan por nosotros, deciden por nosotros, sin siquiera darnos la palabra, es repugnante.

Anoche, alrededor de las 3:15 de la madrugada, salté de mi colchón pensando que el ataque que se oyó había impactado en la casa de Faraj, donde me estaba alojando. Olvidé la regla: si lo oyes, no eres el objetivo. Todos corrimos hacia la ventana para mirar calle abajo. El ruido de las paredes quebrándose y colapsando, ver vidrios por todos lados y el fuerte olor de metal y madera quemados invadió nuestros sentidos. Contamos tres impactos en medio del barrio. Como de costumbre empezamos nuestro juego de adivinanzas. Podría ser esta casa, o aquella. Después el juego termina y tenemos que irnos a dormir. Por la mañana, Mohammed me dice que fue en la casa de la familia Al Halabi, a dos edificios de distancia de la casa de mi familia, a cien metros de la casa de Faraj. Inicialmente se encontraron seis cuerpos, quince fueron rescatados, mientras que otros quedaron desaparecidos debajo de los escombros. Bajo a la calle e intento, al igual que otros hombres del barrio, ayudar a los equipos de rescate. Es difícil tocar las partes de los cuerpos mutilados y juntarlos en una manta. Más difícil es intentar identificar los cuerpos, primero determinando el género, después la edad y después lo más difícil: quién es esa persona.

Muchos de los cuerpos encontrados no pueden ser identificados. En muchos casos, están desgarrados en múltiples y pequeñas partes. Uno encuentra una pierna aquí, una mano allí, mientras que el resto del cuerpo parece carne picada. En la última semana, muchos gazatíes han empezado a escribir sus nombres en sus manos y piernas, con marcadores permanentes, para que en caso de que sean asesinados y sus cuerpos queden destrozados en pedazos, otros los puedan identificar. Esto puede parecer macabro y sacado de una película de terror. Pero tiene un sentido: la forma lógica de pensar en la muerte es pensar como una persona muerta. Como personas, queremos ser recordados; queremos que nuestras historias sean contadas, queremos estar seguros de que a pesar de por qué hemos muerto o qué justificación creen tener los asesinos, habrá algo de dignidad en nuestra muerte. Al menos tendremos nuestros nombres en nuestras tumbas.

El olor de los cuerpos irrecuperables bajo las ruinas de la casa familiar que fue atacada la semana pasada permanece en el aire. Cuanto más tiempo pase, más fuerte se volverá el olor. Todavía hay siete cuerpos que no se encuentran. En muchos casos, resulta difícil saber a cuántas personas se está buscando, con tantos desplazados, yendo de

sus casas habituales a las de sus parientes o amistades. Cuando uno empieza a buscar sobrevivientes o cuerpos, nadie sabe con certeza a cuántos se están buscando.

Infinidad de casas han sido arrasadas en el barrio de Faraj, y los escombros aún no han sido retirados. Jabalia es famosa por sus pasadizos angostos, y ahora están bloqueados con mampostería, pedazos de cemento, metales enredados. Por un momento, de pie sobre una pila de caos que un par de horas antes era la casa de alguien, pienso en mi barrio, el lugar donde nací y crecí. Conozco su laberinto de calles angostas como la palma de mi mano. Puedo navegar a través de ellos con los ojos cerrados. Conozco cada detalle, cada escalón, cada edificio. Cuando esta guerra termine, si alguna vez termina, no reconoceré mi barrio. Con tanto escombro, los límites que separaban un callejón del otro habrán desaparecido. Por un segundo, mientras recuperaba mi respiración en medio de los rescates, me permití a mí mismo redibujar el mapa de esos callejones en mi mente, para trazar la silueta de mi harra (mi barrio) de memoria, al fin. Pronto todo lo que quedará de ellos es lo que podamos guardar en nuestros recuerdos, por eso necesito empezar a fraguarlos ahora.

Jueves 26 de octubre (Día 20)

Anoche fue la peor noche hasta ahora. Aunque las previas han sido las más sangrientas —con más de setecientos asesinados en un solo día— lo de anoche fue diferente. El sonido de los tanques disparando siguió hasta el amanecer, nos sacudíamos constantemente junto con el edificio, de izquierda a derecha, como si tratara de lanzarse a la calle. El polvo de los escombros llena el aire en la casa, porque no podemos cerrar las ventanas: cerrarlas implica que estallarán por la presión del aire de las explosiones cercanas. A cambio de no tener vidrios voladores tenemos polvo, por todos lados. Los edificios en el campo son precarios, en el mejor de los casos. Muchos no fueron construidos como estructuras permanentes. Tradicionalmente, una familia construía una casa de una planta (casi siempre de un dormitorio), después alguno de los hijos se casaba y un segundo piso se agregaba sobre el primero. Luego un tercer piso para el segundo hijo, y así. Las paredes y bases construidas para sostener un solo piso terminaban soportando cuatro o cinco. De esta manera, los callejones y carriles entre edificios apenas formaban líneas rectas o formas regulares. Mientas estoy acostado escuchando los disparos y sintiendo las vibraciones, me imagino los edificios como cajas de mimbre, amontonados juntos y apilados al azar en la parte de atrás de una camioneta que zigzaguea calle abajo.

Me despierto a las 6:30 de la mañana. Decir que «me despierto» implica una mínima diferencia entre estar dormido y completamente despierto. Para ser más preciso, a las 6:30 decido salir de la cama y empezar mi día. Voy a la pequeña panadería de la esquina, famosa por sus dulces croissants y tortitas, pensando en que lo más blando es lo más fácil para que Wissam coma. Espero media hora hasta que el dueño de la panadería, con mucho pesar. anuncia que no tiene más harina. Propone que volvamos a las 4 de la tarde, para entonces quizá tenga un poco.

Planear la búsqueda diaria de alimentos es una de las partes más irritantes de la vida ahora mismo. Conseguir pan es difícil, pero todas las demás búsquedas no son menos desafiantes. No hay neveras por la falta de electricidad, así que hay que comprar las cosas día a día. Los supermercados lo vendieron todo, desde latas a cualquier cosa no perecedera, por eso solo puedes comprar lo necesario para el día. Anoche conduje hasta Nafak Street para comprar en un supermercado grande. Por suerte, el dueño tiene energía solar, así que encontré carne y leche. No obstante solo compras para hoy, no para mañana. Compré hamburguesas, de las que preparo en mi casa con rodajas de tomate,

pepino, cebolla y limón. No tengo pan para acompañarlas, pero dadas las circunstancias, esto será un banquete real.

Volviendo del negocio, las explosiones parecían seguirme en el coche de regreso a casa. Estaba en la calle Jalla cuando, por el espejo retrovisor, vi una pared de fuego cayendo del cielo. Las explosiones retumbaban en todas las direcciones. Aceleré todo lo que pude. Es lo que la gente llama «un anillo de fuego»: cuando decenas de misiles caen en la misma zona al mismo tiempo. Mohammed se rio cuando usé ese término: «¡Escúchanos, tan expertos!». «Totalmente», le digo, «expertos en seguir vivos». Más tarde las noticias nos informan de que cuarenta personas murieron y otras ciento veinte siguen desaparecidas por el singular «anillo de fuego». Es demoledor escuchar sobre cada muerte, pero estamos todos particularmente conmovidos al enterarnos del asesinato de la familia de Wael Dahdooh, Jefe de Corresponsales de Prensa de Al-Jazeera. La familia fue atacada en Nuseirat, bien al sur de Gaza Waadi, donde Israel quería evacuar a los gazatíes. En el momento, Wael estaba cubriendo los ataques desde el Hospital Al-Shifa, cuando de repente se vio informando de la muerte de su propia esposa, hijos e hijas. El periodista se informó a sí mismo. En medio de su lamento por la pérdida de su esposa e hijos, Wael pronunció las palabras «no importa» para consolarse a sí mismo. Podría haber estado hablándole directamente a la comunidad internacional en ese momento. A nadie le importa. A nadie le importa lo más mínimo.

Mientras veíamos las noticias, una joven que se está quedando con nosotros se agacha para susurrarle algo a su hermanito y el niño ríe a carcajadas. Cuando el sonido de un misil ahoga su risa, ella le susurra algo nuevamente y el niño se ríe una vez más. «¿Será esta nuestra última guerra?», me pregunta mi vecino Yousef. Después se corrige: «Para quienes sobrevivan. ¿Será su última guerra?». Después queda en silencio, tropezando torpemente con la vergüenza de la verdadera pregunta que todos pensamos y nadie hace: «¿Será esta *mi* última guerra?».

No es cierto que la noche anterior fuese la peor. La próxima lo es.

Hoy la cifra de muertes alcanza más de 7.000, la mitad son niños. ¿Cuántos más de nosotros tienen que morir para que el mundo despierte de su letargo? En las noticias, un niñito que fue rescatado de los escombros por el equipo de las ambulancias, le dice al paramédico: «¡Gracias, ambulancia, te amamos!». Después, apenas capaz de respirar, pregunta dónde está su madre.

Mientras lavo los platos de la cena de anoche, no pude evitar pensar si tendremos cena mañana, o si dormiremos algo esa noche, o si habrá algo de agua en los próximos días. ¿Será esta mi última cena, mi último descanso, mi último pensamiento?

Cuando me desperté esta mañana no podía acordarme de qué día de la semana era. La guerra tiene su propio calendario. Si le preguntas a alguien qué día es, todos van a decir: «Es el día veinte». Pregúntale a cualquiera el día de la semana, o la fecha, y te van a responder encogiendo los hombros: «Barafish!» (¡Ni idea!). Haciendo memoria, tu calendario se ajusta a esto pasó el tercer día, aquello en el décimo. Contamos las horas por la cantidad de bombardeos. Contamos los días por la cantidad de familias enteras exterminadas. Decimos «esto pasó cuando los israelíes atacaron el Hospital Bautista», o «aquello pasó el día que Hatem, Huda y su familia fueron asesinados». La guerra reconfigura tu calendario con los tonos de las manchas de sangre.

Al llegar a la Casa de la Prensa, todo el mundo está en absoluto silencio. Por lo general espero charlar de política y cuchichear con el gerente, Bilal. Pero después de veinte días de guerra, nadie tiene corazón para hablar. De vez en cuando intercambiamos alguna información nueva sobre el progreso en tierra, pero solo para saber que todavía estamos allí.

Viernes 27 de octubre (Día 21)

Adham, un amigo y vecino, ha venido a pasar las noches con nosotros en casa de Faraj. Es un talentoso electricista y se las arregla para montar un sistema eléctrico para que la casa pueda conectar varias baterías a la vez. Esto significa que podemos tener internet durante toda la noche y no tenemos que buscar una buena señal en la vieja radio de mi padre. Bromeo con que mi Faf estará feliz porque ahora tendrá su bendita radio de vuelta.

La familia de Adham se ha reubicado en casa de sus suegros, no lejos de la casa de Faraj. Desde que llegó, cada vez que veo un poste de teléfono cerca, imagino que Adham está en la punta reconectando todas las viviendas al suministro eléctrico o líneas telefónicas. Hoy podemos esperar una noche sin interrupciones de internet. Esto se ha vuelto un privilegio, así que pensaba aprovechar y quedarme despierto hasta tarde. Sin embargo, a las nueve de la noche empecé a sentir sueño.

Adham y Faraj estaban recordando amistades de infancia, así que me tumbé en suelo y leí un poco, para relajarme. Empezaba a quedarme dormido, cuando una explosión se oyó muy cerca. La Franja de Gaza es una porción muy angosta de tierra, excesivamente sobrepoblada, por lo que cuando hay un ataque parece que es al lado. Si un misil cae en la ciudad de Gaza, en Rimal digamos, la gente en Jabalia lo siente. Pero saber que todos los lugares se sienten más cerca no hace que el miedo sea menor.

Dormí profundamente y no podía creer que fueran las 6:30 cuando abrí los ojos, tras haber dormido toda la noche. A excepción de las llamadas a rezo, que recuerdo haber oído, dormí del tirón. Si Mohammed no me hubiera despertado cuando se levantó a preparar café, hubiera seguido durmiendo. Mi colchón estaba al lado de la cocina, era inevitable que me despertara.

«Bueno, entonces fue una noche tranquila», le pregunté.

«Debe haber sido», fue la respuesta. Pero después todos nos pusimos al día con los mensajes de SMS, y supimos que no fue para nada una noche tranquila, solo estábamos tan cansados que dormimos como bebés. Adham empiezó a leer algunas notificaciones: ataques aéreos en Rafah, otra masacre en Nuseirat, ataques por aire y mar en Beit Lahia, y a lo largo de las costas de la ciudad de Gaza. Si alguien hubiera dicho «espera, estoy leyendo las noticias de la semana pasada», le hubiera creído. Nuestra vida es un ciclo interminable de bombardeos, disparos, destrucción y muerte. Uno de mis parientes, Bothina, la esposa de Nabil, me preguntó sin ironía cuando perdió a la mayoría de su familia:

«¿Es mi culpa esta guerra?». No estaba siendo retórica. «Claro que no», le dije. Nunca es culpa de la víctima. Las víctimas son víctimas, no importa la bravura o la firmeza que tengan, no importa cuánto se nieguen a aceptar que son víctimas. La pregunta de Bothina me vuelve en sueños, su cara y su voz implorando a Dios que, ese día, dejara con vida a uno de sus nietos y así ella tendría algo que mostrar de su vida. Intentó negociar con Allah. Falló, por supuesto, porque hace dos días, cinco después del ataque original a la casa donde se estaban quedando, encontramos los cuerpos de los últimos dos niños. Intenté volver a dormirme.

Anoche, mientras estacionábamos el coche cerca de la casa de mis parientes, un edificio de la calle de enfrente explotó. Vi el fuego escurriéndose hacia la calle. Corrí para esconderme de la mampostería que caía sobre mí. A los pocos minutos vimos varias mujeres corriendo desde el callejón próximo al edificio, tenían el pelo cubierto de polvo, gritaban y señalaban hacia el edificio que había sido atacado. Era la casa de la familia Abu Jobain. La casa había sido totalmente destruida y las casas contiguas fuertemente dañadas. Diez minutos después, todo estaba en calma de nuevo, «la normalidad» había vuelto y pude ir a casa de Faraj, donde dormiría.

Esta mañana, otro ataque aéreo explota en la cercanía, cancelando cualquier intento de volver a dormirme. Es a pocos edificios al norte. Como siempre, todos vamos a la casa atacada para ayudar con los rescates. Esta vez es la casa de Mahmud Mohaiseen, cuya suegra es mi tía Ratiba. Doce personas fueron asesinadas bajo los escombros. Un cigarrillo salvó a Mahmud. Había salido a fumar cuando ocurrió el ataque. Encendió el cigarrillo y mientras empezaba a inhalar el humo, su hogar y su familia eran destruidos. Estaba herido, pero perdió a todos sus hijos. Entre ellos estaban Eid, el padre de mi amigo, y su esposa, quienes habían dejado su casa en la calle principal creyendo que uno de los callejones sería más seguro.

Conduje a mi piso decidido a no ir a la Casa de la Prensa. Hoy es viernes y mis sentidos me dicen que es un día sagrado. En guerra, cada día es sagrado y cada día es de trabajo. No tengo idea de qué comeré hoy. Tengo que pedirle a mi hijo Yasser que haga cola en la pequeña panadería Saj en la calle Wihda. Fuera hay una fila de aproximadamente cincuenta personas. Le digo: «Una hora y media máximo, verás». Mientras él espera, yo voy hasta el supermercado a por cualquier cosa que se pueda comer sin cocción.

Ahora, ya en el piso, mientras me siento a escribir, oigo las explosiones por todos lados. Intento no moverme. El edificio se sacude, a través de la ventana; a unos cien metros de distancia, veo otro edificio crujir, quebrarse y desplomarse. El humo y el polvo logran entrar a la

habitación, me hacen toser. Sigo escribiendo. Nada puede ser cambiado y yo no puedo hacer nada para parar esta guerra.

Sábado 28 de octubre (Día 22)

«¿Ya ha empezado la invasión por tierra?» Nadie lo sabe. Alrededor de las 18:20 de ayer, las explosiones se oyeron por todos lados. Yo estaba sentado con algunos amigos frente a la casa de mi suegro, cuando un *boom* gigante nos sacudió a todos. Después, cientos de balas de tanques y barcos de guerra pasaron zumbando por encima nuestro desde el oeste y desde el norte. Como si hubiesen atacado el edificio de al lado. Al principio intentamos contar la cantidad de explosiones: una, dos, tres... diez... quince... treinta y cinco. Se volvió un juego asqueroso, después nos dimos cuenta de que, aunque se oían cerca, eran más allá del campo de refugiados, al oeste y al norte. Una sola llamarada de luz, después el sonido de tres o cuatro explosiones. Contamos lentamente después de cada flash, para calcular la distancia. Yasser recuerda de una de sus clases de ciencias que cada segundo es una milla. De repente hay una rápida seguidilla de explosiones, pero esta vez no cesan. Es como si nunca fueran a detenerse. Hayat, la prima de mi madre dice: «Se intensifica porque habrá una tregua a medianoche». «¿Tregua?», le digo, estremeciéndome con la palabra. Hayat dice que oyó a alguien mencionarlo, que necesitarían una tregua para poder intercambiar prisioneros y rehenes. Algunos deseábamos esas horas de descanso que vendrían con una tregua. Para mi suegro significaría la posibilidad de intentar encontrar los cuerpos de su hija, su esposo e hijo, quienes llevan diez días bajo los escombros.

En caso de tregua, los israelíes siempre echan mano de todo lo que tienen. No es la calma antes de la tormenta, es la tormenta antes de la calma.

Ahora está completamente oscuro. El cielo se ve negro, aunque casi hay luna llena, asomándose tras las capas de humo y polvo. Nadie la ha apreciado este mes. Las escuelas UNRWA cercanas se han transformado en refugios masivos para la gente desplazada, que guarda silencio también. Todos esperan por lo que vendrá a continuación. Es el día veintiuno de la guerra y el más duro hasta ahora. Mi suegro sugiere que todos vayamos a casa porque se está volviendo peligroso. Le digo que está muy lejos. «No hay un orden para esto», dice. Y él lo sabe mejor que nosotros.

Niam, la tía de Hanna, dijo esta mañana que ella no le tiene miedo a la muerte; al final nos ocurre a todos. Ella perdió a su esposo hace unos diez años, y sabe que morirá tarde o temprano. No quiere que su cuerpo sea destrozado en pedazos, quiere morir con su cuerpo en una sola pieza. Le digo que en tiempos de guerra no podemos elegir ni imponer

nuestras condiciones. Niam, que dejó su casa de la zona este del campo para quedarse con su hermana, mi suegra, está horrorizada con lo que nos espera. Sus hijos e hijas están desperdigados por distintas partes de la Franja de Gaza: principalmente en el sur. Le pregunto a mi suegra, que nació en Askalan el año de la Nakba y fue traída a Gaza siendo un bebé: «¿Tienes miedo?». Con voz desfallecida, ella dice: «Por supuesto».

Mi móvil no tiene batería. Ayer mientras escribía mis diarios se quedó al 0 % y no hay un lugar cercano para cargarlo. Sugiero que Mohammed conduzca hasta casa de Eisha para cargarlo mientras yo voy caminando hasta el campo desde mi apartamento en Saftawi. Solía hacer este recorrido caminando todos los días durante la guerra de 2014. Pero anoche fue la primera vez que lo recorría en esta guerra. Todavía recuerdo cada detalle del camino, especialmente mis sentimientos al llegar cada tarde al viejo sicomoro en el cruce principal. Cada vez que lo veía me aliviaba, era señal de que estaba cerca de casa. Hoy al mirar hacia delante, el árbol todavía estaba allí, un monumento a mis supervivencias anteriores. Yasser dijo que quería caminar conmigo, así que lo llevé por algunas de las rutinas de la guerra anterior.

Cuando oscureció y se volvió más peligroso, me dirigí a la casa de Faraj. De camino, vimos más luces, como lenguas bífidas incendiándolo todo al oeste. Después oímos las explosiones. En la calle, la gente estaba parada en grupos discutiendo sobre lo que habían escuchado y visto. De repente, descubrimos que todos habíamos perdido la señal, todas las redes habían sido cortadas. Todo el mundo estaba ocupado con sus teléfonos, encendiéndolos y apagándolos de nuevo, intentando reconectarse.

Cuando llegué a la casa de Faraj, me confirmó que allí tampoco había conexión a internet. Nos dimos cuenta de que nos cortaron del mundo. Estamos desconectados de lo que está pasando, incluso aunque esté pasando aquí. Ahora solo podemos confiar en las explosiones que oímos, el fuego que vemos y el temblor de la tierra que sentimos.

La gente se reunió en el salón de Faraj. Me di cuenta de que haberle devuelto la vieja radio a mi padre fue una decisión estúpida. Pensé que con todos los módem y la ingeniería eléctrica de Adham, no necesitábamos más. Con el aumento de los bombardeos, no creí que valiera la pena volver a casa de mi familia para recuperar la radio. «Voy a por ella mañana, Mohammed», le dije. «Con estos ataques», respondió Faraj, «no habrá un mañana».

Mientras las explosiones se volvían más fuertes, Mohammed intentó conseguir una señal de radio desde el móvil de Faraj. Tardó una hora en encontrar una estación. El locutor hablaba del lanzamiento de la invasión terrestre, incluso hablaba del apagón de las telecomunicaciones. Mohammed se rio. «Es gracioso: hoy informan de

que no pueden comunicarse más con la gente de Gaza, pero ayer, cuando *podían*, ni siquiera se molestaron.»

Solo puedo imaginarme lo preocupada que ha debido de estar Hanna, en Ramallah. Seguro que ha llamado cada dos minutos al móvil de Yasser y se ha topado con el mismo mensaje grabado.

Intentamos dormir, en vano. Pasaban un par de minutos y saltábamos de la cama, creyendo que el último ataque había sido a nuestro edificio o al de al lado. Lo último que recuerdo antes de dormirme es que eran alrededor de las 2:30 de la madrugada. A las 6 me alegro de estar despierto y vivo. Faraj ya está en la calle. Decenas de hombres locales están charlando fuera, igualmente felices de estar vivos. Estas reuniones matutinas se han vuelto un ritual, como una celebración de supervivencia, de haber logrado pasar otra noche. Yasser se levanta y se queja de que tiene hambre. Le hago dos huevos fritos, después bajo con Faraj a la calle. Pasamos una hora conversando y poniéndonos al día: muchos de ellos son mis viejos amigos de la escuela. A las 7, voy a ver la casa familiar. Mi padre todavía duerme, así que seguimos el viaje para ver si Eisha está bien. Ella se alegra de vernos y de tener compañía después de las pesadillas de la noche anterior. Nos prepara té caliente para desayunar. Luego, nos lleva a ver si mi hermana Haliam está bien tras lo de anoche. Haliam se ha trasladado de Beit Lahia a un local comercial vacío cerca del edificio de mi tía Fatima. Nueve personas han dormido en este abarrotado y caluroso lugar. Me dice que su casa fue destruida, así como la de los parientes de su marido. La guerra de 2014 destruyó su casa, que había tardado cuatro años en construir. Y ahora esta guerra la ha destruido una vez más.

Mi suegro me pide que lo acerquemos al hospital para ver a Wissam. Vamos y pasamos unos minutos con ella. Parece estar más despierta que antes. Widdad, su hermana, me cuenta que anoche Wissam comió por primera vez. Esto es una gran noticia. Le pregunto si puedo traerle algo más tarde. Ella dice: «Leche a tope de grasa».

Domingo 29 de octubre (Día 23)

Todos se levantan temprano. Alguien ha gritado desde la calle, alrededor de las 4:50 de la madrugada: «¡Ha vuelto la señal! ¡Internet también!». He oído el grito mientras dormía y he pensado que era parte del sueño. Enseguida Faraj me despierta. Salto creyendo que hay que evacuar. Me dice que mi hermano Ibrahim lo ha llamado para que yo llame a mi esposa Hanna. Le digo: «¿Llamar?». Él asiente. Entonces no era un sueño. Llamo a Hanna. Está llorando de felicidad, después de dos noches terribles de no haber podido comunicarse con nosotros. «Sí, sí, Yasser está bien. Está durmiendo», le digo. «¿Quieres que lo despierte para que hable contigo?» Me dice: «No, déjalo dormir». Me cuenta que ha estado llamando durante dos días a todos nuestros conocidos en Ramallah para saber si alguno había podido conectarse con Gaza.

La calle está llena de gente otra vez. Cientos de personas. Casi todo el mundo está fuera. Parece que sea Eid. Todos están telefoneando a la otra parte de sus familias, ya que tantas están divididas. Felices, aunque sea por unos minutos. A nadie le importa que sigan los ataques y que las explosiones sean cada vez más fuertes. Todo el mundo se está tomando un descanso y se centran en comprobar que sus familias están bien. Debiera ser un momento de luto y duelo, pero es momento de reunión telefónica.

Apenas son las 8:30 y Faraj sugiere que hagamos nargila. Nunca en mi vida he fumado tan temprano, únicamente lo hago por la noche después de la cena. Pero estos son tiempos excepcionales. Es un tipo de celebración, un gran suspiro de alivio.

Me duermo temprano esa noche, alrededor de las once, y me despierto con el ruido de mis vecinos que gritan que alguien ha sido herido y necesitan llevarlo al hospital. Le pregunto a Yousef, quien ya está ayudando a trasladar al chico herido, qué ha pasado. Un pedazo de mampostería cayó sobre la cabeza del chico mientras estaba parado en la puerta de su casa, la piedra cayó del techo del edificio vecino mientras se sacudía de un lado al otro por el bombardeo. Tienen que cargarlo y caminar trescientos metros hasta la estación de Protección Civil, al final de la calle.

Hemos pasado treinta y seis horas sin señal en el móvil ni conexión a internet, durante ese tiempo nuestros teléfonos se volvieron completamente inutilizables. Pero mientras cargábamos al chico, veo que los comerciantes ya se han adaptado. Un hombre joven ha reunido varios móviles, y dice: «Siguen sirviendo para jugar». La gente trata de hacer su vida más fácil engañándose.

Cuando llegamos a la estación de Protección Civil, nos dicen que desde que volvió la señal han estado inundados de llamadas. Durante las últimas treinta y seis horas, sus equipos apenas podían intuir dónde los necesitaban. Chóferes de ambulancias y oficiales de policía estaban pasmados al encontrar cuerpos muertos tirados en medio de las calles durante sus rutas. Cientos todavía están vivos debajo de las ruinas. Algunos hasta enviaron mensajes desde debajo de los escombros que han llegado ahora.

Anoche, cuando los israelíes atacaban edificios en el campo de refugiados Al-Shati y el barrio Nasser, los heridos y los muertos tuvieron que ser trasladados en bicicletas o en carros tirados por animales. Mientras intentaba llegar al Hospital Al-Shifa, veía los miembros amputados colgando de los carros, y la sangre que manaba de ellos chorreando por la calle. En tiempos de guerra, todos somos médicos sin entrenamiento y todos somos parte de un equipo de rescate listo para actuar. Pero cuando las redes cayeron, nadie pudo llamar a nadie para ayudar. La gente tenía que gritar lo más fuerte posible para pedir ayuda de una manzana a otra: «Se necesita ayuda en la calle Rasam Halawa», gritaba alguien, «avisad». Y después alguien de la manzana siguiente se lo gritaría a alguien de la próxima, hasta que el mensaje viajara de ventana en ventana, todo el camino hasta la estación de Protección Civil, o hasta el equipo de ambulancias, que correrían a la acción. Esto no es una película de Hollywood, esto es Gaza. Esto no es una obra de ficción, simplemente es la vida aquí.

La charla sobre la invasión terrestre se pone seria. Mientras conduzco hacia el Hospital Al-Shifa, veo gente alejándose de la costa, hacia el este. Mujeres cargando a sus hijos a sus espaldas y sus pertenencias en sus cabezas; todos se alejan de la vista de los cañones. ¿Pero en qué dirección? ¿Hacia los tanques en el lado este? Una adolescente lleva de la mano a sus hermanos menores, arrastrándolos, implorándoles que caminen más rápido. Una mujer nos para y nos cuenta que habían sido testigos del infierno de la noche anterior. «Vimos muerte», dice. Muchos han tomado la ruta al sur, hacia la calle Jalla. Pero parecen perdidos. Todos estamos perdidos. Los tanques están entrando desde la frontera norte hacia la Escuela Americana. Cuando entren, van a destruir todo a su paso: casas, árboles, calles, aunque tampoco es que quede mucho por destruir en el norte.

En el Hospital Al-Shifa, las cosas se han vuelto atroces. Un flujo constante de heridos llega sin que haya espacio alguno para atenderlos. El improvisado hospital de campaña montado delante está superado en su capacidad, y por todos lados parecen duplicarse las morgues temporales. Los médicos tienen que tomar decisiones desgarradoras como a qué herido atender. Si un caso tiene esperanzas, lo atienden. Si

no, se lo dejan al destino. Nadie sabe bien cuál es la decisión correcta; todo lo que pueden hacer es seguir su instinto.

En las calles, la gente se mueve constantemente en todas las direcciones. Algunos van apurados por conseguir un lugar en la fila del pan, otros cargan botellas de agua, otros con sus colchones enrollados de camino a, o de vuelta de, una noche en el suelo de alguna escuela UNRWA. Tres hombres llevan cuencos con judías y bolsas de falafel. Todo está vivo y bullicioso a pesar de la muerte que se cierne sobre nuestras cabezas. La cola en la panadería se vuelve más larga cada mañana y la gente parece más desesperada y más débil. Nadie puede saber si mañana será un poco mejor.

Conducir por la ciudad se ha vuelto casi imposible. Cada vez hay menos calles libres de escombros o cráteres. Intento ir por una calle, está bloqueada, giro y lo intento por otra para dar con un gran edificio desplomado. Normalmente llegar a la Casa de la Prensa lleva veinte minutos desde Jabalia, ahora podemos tardar una hora, y a cada minuto miro el indicador del combustible. Finalmente tendré que dejar de conducir, ya sea porque se le termine la gasolina o porque la calle por donde voy sea bombardeada en ambas direcciones.

Lunes 30 de octubre (Día 24)

En la casa de Eisha no queda gas. Desde el momento en que se levanta, le agobian los pensamientos sobre cómo cargará la bombona. Maher, su marido, tiene que ir hasta el edificio de su padre solo para preparar el café. Todos nos esforzamos para resolver las cosas de la mejor manera. Eisha se reafirma: «No voy a vivir en la misma escuela donde enseño y convertirme en una persona desplazada. ¡Ya he pasado demasiado tiempo allí!». Está muy decidida cuando le pregunto. No es una opción. «Pero ¿quién tiene opciones en esta guerra?», le pregunto. «Todos estamos forzados a hacer lo que debemos.» Mi hermano Mohammed hace un par de llamadas en vano. Le digo a Eisha que en mi piso de Saftawi hay dos bombonas, una para la cocina y otra para la caldera. Esto es extremadamente peligroso. Hace más de una semana que dejé de ir a mi piso, antes iba en cuanto podía, un par de horas para comer y descansar en mi cama media hora antes de pasar otra noche en el suelo de algún lugar más seguro de la ciudad. Saftawi ha sido continuamente atacada con misiles y cañonazos desde el comienzo de la invasión terrestre. «Es muy peligroso», protesta Eisha.

Cuando volvemos del Hospital Al-Shifa, después de una visita nocturna a Wissam, conducimos precavidamente a través de las calles de Saftawi, giramos a la izquierda hacia donde está mi edificio. Mohammed y Yasser corren dentro para traer las bombonas. Le sugiero a Yasser que al salir del edificio traiga también una almohada y un colchón, así el operador del dron pensará que solo estamos sacando nuestras cosas. Sé que esto no lo va a disuadir necesariamente de eliminarnos porque tiene que cumplir con su cuota, pero uno tiene que intentar dificultarle las cosas.

Mohammed no tiene tiempo suficiente para desconectar la bombona correctamente, así que corta la parte de goma y se la carga al hombro. Después de una eternidad esperando en el coche, los veo salir corriendo del edificio por el espejo retrovisor; Mohammed con la bombona y Yasser con un colchón en la cabeza y una almohada en la mano. Parece que acaben de robar un banco.

Eisha está extasiada por tener gas nuevamente. «Creo que nos hemos ganado otro café», le digo. Ella lo prepara, pero no tomo el mío, pensando que me vendrá bien dormir un poco esta noche.

Durante el día, las fuerzas israelíes atacan el Hospital de la Amistad Turco-Palestina, al sur de la ciudad de Gaza. Este es el único hospital donde la gente con cáncer puede recibir tratamiento. Hace una semana los administradores de Al-Shifa decían que estaban considerando trasladar a algunos heridos a ese centro para completar sus

tratamientos. Es siempre una cuestión de prioridades: ellos necesitan más camas para los nuevos heridos. Wissam estaba entre las personas que iban a ser trasladadas allí, pero por alguna razón, la dejaron en Al-Shifa. «Mira», le digo en broma cuando la visito, «deberías haber sido una de las trasladadas, ¿entonces dónde estarías ahora?».

«Tendrían que haberme asesinado hace tres semanas», responde lúgubremente. «Eso es lo que tendría que haber pasado.»

Todavía hay un puñado de periodistas dentro de Al-Shifa, sus cámaras apuntan a la entrada de la recepción de urgencias, donde llegan los heridos en primer lugar. Para los periodistas es peligroso andar por las calles. La mayoría de las imágenes que llegan de Gaza a Al-Jazeera o a otras cadenas árabes son de planos altos, tomados desde los tejados. Y no hay absolutamente ningún periodista «occidental». Esto ha dejado un vacío en el cual los periodistas ciudadanos han emergido. Esta nueva cosecha de periodistas bromea, dicen que consiguieron sus nuevos trabajos haciendo crónicas de los ataques a sus propios hogares y que sus vídeos se abrieron paso a los grandes medios, desesperados por periodistas desde el territorio. Ahora, por ejemplo, tres de los principales corresponsales de Al-Jazeera son ciudadanos y periodistas desde los hospitales: uno en Al-Shifa (Gaza), uno en Shuhada Al-Aqsa (Deir al-Balah) y un tercero en el Hospital Nasser (Jan Yunis). La severidad de los ataques ha hecho difícil la movilidad para la gente común, y si tienes un chaleco antibalas o un casco con la palabra «PRESS» escrita, es como si caminaras con una mira sobre ti. Usar uno de esos chalecos te expone más que no usarlo. La estrategia es simple: no se debe permitir que las noticias y reportajes salgan de Gaza. Lamentablemente, la mayoría de los periodistas más establecidos se fueron al sur hace un tiempo, creyendo, ingenuamente, que era más seguro.

La mayoría de las noticias de hoy son sobre la invasión terrestre. Empiezo a preguntarme para qué verlas. Las vemos, las oímos, las vivimos. Los sonidos de las explosiones y disparos nunca paran. Vuelvo conduciendo del Al-Shifa al ritmo del bombardeo. Al principio uno se siente petrificado conduciendo en un ataque como ese, en cualquier momento un misil puede alcanzar tu coche, pero después te acostumbras. La pregunta que nunca dejas de hacerte es: ¿dónde están? Los tanques israelíes, me refiero. Uno escucha muchísimas hipótesis, especulaciones, rumores, pero son todo suposiciones. Lo que sé es que, distrito por distrito, manzana por manzana, más y más áreas de la ciudad y Jabalia, se convierten en zonas a las que no ir, ya sea porque son muy peligrosas o simplemente porque no puedes atravesarlas, porque las calles se han fusionado con los escombros. Y cada noche,

cuando te acuestas, tienes menos y menos certezas sobre si te volverás a despertar. Irse a la cama es una manera de arreglar tus asuntos, preparando el final.

Por la mañana nos enteramos de nuevos ataques en la ciudad de Gaza. La ciudad se vuelve más pequeña mientras la invasión terrestre continúa. Bilal, el gerente del edificio de Prensa, pregunta de forma ligeramente provocadora: «¿Es momento de ir al sur?». Mi respuesta nunca cambia: «Ningún lugar es seguro. Es todo lo mismo». Pero le hago una suerte de promesa: «Cuando los soldados estén en Rimal y los tanques estén estacionados fuera en la calle, cuando nos hagan marchar a todos a punta de pistola en la cabeza, entonces iremos. Tal vez». En este escenario, le explico, no seremos asesinados escapando, creyendo alguna mentira que los israelíes nos hayan contado.

«No vamos a tomar el camino fácil», le digo. «Vamos a tomar el camino largo y doloroso.» Él asiente.

Martes 31 de octubre (Día 25)

Anoche intenté irme a dormir temprano. El invierno es duro sobre nosotros y las noches son largas, y con los bombardeos parecen interminables. Durante las horas del día puedes ver a la gente, hablando entre sí, evaluando los daños alrededor de las casas, pero una vez que el sol se pone te vuelves prisionero del edificio que hayas elegido para refugiarte: sin electricidad, sin televisión, sin internet; aislado del mundo. Lo único que oyes es el rugido de los F-16 pasando a toda velocidad. El momento preferido de todo el mundo ahora es cuando sale el sol: entonces te das cuenta de que sigues vivo, ligeramente eufórico de haber sobrevivido otra noche difícil. Ahora los relojes se atrasaron una hora, nuestra dolorosa y larga espera hasta el amanecer empieza antes.

Apenas después de dos horas me despierto con toda la casa sacudiéndose.

Mohammed dice que ha habido un intercambio de fuego, y que ha durado un rato. Enciende otro cigarrillo y cruza la habitación para intentar descifrar los diferentes ruidos. Yo vuelvo a la cama. El siguiente tramo de sueño es más largo, gracias a Dios, ya que la siguiente explosión no llega hasta las 2:14 de la madrugada. De nuevo el mismo pánico, la misma pregunta (¿dónde ha sido?), la misma preocupación. Vuelvo a dormirme y no me despierto hasta más o menos las seis.

En el Hospital Al-Shifa, docenas de personas pasan corriendo a mi lado, hacia la sala de urgencias, para ayudar a cargar a las nuevas víctimas que han traído los coches particulares, los carros de caballos e incluso las bicicletas de tres ruedas. Es difícil abrirme paso entre la multitud. He traído pizza para Wissam. He tapado la bandeja de cartón con una kufiya. Hasta ahora, Wissam no ha comido nada. La leche entera que pidió hace unos días la vomitó. Anoche, sin embargo, pidió pizza. Me reí y le dije: «Sabes que estamos en guerra, ¿verdad? No hay pizzerías abiertas». Pero para no desanimarme, me dirigí al enorme supermercado de la calle Nafaq y encontré mozzarella. El supermercado estaba vacío de productos y lleno de gente. Algunas secciones estaban completamente cerradas, sus estanterías vacías. Ya puedes olvidarte de productos como el chocolate o las galletas. La sección de carne está cerrada. Lo que queda es comida seca: arroz, pasta, café, etcétera. La mayor parte de lo que queda hay que cocinarlo para poder comerlo, y nadie tiene electricidad para hacerlo.

Tuve suerte de encontrar mozzarella. De allí me fui a casa de Eisha para pasar la noche y levantarme temprano y cocinar en su horno de barro. Todavía le queda combustible. Como estudié cuatro años en

Italia, sé hacer una buena pizza, pero Eisha insistió en hacerla ella misma bajo mis indicaciones.

Fuera del hospital, tres hombres y una mujer lamentan la pérdida de un ser querido. Están de pie frente a su cuerpo, que yace en el suelo delante de la carpa donde los muertos esperan a ser enterrados. A dos metros a la derecha de esta tienda no puedo creer lo que veo: un trozo de cerebro rodeado de manchas de sangre yace en el suelo. El trozo es como una pelota pequeña. Parece reciente. Casi vomito, sigo caminando.

A Wissam le gusta la pizza. Me jacto de que haya sido preparada bajo mis instrucciones como italiano honorario, yo la aprobé. Es la primera vez que come sin vomitar después. Incluso acepta un poco de té que le ofrece una anciana que hacía compañía a su hija herida en la cama de al lado.

Hace seis horas que no tomo agua. En la Casa de la Prensa no hay reservas de agua, solo la que sacan del grifo. Normalmente, nunca utilizaríamos el agua del grifo para el té o el café o para cocinar, y mucho menos para tomarla directamente. En Gaza, esa agua solo sirve para limpiar; es tan salada como el mar y está mezclada con todo tipo de sedimentos y partículas. Pero estoy desesperado. Me convenzo a mí mismo de que si se hierve con café no estará tan mal. La guerra tiene su propia lógica. Incluso intento convencerme de que parte de la sal se evaporará al hervirla. Tengo mucha sed. Así que hago el café que nunca pensé que haría. Luego intento tomarlo. No puedo. Una hora más tarde, Mohammed me trae una botella de un supermercado. Alguien le avisó de que allí todavía vendían.

Los combates se acercan. Las tropas israelíes se acercan por el oeste y el norte. Se ha informado de intercambios de disparos en torno a la zona de Twam, un barrio cercano a Saftawi donde se encuentra mi piso. La gente se ha visto obligada a abandonar sus casas a medida que la línea defensiva retrocede. Más allá de esa línea, nos dicen que los proyectiles de los tanques, los ataques aéreos, los buques de guerra y los morteros lo han devastado todo. Ningún edificio ha escapado a los daños, al menos parciales. Bilal me pregunta: «¿Y ahora qué? ¿Vamos a esperar hasta que veamos a las tropas frente a la Casa de la Prensa?».

«¿Qué opciones tenemos?», responde Abu Saad, periodista. «¿Vamos a huir al sur? Matan a la gente a diestro y siniestro. Atacan las casas tanto allí como aquí.»

Estoy de acuerdo. Incluso los israelíes admiten que su énfasis está ahora en el «daño», no en la «precisión», así que simplemente moriríamos en su búsqueda del «daño». No hay lógica que resista ninguna decisión que tomemos. Podemos oír el rat-tat-tat de los disparos a unas manzanas de distancia. Ninguno de nosotros necesita recordarse a sí mismo que cualquier momento puede ser el último.

Durante una hora, intentamos relajarnos y ver las noticias. Nada más puede captar nuestra atención, solo los sonidos de los disparos y las explosiones.

Ahmad, uno de los empleados de la Casa de la Prensa, llega con una gran botella de agua. Prepara té para todos. Para mí no es té, es solo un líquido que saciará mi sed. No soy aficionado al té, y lo tomo en contadas ocasiones, únicamente con un desayuno árabe clásico (za'atar, aceite de oliva y nablusi o queso blanco). Pero hoy el té es la bebida más deliciosa del mundo.

Mi hermano Ibrahim me llama por teléfono para asegurarse de que no estoy en Jabalia en este momento, ya que hay noticias de que las Fuerzas de Defensa israelíes están atacando la parte oriental del barrio. «¿Dónde exactamente?» «Detrás de la panadería Ajorr.» Le digo que sigo en Rimal. Me advierte de que tenga cuidado al conducir de vuelta a Jabalia esta noche, ya que la entrada occidental también está siendo atacada. Los tanques están disparando sobre Twam y Saftawi, al oeste del campo de refugiados. Esta noche tendré que entrar al campo por el este, subir por la parte alta de Jabalia y cruzar Nazla. Cada vez que vuelvo a casa tengo que trazar una nueva ruta.

Miércoles 1 de noviembre (Día 26)

Cuando Ibrahim llamó ayer para saber si estaba en Jabalia o no, yo no tenía idea de cuán grave había sido el bombardeo. Anoche mientras conducíamos hacia el norte, desde Rimal a Jabalia, las calles estaban vacías, no nos cruzamos con ningún coche o peatón. Era espeluznante, a pesar del ruido ensordecedor de los disparos y los bombardeos por todas partes. Por lo general Gaza está abarrotada de gente. Nunca la había visto así.

Mientras nos acercábamos a Saftawi, pude ver los restos de los misiles israelíes tirados a los lados de las calles. Cables de electricidad cortados colgaban sobre nuestras cabezas, pedazos de ladrillo y cemento estaban esparcidos por nuestro camino. Tuvimos que conducir despacio, zigzagueando por la calle. Edificios, oficinas, jardines, supermercados..., todos destripados, desparramados por las calles. Fue una idiotez venir por aquí. Habíamos pensado probar por la ruta este, del lado alto de Jabalia, hasta la ciudad de Nazla. Este había sido el plan original, pero recibimos más actualizaciones sobre el ataque a mi «harra» (barrio), así que quise volver a casa lo más rápido posible. Mi hijo Yasser estaba ahí y no conseguía comunicarme con él por teléfono. Cuando Mohammed llamó a Ibrahim, no pudo confirmar que estuviera con él. Solo dijo que lo había visto diez minutos antes del ataque. Miré hacia la derecha de la calle que une la playa con el campo de refugiados y vi mi viejo sicomoro. Un alivio extraño me recorrió, al ver que seguía de pie, erguido. Parecía tan cansado como yo, desaliñado, abatido, pero también como yo, todavía aquí.

Esto no es un ataque; es una masacre. Como el final de una película de guerra. Todo está destruido. Cincuenta edificios hundidos en el suelo. La mayoría, de dos o tres pisos. La parte atacada del barrio está totalmente borrada. No podía creerlo. Edificios caídos unos sobre otros, como si se hubieran quedado dormidos y se hubieran desplomado, pero al hacerlo hubiesen arrastrado al edificio contiguo, y ya fuese imposible diferenciarlos. Los viejos callejones y pasillos por los que Jabalia era famosa han desaparecido. Todo se ha convertido en una misma cosa. Es lo que llamamos el barrio de Sinada. Es la zona que albergó a las personas del pueblo de Deir Sinad que se refugiaron en 1948. Este pueblo está, o estaba, situado justo en lo alto de la Franja, al norte de la frontera. Para los pocos gazatíes que han tenido la suerte de salir por el puesto de control de Erez, es el primer lugar a la izquierda una vez lo cruzas.

La mayor parte del barrio de Sinada fue aplastada. Conozco el lugar como la palma de mi mano. Conozco cada edificio y cada familia. Sé

quién está casado con quién y cuántos niños tienen. Conozco sus peleas como conozco las de mi propia familia. Este es mi barrio. Aquí nací y crecí. Muchos de los callejones que han desaparecido fueron testigos de momentos clave de mi infancia. Puedo contar una docena de historias que tuvieron lugar en cada uno de ellos. En mi mente, puedo volver a dibujar esas callecitas y trazar de nuevo los límites, volver a dibujar los edificios. Denme un arquitecto y mil millones de dólares y podré reconstruirla desde cero.

Un *harra* no solo consiste en edificios y calles, está hecho de todos esos recuerdos de todas las personas que han vivido allí, las personas y las relaciones que han construido en el tiempo. No es solo el lugar donde naciste, es el lugar donde su propia historia se funde con la tuya. Es una parte tuya y tú una parte de él. Cada vez que le hablo a alguien sobre el lugar, me preguntan, ¿cómo lo sabes? Mi respuesta siempre es la misma: este es mi barrio. Debe ser algo de antes de que naciera, o antes de la Nakba; a veces ni siquiera sé cómo es que sé esas historias. Mi única explicación es que soy de este lugar.

Descubro que Yasser está a salvo, y por suerte no tan cerca de la zona atacada. Había estado caminando por los pasillos cerca de la casa de mi padre cuando la mampostería empezó a caerle alrededor. Tuvo que cubrirse la cabeza con las manos mientras corría a la calle principal más cercana. Todos corrían hacia la misma dirección mientras los aviones dispararon nueve misiles en una rápida sucesión. Hicieron un anillo de fuego sobre toda el área. Pasaron diez minutos antes de que nadie supiera exactamente qué es lo que había sido alcanzado, ya que el humo y el polvo lo cubrían todo. Nadie podía ver. La gente corría entre el polvo, intentando no ser alcanzada por las esquirlas o por el hormigón que caía.

Paso dos horas ayudando en las tareas de rescate, intentando buscar supervivientes y retirando cadáveres. Cada uno hace su parte. Estoy con un grupo en particular, en medio de las ruinas, arañando los escombros. Raed, un amigo del *harra*, sobrevivió a un ataque contra la casa de su familia, pero ahora busca a sus seres queridos. Señala el lugar donde cree que estaba su familia cuando se produjo el ataque. «Normalmente, se sientan en una de estas dos habitaciones», me explica, señalando un montón de hormigón que, según ha deducido, eran esas dos habitaciones. Empezamos a sacar piedras y pedazos de hormigón con las manos. Debajo, encontramos libros, muchos. Raed dice: «Sí, tenía razón. Esta es la sala de estar. Son de mi padre». Por un segundo, no puedo evitar leer los títulos de los libros. De repente, tocamos pelo. Ahora tenemos que tener cuidado, ya que parece ser la cabeza de una mujer. Tras diez minutos de arañar las ruinas y retirar la piedra y la arena del fondo alrededor de la cabeza, por fin podemos sacar la cabeza y el torso cortados. Lo ponemos sobre una manta y seguimos buscando

el resto del cuerpo. Después de una hora solo hemos conseguido recoger trozos cercenados de su cuerpo. Parte de un brazo. Unos dedos. Unos discos vertebrales y las piernas. Es un mundo surrealista. Alguien me trae una pala y escarbo en busca de más cuerpos. Raed está seguro de que el resto está ahí abajo. Un joven grita que ha oído a alguien entrar en pánico a unos metros. Alguien grita «shhhhhhhhh», imponiendo silencio para que podamos escuchar. Sí, alguien intenta hablar con nuestro mundo. Nuestro trabajo consiste ahora en localizar la fuente exacta del sonido que viene de abajo. Llegan los hombres de Protección Civil, y poco después pedimos que extiendan «oxígeno» por el agujero que hemos hecho en los escombros. Al cabo de una hora, salvan al joven y lo llevan al hospital. Ya es de noche y me siento completamente agotado, tengo las manos negras de suciedad y toda la ropa sucia. Apenas puedo caminar hasta la casa de mi familia, donde me lavo la cara e intento limpiar mi ropa con agua vieja. Mi cuerpo está cubierto de sudor y me siento contaminado de alguna manera. Me dirijo al tejado de la casa en un intento de respirar aire fresco. No puedo soportarlo. Me tumbo en el tejado mirando al cielo haciéndome cientos de preguntas sin esperar respuesta.

Necesito dormir, pero sé que no voy a poder hacerlo, así que vuelvo a la calle para escuchar las historias de la gente que estaba cerca cuando se produjo el ataque. Podrían haberme matado si hubiera estado paseando por allí, como hago casi todas las tardes. Por suerte, en ese momento estaba en la Casa de la Prensa. Hanna está tranquila ahora, después de haber hablado con Yasser, aunque de lo que hablaron fue de los horrores que acababa de ver.

De vuelta en casa de Faraj, nos sentamos en silencio, sin creer lo que acabamos de presenciar. Todos sentimos que al final de la guerra nuestro grupo habrá sido asesinado. No quedará ninguno de nosotros. Durante tres horas, charlamos compartiendo los nombres de los que sabemos que han muerto y rememorándolos, refrescando viejos recuerdos. Mientras hablamos, recordamos a viejos amigos de los que no habíamos tenido noticias últimamente y nos preguntamos si seguirán con nosotros. Adham perdió a dos de sus primos. Su hijo mayor sobrevivió de milagro. Intentó hablar con él por teléfono, pero el chico es incapaz de hablar en este momento. Está demasiado traumatizado. A decir verdad, todos estamos traumatizados.

Por la mañana, llego a la Casa de la Prensa muy temprano. Bilal y Abu Saad están sentados fuera intentando disfrutar del sol. Abu Saad tiene pasaporte extranjero y ha recibido autorización para salir hoy por el paso fronterizo de Rafah. Su nombre está en la lista de los egipcios. Está esperando a que los demás miembros de su familia hagan las maletas para dirigirse al sur. Nos alegramos por él. A su hermano, que tiene pasaporte ucraniano, le han dicho que puede salir con la condición de

que vuele directamente a Moldavia. Está a la espera de que lo citen para partir hacia el paso fronterizo. Va de una zona de guerra a otra. De Gaza a Kiev.

El coche se aleja por la calle Corniche con una bandera blanca colgando por la ventanilla. Ahora solo estamos Bilal y yo sentados frente al edificio de la Prensa. No hay nadie en la calle Shahadda, normalmente muy concurrida. Solo un perro asustado ladra cerca tratando de proporcionar algo de compañía. Le digo a Bilal: «Me echo de menos. Echo de menos a Atef. Echo de menos ser yo mismo».

Jueves 2 de noviembre (Día 27)

Adham perdió a su hijo Abed en el ataque aéreo de anoche. Adham y yo dormíamos uno al lado del otro cuando alrededor de la medianoche una explosión gigante sacudió el barrio. Me senté en el colchón, doblé las rodillas y me abracé las piernas. Adham prendió un cigarrillo y me preguntó: «¿Dónde crees que ha sido?».

«No muy lejos», le dije. «Quizás ahí.» Apunté a un edificio al sur. No tenía ni idea, claro, pero lo había sentido cerca. La oscuridad es tu enemigo en momentos así. Después de un ataque así, los jóvenes no tardan en salir a la calle para tratar de conseguir información sobre lo que acaba de ocurrir. Adham apenas había fumado la mitad del cigarrillo cuando escuchamos las voces que venían desde la calle de abajo. Arab, un pariente mío con voz muy fuerte, decía que había caído en la parte sur del *harra*. Los dos fuimos hasta la ventana a intercambiar preguntas con los de abajo. El aire estaba lleno de polvo y humo y era difícil respirar.

Para cuando nos fuimos del edificio, había más gente en la calle. Todos con las linternas encendidas de sus teléfonos para ver entre el polvo. Parecían velas de vigilia. Nadie sabía dónde había sido el ataque. Todos preguntaban: «¿Fue cerca de tu casa?». Nadie parecía pensar que lo fuera. Decidimos caminar hacia donde el polvo y el humo eran más densos, para encontrar el foco. Tenía razón, era hacia el sur; usamos nuestros sentidos para rastrear de dónde surgía el humo. Debíamos tener cuidado mientras nos adentrábamos por los pasillos más angostos del *harra*. Las sirenas de las ambulancias se oían cada vez más cerca. Hasta ahora Adham había tratado de ayudar como todos. Pero él conoce estos pasillos mejor que nosotros y presiente que las casas atacadas están en una parte del barrio a la que no se puede llegar en coche. Algunos pasillos tienen apenas un metro de ancho.

Las últimas dos semanas Adham ha sido mi compañero de cuarto por las noches. Dejó su casa después de que fuera destruida parcialmente en la primera semana de la guerra. Su mujer se trasladó con sus familiares y algunos de sus niños, mientras que los demás hijos se mudaron a casa de su tío y su abuela. Abed, su hijo mayor, fue testigo de la masacre que los israelíes cometieron en Jabalia hace dos días. Intenté que hablara con algunos periodistas ya que él fue uno de los pocos supervivientes. La noche que me escribió, desde el móvil de su padre, dijo que no podía hablar. Adham me contó que no pudo hablar durante seis horas después del incidente. Estaba absolutamente traumatizado.

El ataque aéreo que buscábamos anoche alcanzó la casa de la familia de Adham. Ahora Abed está muerto. Su abuela está muerta. Su tía está

muerta. Adham perdió a tres de sus familiares en un instante. Todos dejamos las linternas de nuestros celulares encendidas para ayudar a que los equipos de rescate puedan ver mejor. Intento agarrarle la mano a un niño (de unos diez años quizás) con los ojos todavía adormecidos para llevarlo a la ambulancia. «No, déjame», dice con su vocecita cansada. «Quiero esperar a mi mamá.» «Tu mamá está bien», le digo. «No está bien», protesta, «¿dónde está?». Un momento después una mujer es llevada en una camilla. Llevamos al niño a que la vea para identificarla. No es ella. Quince minutos después su madre es sacada de debajo de los escombros, viva, y entonces al fin acepta subirse a la ambulancia y se sienta a su lado.

Una hora y media antes, otro ataque destruyó un edificio de cinco pisos en el extremo este de nuestra calle, se llamaba «Edificio Annbar». Había sido el único en salvarse de las atrocidades del día anterior. El edificio contiguo también estaba dañado. En los dos edificios vivían unas ciento cincuenta familias. Miraba con dolor los daños y pensaba en todas las vidas ocultas bajo los escombros, cuando tuve un extraño recuerdo. En la planta baja del Edificio Annbar había una famosa barbería cuyo dueño era el hermano de Adham. Se llama Barbería Sharawi. Cuando me casé, hace veintitrés años, me corté el pelo allí.

Estos han sido dos de los días más mortíferos. Anoche, una hora antes del atardecer, intenté llamar a mis amigos que viven en Falouja, una de las zonas del campo. Al final conseguí comunicarme con algunos de ellos a través de Facebook. Decidí conducir hasta la zona para ver las casas atacadas. Mientras nos recuperábamos de la salvaje masacre de Jabalia, los israelíes atacaron el barrio de Falouja en el lado oeste del campo, destruyendo dieciocho edificios y asesinando alrededor de cien personas. Hasta ahora, nadie sabe exactamente el número de muertes, ya que el rescate de los cuerpos es lento por la magnitud de las montañas de escombros.

Marwan, que acaba de tener un hijo después de intentarlo durante diez años, perdió a su padre y hermanas, y sus familias, en un ataque aéreo. Lo veo sentado sobre un montón de hormigón. Su cara y su ropa están cubiertas de mugre. Sus lágrimas parecen un hilo de pequeñas piedras. Llora. Afortunadamente, su esposa había llevado a su hijo con sus familiares. Él apunta a una de las colosales pilas de escombros y me explica, llorando, que ochenta miembros de su familia están debajo. El ataque ocurrió justo cuando su padre llegaba al edificio. Se cree que murió antes de entrar. La escena parece algo sacado del infierno. No hay palabras para ayudar a Marwan. Se puede ver a muchas personas sentadas sobre diferentes partes de estas ruinas, llorando. Mientras se pone el sol, voy hacia casa de Faraj donde haré mi única comida del día, sentado en silencio con él y con Adham.

Ayer me tuve que rendir en la búsqueda de pan. Llamé a varios amigos para preguntarles si tenían un paquete extra o si me podían ayudar a conseguir uno. Un amigo me prometió que conseguiría uno para mí y otro para Bilal. Esperé en la Casa de la Prensa durante horas antes de rendirme, ya que no respondía al teléfono. En cambio, compré unas semillas de girasol y nueces y me dije a mí mismo que esa era mi comida del día. Mientras los tres, Mohammed, Yasser y yo, comíamos, Bilal me llamó y me dijo que por fin había llegado el pan. Volvimos directamente a recoger el preciado tesoro que esperaba en la oficina de Bilal.

Esta mañana me he enterado de que la hermana de Maher, el marido de Eisha, su marido y sus tres hijos murieron en un ataque dirigido contra su edificio, cerca de la rotonda de Zaid. Ella era maestra en una de las escuelas UNRWA. Voy a ver a Eisha y a Maher, pero él no está. Maher está en el cementerio con su padre y su hermano, enterrando a sus seres queridos.

La ciudad se ve cada día más triste que el día anterior. No hay razón alguna para la esperanza. Todos estamos cansados y sufriendo.

Viernes 3 de noviembre (Día 28)

Es la primera vez que vengo a Al-Shifa por la mañana temprano. La mayoría de los refugiados siguen durmiendo en el suelo. Algunos están cubiertos con sábanas, unos pocos tienen la suerte de acostarse en colchones que han conseguido traer de las ruinas de sus casas. El hospital parece una ciudad que aún no se ha despertado. Es difícil saber dónde pisar, ya que la gente duerme por todas partes.

Navegar por las escaleras es aún más difícil, ya que parecen haberse convertido en viviendas particulares. En un rincón, al final de un pasillo, una joven prepara bocadillos para sus hijos, que todavía duermen. Unta los pequeños pedazos de pan con chocolate. El vapor que sale de un hervidor que ha traído consigo me recuerda las mañanas normales. En su sencillez, esta escena me hace añorar la normalidad. Sigo caminando de puntillas entre los cuerpos dormidos y, al mirarlos, me doy cuenta de que posiblemente sea su primer descanso en semanas. Incluso las cámaras de televisión de la sala de urgencias duermen.

Eran las siete y media de la mañana cuando salí hacia Jabalia. Atravesé Saftawi y bajé por la calle Jalaa en dirección a Rimal. Era una mañana muy normal para la guerra. Parecían funcionar unas pocas panaderías, y las colas fuera de ellas eran más largas que nunca.

Me he aprendido los nombres y direcciones de todos los supermercados y negocios de comestibles de la ciudad de Gaza y del campo de Jabalia. En las últimas semanas me he convertido en un experto, visitando negocios y supermercados de los que nunca antes había oído hablar, y en los que mucho menos había estado. Pero a medida que ha disminuido la mercancía, también lo ha hecho el número de supermercados y negocios de comestibles que siguen abiertos. Así que es normal entrar en un supermercado un día y encontrarlo cerrado al día siguiente. Ahora puedo contar con los dedos de dos manos el número de supermercados que siguen abiertos en toda Gaza. Algunos de los más grandes compran los remanentes de los más pequeños para mantener los suyos abiertos. Por supuesto, muchos de los negocios cerrados siguen llenos de productos, pero sus propietarios consideran que abrir es demasiado peligroso. Las opciones de comprar disminuyen cada día.

También hay que convertirse en un experto en vendedores ambulantes y en las esquinas donde venden. Son como mercados emergentes, que venden verduras en carritos arrastrados por burros. Ahora los conozco a todos: el de la punta norte de la calle Jalaa, el de las afueras de Al-Shifa, el de la calle Nasser, el que está cerca de The Family

Bakery y el que está cerca del enorme supermercado de la calle Nafaq. Durante cuatro semanas, he comprado verduras en la mayoría de ellos. Solo queda una gama limitada de verduras: patatas, tomates, pimientos, pepinos, berenjenas, cebollas y, con suerte, calabacines. También hay que conocer los nombres y la ubicación de todas las farmacias, aunque actualmente están todas cerradas, por supuesto. Pero además de todo esto —negocios, mercados, vendedores ambulantes, farmacias—, lo más importante en lo que hay que convertirse en un experto es en panaderías. Personalmente, conozco todas las panaderías que funcionan en la ruta de Jabalia a la ciudad de Gaza.

Se dice que esta noche el ejército israelí ha aislado completamente la ciudad de Gaza y el gobierno del norte desde el sur. Los tanques están patrullando la calle Rashid, que es la ruta costera que une la ciudad de Gaza y Wadi Gaza. Es una de las rutas más bellas que se puedan imaginar, uno de los lugares donde a los gazatíes les encanta pasear solos y disfrutar de la vista del mar y de la puesta del sol. Nadie puede resistirse a pasear por allí y hacer fotos. La calle Rashid debe su nombre a Harun al-Rashid, el famoso califa de la dinastía Abbasí, un líder que trajo prosperidad, conocimiento y ciencia al mundo árabe, y que fundó la gran Beit al-Ḥikmah (‘Casa de la Sabiduría’). Ahora la calle es otro lugar de destrucción violenta. La ciudad de Gaza y el norte de la Franja están conectadas con el resto de la Franja, al sur del valle, solo a través de dos rutas: la calle Salah al-Din, al este, y la calle Rashid, al oeste. Aparte de un par de angostos caminos de tierra utilizados solo por los agricultores, no hay nada más.

Ayer, los israelíes lanzaron panfletos sobre el campo de refugiados de Al-Shati, al norte de Rimal, exigiendo a la población que lo evacuara. El panfleto decía que iba a ser su última advertencia antes de lo que prometían sería un ataque de «fuerza abrumadora». El color del panfleto era rojo. Los panfletos han sido coloreados hasta ahora: la primera oleada de panfletos era verde, la segunda amarilla. Parece que nuestra vida y nuestro destino están codificados por colores. Pero esta es una vieja táctica de los israelíes. Si alguna vez intentas cruzar el puesto de control de Erez (muy pocos pueden permitírselo, debo decir), los soldados utilizan un esquema de colores para detectar tu nivel de peligro para ellos. Una línea de color subraya tu nombre, indicando qué nivel de amenaza supones para los israelíes y, por tanto, si te dejarán pasar. Del mismo modo, en Cisjordania, si solicitas un permiso de trabajo para trabajar en los asentamientos o en Israel (donde está la mayor parte del trabajo), puedes comprobar tu propio nombre en su sitio web. Si estás en verde, puedes trabajar. Si estás en amarillo, estás bajo inspección. Si estás en rojo, olvídate. Y, por supuesto, no hay forma de apelar a ningún color con el que te marquen. Los «folletos de la

muerte», como hemos llegado a llamarlos, son igual de idiotas y simples.

Mientras conducimos desde el Hospital Al-Shifa por la calle Nasser, el sonido de los disparos se hace más claro y nítido cuanto más hacia el norte vamos. El cielo está lleno de humo. En un momento dado, cuando entramos en la zona de Sheikh Radwan, me doy cuenta de que ya no es seguro continuar. Parece que el ejército está concentrando su fuego en el distrito de Al-Shati y las calles circundantes. Últimamente todo el mundo habla de la intención de los israelíes de hacer entrar los tanques en Al-Shifa, la «Nueva Gaza», como la llaman algunos, adonde se han trasladado 40.000 personas, no para sanarse (ya que «Shifa» significa sanación), sino para no ser bombardeados.

Ayer, un complejo de viviendas del campo de Bureij, al sur del valle, fue alcanzado y toda la familia cercana de la esposa de Faraj fue aniquilada. Su madre, sus dos hermanos y dos hermanas. También sus hijos. Por suerte, tras pasar dos semanas con su familia en Bureij, la mujer de Faraj se había trasladado a un refugio de la ONU en Rafah, así que sobrevivió. Durante tres horas, todos intentamos comunicarnos con ella por teléfono, para que Faraj pudiera hablarle y consolarla, pero la señal era demasiado débil.

Anoche pensaba acostarme temprano. Pero Adham, que sigue conmocionado por la pérdida de su hijo, su madre y su hermana, no podía dejar de llorar, así que se fue a estar solo en el dormitorio improvisado. Mientras los demás escuchábamos las noticias y hablábamos, todos pensábamos en él. Dije que era mejor dejarlo. Hay momentos en que necesitamos llorar a solas sin que los demás se compadezcan de nosotros. Hacia las diez de la noche me voy a dormir a la habitación. Hacia las dos y media, Adham enciende la luz. No puede dormir. Hablamos un par de horas antes de decirle que tengo que dormir. Pero es en vano. A las cinco de la mañana, oímos cómo la calle revive debajo de la ventana. La gente ya se dirige a la panadería para conseguir un buen lugar en la fila, algunos llevan sus baterías a cualquier casa con paneles solares, otros cargan colchones de vuelta a sus casas después de dormir en casa de familiares. El verdulero empieza a gritar ofreciendo sus pepinos. No hay lechero, ni vendedor de dulces. La guerra no da opciones.

Sábado 4 de noviembre (Día 29)

Era cerca del atardecer cuando vi de cerca a la muerte. Vino a abrazarme y llevarme en un viaje de ida. Estaba conversando con mi amigo Mohammed Hokaiad, que se aloja en Al-Shifa para cuidar a su esposa herida. Lo encontré cerca de la puerta principal del hospital después de haber visitado a Wissam. Hablamos diez minutos, intercambiamos plegarias y promesas de futuros encuentros, cuando explotó un misil en la entrada del hospital.

Esto fue a siete u ocho metros de donde yo estaba parado. Unos momentos antes había estado charlando con un joven a quien conocí hace tiempo cuando fui maestro. Él es del campo de Al-Shati pero ahora está refugiándose con su familia en el hospital. Sugirió que debería reubicarme ahí con Yasser. Un típico intercambio de guerra, corto y al pie. Seguí caminando unos metros hasta donde me encontré con Mohammed. Allí oímos el *boom*. Siempre estamos oyendo explosiones, claro, y todas las veces creemos que son a pocos metros, pero esta vez sí lo era. Todos saltamos y escapamos en distintas direcciones, sin saber dónde había impactado. Luego, miramos hacia arriba siguiendo la estela de humo hasta la entrada. Gente gritando, dando alaridos y corriendo. Muchas de las ambulancias que estaban saliendo justo en ese momento dieron la vuelta y abrieron sus puertas. Cinco unidades aparecieron para atender a los heridos. La zona está llena de gente la mayor parte del tiempo —con familias, vendedores, coches, periodistas, médicos y enfermeras—, es un cuello de botella por el cual esta nueva, imposiblemente sobrepoblada «ciudad» temporal, va y viene cada día. Los israelíes sabían exactamente lo que hacían. Tenía que correr, ¿pero a dónde? Mohammed Hokaiad tenía miedo de que esto fuera la primera parte de un «anillo de fuego», lo que significa que el final de la manzana sería bombardeado, hacia el norte, después hacia el sur, destruyendo toda el área dentro del anillo. «Tenemos que salir del anillo», me gritó. Normalmente, estos anillos ocupan un par de manzanas, más bien de forma cuadrada, con las calles principales en los cuatro lados. Por eso corrimos lo más rápido posible hacia el norte. Por suerte esta vez no hubo anillo de fuego, de otro modo no hubiéramos sobrevivido. Mientras íbamos en el coche hacia la calle Jalaa, no dejaba de pensar que, si me hubiese quedado charlando con el joven con el que solía enseñar, yo ya sería historia.

Más tarde supimos que dieciséis personas fueron asesinadas en el ataque y las ambulancias resultaron dañadas. Llamé a Hanna para saber si había podido comunicarse con Wissam y ver si estaba bien. Lo único que esperaba era que Wissam fuera trasladada a Egipto para su

tratamiento. Ahora, cada día, nuevos pacientes son trasladados allí por la frontera de Rafah para ser atendidos. Su nombre está en la lista. Le habían prometido que iría hoy, pero en una breve nota nos informaron de que sería mañana. La noticia de la demora la destroza, porque aquí en Al-Shifa su tratamiento es sin anestesia. Grita todo el día de dolor. Para ella el peor momento es cuando las enfermeras le limpian las heridas o cuando tiene que pasar por otra cirugía. Le habían dicho que estaba todo listo para su traslado al hospital Arish en el Sinaí. Pero ahora, desde que la ruta Rashid que bordea la costa está bajo fuego de los tanques israelíes, llegar a la frontera es más lento que nunca. Ayer por la tarde decenas de personas fueron asesinadas mientras viajaban hacia el sur por la ruta Rashid. Las imágenes de sus cuerpos mutilados (partes de sus cuerpos, debo decir) desparramados sobre el camino eran impresionantes. Lo único que estaban haciendo era lo que el ejército israelí les exigió: ir al sur. Ser volados en pedazos fue el premio.

Pero las imágenes más impresionantes fueron las enviadas desde la escuela primaria en Saftawi. A solo unos cientos de metros de mi piso. Es la escuela a la que mis dos hijos, Naem y Yasser, asistieron durante seis años. Ahora toda la zona es demasiado peligrosa para siquiera acercarse. Los tanques se aproximan desde el oeste, desde Twam y Sudania. Incluso conducir desde la calle Saftawi hacia el campo es una locura estos días. Mi hermano Mohammed por lo general se niega a que vayamos por esa calle, aunque yo pienso que es más peligroso perder tiempo zigzagueando desde el este.

Un misil impactó en una de las dos escuelas —hay una para niñas, una para niños— donde cientos de familias han encontrado refugio. Se mudaron allí desde sus casas en el oeste, cerca de la playa. Atacaron la escuela de los niños, y la mayoría de los que murieron eran alumnos de la escuela. En vez de matemáticas, aprendieron sobre la muerte. Ni uno solo de los cuerpos recuperados de la masacre estaba completo. Fueron todos destrozados. La escena era la de un matadero donde el carnicero disfrutaba muchísimo de su trabajo. Lo hacía simplemente por diversión.

Las noticias son difíciles de seguir ya que hay demasiadas. Lo único que puedes hacer es garantizar tu seguridad, y cuidar de las personas a tu alrededor. En paralelo a la masacre de la escuela en Saftawi, otro misil impactó en otra escuela cerca del Hospital Indonesio (el principal centro médico en Gaza del Norte). Las esquirlas y escombros atravesaron varias habitaciones del hospital. Mucha gente fue asesinada, la cantidad aún se desconoce. Faraj me pregunta: «¿Ves alguna conexión entre la fugaz visita del secretario de Estado Blinkin y la creciente intensidad de los ataques, especialmente a escuelas y hospitales?». No tengo una respuesta.

De vuelta en la Casa de la Prensa, me preparo café. No dejo hervir el agua para no usar tanto gas, nos preocupa que se termine ya que no hay donde recargar la bombona. El agua está tibia. Suficiente. En tiempos de guerra no se pregunta por el sabor, basta con tener algo que beber. Anoche fracasé en conseguir pan. Tampoco mis amigos pudieron guardarme un poco. Herví fideos, les agregué algo de sal y los comí. Disfrutamos nuestra comida minimalista. Era suficiente para nosotros. Le prometí a Yasser: «Mañana voy a conseguir pan». Ya es «mañana» y no tengo idea de dónde voy a sacar pan. Cada vez abren menos panaderías, las colas son más largas que nunca frente a las que quedan abiertas y todo el mundo prioriza a su familia. ¿Habrá pan para nosotros al final del día? Si no, tengo que pensar en alguna otra cosa para comer. Todavía tengo una bolsa pequeña de fideos. Soy un hombre con suerte. Pero convencer a Yasser de nuestra suerte es algo diferente.

Las escuelas Fakhoura fueron atacadas esta mañana y allí asesinaron a nueve personas. Las mismas escuelas que fueron atacadas en la guerra de 2014. Cientos de familias están viviendo allí, en el lado noroeste del campo de refugiados. Cientos creen que el logo de la ONU los ayudará. Qué mundo.

Domingo 5 de noviembre (Día 30)

Anoche, durante el ataque, resulté herido en la pierna izquierda. Es, hasta ahora, lo más cerca que he estado de un ataque aéreo. Serían cerca de las siete, y acababa de aparcar el coche cerca de la casa de Faraj. Tenía intención de caminar el resto del camino, y al llegar vi a mi padre. Se dirigía hacia la casa de mi hermanastra Amina, ubicada en un edificio de cinco plantas a unos veinte metros de distancia. Me pidió ayuda para subir las escaleras, en la oscuridad. Mi hijo Yasser tomó su mano y lo acompañó. Mientras esperaba vi a Fakhry, un viejo amigo, que cruzaba hacia el otro lado, así que lo llamé para charlar un rato. Fakhry es mayor que yo. Es uno de los pocos habitantes del barrio que sigue afiliado a un partido de izquierdas, y justo la noche anterior me había estado explicando que un izquierdista de corazón jamás cambiaría su afiliación a una facción religiosa, a las que considera inherentemente de derechas. Se refería a algunos de sus antiguos camaradas, que de repente se convirtieron en religiosos. Cuando lo llamé me dijo que iba al servicio, y que volvería en un minuto. Un minuto que lo envió a la muerte y que a mí me mantuvo a salvo.

De repente, un atronador y devastador misil explotó frente a mí. Un muro de fuego se me vino encima, seguido de la humareda. Sin darme cuenta estaba de pie en medio de una nube de polvo. Intenté correr. Me cubrí la cabeza con las manos y eché a correr al camino principal, hacia el sur, en busca de un lugar donde esconderme. Había perdido mis zapatos, a saber cómo. Corrí descalzo, mis hermanos Mohammed e Ibrahim corrían a mi lado. Doscientos metros después tuve que parar. Mientras recuperaba el aliento oí a gente que gritaba mientras salía de sus edificios, que habían sido alcanzados por el escombro disparado y el hormigón. Después de unos segundos intenté regresar al coche y encontrar mis zapatos. No había sentido nada hasta ese preciso momento. Y entonces noté algo cálido en mi pierna. Sangre. Un reguero de sangre. La limpié con la mano y caminé hacia las casas demolidas. Cinco edificios habían sido destruidos. Casi todas las casas al otro lado de la calle estaban igualmente dañadas. La ambulancia aún no había llegado, así que tenía trabajo por hacer. La casa de Fouad, un allegado, estaba en llamas y parcialmente derrumbada. Era muy complicado entrar en ella. Algunos empezaron a empujar una pared para poder acceder. Alguien gritó que había una persona bajo los escombros en la calle, cerca de un árbol. Intentamos con todas nuestras fuerzas retirar el escombro. Para horror mío, era Fakhry. Muerto. Llegaron la ambulancia y Protección Civil. Se llevaron a Fakhry en una camilla. A Fouad lo encontraron cerca de la puerta de su casa. Conseguimos

retirar el escombro que había aterrizado cerca de su cara, de modo que así podía respirar. Conseguimos sacarlo de allí en diez minutos. Pero había malas noticias sobre Maha, su mujer, y sus cinco hijos. Maha es también la prima de Hanna. Se cree que todos murieron en el fuego, o quizás antes. Niha, otra mujer de mi familia, estaba muerta en su habitación, en un edificio al otro lado de la calle, golpeada por un dintel que salió volando.

De repente me sentí muy cansado y superado por la situación. Me costaba mantenerme de pie y me mareaba. Mohammed me ayudó a salir de entre los escombros y me acompañó al coche. Quiso llevarme al hospital, pero me pareció ridículo ir allí con una herida tan absurda, cuando otros habían perdido brazos y piernas. «Yo me encargo», le aseguré.

Cuando llegamos a casa de Faraj, me lavé la herida con agua y me la tapé con un trozo de tela. Mientras me hacía la cura, el resto estaban ocupados. La casa de Faraj estaba algo afectada: los cristales habían estallado en las ventanas, y los espejos, los cuadros e incluso las puertas estaban desperdigados en el suelo. Los suelos estaban cubiertos, además, por todo tipo de residuos. Adham, Faraj, Yasser y Mohammed limpiaron la zona para que pudiéramos dormir allí. Apenas cruzaron una sola palabra mientras limpiaban.

Llevo casi todo el día tumbado en una cama en la Casa de la Prensa. Mi herida parece dolerme más. Vuelvo a lavarla, esta vez con agua y sal, y la tapo con un trozo nuevo de tela. No he hecho prácticamente nada en todo el día, excepto estar tumbado y pensar una y otra vez en lo que ha sucedido. ¿Y si hubiese muerto? ¿Quién cuidaría entonces de Yasser? Si hubiese cruzado la calle hasta la casa de Fakhry unos segundos más tarde, hubiese acabado entre el escombro.

Duermo la mayor parte del día. De vuelta a Jabalia visito a Wissam. Me cuesta un triunfo subir las escaleras. Siento que me desmayo. Nada cambia en el hospital, solo aumenta: más víctimas, más dolor, más muertos. Han quitado la enorme tienda blanca que usaban como morgue, y la han remplazado por una instalación de contención. Sin embargo, el número de muertos es tan elevado que muchos descansan en el suelo, fuera de la instalación. Tienes suerte si encuentras un sitio, aun estando muerto. Aplastado por la claustrofobia miro al cielo, recuerdo lo que hay allá arriba.

Pobre Hanna. Una pérdida, después otra. Ahora su prima. De nuevo la oigo llorar a través del teléfono. No tengo palabras de consuelo, sé que no le ayudarían. Voy a casa de Eisha a descansar un poco antes de volver a casa de Faraj. Cada día estamos más tristes.

Lunes 6 de noviembre (Día 31)

Esta mañana Mohammed Al-Jaja y toda su familia han sido asesinados. He llorado viendo las noticias, no podía creerlo. Ayer estábamos juntos en la Casa de la Prensa. Me cuidó y me ayudó a curarme la pierna herida. En las últimas cuatro semanas Mohammed había venido a la Casa de la Prensa, vestido con su chaleco antibalas en el que se leía PRESS, y se había sentado con nosotros. Además de periodista, trabajaba por el bienestar y el consuelo. Pasó gran parte de la guerra hablando con pastelerías y supermercados para conseguir pan y alimentos y distribuirlos en las escuelas UNRWA. Esas semanas pudimos parar a reflexionar acerca de la magnitud de la situación, compararla con ataques posteriores e idear la posguerra del futuro. Ahora ni él ni su familia tienen ningún futuro al que mirar. Ayer le sugerí que no pasase la noche en su casa del barrio Nasser. Empezaba a ser muy peligroso. Vivía en un apartamento de una planta en la misma calle que el Hospital Al-Shifa. Bilal le dijo que se trajese a su familia esta noche aquí.

Pero rechazó la idea y, mientras se alejaba, dijo: «Nos vemos mañana».

He visto su cuerpo en el suelo junto al hospital, cuando he ido a visitar a Wissam. Estaba junto a decenas de cadáveres, el botín de las incursiones nocturnas en el Al-Shati. Al principio no lo he reconocido, solo he visto su chaleco azul y he pensado: «Qué lástima, otro periodista». No cabía en mi cabeza que fuese él. Estuvimos juntos ayer, y el día anterior, y el anterior, y la semana pasada y la semana anterior...

Ahora no tendré a nadie a quien pedirle un trozo de pan durante la comida. La última semana Mohammed llegó cada día a la Casa de la Prensa con cinco paquetes de pan sobrantes, para nosotros, sus amigos. Así que durante una semana no he tenido que preocuparme por el pan. Algunos días, claro, no encontraba nada que traernos, y luego se sentía culpable por aparecer con las manos vacías.

«No pasa nada», le decía, «un hombre puede sobrevivir sin pan».

Ahora tenemos que sobrevivir sin él. Miro una fotografía suya guardada en mi teléfono y recuerdo nuestra conversación del día anterior. Sus miedos y ambiciones para cuando los tanques se retirasen.

Su plan era llevarse a su mujer y a sus hijos de vacaciones a Europa. «Vamos a estar allí un mes», me había dicho. «¿Vas a emigrar?», le pregunté sorprendido. «No, el futuro será mejor en Gaza.» Lo creía de veras. Había dedicado toda su vida y su carrera a ayudar a Gaza y a sus gentes.

Cuando Bilal y yo llevamos un buen rato sentados sin decir nada, decido romper el silencio: «Somos uno menos. En esta habitación éramos tres. Ahora somos dos».

Hemos sido como los tres mosqueteros, imaginándonos firmes hasta que los tanques estuviesen en nuestra misma puerta, y solo entonces obligados a salir, esposados o, más bien, atados con bridas. No tenía lógica ayudarlos a ellos, al ejército israelí, en lo de evacuar la ciudad y el norte. Es igual de peligroso en el sur: según el Ministerio de Salud, el 42 % de los asesinatos han sucedido en el sur.

Ayer y antes de ayer el portavoz del ejército israelí anunció que los ciudadanos podían huir hacia el sur a través de la calle Salah al-Din, entre las 13:00 y las 16:00. Muchos siguieron estas instrucciones y fueron bombardeados y asesinados de camino. Los israelíes siempre pueden aludir a «consideraciones de seguridad» y actuar en contra de todo lo que han prometido. Desviarse del camino, hacer una pausa o llevar encima algo que levante las sospechas de los soldados son algunas de esas «consideraciones de seguridad». También puedes verte obligado a abandonar tu coche o cualquier medio de transporte que estés empleando, y caminar los siguientes tres o cuatro kilómetros a pie. No te es permitido llevar nada, solo tu documento de identidad en la mano. Hay testimonios de gente a la que los soldados israelíes obligaron a quitarse la ropa y quedarse en camiseta. Ante estas y otras humillaciones, muchos han decidido regresar al norte.

Desde la ventana del cuarto piso en el Hospital Al-Shifa las vistas son difíciles de creer. Los cadáveres se alinean y amontonan por todas partes. Las cámaras se arremolinan alrededor de los entrevistados. Un grupo de niñas están sentadas y jugando con juguetes. Un hombre y una mujer despliegan una tienda para su familia, intentando hacerse hueco. Tres ambulancias llegan cargando más muertos de la noche anterior. Una docena de hombres hacen cola en la barbería, esperando para cortarse el pelo. Observo, durante una hora, esta nueva ciudad de Al-Shifa, una ciudad hecha de refugiados de otra ciudad que solía conocerse como Gaza.

Anoche, los ataques azotaron el campo de Al-Shati, destruyendo la mayor parte del mismo. Una de las enfermeras le pregunta a uno de los hombres heridos: «¿Qué pasó?». «No lo recuerdo», responde él. «Lo último que recuerdo es que estaba llenando una botella de agua en nuestra cocina. Éramos quince.»

Durante la noche, los F-16 atacaron la mezquita Jaffa, muy cerca de la casa de Faraj. Estamos acostumbrados a que los ataques se acerquen tanto. Sucede casi todas las noches. No queda una sola ventana en nuestros apartamentos, la última estalló anoche. Tampoco quedan puertas en sus goznes. Sucede en todas partes: los bramidos, las explosiones, el humo y el fuego. Eran las 2:15 de la madrugada. Poco

después me asomé a la ventana y vi como el humo se elevaba al cielo. Esta vez no hubo escombros. Nadie salió herido. O al menos en nuestra casa. La casa sigue siendo un desastre por los ataques anteriores, pero podemos vivir en ella. Volví a meterme en la cama. La verdad es que me he acostumbrado a esta manera de vivir. Poso mi cabeza en el trozo de almohada que tengo e intento dormir si es que puedo. No pasa mucho rato hasta que una nueva explosión me despierta, pero tengo que intentarlo al menos.

Desde que me he levantado esta mañana, no he podido concentrarme en nada. En la Casa de la Prensa, me he descubierto pensando que Mohammed Al-Jaja llegará en cualquier momento, cargado de bromas y, quizás, también cargado de pan.

La ciudad es cada vez más pequeña. Cada día hay menos espacio que podamos usar, en el que nos podamos mover, respirar, dormir. Cada vez hay menos supermercados, menos panaderías, menos fruterías, menos farmacias y menos seres queridos. La ciudad se está reduciendo y desapareciendo entre el humo y el polvo. Está plagada de metástasis de escombro, que se esparce como la enfermedad por todas partes. Gaza es como una fotografía donde el objeto fotografiado se está desvaneciendo a lo lejos, quedando solo el fondo.

Martes 7 de noviembre (Día 32)

Gaza se está vaciando rápidamente, se desangra: la carne fresca se ha acabado, lo único que queda en las tiendas son productos no perecederos, las colas para el agua se hacen cada vez más largas, y la gente está desapareciendo. Muchos de los ciudadanos que se mantienen en Gaza y en regiones del norte son aquellos de los distritos más de interior, áreas que se creen menos susceptibles de ser invadidas por los tanques, al ser menos accesibles. Los vecindarios de exterior y ciudades menores han sido evacuadas casi totalmente, sus ciudadanos son incapaces de soportar un solo ataque más. Lugares como Beit Hanoun y Beit Lahia son, ahora mismo, poco más que ciudades fantasma.

También, los distritos orientales de la ciudad de Jabalia y el campo de Jabalia, y los vecindarios más nuevos y occidentales como Karama, Tiwam, las Torres Mukhabarat y el lado oeste de Saftawi. Sumemos los barrios costeros al oeste de Beit Lahia, especialmente Sudania y Amoudi. Mis amigos me han dicho que están todos desiertos. En lo que respecta a la ciudad de Gaza, la mayor parte del barrio sur ha sido vaciado, especialmente Sheikh Ijlin, Tel al-Hawa y determinadas partes del barrio de Zeitoun. El campo de Al-Shati también está medio vacío, al igual que muchas partes de Nasser.

En contraste, otras áreas han incrementado su población. En el norte, el campo de Jabalia resiste, somo siempre, con gran actividad, y el camino interno que une la ciudad de Nazal con Jabalia se ha convertido en un refugio para los desplazados. El campo sigue siendo en blanco de docenas de ataques diarios por los F-16, pero la gente teme más a los tanques, y cree que es un área muy densa para que estos consigan entrar.

En la ciudad de Gaza el refugio más importante es el Hospital Al-Shifa y sus aledaños. La gente lo trata como una ciudad de pleno derecho. Se estima que 40.000 personas están viviendo actualmente dentro y alrededor del hospital, pero hay miles más en los edificios y escuelas cercanos. Incluso en el Centro Cultural Shawa, un teatro y biblioteca cercanos, hay más de mil personas viviendo. Todas las calles que circundan el hospital tienen tiendas de campaña en ambas aceras, y ofrecen hogares desesperados a familias que lo necesiten.

La calle Jalaa está también llena de gente, a pesar de su cercanía al barrio de Nasser y a los campos de batalla del oeste. Algunas partes del Rimal norte y de Nasser sur también siguen poblados: lugares como Shuja'iyya, Twfah y Daraj. Con Zeitoun, que pasó a formar parte de la «zona de combate», estos tres barrios forman lo que podríamos llamar

«la ciudad vieja». Y a pesar del combate, algunas partes de Zeitoun, cerca de la calle de Omar Mokhtar, aún bullen de vida.

Al parecer todas estas áreas forman una especie de enclave, pues las áreas colindantes están ahora controladas por las tropas israelíes. El nivel de participación varía de una calle a otra. Mientras la violencia campa en el oeste, en el norte reina la estabilidad, especialmente desde que los tanques tomaron el control de la calle Salah al-Din. La gente ha retrocedido a este enclave, luego ha vuelto a retroceder, y su tamaño es hoy tres veces menor del espacio en el que esa gente suele vivir.

Incluso los refugios de nueva emergencia están constantemente bajo el fuego enemigo. Para la gente que ha huido hacia ellos la pregunta no es tanto «¿dónde estaré más seguro?» sino «¿dónde estaré menos inseguro?».

Además, han desaparecido todo tipo de frutas y verduras de las tiendas. Casi todas las zonas de granjas están ahora bajo el control de las tropas israelíes. Tanques y excavadoras han arrasado los campos como lo hicieron en 2014, destruyendo todos los cultivos, huertos, sistemas de riego y, por supuesto, las casas de los agricultores. Las zonas agrícolas que aún no han sido invadidas son aquellas que están al este de Jan Yunis, al oeste de Mawasi y al sur del Wadi. Pero con la división de la Franja en norte y sur, los productos del sur no llegan nunca a los enclaves del norte. Además de eso, la mayoría de los productos almacenados e importados ahora están fuera del alcance en los almacenes de las zonas industriales, también bajo completo control israelí.

Buscar comida es cada vez más agotador y, en la mayoría de los casos, inútil. La ciudad es cada vez más estrecha y la vida en ella se dificulta cada día más. Hoy han cerrado más panaderías. Colas kilométricas se apostan frente a las pocas que siguen abiertas. Lo que antes te llevaba cuatro horas de espera, ahora te lleva siete o más. Lo único en lo que se puede pensar antes de caer dormido es en qué comer al día siguiente. Y no es exactamente el qué, sino el cómo.

Anoche fui al centro de Jabalia en busca de carne, pero como llegamos tarde las carnicerías estaban cerradas. Le había prometido a Faraj que cocinaría algo rico esa noche. Ya no recordaba la última vez que había comido carne roja. Hacía diez días habíamos comido pollo, pero carne roja... Le pedí a Faraj que nos consiguiese algún tipo de harina. «¿Harina?», dudó. «Sí, confía en mí.» Al parecer la suerte estaba conmigo pues encontré un puesto de venta de pavo. El tendero estaba ocupado recibiendo órdenes de los que rodeaban su escaparate. Su asistente desplumaba las aves y les cortaba los muslos, la pechuga y las alas. Te venden lo que les pidas, hasta cierto límite. Yo conseguí kilo y medio.

Hicimos fuego en el suelo del segundo piso de la casa. Mezclé la harina con agua y sal. Y Mohammed hizo de la pasta panes, listos para hornear. En el fuego puse una placa de metal que, una vez caliente, hizo las veces de horno. Cociné veinte panes pequeños y pasé al pavo, que corté en rodajas. En una sartén enorme freí el pimiento y la cebolla antes de mezclarlos con la carne. Especias de la cocina y ya teníamos la cena. Es lo que llamamos Sajia, algo hecho en el fuego de la madera. ¡Menudo manjar!

Esta mañana nuestra calle parecía una vieja foto de Hiroshima. Las ruinas y los escombros lo invadían todo. Qué raro era asomarse por uno de los pocos edificios que seguían en pie.

Frente al Hospital Al-Shifa, dos hombres heridos yacen en un carromato.Tres ambulancias sacan cinco cadáveres de los ataques de la noche anterior, una mujer las sigue gritando: «¡Dónde está mi hijo!». Nadie puede responderle. Sigue llorando, sabe que se ha ido. Yasser me pregunta por qué solo hay limones en la tienda de alimentación. «Porque solo queda limón», le respondo. «¿Y para qué lo quiere la gente?», insiste. Incluso la limonada necesita de agua embotellada, y nadie tiene ya.

Sonrío y le digo a Yasser que la que usé en casa de Eisha podría haber sido la última patata de toda Gaza.

Miércoles 8 de noviembre (Día 33)

Anoche por primera vez extrañé los ronquidos de mi hermano Mohammed. Normalmente cuando él dejaba de roncar yo era de repente consciente de los estruendos de las explosiones y las bombas. Sus ronquidos fueron una especie de consolación todas esas noches, me brindaban compañía en mitad del horror que sucede a cada estallido. Me quedaba tumbado en la oscuridad, contando los chirridos de los cohetes y las explosiones posteriores, y me permitía jugar a adivinar dónde habrían caído. Solo los ronquidos de mi hermano lograban arrancarme de ese juego oscuro, macabro, y devolverme a algo parecido a la normalidad. La normalidad de un hombre que trata de dormir algo, molesto por los ronquidos del hombre que duerme a su lado. Escuchar sus bramidos era olvidar cualquier otro sonido para, sencillamente, centrarme en mi fastidio. E irónicamente era ese fastidio el que me permitía escapar de la situación y, en última instancia, dormir.

Pero ayer, y eso sí que fue un fastidio, Mohammed no roncó. Al principio pensé que era normal, que solo tenía que encontrar la postura idónea. Pero una hora después seguía sin roncar. Intenté despertarlo para que cambiase su forma de dormir y se zambullese en un sueño profundo y lleno de ronquidos. La gente dice que roncamos en función de la postura que adquirimos. Así que intenté darle la vuelta, porque no quería pensar más en los misiles. Necesitaba un puto descanso. Era como si le estuviese rogando que roncase, y él, nada.

Ayer apenas comí: un poco de chocolate y un par de galletas que Yasser encontró en el asiento trasero del coche. Un pequeño recuerdo de aquel tiempo en el que aún había supermercados y compras que hacer. Tomé un café. Y nada más. Cuando llegué a casa de Faraj, me ofreció dos pequeños panecillos. Fingí que no tenía hambre y le di uno a Yasser, recomendándole a Faraj que se quedase el otro y lo desayunase mañana. Por la noche comí un poco de turmus hervidas el día antes y pelé una naranja, de la que solo me comí la mitad porque no estaba madura. Y esa fue toda mi comida.

Antes de acostarme fui a darles el pésame a mi amigo Saleem y su madre por la pérdida de su hermano e hijo, Majid. Murió en una cárcel israelí cuando sus carceleros se negaron a darle su medicación. Llevaba dos años con cáncer y necesitaba medicinas específicas. Cuando empezó la guerra, él y otros trabajadores de Gaza fueron arrestados en Israel. En la prisión le quitaron sus medicinas y las tiraron. Murió. Nadie sabe con exactitud cuándo. Lo supimos cuando otros trabajadores fueron deportados al sur de la Franja de Gaza, después de semanas en las cárceles israelíes. Unos informaron por mensaje de

texto que Majid había muerto. Otros dieron versiones contradictorias según las cuales seguía vivo. Las autoridades israelíes informaron hoy oficialmente a la Autoridad Palestina.

Su madre solo tiene un deseo: verlo antes de que lo entierren, lo que significa traer su cuerpo a Gaza. Sabe que es imposible pero su corazón, el corazón de una madre, no atiende a razones.

De camino al barrio del Rimal esta mañana no veo ninguna panadería abierta, ni un supermercado o ultramarinos. Incluso los puestecitos en los pequeños callejones están cerrados. Conduzco a la ciudad de Nazla con la esperanza de encontrar algo abierto. Allí le digo a Yasser que coja cualquier chocolate, caramelo y galleta que encuentre para dejarlos en el coche y echar mano de ellos cuando no tengamos otra cosa que comer. Un coche nos adelanta haciendo eses, hacia Al-Shifa, cargando lo que parece un cadáver. Muchos son encontrados días después de un ataque.

Bilal me mira fijamente. «¿Cuánto falta, Atef?», me pregunta. Entiendo esa mirada. La guerra está durando mucho más de lo que ninguno esperaba. «¿Cuándo, exactamente?» Sé lo que quiere decir. Me rindo. Le digo que venga mañana, que empezaremos a pensar en largarnos al sur. Sin heroísmos, sin que nos tengan que obligar a punta de pistola. Se acabaron los tres mosqueteros. Seguramente lo hagamos pasado mañana, y prometo que lo haremos juntos. No tenemos otra alternativa. Me recuerda que nuestro amigo Mohammed Al-Jaja no tuvo tiempo de pensar. No podemos seguir dudando. Y he ahí la pregunta: ¿dónde nos quedaremos cuando lleguemos al sur y cómo nos las arreglaremos? Nos esperan muchas dificultades si cruzamos el valle.

Mientras escribo esto en la Casa de la Prensa, oigo a hombres, mujeres y niños gritando, en la calle. Salgo a ver qué sucede. Cientos de ellos corren calle abajo cargando con sus cosas. «¿Qué pasa?», le pregunto a un hombre. Me dice que todos ellos estaban alojados en una de las escuelas UNRWA de la playa, cerca del mercado de pescado. Pero han llegado los tanques. Me sugiere que tenga cuidado, los tanques y bulldozers se acercan. Según sus cálculos están a medio kilómetro de la Casa de la Prensa. Muchos han muerto en el extremo oeste de la calle, solo por ponerse en su camino. Otro hombre me dice que ha visto a los tanques destrozar la mezquita que había junto a la escuela, y las casas que la rodeaban. «Lo están quemando todo», me grita mientras corre, sin aminorar la velocidad.

Jueves 9 de noviembre (Día 34)

Ayer fue mi último día en la Casa de la Prensa. Me vi obligado a recoger mis cosas y despedirme del lugar. No habrá vuelta atrás. El barrio había sido prácticamente desocupado y los tanques estaban a dos calles de distancia. La Casa no estará allí mucho más tiempo. La mayoría de la gente se había ido hacía días. Cuando vi la marea de gente que se dirigía al este, hacia el centro de la ciudad, sentí en las entrañas que era el fin de esa parte del Rimal. ¿Y ahora qué? Empecé a guardar mis cosas. La familia Wadia, que durante las tres últimas semanas había estado allí en el «turno de noche» (utilizándolo como lugar para dormir), mientras Bilal y yo cubríamos los «turnos de día», ya habían recogido sus cosas y estaban listos para partir. A pesar de ser empresarios de éxito, propietarios de numerosas oficinas de trabajo en Gaza, Ammán y El Cairo, de repente se encontraron sin hogar. En la guerra, no importa cuánto poseas ni lo rico o pobre que seas; el dinero no puede comprar la seguridad ni la paz ni la neutralidad. El objetivo es siempre el mismo: tu alma. Los soldados tienen sus órdenes, sus cupos y sus miras fijadas.

El ejército israelí siempre supo cuál era la misión: la limpieza étnica de toda la Franja. Cuando irrumpen en un barrio, no preguntan: «¿Quién votó a Hamás en 2006?» o «¿Quién es probable que los vote en el futuro?», para pasar después a la limpieza. No están limpiando a Hamás. Es a los árabes a quienes limpian. Cuando te encuentren, te matarán o te obligarán a que te vayas, lo que sea más rápido. No hay elección: o mueres o te vas. No puedes quedarte pacíficamente y prometer que no vas a molestar a los ocupantes. Muchos ni siquiera pueden elegir: el misil simplemente los encuentra.

Llevaba mi portátil, mis papeles, mi cargador y mis zapatos de vestir, que había dejado en el patio cuando llegué, para ocasiones oficiales, y que no había vuelto a usar desde entonces. Llevo más de un mes correteando de aquí para allá en zapatillas de deporte: sus rayas rojas y blancas forman ya parte de mi uniforme de gala. Si digo correteando es porque nadie camina tranquilamente: corre. Yo, por ejemplo, corrí al coche con mis cosas, mientras Mohammed corría a la nevera para vaciarla de todo lo que quedara comestible: medio paquete de pan, una botella de zumo de naranja, media cebolla. Ninguno miró atrás mientras nos alejábamos.

Yo todavía no lo sabía, pero por la mañana, en Al-Shifa, me encontraría con los cadáveres de cuatro hombres que vivían en la zona de Rimal, tendidos en el suelo. Dos de ellos eran de la familia Abu Shabban. Vivían en el edificio de una famosa verdulería. Siempre los saludaba al salir de la Casa de la Prensa. Solíamos intercambiar

palabras, preocupaciones y deseos. Al irme definitivamente les dije adiós con la mano, también ellos estaban ocupados haciendo las maletas. Les grité algunas palabras de esperanza, promesas de encontrarnos después de la guerra. No sabía que volvería a encontrarme con ellos tan pronto, ni tan sombríamente.

Ahora la calle Shuhada, uno de los últimos reductos de vida en Rimal, es una ciudad fantasma. No hay vida en esta hermosa calle arbolada. Durante los últimos treinta días, más o menos, todos hemos formado parte de una activa comunidad de guerra en esta clásica calle mediterránea. Ahora está abandonada, para que los tanques hagan lo peor que pueden hacer.

Parecía que todo el mundo se dirigía hacia el este. Oí a alguien decir que se iban al parque infantil de Yarmouk, en la calle Wihda. No hay sitio en el Hospital Al-Shifa ni en ninguno de los refugios que lo rodean. Los soldados israelíes estaban ordenando a los desplazados que salieran también de Al-Shifa.

Anoche llevé a mi padre a la casa de Faraj, porque ahora está solo en la casa familiar, ya que su mujer se ha mudado con su hijo, mi hermanastro Musa. Mi hermanastra Amina consideró que ya no era seguro para ella quedarse en un bloque de cuatro pisos. Mi padre prefirió quedarse allí, a pesar de mis protestas. Su edificio está rodeado por todos lados, muy de cerca, por otros edificios de varios pisos, por lo que si algún edificio fuera atacado el suyo probablemente resultaría dañado. Pero insistí tanto que al final accedió a reunirse con nosotros en casa de Faraj.

Alrededor de las 22:30 mi padre me despertó. Tosía y no podía respirar bien, apenas podía mantenerse en pie. Nos dijo que debíamos llevarlo al hospital. Tiene problemas respiratorios. Le dije que era difícil ir a ninguna parte ahora; los F-16 atacan todo lo que se mueve, algunas personas afirman que incluso han alcanzado a gatos. Intenté llamar a los servicios de emergencia para que enviaran una ambulancia, pero no había cobertura. Adham sugirió que le abanicáramos con un plato de plástico para ayudarle a respirar. Adham, Yasser y yo nos turnamos para hacerlo. Me senté a su lado agitando el plato durante media hora. Al cabo de un par de horas, empezó a sentirse mejor y dijo que quería ir al baño. «Es buena señal», dijo Adham.

Cuando por fin se calmó, no pude dormir. No poder llamar al hospital me había hecho entrar en pánico, y la decisión de no haberlo llevado yo mismo me avergonzaba. ¿Cómo habría podido vivir conmigo mismo si hubiera muerto, tras decidir no llevarlo? Incluso si hubiera podido hacerlo, nadie habría prestado atención a este hombre de casi setenta años necesitado de medicación, con todo lo que estaba pasando.

Esta mañana me he despertado con un mensaje de texto de Bilal. No he podido ponerme en contacto con él desde que evacuó la Casa de la

Prensa ayer por la mañana. El mensaje es de un nuevo número de otra red. Lo llamo y me dice que está en casa de su familia, en Shaikh Radwan. «¿Cuál es tu plan, Atef?», me pregunta, como siempre. «Esperar.» Mi respuesta habitual. «¿Qué esperas?» «Esperar lo que haya que esperar.» Terminamos la llamada acordando vernos dentro de dos días y decidir entonces el siguiente paso. En otras palabras, posponemos los planes que hicimos ayer de trasladarnos al sur.

Fuera de Al-Shifa, los cadáveres están colocados en largas filas, a la espera de que sus familias los identifiquen y se los lleven para enterrarlos. Un carro tirado por un burro trae tres cadáveres parcialmente quemados. Tres hermosos jóvenes aparentemente muertos por descargas eléctricas. La cabeza de uno de ellos está decapitada. Sus rostros están cubiertos con una manta. La pierna de uno de ellos está torcida en un ángulo extraño. Sus zapatos de cuero parecen nuevos. Aún brillan con el betún. Parece que sus dedos estaban haciendo algo cuando le cortaron la cabeza. Como agitando o rasgueando una guitarra. El hombre parece un hermoso maniquí que hubiese caído contra el escaparate de una tienda de ropa.

A la vuelta, espero cuarenta minutos en una cola para comprar falafel, nuestra comida de hoy, en un local de Shaikh Radwan.

Viernes 10 de noviembre (Día 35)

El terreno está cada día más deteriorado. Esta mañana no he podido conducir hasta la ciudad de Gaza por las callejuelas por las que he aprendido a circular. Las calles principales entre el campo de Jabalia y la ciudad de Gaza, calles como Saftawi, están bloqueadas desde hace mucho tiempo, así que pruebo los pequeños callejones y callejuelas de la ciudad de Nazla, que te llevan indirectamente al extremo norte de la calle Jalaa. Llego a mitad de camino entre Nazal y Jalaa cuando tengo que parar. No hay nadie más que yo en la calle; todos los edificios parecen vacíos. Se oyen explosiones por todas partes. Si siguiera adelante, me encontraría en medio del campo de batalla. Veo proyectiles de tanques cayendo sobre un edificio delante de mí. Oigo explosiones cada vez más cerca. Tengo que retroceder. Tengo que maniobrar con el coche.

Esta mañana no he podido ir a ver a Wissam para llevarle comida caliente, como tenía previsto. Al amanecer, fui al mercado a comprar pollo. No esperaba encontrarlo, pero lo encontré. Le pregunté a mi hermana Eisha si podía cocinar uno de los pollos, para llevárselo a Wissam, y le sugerí que lo rellenara con arroz. «¡También un poco de sopa!», añadí. De camino, paré diez minutos en una estación de servicio para buscar una nueva ruta hacia Al-Shifa. Fue entonces cuando me enteré, por la gente que pasaba por la calle, de que el hospital de Al-Shifa estaba siendo atacado por tanques. Ya había decenas de muertos y heridos. Los tanques apuntaban a ciertas partes del hospital. Asimismo, en otra parte de la ciudad, el hospital Al-Rantisi, en la calle Nasser, estaba siendo asediado por los tanques. Muchas personas que habían buscado refugio en el hospital habían sido tiroteadas enarbolando una bandera blanca mientras intentaban salir. El tramo norte de la calle Jalaa también estaba siendo atacado. En resumen, toda la mitad occidental de la ciudad de Gaza estaba bajo ocupación una vez más. Volvíamos a estar en 2005.

Más tarde me enteré de que, para entonces, Wissam ya había sido trasladada al sur. Su tío la llevó en una silla de ruedas y viajaron por la calle Salah al-Din hasta Jan Yunis. Cuando oyó los bombardeos y disparos en la parte trasera del hospital, empezó a gritar. Le recordó el día en que el misil cayó en su propia casa. Empezó a gritar: «Sáquenme... sáquenme». Nadie sabía si quería decir que la sacaran del hospital o si estaba reviviendo cómo la sacaban de entre los escombros. Ninguna ambulancia podía salir del recinto del hospital, así que la única forma de hacerlo era a la antigua usanza. A pie. O, en su caso, en silla de ruedas. Miles de personas huyeron del hospital con ella.

Sentado en el coche, lo único que sabía era lo que me contaba la gente por la calle. No había noticias, ni internet, y la cobertura del teléfono era muy mala. Solo más tarde, cuando Wissam llegó a Jan Yunis y su tío llamó, supe que la habían trasladado. Todavía estaba intentando ingresarla en un hospital allí cuando me llamó.

Mientras el sol se ponía en nuestro barrio, todos pensaban en el día siguiente. Todos sabían que esa noche tenían que decidir si quedarse o ir al sur, y que esta podría ser su última oportunidad de elegir. Con la invasión de la ciudad de Gaza, parecía que el siguiente paso de los soldados sería entrar en el campo. ¿Debíamos marcharnos? Intenté llamar a Bilal, pero no pude. Hanna me suplicó que me fuera; al menos ir al sur sería menos peligroso. Para Faraj era una decisión difícil, no podía dejar a su madre de noventa años, que necesitaba una silla de ruedas para moverse. Mohammed sugirió que ayudásemos a empujarla todos. Yo volví a decir: «¿Por qué no esperamos a ver qué pasa, a que los tanques lleguen a nuestra calle?». Adham dijo que para entonces estaríamos enterrados bajo las ruinas del edificio. Ante esto, todos bajaron la mirada, como si hubieran sido golpeados colectivamente.

«¿Qué pasará?», pregunté. «¿Cuál es su gran plan?»

«¿Otra vez la ocupación?», preguntó Mohammed. «¿Realmente van a ocuparnos? ¿Es eso lo que quieren?»

Nadie puede adivinar hacia dónde va todo esto, pero de todos los escenarios que tememos, el más aterrador, el más distópico es una «Franja de Gaza Norte» totalmente evacuada. Una nueva Nakba, en resumen. Incluso si los israelíes prometen que se trata solo de una deportación temporal, por tiempo limitado, nadie les creerá. Esto es exactamente lo que ocurrió en 1948. Mi abuela se vio obligada a abandonar su hermosa casa de Jaffa, pensando que regresaría pocos días después. De eso hace setenta y cinco años. Nos duele el corazón cuando recordamos esta pérdida colectiva. Todos sabemos cómo es. Se parece a esto.

Parecía un punto de inflexión. El campo de refugiados se transformaba en una jaula cada vez más pequeña. Con las tropas ahora hacia el oeste, alrededor del barrio de Saftawi, y con la calle Jalaa bloqueada, la única salida en los próximos días sería la entrada oriental: a través de la calle Salah al-Din, la «Nueva ruta de la Nakba».

Anoche, un «anillo de fuego» cayó sobre la zona que rodea el Hospital Indonesio, al este de Jabalia. Vi los misiles caer del cielo. Oí explosiones y el derrumbe de más edificios. Un lateral del hospital resultó dañado, pero la mayor parte del impacto lo sufrieron los edificios de alrededor. Luego solo pude oír el sonido de las ambulancias y la llegada de Protección Civil.

No tengo ni idea de qué habrá sido de mi piso en Saftawi. Dicen que ya hay tanques en esa calle. Me pregunto qué habrá sido de todos mis

libros, en los últimos treinta y cinco años he reunido allí una verdadera biblioteca. ¿Estarán ahora enterrados bajo los escombros? Primeras ediciones, dedicadas, de autores ya fallecidos. Libros que me convirtieron en el escritor y la persona que soy hoy. Cada uno de ellos ocupa un lugar en mi corazón y ha formado parte de mi crecimiento intelectual. Intento llamar por teléfono a uno de los vecinos de mi edificio para preguntarle si sabe algo. Resulta que ahora está en Deir El Balah, en el sur. Esperaba que tuviera noticias. Las zonas que han caído bajo el mando israelí se apagan en cuanto lo hacen, desaparecen de nuestras pantallas. Nadie tiene noticias de ellas, ya que la mayoría de sus habitantes han huido o han sido asesinados.

Voy a la casa de Eisha, donde puedo ponerme al día con Al-Jazeera. Las noticias sobre Al-Shifa lo dominan todo. Ya no hay emisiones desde allí: el corresponsal y su cámara se fueron y siguieron su camino hacia el sur. Está oscureciendo. Las explosiones continúan. La casa se sacude de izquierda a derecha mientras esperamos lo que sigue.

Sábado 11 de noviembre (Día 36)

El Hospital Al-Shifa está sitiado. Ya no salen noticias de allí, aunque esas deberían ser las noticias. Solo se oyen las bombas y las explosiones a lo lejos. La mayoría de los residentes allí han tenido que irse, aunque el riesgo de morir al ser trasladados es mayor que el de quedarse. El ministro de Sanidad, Mai Al-Kaila, estimó públicamente que unos cincuenta recién nacidos morirán debido a la falta de electricidad en el hospital. Cualquiera que sea visto moviéndose de un edificio del hospital a otro es fusilado en el acto. Una enfermera informó desde el interior que ahora solo hay dos ambulancias dentro del edificio. No entra ni sale nadie, solo los proyectiles de los tanques.

Por suerte, Wissam ha sido trasladada al sur. Cuando se la llevaron no estaba seguro de que esto fuera a beneficiarle. Pero ahora está siendo medicada en el Hospital Europeo de Jan Yunis, donde las condiciones son mejores: tienen electricidad, internet, cobertura y comida decente. A través de gente que conozco allí, pedí al director del hospital que la visitara personalmente y le asegurara que él y su equipo harían todo lo posible para que estuviera cómoda. El problema es que ahora ya no puedo visitarla; está al otro lado del nuevo «telón de acero» que las Fuerzas de Defensa israelíes han levantado a lo largo del valle, dividiendo la Franja en dos. Mis contactos me han dicho que se encuentra mejor, que le han dado analgésicos y que le limpian las heridas con más cuidado.

Tres hospitales de la mitad norte de la Franja sufren ataques continuos: Al-Shifa, el Hospital Indonesio y el Hospital Nasser. Anoche las explosiones en los alrededores del Hospital Indonesio me despertaron dos veces. Según los informes, ya no había electricidad ni luz en el interior de estos hospitales. Los médicos estaban aprendiendo a operar con las linternas de sus teléfonos móviles, y eso fue antes de que empezaran los bombardeos. Durante toda la noche oímos el fuego de los tanques y los intercambios de disparos. Parecía ir *in crescendo*.

Por la mañana, Eisha y Mohammed preparan el desayuno. Anoche Mohammed y Yasser molieron los garbanzos para preparar una mezcla de falafel. Fue un raro momento de placer llevar a cabo este pequeño ritual rodeado de la familia, verlos utilizar un molinillo clásico, como el que usaba mi madre. Nos recordaba a cuando todos éramos niños, y nos sentábamos alrededor de mi madre y mi padre, y ayudábamos a preparar la mezcla de falafel. Mientras comemos los falafel resultantes, le digo amablemente a Eisha: «*Inshallah*, cuando termine la guerra nos haces otra comida como esta». Es mi versión de una oración en este

momento. Que todos vivamos para ver ese momento. «Un deseo mayor que hacer la peregrinación», dice ella. Y tiene razón.

Ya no me atrevo a salir del campo de Jabalia. La zona por la que puedo moverme es cada día más reducida. He pasado los dos últimos días en el campo, sin hacer nada más que pasear por las calles y hablar con viejos amigos. Los amigos entran y salen, hablando de la guerra una y otra vez. Los personajes de mi calle siguen siendo los mismos: Mustafa, un hombre de unos cuarenta años, vende caramelos para niños; Sami vende comestibles en un carrito nuevo; Wafi vende zumos y refrescos. La gente se sienta en grupos a charlar y analizar lo que ocurre, intercambiando opiniones sobre cada nuevo acontecimiento que tiene lugar en el territorio.

La pregunta para la que nadie tiene respuesta es: ¿van a invadir el campo? Aparentemente, todo el mundo está de acuerdo en que la próxima parada, después de «la caída de Al-Shifa», será Jabalia. En la conciencia colectiva de la mayoría de los palestinos, el campo de Jabalia es un clásico bastión de resistencia, una fortaleza, y estamos orgullosos de esta reputación. Incluso Arafat pensaba lo mismo, visitaba el campo cada Eid y se refería a él como el «Campo de la Revolución». Pero esta noche, puedo sentir el miedo en estas conversaciones.

Los siete nos sentamos en sillas en un callejón estrecho, una típica calle lateral que podría ser una entre cientos del *harra*. Mi hermano Ibrahim me propuso trabajar aquí, ya que el «Wi-Fi callejero» es tan rápido como en cualquier otro lugar. Tenemos opiniones diferentes sobre lo que está pasando. Algunos parecen cansados y hartos. Algunos quieren que todo termine ya a cualquier precio. Algunos son cínicos, y otros utilizan grandes palabras y se animan con facilidad. Pero «¿y si la guerra acabara de repente mañana?», pregunta uno del grupo. «¿Qué haríamos?» «Celebrar», respondo. Pero miles de personas se quedarán sin hogar, decenas de miles no tendrán casa a la que volver. «¿Dónde van a vivir?» Nos miramos unos a otros. Alguien responde: «La comunidad internacional intervendrá». «¿Nos van a traer casas nuevas?» Estoy de acuerdo, reconstruir la Franja de Gaza llevará al menos cinco años. «¿Y qué hacemos hasta entonces?», vuelve la pregunta. «¿Esas decenas de miles de personas van a vivir en escuelas de la UNRWA durante los próximos cinco años?» El grupo guarda silencio.

La persona que inició esta conversación tiene razón, por supuesto, también será un infierno cuando termine la guerra. Pero ahora mismo necesitamos un respiro de esta versión del infierno. Por ahora ni esto se nos ha permitido: ninguna tregua, ningún alto el fuego, ningún político occidental lo suficientemente valiente como para pronunciar la palabra. Nada. Y hasta que encuentren esa valentía, estamos aquí sentados, esperando la muerte.

Más tarde, me reúno con algunos familiares de Beit Lahia, que huyeron al campo de refugiados después de que los tanques arrasaran sus granjas. Me pusieron al día sobre los nombres y el número de muertos de este lado de la familia: los hijos, hijas, nietos y nietas de mis dos ancianas tías Nima y Nawal. Intercambiamos sentimientos de pena y dolor. Uno de mis parientes también lamenta la pérdida de sus campos. «La temporada nunca pudo empezar», dice. «Mis hijos y yo invertimos todos nuestros ahorros en semillas y preparativos; apostamos todo lo que teníamos a una buena temporada. Ahora no tenemos nada.» Su especialidad eran las fresas. Aún conservo el recuerdo de aquellas noches en casa de mis tías, en el mismo norte de la Franja, durmiendo bajo el sol y atiborrándome de fruta fresca. Este año no habrá fresas en Gaza.

Me recordó una conversación que tuve el otro día con Ahmad, un pescador, que se lamentaba de la cantidad de peces que habría en esta época del año en el mar, y sin embargo nadie podía pescarlos. Intenté animarle diciéndole que, cuando al final zarparan, pescarían tantos que harían una fortuna. «No es cierto», me contestó. «El ejército ha destruido el puerto y pulverizado el muelle en el que antaño atracaban los pesqueros.» Añade que hace unos días vieron un banco de sardinas cerca de la orilla, así que él y sus amigos nadaron con redes y las arrastraron.

Le pregunté si había tenido noticias de su barco: «¿Sigue de una pieza?». Sus ojos solo mostraban consternación: «No puedo saberlo».

Domingo 12 de noviembre (Día 37)

Anoche dormí profundamente. Me sorprendió, cuando me desperté, oír a todo el mundo hablar de la gravedad de los ataques de la noche. No me había enterado de nada. Debía de estar agotado. Había apoyado la cabeza en la almohada hacia las ocho de la tarde. Cuando volví a abrir los ojos, eran las 5:35 de la mañana. Faraj estaba rezando el Fajr y la linterna que utilizaba para ir al baño me cegó. Dormir más de nueve horas no es habitual en mí. Dicho esto, me acosté de nuevo para intentar dormir un poco más. No hay nada que hacer tan temprano. Una hora más no estaría mal. Pero las voces de los hombres y mujeres de fuera, caminando y hablando, lo imposibilitaban. Faraj se tumbó a mi lado intentando escuchar las noticias desde su móvil.

Anoche compramos una radio nueva. La madre de Faraj, que vive debajo de nosotros, tiene una radio que usa de vez en cuando para escuchar el Corán. La anciana, de noventa años, la necesita como compañía más que para informarse. Pero desde hace una semana no le vale ni para eso, porque no funciona. Faraj la convenció de que la haría funcionar de nuevo y se la llevó arriba para arreglarla. Lo intentamos dos horas, sin éxito. Sin señal. Nada. Ahora el aparato rojo descolorido cuelga de la pared como un retrato de los viejos tiempos, una fotografía en sepia para recordar días pasados. Así que mientras yo dormía anoche, Faraj escuchaba los sonidos de las explosiones sin saber nada más al respecto.

El cielo está nublado esta mañana. Parece que la lluvia está en camino. Normalmente sería una buena noticia, sobre todo porque estamos a mediados de noviembre y no ha llovido en todo el año. En un invierno seco, cualquier gota de lluvia se agradece. Pero no en nuestra situación. Para los cientos de miles de personas que viven en escuelas, a la intemperie, o sin ventanas (reventadas hace tiempo por la presión de las explosiones), para los que viven en aulas convertidas en dormitorios colectivos, durmiendo unos junto a otros en suelos fríos y duros, el invierno será un infierno. La lluvia entrará a raudales en sus habitaciones y empapará sus mantas. Sin contar lo que hará con los desagües, si cae con fuerza, provocando que las aguas residuales suban y regresen a las calles y pasillos.

«Parece que va a llover», le digo a Faraj. En privado, rezo para que salga el sol, para que pasen las nubes. Incluso para nosotros, en la relativa comodidad de este apartamento, la lluvia sería una maldición. Todas las ventanas del edificio están reventadas. La puerta del baño ha desaparecido. Muchas de las otras puertas están dañadas o colgando de una bisagra. Y esta es probablemente una de las casas menos dañadas

de la Franja en estos momentos. No quedan ventanas intactas en Gaza. El tiempo caluroso y seco que hemos tenido hasta ahora no ha sido normal, pero para nosotros ha sido una bendición de Dios. Seguro que Dios no quiere que suframos más.

Faraj y Adham han pasado tres horas esta mañana intentando arreglar las ventanas. Cubren con mantas las que ya no tienen cristales, bien estiradas sobre el marco, y las que los tienen rotos, las tapan con nailon. Lo mismo hacen en el primer piso, donde vive la madre de Faraj. No es su mejor trabajo y solo es temporal, pero cuando llegue la lluvia al menos tardará en entrar. En algún momento, las mantas se mojarán y el agua empezará a gotear. ¿Pero qué más tenemos para mantener el frío fuera? Va a ser un invierno terrible. Ya no tenemos vistas al exterior, la casa de repente está oscura.

Anoche, un F-16 disparó contra un edificio muy cercano al de Eisha. Los propietarios de la casa la habían evacuado hacía más de un mes, temiendo los misiles y proyectiles de tanque procedentes del este. Pero de repente, sin motivo aparente, decidieron regresar ayer por la mañana. Nueve de ellos fueron encontrados muertos, mientras que el resto permanece bajo los escombros. Fui a ver si Eisha y los niños estaban bien. Cuando llegué a su calle, sus vecinos me contaron historias de milagrosa supervivencia. Una pareja había decidido dormir en la cocina por primera vez, y sus hijos los siguieron para dormir acompañados. El dormitorio de los niños fue destruido por un misil, y toda la familia sobrevivió por mera casualidad.

También anoche, una perfumería muy querida fue destruida en el mercado principal del campo. Me entero cuando voy a comprar provisiones para los próximos días. No encuentro nada, solo comida congelada. Estaba más concurrido cuando vine hace tres días. Ahora solo hay unas decenas de personas. Mahamoud, uno de mis parientes, propuso que todos ayunáramos durante esta etapa de la ocupación y comiésemos una vez al día. «Pero si ya comemos una vez al día», le respondí. «Si ayunamos deliberadamente», dice, «estaremos más cerca de Dios». «Estamos más cerca de Él con el estómago lleno», sugiero, «porque así podemos ser más útiles».

Los precios han aumentado mucho. Muchos comerciantes están abusando de la situación, acaparando artículos y vendiéndolos al triple de su precio normal. Algunos artículos están diez veces por encima de su precio original. Un kilo de harina cuesta ahora doce shekels, cuando antes costaba menos de cuatro. Son ingredientes básicos que nadie debería monopolizar.

Las noticias del Hospital Al-Shifa siguen inquietándonos. También los informes procedentes del Hospital Indonesio. Más familias se dirigen al sur esta mañana; el resto, como nosotros, simplemente esperamos nuestro destino. Un amigo mío dice que la gente que ha viajado al sur

sufre la misma falta de provisiones básicas que los del norte. Entonces, ¿por qué molestarse en ir al sur? Al menos aquí no somos refugiados.

«Te imaginas», dice mi amigo por teléfono, «tener que hacer cola tres horas para ir al baño». «Sí, me lo imagino y no quiero vivir una vida así, al menos mientras pueda elegir no hacerlo.» Algunos israelíes le han pedido a su gobierno que transforme el norte de la Franja de Gaza en un gigantesco parque de atracciones, un Disney World para colonizadores y colonos. Le recuerdo a Faraj que hicieron lo mismo cuando destruyeron y demolieron tres pueblos palestinos —Imwas, Yalo y Beit Nuba— en 1967. Lo llamaron «Canada Park». Está justo al lado de la ruta que va de Jaffa a Jerusalén.

«¿Cómo puede la gente irse de vacaciones sobre las tumbas de otros?», pregunta Faraj.

«Toda la industria turística israelí se basa en eso», digo. «Vengan a divertirse sobre las tumbas palestinas», le dicen al mundo. «Bailen y alégrense junto a la mayor prisión del mundo. Relájense, diviértanse, pásenlo bien.»

Lunes 13 de noviembre (Día 38)

Esta mañana he pasado tres horas paseando por las calles, simplemente caminando y reflexionando. Anoche fue otra noche violenta. El asedio se está encerrando sobre Al-Shifa. Ayer, los administradores tuvieron que cavar una fosa común delante del edificio para enterrar a todos los muertos, mientras intentaban que no les dispararan. Más cerca de casa, de madrugada, oímos nuevos ataques contra el cercano Hospital Indonesio. Muchas casas civiles fueron alcanzadas. Para la gente, el acceso a ese hospital se ha vuelto imposible. Ya no intento hacer llamadas telefónicas. La señal se ha ido por completo. Mi esposa Hanna se ha acostumbrado a mis prolongadas ausencias en línea. Al principio de la guerra, si no me conectaba cada hora se enfadaba y preocupaba. Ahora, la señal desaparece durante días y ella sabe que por eso no doy señales.

Pese a la depresión y la suciedad, las calles siguen vivas. La gente se reúne en grupos para hablar. A veces estas reuniones devienen pelea, otras veces solo se oyen risas. La gente está tensa, naturalmente. Sigo caminando. Es la temporada más larga que he estado en mi ciudad desde hace cuatro años y medio.

Paso junto a Omar, un joven vecino, que me cuenta que acaba de invertir dos horas en llenar su depósito de agua de 200 litros. Ha sido un proceso largo y lento. Al final, ha conseguido subirlo a una silla de ruedas para empujarlo hasta su casa. Pero de camino a casa, la silla ha perdido el equilibrio y el depósito se ha caído, volcando su contenido a la calle. Me dice que era agua para el wudu (lavarse antes de las oraciones), pero parece que Dios no quiere que le rinda culto, así que ha decidido no volver a llenarla. No estoy seguro de si está bromeando, así que le digo: «Pero esto no tiene nada que ver con Alá ni con las oraciones». Me responde: «Doctor, Alá no quiere que rece. Si quisiera ¿hubiese perdido toda mi agua?».

Sigo caminando, me detiene otro hombre. Se presenta como Alaa, iba conmigo a la escuela secundaria. «Ibas un año por delante», me dice. Sonríe y me pregunta si el dron sigue comiendo conmigo. Se refiere al título de mis anteriores diarios de guerra.[1] «Nunca se detuvo», le respondo. «Seguro que no queda nada en la mesa», se ríe Alaa. «Nos ha devorado por completo.» Por desgracia, el dron se está dando un festín ahora mismo. Yo no lo sabía, pero 2014, comparado con esto, era solo el comienzo. Alaa empieza a hacer preguntas más predecibles sobre la situación y el futuro; por futuro entiende el después de la guerra, un tiempo sobre el que ninguno de nosotros puede especular realmente.

Le pregunto por su casa y su familia. «Por ahora va bien», dice. «Recemos para que siga así», añado.

«Es como si estuviéramos en un juego de PlayStation», dice Alaa. «Nosotros somos los personajes y ellos —se refiere al ejército israelí— son los jugadores. Nos movemos cuando nos obligan a movernos. Morimos cuando nos dejan morir. Nos controlan. No somos seres humanos, somos personajes de un juego.» No sé qué decir. Sonríe y sigue gritando: «Tu amigo el dron está jugando contigo, Atef». Sigo caminando solo por la calle. Así son las conversaciones en Gaza, ahora que las redes móviles no funcionan. Vas andando y los conocidos se paran a charlar, durante no más de un minuto, solo para compartir sus últimas noticias sobre los acontecimientos más importantes de la noche, y para conseguir las tuyas. Hoy lo que la gente quiere saber es si se ha hablado de un alto el fuego o de una tregua. En nuestras breves conversaciones, la gente repite lo que han dicho ciertos políticos y lo analiza rápidamente, intenta calmarse pensando en cuánto tiempo llevamos así y que pese a todo siguen vivos. Se consuelan, por ejemplo, si todavía hay agua en sus depósitos. Son aún más felices si todavía hay gas en sus bombonas, y se sienten como reyes si tienen paneles solares. Nos consolamos con lo que podemos.

Faraj consigue comunicarse con su hija, Mariam, que lleva una semana atrapada en el campo de batalla de Al-Shati. Ha huido con su marido y su hijo hacia el sur. Todo esto fue ayer. Durante una semana, las balas atravesaron las paredes y ventanas de todo su edificio. Fue un milagro que sobrevivieran. Muchos otros en Al-Shati no se han movido. No tienen comida ni agua, explica Mariam. Intentaron llamar a la Cruz Roja para pedir ayuda, pero nadie los asistió. Los que se arriesgan y huyen hacia la ruta de Salah al-Din no pueden saber con seguridad si lo conseguirán o no. A muchos les disparan por el camino. Mariam dice que a muchos les dispararon en cuanto abrieron la puerta de sus casas. De camino a Salah al-Din, Mariam veía la muerte a cada paso. Tanques, soldados, misiles estrellándose contra los edificios por todos lados. El cielo está cargado de muerte en estos momentos, y la tierra también. Los soldados israelíes flanquean ambos lados de la ruta y separan a un lado a los jóvenes de las multitudes que huyen, para interrogarlos. En muchos casos, los arrestan. Pero Mariam parece feliz de haberlo conseguido. Ahora puede empezar una nueva vida, una de desplazado. La vida de un refugiado. O más bien, puesto que ya viene de un campo, de «re-refugiada».

El campo de refugiados de Al-Shati ha estado sitiado en las dos últimas semanas. Los israelíes lo atacaron por el oeste y el norte. Situado en la playa, el lado occidental ha sido controlado por la marina, y el norte por los tanques. «Shati» significa playa. El mayor contingente de refugiados que viven allí son originarios de Jaffa. Mi difunta tía

Khadra vivía allí y, de niño, pasé muchas de mis vacaciones de verano en su casa y sus alrededores. Cuando un lugar como este está sitiado, desaparece por completo de las noticias, ya que no pueden entrar corresponsales ni periodistas, y no se permite la salida de información. Durante dos semanas supimos que se estaban llevando a cabo operaciones en Al-Shati, pero no conocíamos ningún detalle. Esta mañana, los israelíes han ordenado a los que permanecían en el campo que huyeran por la calle Yousef Athma para llegar a Salah al-Din. Les han ordenado que caminaran desde el oeste hasta el este. Un viaje bastante largo, pero eso era solo el principio. Luego han tenido que caminar otros cinco kilómetros para llegar al puente. Nadie conoce el número de muertos en Al-Shati. Parte de la familia política de mi hermano Mohammed había sido localizada en una escuela de la UNRWA, en la parte norte. Durante la última semana no hemos podido comunicarnos con ellos por teléfono. Faraj sugirió a Mohammed que lo intentara de nuevo al amanecer, que es cuando hay mejor señal. Así que Mohammed se levantó a las 4:30 de la mañana para hacer la llamada. Lo hizo, pero no sirvió de nada. Hacia las once de la mañana, por fin consigue hablar con su hija, que le cuenta que todos huyeron hace cinco días a la casa de su tía, en Shaikh Radwan. Le sugiero que vaya a visitarlos hoy o mañana. Necesitarán apoyo moral, ahora que están desplazados.

1 *The drone eats with me.*
Comma Press, 2015.

Martes 14 de noviembre (Día 39)

Ayer, Ahmad Fatima, el joven que trabajaba en la Casa de la Prensa, murió en un ataque israelí. La última vez que lo vi fue hace cinco días, cuando estuve por última vez en la Casa de la Prensa. Como de costumbre, nos dimos la mano e intercambiamos promesas de ponernos al día cuando todo hubiera terminado. Durante el primer mes de guerra, lo vi todos los días. Ahmad era el encargado del buffet de la Casa. Lo abría y lo cerraba. Cuando se incorporó, siendo un adolescente, hacía cosas parecidas: preparaba el té y el café, organizaba las reuniones y las sesiones de formación, limpiaba después. Luego ascendió a fotógrafo y aprendió por su cuenta otras habilidades, hasta convertirse en un periodista de probada confianza, que trabajaba junto a los reporteros más experimentados del lugar.

Aquel último día me contó sus preocupaciones: su familia había pasado la noche durmiendo en la calle, ya que el edificio contiguo al suyo había sido alcanzado. «Ahora nuestra casa no tiene paredes», bromeó. Pasó tres horas esperando con ellos frente a una escuela de la UNRWA, intentando conseguirles un sitio.

Solía insistirme: «Escriba, doctor. Escriba». Cada mañana me hacía un hueco, se aseguraba de que mi ordenador estuviera cargado y me conectaba a internet. Luego me traía una tacita de café y se sentía feliz pensando que me había facilitado las cosas. Cada vez que le decía que prefería el café en vaso, sonreía y me decía: «No se preocupe. La próxima vez».

Dudo que alguna vez tuviera tiempo de leer alguno de los libros de la pequeña biblioteca que Bilal había acumulado en la sala de reuniones, pero memorizaba todos los títulos y los nombres de los autores, así como los temas de los libros. Incluso los que estaban en inglés, aunque sin duda le costaba pronunciarlo. Su trabajo consistía en ser el «hombre de la Casa de la Prensa», saber dónde estaba todo y cómo funcionaba.

Anoche pasé dos horas en la casa de mi hermana Eisha. Para ella, cada noche es más peligrosa que la anterior. El ejército intensificó sus ataques contra el Hospital Indonesio, a unos cientos de metros de distancia. Sus hijos —tiene dos niños y una niña— estaban aterrorizados. Yo jugaba con Shawki, su hijo de seis años. Habíamos hecho una guerra de almohadas y ahora jugábamos al escondite. Entonces le pregunté: «¿Tienes miedo?». De repente perdió la sonrisa y respondió con firmeza: «Sí».

Esa misma noche, en la casa de Faraj, Mohammed y yo empezamos a enumerar a todos nuestros conocidos, familiares y amigos, que habían muerto. Llegamos a unos ochenta y paramos. Era descorazonador.

Además, muchos entraban en la categoría de «no lo sé», allí donde van a parar muchas de nuestras preguntas. No puedo evitar pensar en Ahmad, y también en Mohammed Al-Jaja, asesinado hace dos semanas; quién sabe en quién pensaré mañana o la semana que viene. Todavía oigo la voz de Ahmad en mi oído. «Escriba, doctor. Escriba.» Ahora escribo sobre ti, amigo.

La esposa de Faraj le insta a que se reúna con ella en Rafah. Perdió a toda su familia (madre, hermanas y hermanos en Bureij), no quiere perder a nadie más. Faraj se ha convencido de que el norte ya no es más seguro. Sin embargo, no puede irse sin su madre, de noventa años, y no sabe cómo la llevará al puente del Wadi. Las primeras horas de cada mañana las dedica a asearla y darle de comer. Tiene una movilidad muy limitada y miedo a las sillas de ruedas. Hoy, sin embargo, él parece dispuesto a correr el riesgo y soportar el dolor. «Escucha», dice, «tendremos que irnos en algún momento, así que es mejor que lo hagamos ahora, antes de que los tanques nos borren». Sé que es la presión de su esposa la que habla. Intento tranquilizarlo: «Lo que decidas hacer estará bien, Faraj. Cuando te vayas, nos iremos todos juntos».

Hemos oído que los israelíes están controlando a todo el mundo que se dirige hacia el sur. Paran sobre todo a hombres jóvenes, para interrogarlos —como hacen en todos los puestos de control— y, en ocasiones, para detenerlos. Si se te cae algo mientras caminas, como el móvil, ni se te ocurra intentar recuperarlo, porque según dicen te detendrán y golpearán. Esos pocos kilómetros hasta el valle son como pasar de la vida a la muerte, dice la gente, o viceversa, según lo que te ocurra allí.

He pasado la mayor parte del día sentado en un estrecho callejón cerca de la casa de Faraj. Aquí consigo conectarme unas tres horas al día. En este largo callejón nos sentamos juntas unas diez personas, la mayor parte del tiempo con la cabeza agachada, ocupados con nuestros teléfonos. De vez en cuando podemos intercambiar alguna actualización o comentario. Un extremo del callejón está cerrado por una enorme pila de escombros pero, gracias a la señal Wi-Fi, este callejón se ha convertido poco a poco en el centro del barrio; los jóvenes convergen en el lugar y buscan donde sentarse y conectarse. Lo llamamos «El Callejón Real» y desde hace dos días se ha convertido en nuestro nido.

Alrededor de las tres de la tarde, empiezan a caer bloques de hormigón y escombros sobre nosotros, acompañados de una gran explosión. No tenemos más remedio que correr, ya que el callejón empieza a llenarse de nuevos escombros. Nos cubrimos la cabeza con las manos. Tengo el pelo lleno de polvo y arena. Arrastro a mi hijo Yasser junto a mí. Pasado un minuto las cosas vuelven a la calma, salvo

por la oscura nube de humo en el cielo. Estos días el cielo está casi siempre tapado por largas columnas oscuras de negro y gris que se ensanchan cuanto más alto miras. Más tarde nos enteraremos de que el F-16 atacó un edificio de cinco plantas al este de la calle principal. Poco después se informó de algunos heridos, pero en principio no hubo víctimas mortales; al parecer, el edificio estaba vacío. Oímos la noticia de un niño que murió aplastado por los escombros cuando pasaba por ahí de camino al supermercado.

Anoche oí otra explosión atronadora. Parecía muy cercana. Era incapaz de volver a dormirme. Todo estaba oscuro. Todo el mundo dormía. Los israelíes estaban atacando el barrio de Nadi, en la parte sur del campo. Destruyeron ocho casas y mataron a decenas de personas. Otro ataque tuvo como objetivo la región de Fakhoura, en la parte occidental del campo. Hubo muertos y heridos. A lo largo de toda la noche se sucedieron las noticias sobre las diferentes invasiones. Cuanto más hablaba por WhatsApp con los demás, más era consciente de la magnitud de las masacres de la noche. Lo último que necesitaba en ese momento eran más malas noticias. Así que dejé mi teléfono y subí las escaleras. Empezó a llover con fuerza. Ahora hay que evitar que el apartamento se vuelva húmedo e inhabitable. El sonido de la lluvia y el viento en los árboles me traen recuerdos del agua de un aljibe.

Miércoles 15 de noviembre (Día 40)

Ya han pasado cuarenta días. Nadie podía esperar que durara tanto. Cuarenta días en el Islam, como periodo de tiempo, tienen su significado. Cuando alguien muere, se espera que lo llores durante cuarenta días. La cuestión es que no llevamos cuarenta días muertos, todavía estamos aquí.

Ayer por la noche, los F-16 israelíes lanzaron rayos de luz sobre el campo de refugiados que iluminaron todo el cielo. Durante una hora, el cielo nocturno parecía la luz del día. Eran las 17:30. La noche acababa de caer y todo parecía en calma. Mohammed y yo íbamos de camino a la casa de mi padre cuando, de repente, vi dos haces de luz al final de la estrecha calle por la que caminábamos. Pensé que debía de tratarse de un tanque o de las brillantes luces de un camión que venía hacia nosotros. Ligeramente cegador. De repente, había luz por todas partes. Miré hacia arriba. El cielo parecía arder. Todo el barrio parecía bañado por una falsa luz diurna. Después se iluminaron unas partes del campo, mientras otras estaban sumidas en la oscuridad. Si tu zona quedaba en la oscuridad, estaba demasiado nublado y oscuro para ver nada. Las luces procedían de los drones, para que los soldados de tierra tuvieran una visión más clara. Israel lleva más de veinte años vigilando la Franja con alta tecnología. Cada rincón de la Franja parece estar vigilado por un arsenal de dispositivos diferentes: ópticos, infrarrojos, radio, todo el espectro. Globos de vigilancia sobrevuelan los muros fronterizos. Cámaras que cuelgan de cables y graban a través de las zonas de seguridad a lo largo de la frontera. Barcos de guerra que vigilan desde el horizonte y, lo que es más importante, drones —docenas y docenas de ellos— que patrullan los cielos, día y noche. Esta «ocupación digital» puede parecer menos invasiva. Pero mientras que el ejército israelí se asienta al otro lado de los muros fronterizos, su inteligencia está muy dentro de la Franja. En cambio, los palestinos no tenemos nada: ni fuerza aérea —ni siquiera tenemos una pista de aterrizaje—, ni marina, ni equipos de alta tecnología. No se nos permite ninguna de esas cosas. Cabe preguntarse hasta qué punto debe ser asimétrica la guerra para que deje de ser «guerra». Es solo una masacre.

Renuncié a la idea de llegar a casa de mi padre. Mohammed dijo que estas luces podían ser una guía para los F-16 o para los tanques, para distinguir mejor sus objetivos. Es más seguro si nos quedamos dentro, concluyó. Desde la ventana de la casa de Faraj, intenté contar el número de drones con esas luces.

Ese mismo día, justo antes del atardecer, los F-16 atacaron dos casas del campo pertenecientes a las familias Al-Madhoun y Mahdi, justo

detrás de un famoso restaurante de shawarma, llamado Mohannad's. Las dos casas quedaron completamente destruidas, mientras que todas las de alrededor sufrieron daños. Muchos edificios quedaron sin paredes. Mientras permanecía de pie junto a otros en los enormes montones de escombros, rodeado de bloques de apartamentos que ya no tenían fachadas, me sentí por un momento como un actor en un escenario, recibiendo los aplausos del público en los balcones y palcos privados de un teatro. Los edificios nos miraban de forma muy extraña.

El equipo de Protección Civil estaba ocupado intentando rescatar a una adolescente. Pude verla. Parecía dormida. Seguramente, cuando ocurrió el ataque estaba durmiendo. Llevaba un buzo rojo. Su cuerpo estaba tendido. Tenía la mano izquierda sobre el pecho. Por un momento me pareció un personaje de cuento de hadas: la bella durmiente. El techo de hormigón había caído sobre ella y la había inmovilizado contra la cama. Los hombres seguían sacando escombros de los lados para liberar el cuerpo. Lo hacían con sumo cuidado, como si no quisieran despertarla de su profundo sueño. Después de cuarenta días así, uno se pregunta por qué el mundo se ha vuelto tan loco que no se atreve a decir basta, basta, basta. Ni siquiera puede pronunciar las palabras, como si tuviera más miedo de esas palabras que de lo que veo ante mí, bajo el gran bloque de hormigón.

Los israelíes irrumpieron anoche en el hospital de Al-Shifa y la operación militar continúa. Dentro no hay electricidad ni medicamentos, los partos se hacen sin anestesia y los bebés no tienen incubadoras ni fuentes de calor. Muchos de los que simplemente se refugiaban en el hospital han muerto, muchos otros han resultado heridos. ¡Heridos en un hospital! Desde hace una semana, los hospitales son «objetivos legítimos», convertidos en zonas de guerra y campos de batalla, y la comunidad internacional se limita a silbar para sus adentros. Los soldados acusan a los pacientes de esconder armas de destrucción masiva, e incluso se han dedicado a reabrir las heridas de los pacientes para ver qué esconden ahí dentro. La guerra contra los hospitales es una estrategia que se está aplicando en toda la Franja; ahora los israelíes han invadido el Hospital Al-Rantisi, en el barrio Nasser de la ciudad. Pronto tomarán el Hospital Al-Awda. Solo quedará será el Hospital Indonesio. Mohammed reflexionó: «¡No va a tardar mucho! Más de la mitad de la ciudad está completamente ocupada».

Por la mañana, cuando volvía de la casa de mi suegro, un edificio cercano fue atacado. Estaba cerca de la panadería Dawas. Vi desde el otro lado de la calle cómo los equipos médicos intentaban reanimar a un anciano y a los que parecían sus nietos. Al final se los llevaron en camillas, con la cara cubierta. Una mujer trabajaba junto a ellos, lamentándose mientras ayudaba, incapaz de procesar que acababa de

perder a toda su familia. Cuando no estaba tratando de levantar pedazos de hormigón, intentaba insuflar vida en los cadáveres.

Esta mañana todo parece triste, incluso el cielo nublado. El sol ha desaparecido y la gente avanza a duras penas, esperando el próximo ataque. ¿Dónde será? ¿A quién matarán esta vez? ¿Quién sobrevivirá? Preguntas que hacen la vida insoportable.

Empieza a llover de nuevo. La lluvia está llena del polvo y la arena que han estado contaminando el aire durante las últimas semanas. «Limpiará el aire», digo. «Pero convertirá en un infierno la vida de los desplazados», responde Mohammed. Una amiga me manda un mensaje diciendo que su familia llegó al sur, pero los israelíes detuvieron a su padre y a su hermano. Añade un emoticono llorando al final. Una hora más tarde, vuelve a enviarme un mensaje diciendo que han liberado a su padre, pero que se han quedado con su hermano. Conozco a su hermano, es un joven periodista. Solía verlo en la Casa de la Prensa y en Al-Shifa. Los israelíes han levantado un puesto de control en el puente, a cuatro kilómetros de aquí, que divide el norte del sur. La mayoría de los hombres que pasan por él son detenidos.

El sonido de las explosiones continúa. Un tercio de los edificios del campo de refugiados han sido destruidos. Muchos de ellos se alzaban a lo largo de callejones y pasillos muy angostos, lo que dificulta enormemente los esfuerzos por retirar los escombros y rescatar a la gente. Ningún vehículo puede acercarse. Acceder a ellos sin destruir los edificios que bloquean el acceso desde las carreteras más grandes es casi imposible. La cuestión del «después» será especialmente difícil para los ocupantes de esas zonas. Habrá que destruir para reconstruir. Pero para eso falta mucho; solo podemos pensar en el AHORA, y en si el «final» de los bombardeos será un final real. Llevamos cuarenta días esperando a que rueden los títulos de crédito de esta película surrealista, pero sin duda habrá una secuela y una serie derivada.

Jueves 16 de noviembre (Día 41)

Ayer visité a mi hermana Asmaa, que vive en la parte occidental del campo. La noche anterior, un proyectil de tanque había impactado en su edificio. Por suerte, el proyectil impactó en el hueco de la escalera, que es la parte más resistente de estos edificios. La escalera resultó dañada, por supuesto, pero detuvo el proyectil en seco. El esposo de Asmaa conserva tres grandes fragmentos delante de su puerta, en el cuarto piso. Sus cinco hijas no son tan bromistas al respecto. «El próximo proyectil nos alcanzará mientras dormimos», dice Fátima, de diez años.

«Seguro que no.»

«Nuestros vecinos dormían en su dormitorio», respondió Fátima. «La chica, fue asesinada. La conozco, va a mi escuela.» Asmaa hizo palomitas para todos y empezamos a recordar los acontecimientos de los últimos cuarenta días como si se tratase de una película.

Al otro lado de la calle donde vive Asmaa hay una escuela en la que otra hermana mía, Halima, lleva refugiada dos semanas. Su casa en Beit Lahia resultó dañada y ahora es inhabitable, y todo el pueblo está siendo utilizado por el ejército israelí como base de operaciones. Según algunos rumores, ya no quedan casas en la zona. Ahora Halima y su familia viven en una carpa que su esposo ha montado con mantas. Cuando fui a visitarla, me preparó café. «¿Adónde iremos si termina la guerra?», me pregunta.

«Primero que termine, y después ya pensaremos en eso», le digo. Mi respuesta no la convence para nada.

«Mientras dure la guerra, tendremos un lugar donde quedarnos. Pero en cuanto termine, nos echarán de aquí.»

«¿Quieres que la guerra siga?», le pregunté.

«No, quiero un hogar.»

La noche anterior, la encargada de este refugio, una mujer llamada Hadeel al-Masri, murió cuando uno de los proyectiles de los tanques le atravesó el estómago. Ismael, el esposo de Halima, me contó cómo sus tripas cayeron al suelo, a sus pies. «El proyectil fue como una espada abriéndola por la mitad.» Faraj describe estos proyectiles como «ciegos»: en el momento en que salen de su cañón pueden aterrizar en cualquier parte, impactar contra cualquier cosa, no hay tecnología en ellos que los guíe.

Volviendo a nuestro barrio, vi la devastación del cementerio cercano. Conté seis casas que fueron destruidas a su alrededor. Pensé en los muertos que yacen en las tumbas y en lo molestos que deben de estar por todo el ruido que hacen los vivos en la superficie. Me sorprendió no haber oído el ataque cuando ocurrió. «No», dijo Mohammed, «seguro

que lo oímos. Simplemente ya no prestamos tanta atención como antes». «Pero esto está a solo doscientos cincuenta metros de donde nos alojamos...», protesto. Se encoge de hombros.

Faraj ha desarrollado una nueva rutina para llamar por la mañana a su esposa, refugiada en una escuela de la UNRWA en Rafah. Se despierta sobre las 4:30 de la mañana y sube al segundo piso, donde consigue señal. Solo a esa hora, justo antes del amanecer, la señal está garantizada. Tiene aproximadamente una hora antes de que vuelva a desaparecer. Mientras puede, habla con su esposa, sus hijos y su hija casada. Toda su familia en Rafah tiene que madrugar también para que esta reunión sea posible. Luego vuelve a bajar y duerme de nuevo.

Adham también solía levantarse a esa hora para llamar y asegurarse de que todo el mundo estaba bien: empezando por su esposa, luego su madre, luego sus hermanas, luego su hermano, luego sus tías, y así sucesivamente. Algunos están en Rafah, otros en Maghazi (justo al sur del valle) y otros aún en Jabalia. Cada larga conversación con una intención concreta: ¿Estás bien? ¿Están bien todos los que están contigo? Pero tras la pérdida de su hijo, su madre y su tía, Adham dejó de hacer estas llamadas inútiles.

Según un comunicado oficial, hoy se cortarán todas las señales de telecomunicaciones e internet, debido a la falta de combustible para hacer funcionar los transmisores. Pero ahora es mediodía y las redes móviles siguen funcionando para enviar mensajes. Sin embargo, no hay internet y las llamadas no funcionan.

Hoy es el cumpleaños de Tasneem, la hija de Eisha. Cumple nueve años, pero no habrá fiesta. Ni tarta. Tres de los hijos de Eisha, así como su esposo Maher, han cumplido años durante la guerra. Así que son cuatro fiestas canceladas hasta ahora. Está claro que la familia tiene algo con los cumpleaños en octubre y noviembre, ya que el de Eisha es el 23 de noviembre. «¿Se habrá acabado la guerra para entonces?», se pregunta. Todos lo dudamos. «Nuestro verdadero cumpleaños será cuando acabe la guerra», dice. Le digo que cuando llegue el momento debería hacer una gran tarta para todos aquellos a quienes se les debe un cumpleaños. Dado el dolor que los embarga, por la pérdida de la hermana de Maher y su familia, nadie tiene ganas de nada. «Aunque quisiera», explica Eisha, «no encontraríamos los ingredientes. He traído una caja de chocolate que tenía guardada». Tasneem sonríe un poco cuando se la doy, diciendo «shukran». No me parece apropiado cantarle el cumpleaños feliz, así que le deseamos que el próximo sea un año mejor.

Me llega la noticia de que mi primo Naeem ha fallecido esta mañana. Llevaba cinco meses recibiendo tratamiento en el hospital de rehabilitación Al-Wafa de la ciudad de Gaza. Sus riñones no funcionaban bien. Era un arquitecto bien establecido en la ciudad, que

había ayudado en la planificación de muchas torres y edificios conocidos. El problema ahora es cómo llevar su cuerpo de vuelta al campo de refugiados para enterrarlo. Los tanques israelíes están en la calle frente al hospital, así que nadie puede acercarse. Los tanques y los francotiradores matan todo lo que se mueve. Nihad, el hermano de Naeem, fue al puesto de ambulancias del campo en cuanto se enteró de la noticia para preguntar si podían traerlo. El encargado le dijo que sería casi imposible, ya que cualquier automóvil que circule por zonas como esa necesita ahora un permiso especial, una «coordinación», como la llamamos nosotros, para circular por esas calles. «Pues hágalo», respondió Nihad. «Organice una coordinación.» Por supuesto, no se hizo nada. Los israelíes no se coordinan con nadie.

Esta mañana, aviones israelíes nos han lanzado un nuevo panfleto, una vez más instando a todo el mundo a desplazarse al sur. El panfleto adopta un tono altisonante y amenazador. «Están siendo utilizados como escudos humanos», nos dice. Pues muchas gracias, pienso. Sois vosotros los que nos estáis invadiendo, matando, limpiando étnicamente y asumiendo la superioridad moral. No somos la BBC o la CNN, quiero decirles. No nos tragamos su guion tan fácilmente como otros. El ejército también está ordenando a los habitantes de la parte oriental de Jan Yunis, en el sur, que evacúen, ya que se espera que esa zona se convierta en un nuevo campo de batalla. Han empezado a atacarla esta mañana. El Hospital Europeo, donde ahora recibe tratamiento Wissam, está en esa zona. Una nueva oleada de preocupación por ella me invade. Intento llamarla por teléfono al enterarme de la noticia, pero no hay cobertura. Toda esa zona, al este de Jan Yunis, está invadida por desplazados a los que los israelíes ordenaron ir allí. ¿Adónde deben ir ahora?

Viernes 17 de noviembre (Día 42)

Anoche tuve que dormir en un refugio escolar. Había ido a visitar a mi hermana Halima, alojada en una de esas escuelas, cuando de repente los ataques israelíes se intensificaron alrededor y sobre el campo de refugiados. Esperé a que oscureciera y que las explosiones se dispersaran. Pero todos me decían que ya era demasiado tarde para ser visto por las calles. Así que me puse cómodo, como si fuera mi casa.

Dentro de las escuelas, la gente se ha creado toda una nueva existencia. Algunos viven en las aulas, algunos en carpas hechas con telas y sábanas. Hay cinco baños en la escuela para cientos de personas. Durante el día, la gente hace cola durante horas para usar los baños. Pero por la noche, ya sin luz, la gente usa baldes como baños temporales, aunque solo para orinar.

Instalados en la carpa de Halima, oímos las conversaciones que tienen lugar en las carpas de alrededor. Es fácil elevar la voz y participar en ellas. Resulta muy natural unirse a sus chismes y reflexiones. Aquí no hay privacidad. Lo único que te separa de tu vecino es un pedazo de tela. Ismael bromea con sus vecinos de la carpa al sur. A las ocho de la tarde, cuando ya no hay luz, todos usan sus baterías recargables para encender un pequeño foco.

Alrededor de las 2:30 de la madrugada, un enorme pedazo de escombro cae en el patio escolar, no lejos de nuestra carpa. Un bloque de hormigón ha golpeado el techo metálico que sobresale sobre una zona de tiendas de campaña. Todos nos despertamos. Se encienden las linternas. Ismael grita a la carpa de al lado: «¿Están todos bien?». «Sí», responden, «¿y ustedes?». Ismael nos calma antes de que todos volvamos a acostarnos en los colchones: «Esta vez solo ha sido un pedacito». No estoy seguro de cuántos minutos duermo, noche y día se fusionan. No dejo de pensar en lo expuestos que estamos, con solo una tela entre ellos y nosotros, y lo ridículo que es intentar dormir en el medio de un campo de batalla. Durante el resto de la noche oigo misiles y disparos y veo el cielo iluminarse a través de la tela de la carpa. Hago lo posible para no usar el balde, convenciéndome de que no lo voy a necesitar hasta la mañana, pero alrededor de las cuatro no aguanto más. Cuando finalmente renuncio a la farsa del sueño, me levanto y me reúno con Halima, que está ocupada haciendo pan. Ha hecho la masa, la ha cortado y la ha redondeado en pequeños panes. Ahora tiene que llevarlo al horno para cocinarlos. Han construido un horno de arcilla en el patio, para la guerra. Tiene que calentarlo media hora, prendiendo el fuego con leña y cartones. Yo la ayudo yendo a buscar la leña.

Cuando Ismael y sus dos hijos se levantan me doy cuenta de que anoche me cedieron su colchón, y han dormido sobre las mantas. Halima insiste en que me quede a desayunar y que coma un poco del pan. Le digo que lo guarde para la noche. «Volveré para ver cómo estás», le digo, «pero no me quedaré hasta tarde». A pesar de ser muy temprano, todos están despiertos. Las calles están llenas de gente volviendo de «los lugares seguros» en que durmieron, de camino a sus hogares diurnos. Cada mañana parece un regalo, un día más de libertad que se nos concede, mientras nuestros nombres no están en la lista de fallecidos.

Voy al área que fue atacada anoche en el corazón del campo. Unas seis casas, pertenecientes a las familias Hijazi, Abu Komsan y Abu Dayer, fueron completamente destruidas. Cientos de hombres trepan sobre los escombros. Decenas están desaparecidos. Ahora los heridos deben ser trasladados al Hospital Indonesio ya que el Al-Shifa ha caído bajo control israelí. El vecino de Eisha, un maestro retirado, se lamenta del asesinato de su hija menor y su familia. Su hija era médica. Un hombre junta los libros escolares de sus hijos perdidos. Estaba con ellos cuando tuvo lugar la explosión. Ahora desea haberse muerto con ellos. ¿Puede la muerte ser algo deseable? Cuando alguien como Fouad, uno de mis parientes, pierde a toda su familia (su esposa e hijos) así como su casa, se encontrará, después de la guerra, obligado a empezar de nuevo, como si tuviera veinte años y no cincuenta. Tendrá que reconstruir su casa, y si puede, volver a casarse y tener hijos otra vez. Si tiene suerte. Pero ha gastado los ahorros de su vida en esa casa, la que ahora es una pila de escombros; no tiene con qué reconstruirla. Incluso si tiene la suerte de tener más hijos, no le quedará vida suficiente para verlos crecer. Por eso puedo entender a ese hombre en la pila de escombros deseando haber muerto con su familia.

Camino por el campo de refugiados de una calle a la otra, de un barrio a otro. El campo, que alguna vez conocí de memoria, ahora es irreconocible, tantos monumentos, tantos callejones y pasillos borrados y sepultados bajo los escombros.

Algo que está en la cabeza de todos ahora es el clima. Mientras camino, no puedo evitar mirar constantemente al cielo, tratando de encontrar el sol. ¿Conseguirá atravesar las nubes y ahuyentar la lluvia? Mal tiempo es lo último que necesitamos. Que Alá posponga el invierno hasta que termine la guerra, es lo que todos rezan. Necesitamos más otoño. No hay cultivos en nuestros campos, hasta nuestras cosechas de aceitunas quedaron sin recolectar este año. Este año Alá puede borrar el invierno de nuestro calendario. No lo necesitamos. Necesitamos el sol para que caliente a nuestros hijos, para que cargue las baterías de nuestros paneles solares, para cargar nuestros teléfonos, para que funcione internet. El invierno no hará más que agravar nuestros males.

Que Dios nos libre del invierno. Esta fue la plegaria de Halima cuando se despertó esta mañana y sintió el viento.

Los aviones israelíes tiraron más panfletos esta mañana, para que Gaza y sus suburbios se muevan al sur. Esta vez citaron el Sagrado Corán para meternos prisa. Todos usan a Dios de la forma que más les convenga, según sus intereses, pero en nuestros corazones sabemos que Él ya no está con nosotros, nos abandonó hace mucho tiempo. Y ojalá no lo hubiese hecho. Solo quiero que Él escuche las oraciones de Halima, que pare el invierno. «Quizá Dios pueda establecer un centro de control en el camino para parar el invierno», bromea mi hijo Yasser.

Ahora, mientras me siento a escribir este diario en la casa de mi hermana Eisha, tengo que saltar y correr al otro lado de la habitación; una nube de polvo entra por la ventana después de la explosión, seguida por cientos de pequeñas piedras que llueven de todos lados. Un misil acaba de impactar en un edificio a menos de cien metros, a la entrada del callejón de la casa de Eisha. He tenido que esconderme detrás de un armario y cubrirme la cabeza con las manos, sin saber lo que pasará después. A los pocos minutos, el aire se despeja y desde el balcón puedo ver la estela de humo que asciende desde la montaña de escombros que hace unos minutos era la casa de la familia Areenj. Mi taza de café está llena de arenilla, pedazos de hormigón y polvo.

Sábado 18 de noviembre (Día 43)

Cientos de personas han sido obligadas a abandonar sus casas esta mañana, después de los nuevos bombardeos nocturnos en las periferias del campo de Jabalia. Desde las 21:30 hasta las 6:30 de la mañana, los ataques aéreos no se detuvieron, desde el oeste, el norte y el este. El infierno cayó sobre Jabalia. Cientos de edificios destruidos. Cuando amaneció, los supervivientes solo pudieron huir con lo puesto. La mayoría fue hacia el interior del campo de refugiados. Todos saben que las escuelas están llenas, pero no tienen otro lugar a donde ir. La mayoría de esta gran avalancha de personas llegó al campo de refugiados desde zonas adyacentes a Beit Lahia y Bir al-Naja.

No dormí en toda la noche. Había decidido quedarme con mi hermana Asmaa en el barrio de Falouja. Ayer fue uno de esos días en que necesitaba un cambio: me corté el pelo y me afeité la barba. Nunca había pasado tanto tiempo sin afeitarme. Casi me había olvidado de cómo soy sin barba. Soy un hombre nuevo. Me convencí de que esto me cambiaría el ánimo y renovaría mis energías. Dios sabe que lo necesitaba. El silencio y la depresión empiezan a filtrarse en mis días. A la mayoría de nosotros nos está pasando. Nadie estaba preparado para una guerra tan larga. Cuando la gente compara esta guerra con la de 2014, dice que esta es una guerra de verdad, mientras que la de 2014 fue solo un ataque masivo. Entonces, a lo largo de aquellos cincuenta y un días, hubo treguas y alto el fuego temporales. En esta guerra, la idea de una tregua parece más complicada que la propia guerra. Dos noches atrás, cuando dormía en el refugio de la escuela, todo el mundo en las carpas gritaba; los hombres cantaban plegarias a Dios, las mujeres, bendiciones. Todos celebraban el rumor de que esa noche podría haber una tregua. La celebración duró hasta media hora antes de que todos comprendiesen que solo se trataba de un deseo, difundido para apaciguarlos. Han pasado cuarenta y tres días y nos hace falta una tregua del hablar de treguas. Ya nadie cree nada de lo que se dice, y menos en las noticias.

Me miro en el espejo. «Este es Atef», me digo. «Al que apenas reconoces, en cuyo rostro la guerra ha grabado sus más pequeños detalles.» Me veo delgado, demacrado. Anoche le dije a Mohammed que teníamos que quedarnos en casa de Asmaa, en Falouja. Podemos pasar la noche hablando con ella y su marido y jugando con sus cinco hijas pequeñas. Asmaa nos ha preparado tres camas de camping en el salón, entre sus dos sofás azules. Hablamos. Jugamos. Escuchamos las noticias en la radio. Después, a dormir.

Cuando empieza el ataque, el edificio está completamente a oscuras. La luz de las explosiones entra en el salón a través de las ventanas y hace brillar todos los cuadros y los espejos. Cualquier gazatí puede enseñarte a escuchar la explosión después del flash. Luego, el ruido de la lluvia de escombros, que se oía en todos los lados de la casa, en los angostos callejones de detrás y en la calle principal de enfrente. Yo insisto en que es muy peligroso dormir en el salón, así que arrastramos los colchones al lugar más resguardado, un espacio pequeño al lado de la cocina. Los diez nos acostamos a esperar el amanecer. Le rezamos a Dios para que esta noche se termine. Intento contar los misiles y las explosiones. Llego a ciento cincuenta y cuatro y paro. Hay un tipo particular de misil que silba antes de explotar. Mohammed dice que es uno nuevo. Ha estado en Gaza estos últimos cuatro años, lo sabe mejor que yo.

En el refugio de la escuela Tal-Azzatar, docenas de personas son asesinadas por un misil y cientos son heridas. A las 5:30 de la mañana todos empezamos a levantarnos. Miro por la ventana el refugio escolar de enfrente, donde dormí hace dos noches. La gente está hacinada en las aulas del primer piso, ya que se han visto obligados a abandonar las carpas durante la noche. Hoy en día es peligroso permanecer demasiado tiempo junto a la ventana, los francotiradores podrían dispararte por diversión, así que no me quedo mirando demasiado tiempo.

Ayer por la tarde fui a visitar a un amigo, Mahmud Mohaisen, que ha sido herido y está recibiendo tratamiento en el Hospital Indonesio. El lugar estaba abarrotado, por supuesto, y se podían ver agujeros de bala y cráteres de misil en cada pasillo. Muy parecido al Hospital Al-Shifa: gente viviendo en carpas, salas de guardia temporales hechas con lonas, pasillos llenos de familias desplazadas, camas insuficientes, pacientes heridos tratados en el suelo.

Esta mañana, en Al-Shifa, los israelíes dieron una hora para evacuar a todos quienes estuvieran dentro, sean pacientes, médicos, enfermeros o gente desplazada, para conquistar las partes del hospital que aún no habían conquistado. No debía quedar nadie dentro. Según ha podido saberse, los soldados israelíes estaban sacando cuerpos de las fosas comunes, pensaban que algo más había sido escondido en esa sima.

A las ocho de la tarde me acosté y dormí profundamente durante cuatro horas. Mi hermano Mohammed y mi hijo Yasser también. Sin soñar, sin tener pesadillas, sin despertar cada cinco minutos a contar las explosiones o dilucidar dónde habían sido. De vez en cuando necesitas olvidarte del mundo y desconectarte.

Esta mañana recorro el campo para hacer un balance de las zonas recién atacadas. Cuanto más camino, más daños veo. Me doy cuenta de que son daños de hace varios días, pero nuevos para mí. Jabalia está

desapareciendo, desaparece día a día. Nosotros también estamos desapareciendo. Según las nuevas estadísticas, más del dos por ciento de la población de la Franja de Gaza está muerta, desaparecida o herida, mientras que el setenta por ciento de nosotros no tenemos hogar.

Ahora los tanques disparan contra las escuelas Fakhour y los primeros informes hablan de unos doscientos muertos. Los ataques desde el norte, este y oeste del campo están empujando a los que quedan hacia el sur. Está claro que el camino hacia la seguridad es cada vez más estrecho.

Domingo 19 de noviembre (Día 44)

Cuatro cadáveres yacen sobre un carro tirado por un burro delante de mí. Es evidente que los cuerpos siguen sangrando, ya que las manchas rojas en las sábanas blancas que los cubren se ensanchan mientras los miro. Un niño insta al burro a que acelere. Normalmente, cuando vemos a un muerto tenemos que pararnos y quedarnos quietos, por respeto; podemos quitarnos el sombrero o bajar la cabeza. Ahora los cadáveres son habituales, la gente muere cada minuto, el paso de un ataúd o de un cadáver apenas envuelto no llama la atención en absoluto. La madre de Majid, el muchacho que murió hace tres semanas en una cárcel israelí, dice sombríamente: «Algunos tiene suerte». Se refiere a que los padres de esas personas podrán enterrar a sus hijos. Ella quiere desesperadamente que los restos de su hijo sean traídos a Gaza, para darle sus respetos y que sea enterrado en la tierra que fue su hogar. Para la mayoría de quienes mueren en Gaza tampoco existe la dignidad de un funeral apropiado. Los coches ya no funcionan, apenas si hay algunos carros tirados por caballos, y prácticamente no hay ambulancias para llevar los muertos hasta su último lugar de descanso. La mayoría de las calles están cubiertas de escombros, son intransitables ya. Un carro de caballos es tu mejor baza. Los sonidos de las sirenas de las ambulancias han ido desapareciendo poco a poco en la cacofonía de ruidos que se oyen durante los atentados. Y probablemente sea por su propio bien. Las ambulancias se han convertido cada vez más en objetivos de la ofensiva terrestre. Muchas han sido alcanzadas, asesinando o hiriendo a numerosos paramédicos. Cada día desaparecen más y más cosas en Gaza, ahora son las ambulancias. Su sonido en la noche solía hacernos compañía. Al menos alguien intentaba hacer algo. Ahora nadie se mueve en la oscuridad. Los heridos son abandonados a su suerte. Muchas personas podrían haberse salvado si hubieran llegado a tiempo a un hospital, si los hospitales y las ambulancias no fueran objetivos.

Un hombre a caballo viene hacia mí con el cuerpo de un adolescente muerto colgando de la montura. Parece ser su hijo, quizás. Es como la escena de una película histórica, solo que el caballo está débil y apenas puede moverse. El hombre no vuelve de ninguna batalla. No es ningún caballero. Tiene los ojos llenos de lágrimas mientras sujeta la pequeña fusta en una mano y las riendas en la otra. Tengo el impulso de sacarle una foto, pero de repente me asquea la idea. No saluda a nadie. Apenas levanta la vista. Está demasiado consumido por su propia pérdida. La mayoría de la gente está usando el viejo cementerio del campo de refugiados; es el más seguro, aunque hace mucho que está lleno, han

empezado a cavar tumbas menos profundas para enterrar a los nuevos muertos encima de los antiguos, manteniendo unidas a las familias, por supuesto.

Faraj finalmente ha decidido irse al sur. Esta mañana ha guardado la ropa y sus papeles y ha anunciado al resto que se iba hacia Rafah a reunirse con su esposa e hijos. Ha arreglado con el vecino que se arriesgarán juntos. Alrededor de las 9 de la mañana, llega una bicicleta de tres ruedas para llevarlos a Salah al-Din. Me deja las llaves de su piso y me ofrece que sigamos quedándonos todo el tiempo que queramos. Le ha pedido a su sobrino que cuide de su madre, él ahora se ha mudado, con su esposa, al primer piso. Mucha gente ha tomado la misma decisión en estos últimos días. Cuando se va, Mohammed y yo hablamos de quién más se ha ido y quién está preparándose para marchar. Muchos coches avanzan por la calle con banderas blancas atadas en la punta de un palo que asoma por las ventanillas. Algunas personas viajan en bicicletas o carros. Muchos simplemente caminan.

Mi cuñado Maher me llama para decirme que anoche un misil cayó en el techo de su edificio. Los tanques de agua están rotos y los vidrios del panel solar estallaron. Toda la familia está aterrorizada y piensan en mudarse. La hermana de Maher y mucha gente en Tal-Azzatar piensa lo mismo. Eisha le pide que pida consejo. «¿Qué piensa tu padre?», le digo. Su padre, reconocido director de una de las escuelas del campo de refugiados, cree que deberían esperar un par de días más. «¿Para qué?», pregunto. No hay respuesta. Solo puedo suponer que es para asegurarse de que se han evaluado todas las demás opciones.

Los ataques de anoche terminaron con varias mezquitas, entre ellas la enorme Khulafa Rashideen, la mezquita Haifa, la mezquita Mohammed y la mezquita Kassam. Solo un puñado siguen en pie.

Muchas casas de Tal-Azzatar y del «Bloque 5» del campo también fueron atacadas. Vimos «anillos de fuego» toda la noche. Miles de personas más se unirán pronto al éxodo de los días anteriores.

El campo se reduce cada día. Durante las tres últimas noches, los israelíes han atacado el flanco occidental de Jabalia, empezando por Saftawi y siguiendo por Falouja, el lado oriental, especialmente Tal-Azzatar, y las partes septentrionales desde los proyectos de Beit Lahia hasta Fakhoura. Lo que ha provocado que todos se hayan retirado hacia el centro.

En las noticias, los israelíes hablan de la necesidad de evacuar toda Jabalia. Nosotros no nos consideramos testarudos, es que lo desconocido de vivir en la ruta, o en los campos de refugiados del sur, parece peor que esperar a que ocupen totalmente el lugar. Sin embargo, es inevitable que la gente se asuste. Nadie tiene ganas de emprender el viaje. Tendrás suerte si encuentras un coche o, más probablemente, un carro, que te lleve junto con tus pertenencias hasta el paso de Kuwait en

la carretera de Salah ad-Din, pero a partir de ahí, tendrás que caminar. Es allí donde comienza realmente el viaje hacia el sur. Ayer, los israelíes cerraron el puesto de control del valle hacia las 12:30. Por eso hoy la gente sale muy temprano, con el objetivo de llegar al paso de Kuwait antes de las siete u ocho de la mañana. Hay que tenerlo todo preparado porque, de lo contrario, es posible que tengas que dar la vuelta.

Después de los daños en el techo, Eisha está aterrorizada. Resulta que otras partes del edificio también han sido alcanzadas por los escombros. Todo está dañado. Ahora no tiene ni agua ni energía solar. Mientras escribo esto en el salón de Faraj, oigo a los niños jugando en la calle. La voz de una niña dice: «Mi Señor, quiero una tregua».

Lunes 20 de noviembre (Día 45)

Bilal fue asesinado ayer mientras intentaba salir de la ciudad de Gaza. Eso es todo lo que sé. Lo mataron. No hay más información sobre la suerte de uno de los periodistas más importantes de Gaza. La última vez que supe de él fue el viernes. Me mandó un mensaje diciendo que se había mudado de la Ciudad Vieja a la casa de su familia en Shaikh Radwan. Y dijo, bromeando, que ahora estábamos tan cerca que podíamos encontrarnos a mitad de camino en Jabalia. En nuestra última charla, dos días antes de este mensaje, incluso le había propuesto que viniera a Jabalia y se quedara conmigo. Le dije: «De momento, aquí la cosa está bien». Después intenté llamarlo muchas veces, pero nunca tenía buena señal. Hace una semana, consiguió un número nuevo con la compañía Oredoo, con la esperanza de tener más cobertura. Ayer le mandé un mensaje preguntándole simplemente: «¿Estás bien?». No obtuve respuesta hasta que entró mi hermano Mohammed y me dijo que Bilal había sido asesinado en el coche cuando intentaba llegar lo más al sur posible por la gran ruta del éxodo (Salah al-Din) antes de bajarse y caminar. Cuando me enteré, me negué a creerlo e intenté llamar a su número una y otra vez. Luego intenté llamar a amigos en común: Hikmat (redactor de SAWA) y Jawdat Kboudari, que había acogido a Bilal en la Ciudad Vieja. No hubo respuesta.

La última vez que lo vi, parecía haber perdido la esperanza. Había estado llamando por teléfono a su esposa y a sus hijos, a quienes había conseguido alojar en Jan Yunis en la segunda semana de la guerra. Le pregunté por Karam, su hijo, y si todavía no le gustaba la poesía. «Karam va a amar la poesía si la poesía hace que esta guerra termine», bromeó, «pero solo entonces». Bilal había dedicado la mayor parte de sus horas de vigilia durante esta guerra a transmitir mensajes y fotos desde Gaza al extranjero. Él creó muchos grupos de WhatsApp con diplomáticos y periodistas internacionales, personas que había conocido en su calidad de director de la Casa de la Prensa. Siempre que había internet, enviaba nuevas fotos y noticias. La última vez que estuvimos juntos le dije que deberíamos planear un viaje a Europa, unas vacaciones, cuando terminara la guerra. Le recordé el viaje que hicimos juntos a Bruselas como parte de un programa de intercambio de la UE. Pasamos allí ocho días. Además de nuestras reuniones diarias, visitamos museos, galerías y cines. Pasamos las noches en cafés viendo

la Copa del Mundo. Cuando fantaseé sobre nuestro nuevo viaje, me dijo: «No me veo saliendo de esta, Atef». Intenté desestimar ese comentario e insistí en que todos lo lograríamos. Ni siquiera estaba seguro de si habría una Casa de la Prensa después de la guerra, y mucho menos un director. «La guerra se lo come todo», dijo. Ese día se fue antes de lo habitual, prometiendo que volvería en una hora. Fue la última vez que lo vi. Medio en broma, habíamos hecho un pacto para cruzar juntos el valle.

Cuando llegó la noche, subí las escaleras y me senté a llorar. ¿Cómo se atreve la muerte a llevarse a un hombre así? ¿Cómo se atreve algo tan indigno, como es esta guerra, a llevarse a un hombre tan digno? Mis amigos caen como moscas. No ha pasado un día en esta guerra sin que viera a Bilal, o lo llamara por teléfono o le mandara un mensaje de texto. Ahora la guerra sigue y Bilal ya no está entre nosotros.

Ayer Faraj no consiguió llegar al sur. No pudo encontrar ningún medio de transporte que lo llevara a él y a su equipaje hasta el paso de Kuwait en Salah al-Din. Esperó al costado de la ruta durante tres horas a que alguien se detuviese, pero fue en vano.

Esta mañana nos levantamos todos a las 5. A las 6, Faraj tiene que esperar abajo, en la calle, a que lo pasen a buscar. Esta vez, las familias huyen desde el este, ya que los tanques han estado disparando sobre ese lado del campo, desde el amanecer, desde la ruta de la playa. El Hospital Indonesio ha sido alcanzado y algunos de los supervivientes que consiguieron huir hablan de más de cien muertos dentro del hospital. «Hay cadáveres por todas partes, adelante, atrás, alrededor del hospital», nos dice un hombre. La gente se dirige hacia el oeste sin saber exactamente dónde terminará hoy su viaje. Solo quieren estar lo más lejos posible de las zonas atacadas. Cuanto más veo, más me pregunto si ya es hora de que nosotros también nos vayamos. Yasser, mi hijo de 15 años, no puede evitar tener miedo todo el tiempo. Cree que deberíamos dirigirnos al sur y quedarnos en Rafah, hasta que se abra la frontera, y luego ir a El Cairo, y desde allí, a Ammán y de vuelta a Ramallah. Extraña a su madre, a sus hermanos y a su hermana.

Muchas otras familias de nuestra calle también se van esta mañana. Tendríamos suerte si alguien nos llevara hoy. Nuestro amigo Yousef es la única persona en toda la manzana que aún tiene gasolina en el coche. «Ahora es una celebridad», dice Mohammed, «gracias a ese coche». Nadie sabe cómo ha conseguido ahorrar combustible hasta ahora, pero ya es famoso porque lleva a todo el mundo al paso de Kuwait. Eso sí, hay que reservar con tiempo, a ser posible con dos días de antelación, porque está lleno.

Alrededor de las 10 de la mañana, algunos jóvenes proponen que juntemos la basura que se ha acumulado en la calle. Sugieren

amontonarla en el lugar donde están los cubos de basura del barrio. Ahora, sin servicios municipales y con la UNRWA teniendo otras cosas de las que ocuparse, la basura está tirada por todas partes. Esto obstaculiza la circulación de las ambulancias y dificulta aún más el paso de los desplazados agotados. Todos trabajamos durante una hora y media para limpiar la calle, hasta que toda la basura está amontonada. Al terminar uno de los hombres pregunta: «¿Cuántas veces más crees que vamos a hacer esto?». «Si esto sigue así», digo yo, «solo habrá montones de basura y montones de escombros».

Con cada nuevo día, el campo parece más silencioso, más vacío. Me pregunto cómo se recordará todo esto cuando termine. También me pregunto si alguna vez terminará. No quiero acordarme de esta guerra y, desde luego, no quiero aceptar la «nueva vida» que espera a los gazatíes cuando termine la guerra. Quiero que todo se omita, se borre y que los borrados vuelvan.

Martes 21 de noviembre (Día 46)

No podemos quedarnos aquí más tiempo. Lo hemos decidido. Los proyectiles de las dos últimas noches han caído tan cerca que no solo he visto la luz y oído el estruendo de sus explosiones, sino que los he visto volar en el aire, cuando pasaban junto a mi ventana. Los israelíes están cada vez más cerca. La mayor parte de las regiones exteriores del campo están ahora bajo la ocupación total.

Hace dos noches, las tropas se acercaron un par de calles desde el norte. Los tanques asediaron nuestra calle. No podía cerrar los ojos. «Quiero estar despierto cuando muera», le dije a Mohammed. «Quiero ver cómo ocurre.» Antes de irse a dormir, Yasser dijo que sentía más miedo que nunca. Durante los últimos cuarenta y cinco días ha demostrado una gran fortaleza, pero todos tenemos nuestros límites. «Vamos a ver», le digo, «por la mañana decidiremos».

Así que ayer por la mañana fui a ver a mi padre, para preguntarle si consideraría mudarse con nosotros. Fue un duro «no». «Pero la mayoría de la gente ya se ha ido», le dije. Insistió en que se quedaría, venga lo que venga. Sabía que quería quedarse con su esposa (mi madrastra), así que le aseguré que también la ayudaría a irse. Pero seguía negándose. Entonces, paradójicamente, cuando me iba, me gritó: «Pon a ese niño a salvo».

También fui a ver a mis suegros, Mostafa y Widdad. Widdad, de setenta y cinco años, parecía aterrorizada y apenas podía hablar. Quería ir a un hospital donde pudieran atenderla. Mi suegro, que no tiene hijos propios, me preguntó si podía llevarlos al sur. Pensó que él y su mujer podrían quedarse con su nieta Wissam en el Hospital Europeo, y que su hermana (también llamada Widdad) podría cuidar de su abuela además de Wissam.

Faraj ya se había marchado a primera hora de la mañana y no había podido contactar con él desde entonces para preguntarle por el viaje. Mientras tomaba el té de la mañana con Mohammed, Yasser y Maher, el marido de mi hermana Eisha, maduró en nuestras mentes la idea de partir a la mañana siguiente; cualquier retraso podría costarnos la vida.

Anoche, acostado en mi colchón, me di cuenta de que no era justo que mi hijo de quince años pagara por mi decisión. Puede que haya sobrevivido cuarenta y cinco días, pero ¿sobrevivirá los próximos cuarenta y cinco? Las posibilidades de escapar a la muerte son cada vez menores. No tengo derecho a decidir por él. En su última llamada, Hanna simplemente me dijo: «Quiero a mi hijo. Te lo llevaste a Gaza. Tráelo de vuelta». Las noticias hablaban de una tregua al día siguiente, y quizá fuera un buen momento para hacer una pausa, ir a Rafah y estar

cerca de la frontera por si se abría. Después de todo, tengo un trabajo en el ministerio en Ramallah al que volver.

Eisha y su familia abandonaron su casa ayer por la mañana, ya que el suyo era uno de los pocos edificios que quedaban en pie en toda la manzana. Quedarse más tiempo hubiese sido una locura. Contaban los minutos hasta el amanecer para poder irse. Ya no quedaba nadie en Tal-Azzatar. La última de las familias bajó por la ladera ayer por la mañana hacia el centro del campo. Eisha me llamó desde su nueva residencia, solo para decirme enfadada: «Tenéis que iros. No podéis quedaros hasta morir». No supe qué decirle.

Si íbamos a largarnos, tendría que ser temprano por la mañana, ya que el puesto de control de Salah al-Din cierra alrededor de las 11 de la mañana. No hay una hora exacta, pero es mejor madrugar que no hacerlo.

La visión de los proyectiles volando horizontalmente junto a mi ventana la noche anterior me convenció: a veces es mejor ser prudente que tener razón, si es que eso tiene sentido. Lo sabio es dar a todos la oportunidad de vivir, aunque lo correcto sea no dejar que los israelíes se salgan con la suya con una Segunda Nakba.

Cuando le dije a Mohammed que debíamos irnos, fue a ver a Eisha y Maher, que ahora se alojaban en la casa del tío de Maher, cerca de allí. Volvió una hora después, tras arreglar todos los detalles de nuestro viaje. Llevaría a Yousef, el «famoso» ahorrador de combustible, y a Eisha y su familia, junto con mi hermano Ibrahim y su familia, a las 6 de la mañana, hasta el paso, luego volvería y Yousef nos llevaría al resto, incluidos mi suegra y mi suegro, antes de traer él mismo el coche de vuelta. Así que ahí estaba. Nuestro plan de escape.

Cuando por fin llega la mañana y el coche regresa para nuestro viaje, ayudo a mi suegra a subirse. Mientras se pone en marcha, todos intentamos prepararnos mentalmente para el largo viaje que nos espera. Salimos del paso de Kuwait y nos encontramos con Eisha y los demás esperándonos. Nos reagrupamos y negociamos el pago de dos carros tirados por burros para que nos lleven a todos desde el paso hasta la «zona de reunión». El trayecto solo dura siete minutos. En otros tiempos esto podría ser hasta divertido, un día de playa, familiar. Pero se trata de un día lúgubre. Los dueños de los burros cobran treinta y cinco shekels por cada uno.

Al llegar, miles de desplazados, como nosotros, están haciendo cola, esperando a que los israelíes les dejen cruzar. Es la primera vez que veo soldados israelíes, en carne y hueso, dentro de Gaza desde 2005. Para no desperdigarnos, le digo a Yasser en términos inequívocos que él está a cargo de su abuela; no solo para empujar su silla de ruedas y asegurarse de que está cómoda, sino para que los soldados sepan que él es su principal cuidador, en caso de que quieran detenerlo y separarlo

de ella. Me mantengo tan cerca de ellos como puedo, con dos bolsas al hombro. Una de ellas es especialmente pesada. Antes de salir esta mañana, he metido todos nuestros papeles oficiales (certificados de nacimiento, títulos, escrituras de propiedad, etc.) en esta bolsa, junto con varios álbumes de fotos. Son nuestros recuerdos. Debemos conservarlos.

Llegamos al puesto de control sobre las 7:20 de la mañana. Una gran hilera de tanques bordea el camino por el lado izquierdo. Subidos en ellos hay soldados israelíes, beben café árabe. Los que están más cerca de nosotros gritan a cualquiera que los mire. Saca tu teléfono frente a ellos y nadie volverá a verte. Los niños que tengo delante tiemblan, tienen demasiado miedo de hablar por si dicen algo que moleste a los soldados y empiezan a disparar. De vez en cuando levanto la vista para ver si puedo distinguir quién está al mando, quién decidirá si vivimos o morimos, si nos dejan pasar o nos hacen prisioneros. Tras media hora de espera, un soldado nos habla a través de un megáfono. Repite las órdenes sobre movernos en línea recta, no mirar a la izquierda, no mirar a la derecha. Solo debemos mirar hacia delante. Seguirán más órdenes. Me pregunto dónde han aprendido todo esto. La cara de los bebés no debe cubrirse, añade la voz del soldado. Quizás Abu Obaida[2] sea más joven de lo que han sospechado todo este tiempo.

Hacia las 8 de la mañana la voz nos dice que nos pongamos en marcha de nuevo. Esta es la parte más dura del viaje. La ruta está cubierta de barro y el asfalto está destruido, con cráteres por todas partes y salpicado de escombros y basura. Yasser lucha con la silla de ruedas. En varias ocasiones tengo que ayudarlo a levantar a mi suegra y la silla de ruedas para salvar un cráter. Tenemos que movernos con cuidado. Tres veces la anciana se cae de la silla y tengo que levantarla y volver a sentarla. Después de veinte minutos nos hacen pasar por una estructura provisional, una especie de habitación extraña, levantada en medio de la ruta. Después tenemos que hacer cola y levantar nuestros documentos de identidad. Ahora, por fin, se nos permite volver la vista a la izquierda, de hecho, se nos ordena que lo hagamos, para que los soldados puedan estudiarnos y compararnos con nuestro documento. Solo que no están lo suficientemente cerca como para verlo, están a muchos metros, y parece que preferirían comprobar nuestros datos con prismáticos. ¿De verdad tienen miedo de acercarse más?

Ahora se procede a las detenciones. Van llamando al azar para que los hombres se acerquen a la línea de soldados y puedan ser arrestados. Un soldado grita: «El de la camiseta blanca y la bolsa amarilla..., venga». O «el del bigote..., venga». A cada uno se le pide que tire su bolsa a un lado, se arrodille en el barro y espere a ser interrogado. A nuestra izquierda, más lejos, decenas de soldados toman posiciones en una

loma de arena donde han instalado una gran carpa. Podemos verlos sentados frente a ordenadores, disfrutando de la tortura, haciéndola oficial, tecleando. Yasser muestra su partida de nacimiento y el documento de identidad de su abuela. Yo sostengo el mío. Paran a mucha gente, al parecer solo por su aspecto. Es imposible que lean todos nuestros documentos de identidad y los introduzcan en el sistema antes de llamar a la gente. Literalmente no les gusta el aspecto de los detenidos. Desafortunadamente, esto incluye a los dos hermanos de Maher.

Avanzamos con dificultad otros dos kilómetros hasta llegar a un tramo de ruta en el que los israelíes ya no nos flanquean. Me duelen la espalda, los hombros y los brazos, pero nos alivia volver a caminar por una ruta normal.

Pero esta es la parte más complicada. Aunque ya no nos dicen dónde mirar, le doy a Yasser mis propias órdenes estrictas. «No mires», le digo. «No mires.» Esparcidos al azar, a ambos lados del camino, hay decenas y decenas de cadáveres. Pudriéndose. Fundiéndose, parece, en el suelo. El olor es horrible. Una mano se extiende hacia nosotros desde la ventanilla de un coche calcinado, como si me estuviese suplicando algo. Cuerpos sin cabeza aquí. Cabezas cortadas allá. Miembros y partes de cuerpos tirados y abandonados a su suerte. «No mires», vuelvo a decirle a Yasser. Sigue caminando, hijo.

Seguimos caminando durante un kilómetro más o menos, hasta que llegamos a un punto donde se reúnen los carros tirados por burros que están disponibles para llevar a la gente hasta donde esperan los taxis y otros coches.

Nos reagrupamos delante de los coches. Saco unos bombones y los reparto entre los niños. Ahora estamos a salvo. Hemos dado un gran paso hacia nuestra supervivencia. Eisha se sube a un coche que va hacia Deir al-Balah. Ibrahim toma otro a Rafah. Me cuesta encontrar uno dispuesto a llevarnos al Hospital Europeo, en la ruta oriental que conecta Rafah con Jan Yunis. Al final, el conductor de un camión abarrotado de gente acepta llevarnos. Subimos la silla de ruedas a la parte trasera del camión y la trabamos firmemente en una esquina. Mohammed y Yasser la sujetan con fuerza durante todo el trayecto. Somos unos cuarenta en el camión. Intentamos negociar el precio, pero el conductor se queja de que el precio del combustible se ha triplicado y ha tenido que pagar 2.100 shekels por llenar el depósito.

No puedo imaginar qué aspecto debemos de tener: refugiados de Gaza, agarrados a un camión que se sacude lleno de refugiados, aferrándonos a una silla de ruedas para salvar la vida. Finalmente llegamos al Hospital Europeo y conseguimos que le den a mi anciana suegra una cama en la misma habitación que Wissam. Tengo que encontrar al director del hospital para darle las gracias.

Ahora, por fin, puedo encontrar un lugar donde descansar.

2 Portavoz militar de las Brigadas Al-Qassam, ala militar de Hamás.

Miércoles 22 de noviembre (Día 47)

Anoche fue mi primera noche en el sur. Cuando abrí los ojos esta mañana, miré a mi alrededor, sin entender inmediatamente dónde estaba. Es la primera vez en esta guerra que me despierto y no veo a mi hijo Yasser acostado a mi lado. Entonces recordé que había aceptado quedarse en el Hospital Europeo para acompañar a sus abuelos.

Hacia las tres de la tarde de ayer, después de instalar a mis suegros en el hospital, decidí ir al campo de Jan Yunis. Le dije a Yasser que se quedara con Wissam y los demás en el hospital. «Solo una noche», le dije. No había colchones ni camas extra en el hospital, protestó. Al menos tienen una silla, le dije. Agradécelo. Para mí, venir al sur es una pesadilla. Aquí no tengo amigos ni contactos. Jan Yunis está muy lejos de la ciudad de Gaza en muchos sentidos. Aquí estoy completamente fuera de mi zona de confort; tengo que preocuparme de dónde dormiremos cada noche y de cómo conseguiremos lo que necesitamos. Yasser tiene una silla en la habitación junto a Wassim, eso es suficiente por ahora, me dije. Tenía que arreglármelas por mi cuenta. Mohammed estaba con su mujer, que se aloja en casa de su tío en Rafah. Intenté llamar a mi amigo Mamoun, que huyó de Rimal cuando destruyeron su piso la primera semana de guerra y se fue a su casa familiar en Jan Yunis. «Te estaba esperando», me dijo en cuanto descolgó. Paré un coche destartalado frente al Hospital Europeo y le pedí que me llevaran a Jan Yunis. El combustible es tan caro en el sur que la mayoría de los vehículos ahora usan aceite de cocina en lugar de gasolina (algo que hicieron en Gaza cuando empezó el bloqueo en 2007), y su coche apestaba. No conocía exactamente el camino a casa de Mamoun, así que el hombre me dijo que no. Tuve que ir andando. Estaba tan enfadado que el paseo me vino bien. Me sirvió para desahogarme. Me dirigí al centro de la ciudad y al campo donde está la casa de Mamoun.

Por el camino me encontré con el hermano de Bilal, Mohammed Jadallah, fotógrafo que trabaja para *Reuters*. Nos abrazamos sin poder contener las lágrimas, la magnitud de la pérdida que ambos habíamos experimentado nos abrumaba. Nadie podía creer que Bilal se hubiera ido. Sus hijos siguen pensando que volverá después de la guerra.

En el centro de la ciudad, cientos de personas se amontonaban frente a una oficina de Western Union, con la esperanza de retirar el dinero en efectivo que les habían transferido desde el extranjero. En todos los rincones de Jan Yunis hay gente haciendo cola para una cosa u otra. Pan, agua, electricidad. Caminé por calles por las que nunca antes había caminado. Lo primero que me sorprendió fue la disponibilidad de verduras. En el camión que nos llevó a Jan Yunis, la mujer del asiento

delantero se echó a llorar en cuanto vio un puesto de verduras lleno de tomates y pepinos. «Hacía cuarenta días que no veía verduras», confesó.

Jan Yunis es una ciudad que normalmente tiene una población de ciento cincuenta mil personas, pero que hoy alberga a un millón. Apenas hay espacio para caminar. La gente ha acudido en masa, no solo desde la ciudad de Gaza y el norte, sino desde los pueblos del este. Caminé durante una hora más o menos hasta llegar al Hospital de la Media Luna Roja. Me di cuenta de que la única forma de encontrar a Mamoun era que viniera a buscarme. Mientras lo esperaba fuera del hospital, vi a muchos amigos que se habían trasladado aquí desde el norte. Llevaba todo el día cargando el ordenador en la mochila, y estaba más cansado de lo que pensaba. Mi espalda había empeorado. En el Hospital Europeo le pedí analgésicos al médico. Me dio algunos, pero me dijo que solo debía tomar uno después de las comidas. No había comido desde el día anterior.

De camino a casa de Mamoun, hablamos de la situación en Jan Yunis. A pesar de la aparente abundancia de verduras, faltan muchos otros productos, me dijo. Cosas como sal y café. Con la división de la Franja en dos, la cadena de suministro de los mayoristas se había cortado en Jan Yunis. Cené con la familia de Mamoun y luego hablamos hasta casi medianoche. Incluso pude conectarme a internet con mi teléfono, algo que no había hecho en dos semanas.

Esta mañana he dormido hasta las nueve. En cuanto me levanto, voy a ver a Yasser al Hospital Europeo. Está frustrado por haber dormido mal en la silla. Hago una serie de llamadas telefónicas para ver cómo están Ibrahim, Eisha y Mohammed. Ahora estamos todos repartidos por el sur.

Faraj llama para preguntarme si tengo noticias de un ataque en nuestra calle de Jabalia. Alguien en Rafah le dijo que habían atacado la casa de al lado. Temía que su casa también hubiera sufrido daños. Su madre sigue en la planta baja. Anoche hubo muchos ataques en Jabalia, algunos de ellos en una escuela de la UNRWA donde se refugian los nuevos desplazados. Me paso una hora leyendo las noticias sobre los diferentes ataques. Los drones no dejan de planear sobre mí; su zumbido es continuo. De vez en cuando oigo el sonido de explosiones, pero son muy débiles. Sacudo la cabeza, inseguro de si ahora son reales o solo recuerdos.

Hoy es un nuevo día.

Jueves 23 de noviembre (Día 48)

Hoy es el día cuarenta y ocho de la guerra. A ningún palestino le gusta el número cuarenta y ocho. Anoche fui al Hospital Europeo a buscar a Yasser para que pasara la noche con nosotros en casa de Mamoun.

De regreso, caminamos por el mercado. Para mí, existe algo hipnótico en ver a la gente comprando y vendiendo. No puedo más que detenerme a observar a las personas, en especial si es un mercado que desconozco. Algunos puestos venden cacahuetes fritos; otros, dulces o cigarrillos; otros, falafel, que preparan usando una fogata de madera para calentar el aceite donde dejan caer las bolas de masa. Las calles de Jan Yunis parecen repletas ahora mismo. Miles de personas llenan el mercado. Compran y comen. Cada uno de los negocios, cada uno de los puestos está rodeado por compradores. La calle parece un rincón de La Meca durante la temporada de peregrinación. Hombres y mujeres, niños y ancianos, todos se mueven con prisa. Seguramente muchos de ellos hayan llegado del norte al igual que yo, y sea la primera vez en semanas que ven un mercado como este.

Compré dos sándwiches de kebab para la cena de Yasser. Era bueno tener un momento de normalidad. Nos quedamos viendo cómo el vendedor los preparaba. Luego fuimos a otro puesto y le compré a Yasser otro sándwich de carne, preparada sobre brasas ardientes. El aroma de los carbones ardiendo recorrió algún pasaje de mi memoria, devolviéndome a las reuniones familiares y a las parrilladas que solíamos hacer en la playa. Yasser devoró en segundos este otro sándwich. «¿Y de postre?», preguntó con alegría. ¡Compramos dos tazones pequeños de natilla glaseada con miel!

Pasamos una hora y media recorriendo las calles del mercado. Compré dos puñados de cacahuetes que íbamos comiendo mientras hablábamos de la ciudad. Quise compartirle un poco de su historia, así que le conté sobre la masacre que el ejército israelí llevó a cabo aquí mismo en 1956, en la que parte de nuestra familia, que estaba viviendo en el campo de refugiados, fue asesinada. Los soldados israelíes recorrieron el campo puerta por puerta, supuestamente en busca de fedayines (‘guerrilleros’), y ejecutaron a más de doscientos cincuenta palestinos a su paso. Lo mismo hicieron en Rafah.

«¿Cuándo vamos a cruzar a El Cairo?», me preguntó Yasser repentinamente. «Estamos esperando a que los egipcios nos pongan en la lista», explico, si bien ya sabe la respuesta. Todos los días unas pocas personas ingresan en la lista y se van. Pero hace cuatro semanas que solo se les permite el paso a quienes tienen doble nacionalidad y pasaportes de otros países. Las listas de quienes tienen permiso para

irse, que se publican en internet la noche anterior, están coordinadas por los israelíes, junto con el ejército egipcio, que sigue sus órdenes. La mayoría de los que tienen doble nacionalidad ya se fueron, con una excepción significativa: los egipcios-palestinos, un contingente muy numeroso. Me dijeron que en unos días nosotros también apareceríamos en la lista. Sé lo harto que está Yasser de esta situación y lo mucho que desea dejar todo esto atrás y volver a una vida normal. Extraña a su madre y a sus hermanos, a sus amigos y vecinos. Extraña todo a lo que está acostumbrado. «Si vamos a El Cairo», le dije, «podemos ir a visitar las pirámides». «Quizás», me respondió. «Pero preferiría ir directo a Ramallah. Echo de menos mi casa.»

De camino a casa de Mamoun, visité el hospital Nasser. Es el hospital más grande de Jan Yunis, bautizado en honor al gran Gamal Abdel Nasser, como es obvio, y ubicado justo a un lado del mercado. Le mandé un mensaje a Fatina Ghoura, una poeta gazatí emigrada a Bruselas hace más de diez años, que se encontraba de visita cuando comenzó la guerra. Le pregunté si podíamos encontrarnos en la carpa de prensa al frente del hospital. Ella tan solo había venido de vacaciones a visitar a su familia, y ahora hela aquí en medio de una zona de guerra. Esta es mi segunda vez en el hospital Nasser. La primera fue hace veinte años. Bromeando, le dije a Yasser que ya había completado su tour de los cuatro hospitales más importantes de la Franja: Al-Shifa, el Indonesio, Al-Hilal y Nasser. «Los hospitales son lo de menos, papá. ¡Soy el primero entre mis hermanos en siquiera visitar esta ciudad!», me respondió. «¡Bueno, mañana iremos aún más al sur, a Rafah!» Él sabe que vamos por motivos de trabajo. Sé por su sonrisa que aun así le hace ilusión.

En casa de Mamoun, nos reunimos alrededor de un fogón en el jardín delantero. Su hermano Motee ya tenía preparado el pan y nos sirvió una cena liviana de Za'atar, Jibneh (queso blanco), aceite de oliva y aceitunas. Y como sabe cuánto tiempo llevamos sin vegetales, también muchos tomates y pepinos. Yasser no pudo comer porque ya se había atiborrado de comida en el mercado. La imagen de las llamas de la fogata y el aroma de los vegetales frescos era algo embriagador.

«¿Creen que mañana llegará la tregua?», pregunta Motee. No es más que un rumor, pero todo el mundo habla de lo mismo. Desde su teléfono, Mamoun nos lee las condiciones de la tregua. Luego todos discutimos ventajas y desventajas. En lo personal, me importan poco las condiciones. Todo lo que necesitamos ahora es una tregua. La gente necesita un descanso. Necesitamos un momento para poder pensar en el mañana, y no solo en cómo sobrevivir al hoy. Lo único que me preocupa de las condiciones es que las personas no tienen permitido cruzar de sur a norte, mientras que *sí* pueden hacerlo de norte a sur. Parece que quieren volver lo temporal permanente. ¿Significa esto que la gente ha perdido sus hogares para siempre? Miré al cielo. El sonido

del dron me parecía más fuerte que nunca. «Antes de la tregua, quieren tener todo extravigilado», explicó Motee.

Según los rumores, la tregua estaba pautada para las diez de la mañana del día siguiente. Pero esa noche oímos bombardeos al este de Jan Yunis. Se oía una explosión a cada minuto. «Quieren matar lo máximo posible antes de la tregua», le dije a Mamoun. Por la mañana leo sobre los ataques en esta zona y en el norte, Jabalia incluido. Decenas de lugares fueron atacados y se presume un gran número de muertes. Pero hay muy pocos detalles. Es muy poca la información que nos llega del norte, donde prácticamente no hay internet y la cobertura es débil.

También nos enteramos de que la tregua se ha pospuesto un día. Es como chocarse contra una pared. Mientras me dirijo a Rafah, un F-16 ataca una zona residencial cercana a Khirbat al-Addas, a la izquierda del camino por el que viajamos. Es la primera vez desde que llegué al sur que veo un impacto directo. Cierro los ojos por un segundo, en el coche, y escucho el sonido del bombardeo. Por un segundo, olvido que estoy en el sur.

Es un viaje corto hasta la frontera, desde ahí nos dirigimos al edificio de la Media Luna Roja donde me reúno con amigos que trabajan en asistencia humanitaria. Rafah se ha convertido en el centro de todos los esfuerzos humanitarios, al ser el nexo con Egipto, por donde ingresa toda la ayuda.

Viernes 24 de noviembre (Día 49)

Por fin, esta mañana, ha llegado. Una tregua. Cuatro días, nos han prometido: cuatro días sin ataques aéreos, sin tener que sacar amigos y familiares de entre los escombros, sin preocuparnos de que los ocupadores nos arranquen a nuestros seres queridos como parte de algún tipo de «estrategia». En el día cuarenta y nueve de esta guerra por fin podremos respirar más lento sin temer que todo se venga abajo cuando lo hagamos. Ya solo la palabra «tregua» nos parece una bendición. Algunos hasta se preguntan si esto puede ser el comienzo de una tregua más larga. Nadie es tan ingenuo como para fantasear con la paz permanente, claro está. Para los gazatíes, la guerra es como el clima, algo que debemos atravesar constantemente. Está fuera de nuestro control; solo va y viene, desde el día en que nacemos. La mayor parte de los gazatíes jamás han salido de la Franja, no conocen una vida en que la guerra no sea norma, tampoco saben lo que es la libertad. Saben que es algo que quieren tener, pero que jamás han podido saborear.

Ayer todos estaban convencidos de que, a pesar de los retrasos, la tregua iba a entrar en vigor a la mañana siguiente. No era tan solo un rumor, lo decían en todos los canales de noticias. La gente empezó a hacer planes. Pero lo que no pueden hacer, claro está, es volverse al norte. La mayoría de las personas con las que me cruzo que dejaron el norte lamentan por completo esa decisión. Las condiciones de vida en los lugares que encontraron para asentarse son deplorables. Muchos ya llevaban semanas sin hogar antes de venir aquí.

Ayer mi hermana Eisha, que se está quedando en Deir al-Balah, me escribió un mensaje de texto para contarme que cada vez que está sola se echa a llorar. Extraña la vida que había construido para sí misma, su hogar en Tal-Azzatar. Los niños también la extrañan. Con desesperación.

Caminé desde la plaza Al Awda, en el centro de Rafah, hasta el barrio Tel al-Sultan, al oeste. Fue como cruzar la ciudad entera a pie, no sabía que estaba tan lejos. Había pensado caminar media hora más o menos. Las opciones de transporte son limitadas en este momento. Es difícil hasta encontrar un carro tirado por un burro, más aún un coche. Rafah estaba llena de vida, igual que lo había estado Jan Yunis. Había gente por todas partes. Había puestos, carros y negocios que vendían cítricos, aceitunas, aceite, nueces, carne y kebab. Entre esos aromas, el del desierto. En Rafah se puede sentir de veras lo cerca que está el desierto, el Sinaí al sudoeste, el Néguev al sudeste. Es la puerta de entrada a ambos. Desde esta ciudad en la frontera, uno puede cruzar a África, y

fue por ahí por donde una vez los habitantes de África llegaron a Asia. La callecita que cruza la frontera solía llamarse «calle Asia», un camino polvoriento que era la única ruta que unía dos continentes. Una vez hasta existió una línea de ferrocarril que pasaba por aquí, llevaba pasajeros desde El Cairo a Jerusalén. Hasta 1948, claro está.

En estos dieciséis largos años de bloqueo, Rafah ha florecido económicamente, gracias al contrabando de bienes desde el lado egipcio a través de túneles. Se cavaron cientos de túneles bajo la frontera. Fueron muchos los que pasaron de la pobreza a la riqueza prácticamente de la noche a la mañana, que incluso ingresaron en la lista de millonarios palestinos, solo a base de transportar bienes que no se podían conseguir debido al bloqueo. No había nada que no pudieras encontrar a la venta en Rafah.

Sin embargo, en los últimos años, el negocio empezó a decaer después de que los egipcios cerraran muchos de los túneles y de que su gobierno se ocupara de organizar el comercio legal con Gaza.

Como no hay gasolina, todos los coches de la Franja funcionan ahora con aceite vegetal. Cuando se sale a la calle, te asalta el olor a aceite de cocina, y por un momento parece que has entrado en una cocina al aire libre. Compré sándwiches y nueces para que Yasser y yo comiéramos mientras íbamos caminando a Tel al-Sultan, para encontrarnos con mi hermano Ibrahim y otros parientes que llevan ahí unas cuantas semanas. Llamé a Mohammed, que se está quedando con la familia de su esposa en el campo de Shaboura, y nos encontramos en el camino principal para ir juntos hacia el este.

Al llegar vimos cómo había sobrevivido Ibrahim. Nos mostró la carpita que había montado en la escuela donde están ubicados ahora. Tuvo que comprar madera, telas y cuerda para levantarla. Desafortunadamente, en el interior no tiene ni colchón ni almohadas, por lo que no le queda otra que dormir en el suelo. La escuela, igual que todas, está repleta de gente. Cada escuela se ha convertido en un pequeño pueblo. Nos hemos acostumbrado a ver puestos de falafel, dulces y otros productos a la entrada de las escuelas. Debido a las oleadas de personas desplazadas, los artículos más buscados son los utensilios de cocina (platos, cucharas, etc.). Cientos de familias tienen que rehacer sus vidas desde cero, y lo primero que necesitan hacer es poder comer. Ibrahim dice que la gente les compra cualquier objeto viejo a los lugareños. Si alguien tiene una cuchara rota, o un cuchillo oxidado, lo compran.

Fui con Ibrahim desde la escuela donde se queda hasta la base de almacenamiento de la ONU, un área vallada, no demasiado distinta a una base militar, donde se guarda la ayuda humanitaria antes de que sea repartida. Actualmente hay unas 22.000 personas viviendo en ese lugar, en su mayoría provenientes del campo de Jabalia y sus alrededores. La

base consiste en varios hangares gigantescos, dentro de los cuales cientos de familias han ubicado sus carpas. Un nuevo campo de refugiados, en realidad.

Durante nuestra visita, fui a ver a Faraj, quien al fin se reencontró con su familia en esa base después de cuarenta días. Varios de mis familiares vinieron conmigo, así que pudimos disfrutar de un reencuentro entre vecinos.

La base ya estaba llena y no podía aceptar más desplazados, así que los que iban llegando montaban sus carpas alrededor de la valla perimetral. Un campo de refugiados informal a las afueras de otro semiformal. Usar el término «campo» en este contexto nuevo me resulta extraño. Los «campos» que yo conocía hasta el momento —Jabalia, Shati, Bureij, Nuseirat, etc.— son lo que podríamos considerar suburbios: espacios atestados de edificaciones improvisadas, construidos sin un orden, atiborrados de gente, grises y pobres, pero al mismo tiempo bien establecidos y comparables en su funcionamiento con cualquier otro asentamiento. Pero en los años cuarenta todos los campos debían de ser parecidos. Carpas blancas que se extendían hasta donde alcanza la vista.

Al mirar a mi alrededor, sentía que había viajado en el tiempo hasta el nacimiento de mi propio campo, Jabalia, y no pude dejar de preguntarme qué calles nuevas se estaban forjando en el barro frente a mis ojos, qué barrios nuevos se estaban creando que décadas más tarde guardarían aún rastros de esta primera disposición.

Los mercaderes y vendedores saben que aquí también hay oportunidades de negocio y han traído sus puestos y sus servicios a la entrada de la base. Una anciana encendió un fuego al costado de uno de los caminos para cocinar bolitas de masa dulce. Las filas de clientes son larguísimas. La mujer se levanta temprano y trabaja de sol a sol para poder cubrir la demanda.

También fui a ver a Jumma, pariente y buen amigo, que se vino de su casa al norte de Jabalia a Rafah hace tres semanas. Se las ingenió para construir su propio espacio privado junto a uno de los hangares. Su «casa» es todo un palacio, dado el contexto, con cuatro «habitaciones-carpa» hechas con sábanas y lonas de nailon. Recorrí una habitación tras otra, sintiendo la arena limpia y amarilla bajo mis pies descalzos. «Haces que reconecte con mis raíces de beduino», bromeo. Preparamos té en un pequeño fuego frente a la primera de las carpas. En la habitación más grande nos reunimos quince amigos y familiares. Casi parecía que estábamos celebrando algo.

Pasé la noche en una de esas carpas. Hacía frío, pero teníamos mantas suficientes. Le pregunté a Jumma: «¿Qué pasa si llueve?». «Hoy no tienes que preocuparte por eso», respondió. «Pero falta poco para el invierno», digo. A él no parece inquietarle: «Esto no es frío como el

norte de Gaza», bromea. «En Rafah, rara vez llueve.» Son solo treinta kilómetros de diferencia, me digo para mis adentros.

A la mañana siguiente di un paseo de media hora con Youssef y Jumma por el nuevo campo de refugiados para experimentar un poco esta nueva ciudad en sus primeros días de vida. Luego conseguimos que un coche nos llevase de regreso al centro de Rafah. Es un nuevo día.

Sábado 25 de noviembre (Día 50)

Ayer, durante el primer día de tregua, muchas personas emprendieron su marcha por la calle Salah al-Din, con la simple esperanza de poder volver caminando a sus hogares en el norte. El ejército israelí se lo impidió. Mataron a tiros a dos personas. Todas las salidas están bloqueadas. Los soldados usaron gases lacrimógenos y balas de plomo para dispersar a la multitud. Solo está permitido cruzar hacia el sur, y no en sentido contrario. En Rafah vi a algunas personas intentando echar para atrás el reloj de la historia. Juntaron sus pertenencias y empezaron su marcha poco después de que amaneciera. El alto el fuego había empezado a las 7 de la mañana y para las 7:15 la calle Salah al-Din ya desbordaba de gente. A las 10, sin embargo, muchas de esas personas dieron la vuelta. ¿Esto es algo permanente?, nos preguntábamos todos. Una vez más, la misma pregunta. Nadie lo sabe. Algunos de los desplazados que se quedaron en la ciudad de Gaza y en el norte trataron de volver a sus hogares, particularmente quienes viven en los extremos norte y oeste de la Franja. Pero el ejército les disparó. Una decena de ellos murieron y el resto se vieron forzados a regresar. Solo querían ver sus casas, averiguar si todavía tenían un hogar o no, y murieron por buscar una respuesta.

Algunos se las ingeniaron para encontrar caminos secretos para regresar al norte, ocultos de la mirada de los soldados y de sus armas. Algo muy arriesgado, pero ¿acaso no es toda nuestra existencia arriesgada? Los que lo consiguieron sacaron fotos y grabaron vídeos de la ciudad devastada y de toda el área norte. Las imágenes más abrumadoras son de los cuerpos que yacen en mitad de la calle. Cuerpos decapitados, sin brazos o piernas, cuerpos comidos por los perros. Cuerpos de animales muertos en el bombardeo. En esas fotos la ciudad parece una extravagante morgue a cielo abierto, o la escena de un homicidio. Una madre se encontró con los cuerpos de sus hijos. Seguro que era consciente de que tras cuatro semanas sin noticias de ellos, no los encontraría vivos. Hubiera sido un milagro, y en esta guerra no existen los milagros.

Para esa madre, la tregua no significa más que nuevas penas, al igual que para todas aquellas personas que se enteraron de que sus hogares ya no existen. Cuando el único hogar que alguna vez tuviste deja de existir, se acabó el pensar en el futuro. Todo el mundo se hace la misma pregunta y nadie tiene respuesta: ¿cómo se verá Gaza después de que vuele la última bala (sea cuando sea esto)? ¿Cuánto podremos recuperar de Gaza? ¿Terminarán por empujarnos hasta el desierto del Sinaí en la siguiente etapa de la guerra? Ahora, con la tregua, tenemos

tiempo de pensar en el futuro, pero a veces es demasiado aterrador hacerlo.

En mi caso, lo más apremiante es saber el estado del edificio en el que vivo, en Saftawi. Intenté llamar a algunas de las personas que podían seguir en mi barrio. Pero nadie cogió el teléfono. Más tarde, mi hijo Mostafa me escribió para decirme que había visto unos segundos de nuestro edificio en un vídeo. «Parece que sigue en pie», escribe. «La calle principal está destruida», agrega, «y todos los edificios del lado norte de la calle han sido demolidos». Me envía el vídeo. El edificio se ve a lo lejos, pero lo reconozco por la fachada naranja.

No he tenido noticias de mi padre y su esposa, ni de mi hermana Asmaa y su familia. He intentado llamar varias veces, pero parece que el norte está incomunicado. No hay señal, ni siquiera con la tregua. La última información que tenemos del norte directamente es la gravedad de los ataques justo antes de la tregua. Solo nos queda rezar para que hayan salido con vida.

Hoy siento lo que significa de verdad ser un desplazado. Hasta ahora, en el norte, la situación era más peligrosa. Mi vida estaba en peligro a cada segundo. Me vi cara a cara con la muerte en más de una ocasión, pero al menos estaba en mi *harra*, mi terreno, con todos los beneficios de ser local, parte de la comunidad, de conocer hasta el mínimo detalle del campo y de la ciudad, qué áreas eran peligrosas y cómo evitarlas. Si me faltaba pan, sabía que muchas personas me ofrecerían del suyo. Si no tenía donde dormir, muchas familias me abrirían las puertas de su hogar.

Nos vamos de la carpa de Jumma en Rafah y conseguimos que nos lleven al centro de la ciudad. Ya no circulan coches ni taxis; solo queda usar un carro tirado por un burro o subirse a la parte de atrás de algún camión o camioneta que pase. Nos subimos en la parte trasera de una camioneta que viaja a muy poca velocidad. Cada pocos minutos sumamos otro pasajero. Me apretujo sosteniendo fuerte mi bolso. Solo logro ver piernas a mi alrededor. Llego a contar cuarenta y dos. Unos pocos rayos de luz se abren paso entre los cuerpos que se balancean mientras la camioneta avanza. Cuando ya estamos cerca del centro de la ciudad, bajamos de un salto. Tenemos que esperar a Ibrahim, que salió una hora antes para retirar dinero en un local de Western Union. Yasser y yo lo esperamos en la plataforma de un viejo garaje. A unos metros puedo ver el letrero del Centro Cultural Mutaheeden. Me resulta extraño verlo. Hace solo dos meses estuve en ese lugar participando en un taller de escritura creativa para autores jóvenes. ¿Fue en *esta* vida? Eso creo. Cierro los ojos y trato de no pensar en todo lo que ha pasado desde entonces. Trato de apartar todo lo que he visto y escuchado, todo el horror, y en su lugar busco las palabras que se dijeron ese día, los discursos pronunciados por Hatim, el director del centro, y por la joven

escritora Samah, la persona a cargo del taller. Vuelvo a escuchar esas palabras con claridad. Es todo muy extraño. Decido alejarme del garaje y caminar un poco.

Una vez que nos encontramos con Ibrahim, nos dirigimos al Hospital Europeo a ver a Wissam y a los demás. Pasamos con ellos tres horas, luego salimos hacía Jan Yunis. La única manera de llegar es en un carro tirado por burros o a pie. Miro a Yasser y le pregunto qué prefiere. Está de humor para caminar, así que cuarenta minutos más tarde llegamos al centro de Jan Yunis y al hospital Nasser. Yasser ha quedado con Khalid, un vecino nuestro de Saftawi, que vino hacia el sur con su familia cuarenta días atrás. Me alivia que Yasser al fin pueda pasar tiempo con un amigo.

En la carpa de la prensa me encuentro con Saed, corresponsal de la RTA y poeta, y con Fatina al-Ghoura, poeta también. Hablamos durante horas sobre la situación. Khalid llega tarde, pero Yasser y él pueden pasar un rato juntos.

Ahora Yasser tiene un amigo que pueda llamar a la puerta por la mañana y preguntar si está. Volvemos a casa de Mamoun y nos quedamos un rato hablando con él y con Ahmad. Le digo a Yasser que por la tarde iremos a ver a mi media hermana Samah, que se encuentra en una escuela cerca del complejo de Hamad, al oeste de Jan Yunis. Mañana trataremos de averiguar en qué escuela está viviendo mi hermana Halima para visitarla también. Hoy el cielo está nublado. Nuestros pensamientos también. Solo alcanzan hasta el final del día, lo que hay más allá no está claro.

Domingo 26 de noviembre (Día 51)

Hoy no hay nada de lo que informar. Ni bombardeos, ni ataques de artillería. El segundo día de la tregua pasó sin sobresaltos, al margen de algunos incidentes en la calle Salah al-Din que sin embargo no terminaron con ninguna muerte. Muchos se aferran a la esperanza de que la tregua se vuelva permanente. Al menos tendrían una oportunidad. Así como están las cosas, tienen las de perder: les falta agua, electricidad, comida, gasolina, pero primero hay que dejarlos vivir, y que así puedan enfrentarse a esos otros desafíos.

Las noticias hablan de los prisioneros y los rehenes, acompañadas de las declaraciones de líderes de todo el mundo. Parecen contentos con las liberaciones, pero nadie habla del precio incalculable que debieron pagar los inocentes del pueblo de Gaza. Nadie habla de su sufrimiento y de las condiciones deplorables en que ahora viven. Nadie habla de los 15.000 palestinos que fueron asesinados, de los 36.000 que resultaron heridos, de los más de un millón que ya no tienen hogar. ¿Está loco el mundo? ¿Qué enfermedad padece? Miles yacen bajo los escombros, sin poder recibir un entierro digno. Hatem y Huda, mi cuñado y mi cuñada, y su hijo Mohammed ya llevan bajo las ruinas de su casa cuarenta y tres días. Nadie piensa en ellos. Los líderes mundiales se felicitan los unos a los otros, y mientras mis familiares se pudren entre los escombros. No se trata de cifras en un informe estadístico, sino de personas, manojos de historias en forma de persona: historias complejas sobre amor y esperanza, dolor y decepción, futuros arrebatados. Esas deberían ser las noticias. En su lugar, nos ofrecen la pantomima grotesca de los gestos políticos vacíos, un mundo en el que la moral es teatralidad sin contenido, disociada de los hechos reales.

Vamos a visitar a mi hermana Samah, que está refugiándose en una escuela de un suburbio al oeste de Jan Yunis. El lugar está en un área nueva llamada Ciudad Hamad, que lleva el nombre del jeque de Qatar (uno de los inversores responsables de gran parte de la nueva infraestructura de la Franja). Siguiendo esa misma lógica, muchos de los lugares que resurgieron en Gaza tras las atrocidades de la guerra llevan el nombre de estados o de sus líderes: Campo Brasil, el barrio saudí, el barrio japonés (en Rafah), Ciudad Hamad, el barrio austríaco (en Jan Yunis), Ciudad Zaid, las torres egipcias (en Jabalia), el barrio italiano (en la ciudad de Gaza) y demás, normalmente como forma de honrar a los países que ayudaron a reconstruir esas áreas.

Una vez más tenemos que caminar y es una distancia larga. Una hora y veinte minutos más tarde, llegamos a Ciudad Hamad, pero no logramos encontrar la escuela. Llamo a un amigo, Mohammed,

investigador y docente de la Universidad Abierta de Al Quds, que se refugió aquí con su familia tras abandonar Beit Lahia. Me da las coordenadas visiblemente enfadado: sigue furioso por no poder regresar a su hogar. Ya hace tres semanas que los obligaron a irse. «Preferiría regresar y que me maten a vivir en este lugar», dice. «No quiero ninguna tregua, quiero que nos devuelvan nuestros hogares.»

Gracias a las indicaciones de Mohammed, finalmente encontramos la escuela donde está Samah. Dos días antes del comienzo de la guerra, Samah dio a luz a su tercer hijo. Su casa se encuentra muy cerca de la playa, en la punta norte de la Franja. Huyó y al poco tiempo, en los albores de la invasión terrestre, su casa fue destruida. Los primeros días los pasó con su familia, incluido el recién nacido, en una escuela en el barrio Nasser, al oeste de la ciudad de Gaza. Hace dos semanas, cuando los tanques atacaron la calle de la escuela, tuvieron que volver a huir, esta vez al sur. Cargó con ella todo lo que tenía, incluido a su hijo recién nacido. Nos encontramos en una de las aulas y puedo ver la casita que ha creado para todos ellos en una de las esquinas. El aula está dividida en seis minihabitaciones y en cada una de ellas vive una familia. El esposo de Samah es pescador. Está furioso por haber perdido una temporada entera de trabajo este invierno. Esperaba que fuera una temporada de abundancia, pero los planes de la guerra eran otros.

Me doy cuenta de que se está haciendo tarde y de que ya no tendremos tiempo de visitar a Halima, mi otra hermana, que está en una escuela cerca de la Universidad de al-Aqsa. De regreso nos atacan unos perros, que nos persiguen entre ladridos. Hay muchos animales perdidos por las calles, entre ellos mascotas amadas en su día, cuyos dueños están muertos o heridos, o no pudieron llevárselas en medio del caos de la evacuación. Ahora rondan por las calles, hambrientos, desamparados, desesperados.

En el norte aún no hay señal. Algunas de las conexiones de internet pudieron restablecerse, así que mi hermano Ibrahim pudo escribirle a un pariente nuestro que se quedó en el campo y preguntarle por mi padre. «Está bien», me comunica. «¿Y qué hay de nuestra hermana Asmaa?», pregunto. «Ni idea», me responde. Le sugiero que intente contactar con alguno de nuestros vecinos por WhatsApp. Desde ayer, más personas intentan regresar al norte, pero los israelíes los detienen. Gracias a los que lo logran, circulan más historias, imágenes y vídeos impactantes de la devastación: imágenes de personas muertas en las calles, pudriéndose en los campos, entre los escombros de las granjas. Conforme los vídeo circulan, nuevas oleadas de tristeza sacuden a los que me rodean.

La calle principal de Jan Yunis, donde se ubica el hospital Nasser, suele estar llena de gente. Cuando digo «suele estar», me refiero a durante la guerra. Ahora con la tregua está acallada. Las escuelas

cercanas también parecen silenciosas esta mañana. Parece que con la tregua la gente puede dormir más, y respirar.

En casa de Mamoun ahora hay ochenta personas. La mayoría de ellas son parientes suyos de Ciudad de Gaza. Los cuatro pisos comparten la energía de un único panel solar, que funciona como mucho algunas horas, si es que hay sol. Nos aferramos a esas pocas horas, cargamos nuestros teléfonos, escuchamos las noticias, aprovechamos la poca electricidad disponible. Hoy está nublado y nadie va a poder gozar de esos privilegios. Se habla de dos días más de tregua.

La guerra más larga contra Gaza duró tan solo cincuenta y un días. Fue la de 2014. Creíamos que nada podía ser peor. Hoy es el quincuagésimo primer día de esta guerra, y la sensación es que nos aproximamos a un nuevo asalto.

Lunes 27 de noviembre (Día 52)

Ayer pasamos la noche en Rafah con mis parientes, cerca del nuevo campo que se levantó en torno a la base de almacenamiento de la ONU. Para mí, fue un momento de esparcimiento y una manera de liberar un poco de espacio, ya que ahora la casa de Mamoun está repleta de parientes desplazados. Él insiste en que siempre somos bienvenidos. Mi idea era pasar dos días con él y dos días con mis familiares en las carpas del campo de Rafah. De camino, Yasser volvió a preguntar: «¿Cuándo nos vamos?». Era obvio que se refería a irnos a El Cairo. «Pronto», le contesté. *Pronto* puede significar mañana, puede significar en una semana. Es imposible saberlo. «Estamos esperando que nuestros nombres aparezcan en la lista de los egipcios», continué. «Entonces podremos irnos.» La respuesta no me convenció ni a mí. Caminamos media hora hasta el centro de Jan Yunis, donde conseguimos un coche que nos llevó al Hospital Europeo. Pronto Wissam podrá seguir su tratamiento en Egipto. Me lo dijo Hanna por teléfono, y agregó: «Esta vez parece que es en serio». Unos días antes habían dicho lo mismo y le habían indicado que se preparara para ser trasladada a Egipto. Pero luego lo cancelaron sin explicar el porqué. Esta vez, le dijeron que tuviera listos sus documentos y sus papeles.

De camino al Hospital Europeo desde Jan Yunis, vimos una cola de coches en la gasolinera que esperaban para repostar. Se extendía más de un kilómetro. Los conductores esperaban parados junto a sus vehículos, algunos fumando, otros intercambiando novedades con los demás conductores de la fila. Nuestro conductor opinó que no valía la pena hacer cola, que aquello podía llegar a durar días. «Yo prefiero seguir con el aceite de cocina hasta que no haya filas», dijo. «Espero que tengas mucho aceite», le gritó alguien en respuesta. Todos sabemos que las cosas no van a volver a la normalidad de un día para el otro. «OK, OK, entonces esperaré», respondió el conductor, y pasó a quejarse sobre cómo los comerciantes han aumentado el precio del aceite de cocina. «Una garrafa de tres litros antes valía 14 shekels. Ahora son 27. Se aprovechan de la situación», opinó. «En cualquier guerra siempre hay gente que saca rédito», aporté. Eso lo hizo reír. «¿Me está diciendo que es normal?» «En la guerra nada es normal», respondí.

Mires adonde mires en Jan Yunis, hay gente cargando bidones tratando de abrirse paso entre la multitud. Todos necesitan

combustible para los generadores de sus casas: principalmente para hacer funcionar la bomba que sube el agua desde el pozo a los tanques de los tejados, para no tener que subirla bidón por bidón por cuatro o cinco tramos de escaleras. Mamoun, sus hermanos y sus sobrinos lo hacen dos veces por semana. Son los momentos más difíciles de la semana. Se pasan el día entero cargando bidones llenos de agua sobre sus espaldas, por las escaleras, para verterlos en los tanques. Esperar uno o dos días para conseguir combustible es fácil en comparación.

De camino a Rafah desde el Hospital Europeo, nos cruzamos con otra cola: esta de personas con garrafas que esperan para llenarlas con aceite de cocina. Esta fila es todavía más larga que la de la gasolinera, quizá se extiende un kilómetro y medio. Los observamos al pasar a su lado: hombres, mujeres, adolescentes, ancianos. Todos parados junto a una hilera interminable de garrafas vacías, cada una frente a su dueño, que esperan pacientemente. La estación de recarga no parece abierta todavía. La fila todavía ni ha comenzado a moverse. «Están esperando que lleguen los tanques desde el paso», explica el conductor. «Creían que iban a llegar más temprano.» Algunos esperarán hasta mañana. Y lo más probable es que solo consigan que les llenen un cuarto de la garrafa. Nadie llenará su garrafa entera. Una de las condiciones de la tregua fue que se limitara la cantidad de combustible que ingresa en la Franja. Que se limitara, claro está, para hacernos sufrir. Cada una de las otras condiciones está pensada para hacernos sufrir. Buscan abatirnos, matarnos u obligarnos a irnos. Gaza necesita de un suministro regular, lo mismo que cualquier otra población, para poder sobrevivir.

¿Acaso ese es el objetivo de esta tregua? ¿14.000 muertos y 36.000 heridos, cincuenta días de horror, tan solo para llegar a esta situación? «Qué injusto», dijo Yasser cuando le expliqué que debíamos acostumbrarnos a esto de ahora en adelante. Gente viviendo en escuelas, o en carpas en los nuevos campos, o en la calle. Gente que se pelee por unos pedazos de madera y unas lonas, los materiales necesarios para montar carpas, para que otros no les cobren precios exorbitantes por el lujo de dormir sobre la tierra con nada más que una lona como protección. Quienes no puedan pagar dependerán de la caridad de los otros. El resto del mundo no puede ayudarlos. El resto del mundo no quiere ayudarlos. Ahora, a nuestros familiares en Estados Unidos les bloquean sus cuentas bancarias si intentan mandar dinero para que alguien pueda comprarse una carpa.

Hoy es el cuarto día de tregua y nadie está mejor que antes. Entre los desplazados, no se advierte la llegada de ayuda humanitaria o comida. Lo único por lo que se puede estar agradecido es por la pausa en la artillería y los bombardeos. Después de cincuenta días sintiendo que cada momento puede ser el último, cada hora de tregua resulta una bendición. Mi hermano Ibrahim está pensando en abandonar la escuela

en la que está. Su carpa es muy pequeña y el lugar no le basta para cocinar ni tan siquiera pan. La gente está teniendo problemas para conseguir lo mínimo que necesita para sobrevivir. «Hay miles de personas viviendo en esta escuela», me cuenta, «y cada día hay peleas y discusiones por las cosas más insignificantes». Le pidió a uno de nuestros parientes, Jumma, que le buscara otro lugar donde poner su carpa. Cualquier lugar fuera del campo, a una distancia suficiente que le permitiera sentirse «normal» un par de días. Una petición ambiciosa.

Esta mañana, Jumma propuso que empezáramos a darles clases a los niños del nuevo campo. Entre nosotros hay muchos maestros, nos dice. Podríamos crear una escuela. Me gusta la idea y agrego que sería bueno para levantarnos la moral. Jumma le pide a una de nuestras familiares que es docente que le ayude a organizar todo. Ella le confiesa que en este momento está completamente distraída y que solo puede pensar en su marido, que fue arrestado cuando venía hacia el sur desde el norte y todavía no ha sido liberado. De todas maneras, es una idea que hay que llevar adelante. Lamentablemente, en Gaza, nuestros niños han perdido dos meses de clases. Solo Dios sabe cuánto tiempo más durará esto y, aun cuando termine, las escuelas que están siendo usadas como refugios temporales van a necesitar meses para ser readaptadas antes de volver a recibir alumnos. Es probable que se pierda un año de educación. Hay que evitarlo.

Martes 28 de noviembre (Día 53)

Día a día, la vida se vuelve más y más difícil para quienes están viviendo en refugios, para quienes tan solo tienen unas pocas mantas y las ropas con las que partieron de su hogar para darles calor y protegerse del viento gélido. Ya llevamos tres días en la carpa que Jumma nos preparó en la periferia de la base de almacenamiento de la ONU a las afueras de Rafah. Todos los días veo a la gente intentando mejorar sus condiciones de vida, tratando de arreglar un poco esto en lo que se ha convertido «su vida ahora». Los veo ayudarse entre sí, cuando nadie a su alrededor muestra el mínimo interés en ayudarlos. Cuanto más tiempo pasa, más son conscientes de lo mucho que aún deben hacer para adaptarse a este infierno.

Ayer, cuando llovió, entendieron un poco más la miseria a la que ahora tienen que acostumbrarse. La lluvia se acumuló en los pasillos y recovecos ya barrosos que hay entre las carpas y lo convirtió todo en un pantano. El viento arreció y se volaron las carpas de muchas familias, por lo que tuvieron que pasarse horas rearmándolas. Cada vez que haya mal clima tendrán que empezar de cero de una manera u otra. Nadie tiene el tiempo o la energía para ayudar al resto. Nadie tiene dinero para ayudarlos a comprar lonas nuevas, o estacas, que les permitan volver a empezar.

Por la noche me reuní con varios amigos de Jabalia que se instalaron en el nuevo campo. Me alegró especialmente ver a Suhail. Le recordé aquel primer día de la guerra de 2014. Estábamos sentados con otros amigos frente a la barbería del barrio. Le pregunté si todavía recordaba la conversación que tuvimos aquella noche. «Es la misma que estamos teniendo todos ahora», me dijo, «las mismas preocupaciones, los mismos temores». «Campo nuevo, conversación vieja», bromeo. Y es así siempre: de una guerra a otra guerra. De un campo a otro campo. De un asentamiento temporal a otro asentamiento temporal.

Durante la noche, me levanté para cubrir a Yasser con algunas mantas más. Hacía frío. Cuando colocamos nuestros colchones sobre la arena, percibí por primera vez lo duros que serían los días siguientes. El frío parecía emanar de la tierra misma, como una humedad, dejando el colchón tan frío como el suelo.

Por la mañana, mientras intentaba reunir las fuerzas para levantarme después de una larga noche en la carpa, una pelota de fútbol entró volando y aterrizó en mi regazo. Sonreí al escuchar a tres chicos que llamaban desde fuera con cortesía, pidiendo que se la devolviera. Entonces, de la nada, diez chicos más aparecieron frente a la puertita

que Jumma instaló para separar nuestras carpas del resto del campo. Me levanté de un salto y comencé a darle toquecitos a la pelota, regateando a un niño de nueve años con una camiseta roja que parecía el más preocupado en recuperarla, luego chuté. Me quedé viéndolos correr tras ella al grito de «¡mía!». «No, mía.» Sus voces parecen resonar más ahora, mientras juegan en los pasillos entre las carpas. Puede que las carpas amplifiquen sus gritos, o quizás es solo porque es temprano. Pero estos chicos representan lo mejor de nosotros, son palestinos que sacan el mejor partido de una situación difícil. En broma, le digo al niño de la camiseta roja que debería estar en la escuela. Me señala el cielo y simplemente dice: «Guerra». «¿Te gusta la escuela?», le pregunto. «No me gustan las mates.» Me río. «A tu edad tampoco me gustaban las matemáticas.» «Tampoco me gusta la guerra», agrega levantando la voz, como queriendo ser claro. «Pero hay personas a las que sí les gusta», le respondo, encogiéndome de hombros. «Algunos son adictos a la guerra.» Se va corriendo tras sus amigos y yo me quedo pensando en por qué niños tan pequeños deben pagar por esa adicción, y pagar por ella con su niñez.

Lo primero que pregunto ahora que estoy despierto es: «¿Han alargado la tregua?». Anoche estábamos sin internet y sin señal, así que no podíamos saberlo. Lo último que supimos es que los mediadores intentaban alargarla dos días más. Entonces perdimos la conexión. Parece que lo lograron, por lo que disfrutaremos de dos días más de una calma, pero ansiosa, espera. Tregua no significa que termine la guerra. Solo significa que las cosas quedan pospuestas, inciertas, en suspenso. Como palestinos, conocemos bien ese estado. La vida bajo la ocupación es como una ejecución aplazada. Nunca se sabe cuánto va a durar el aplazamiento. Pero somos humanos, necesitamos un momento para respirar, para hacer luto, para hacer un inventario mental de la situación, para recordar.

Mi hermana Eisha me llama para decirme que está profundamente arrepentida de haber dejado el norte. Está instalada en un piso de Deir al-Balah y se queja de lo incómodo que es. «¿Quién está cómodo en este momento?», le pregunto. «No», me dice. «En casa se puede estar cómodo aunque fuera caigan bombas. Porque pese a todo estás en casa. Es donde debes estar. Donde puedes sentirte a salvo incluso si no lo estás.» «Pero las cosas se estaban poniendo peligrosas en Tal-Azzatar», le objeto, «las vidas de tu familia estaban en peligro». «¿No podemos regresar?», se pregunta, desesperada, aunque conoce perfectamente la respuesta.

Otra de mis hermanas, Asmaa, me llama a continuación. Me llena de alivio oír su voz. Es una de las pocas personas en mi familia que se quedó en el norte, en el distrito Fallujah del campo de Jabalia. Quiere saber cómo lo llevamos, pero soy *yo* el que quiere saber cómo está *ella*.

El sonido de su voz y las de sus hijos hacen que se me pare el corazón. Pero me cuenta que uno de nuestros cuñados está herido de gravedad. Un pedazo de escombro o de metralla lo alcanzó mientras dormía. El pronóstico no es bueno. Ella está contenta por la prolongación del alto el fuego. Cuando le pregunto si planea seguir ahí, se limita a responder: «Veremos».

Miércoles 29 de noviembre (Día 54)

En el regreso desde Rafah, de camino a Jan Yunis, tuvimos que esperar parados cinco minutos a que pasaran diez camiones enormes, llenos de ayuda humanitaria. Venían del paso fronterizo de Rafah a toda velocidad, como si supieran que no tenían mucho tiempo antes de que se terminara la tregua. Más adelante nos topamos con otro atasco de gente esperando en la gasolinera para rellenar sus garrafas. Tuvimos que esperar quince minutos. La gente hacía cola a ambos lados de la estación. Todos llevaban sus garrafas en mano y las colas alcanzaban los dos kilómetros. Algunos hasta habían dispuesto colchones a un lado de la calle, esperando pasar allí la noche o el tiempo que tardasen en llegar.

Fui a ver a mi hermana Eisha a Deir al-Balah. Era la primera vez desde que había llegado del sur que me subía a un medio de transporte normal: ¡un autobús en pleno funcionamiento que llevaba a las personas desde Rafah a otras ciudades del norte! Sí, Deir al-Balah y Nuseirat ahora eran «el norte» para nosotros. Un nuevo norte. ¡Yasser y yo hasta conseguimos asiento! ¡Qué lujo! No dejaba de subir gente y nos pidieron que nos apretáramos. La mayoría iba de pie. Cuando arrancó, echó a andar muy lentamente.

Como nos bajábamos a la entrada de la ciudad de Deir al-Balah, pensé que era una buena oportunidad para ir a ver a mi amigo Ahmad Saed, que vive a pocos metros de allí. Ahmad es uno de los periodistas más reconocidos de Gaza, famoso por hablar sin tapujos en sus programas de radio. Su programa, *El pulso del país*, con frecuencia lo mete en problemas con las autoridades de Gaza. Durante nuestra visita, charlamos un rato en su sala de estar. «Me preocupa que la situación se vuelva algo permanente», nos comentó. Luego nos llevó a recorrer un poco el barrio. Detrás de su casa, había un refugio privado en el que se estaban quedando unos cuatrocientos desplazados. Ahmad habló con orgullo de su amigo Abu Yamen, un futbolista retirado, dueño de una cancha de deporte y de un par de edificios. Normalmente se los alquila a los distintos equipos que deban entrenar para una competición. En este momento, los usa para alojar familias desplazadas. Toda la pista está destinada a las carpas, delante hay una zona de hogueras para cocinar y espacio para que los niños jueguen.

«¿Ha mejorado algo para ellos desde que empezó la tregua?», le pregunté. «La verdad es que no», responde. Alguien se rio y respondió: «Tenemos un poco más de agua potable, quizás. Durante la mayor parte de la guerra era extremadamente difícil conseguirla; ahora hay un poco

más». El precio también había bajado. La botella ha pasado de 2 shekels a 1'5.

Luego Ahmad me llevó hasta Nuseirat. Tener a tu disposición un coche que funciona parece un milagro. Estuvo haciendo acopio de aceite de cocina para emergencias y modificó el coche para que funcionase con aceite. Eso es prever las cosas.

Llamé a mi amigo Saed Saftawi y le pregunté si podíamos pasar la noche en su casa. Conozco a Saed desde hace veinte años. Los últimos años estuvo viviendo en Ramallah, por lo que hemos pasado mucho tiempo juntos desde que yo me mudé allí. Su casa se encuentra en el extremo este del campo de Nuseirat. (Dicho sea de paso, el área de Jabalia en la que vivo, llamada Saftawi, lleva el nombre del tío de Saed, quien fuera uno de los líderes de la Organización para la Liberación de Palestina y líder de Fateh.)

Saed y sus seis hermanos viven en seis casas de la misma calle. En este momento, alrededor de trescientos familiares suyos están viviendo con ellos. Por suerte, uno de los hermanos es dueño de una cafetería con jardín cerca de su casa y la convirtió en un refugio familiar hasta el final de la guerra. Es una bendición para ellos no haberse visto forzados a refugiarse en una de las escuelas o en un espacio público.

No me ducho desde que dejé el norte hace seis días. El agua es un lujo hoy por hoy y nadie se atreve a malgastar una sola gota. Cuando uno va de casa en casa, de *piso* en piso, no deja de necesitar las pequeñas comodidades de la vida diaria, pero es lo último en lo que se piensa. No se me pasaba por la cabeza comentarlo con Saed. Pero cuando me he despertado esta mañana, me había preparado café y había encendido la chimenea que tiene fuera, junto al nogal. Estaba intentando averiguar dónde se había metido, mirando entre las cortinas el callejón angosto que hay detrás de su casa, cuando oí cómo cortaba más leña para el fuego. A lo largo de media hora, siguió alimentando el fuego con leña fresca, mientras sobre este se calentaba una olla grande con agua. Una vez que hirvió, la llevó sin decir nada hasta el baño. Luego regresó y me sugirió que me diera una ducha. Qué sorpresa tan agradable. Cuando entré a bañarme, sentí como si entre el agua caliente y mi cuerpo, seco y cansado, se iniciara una conversación. Fue como escuchar a dos viejos amigos ponerse al día. A continuación, Saed hirvió otra olla para que Yasser pudiera ducharse también. Luego nos sentamos en torno a la hoguera, en el callejón. Preparamos té caliente y pan tostado. Devoramos nuestro desayuno de queso, falafel y aceitunas, ilusionados con el día que se iniciaba. Tras dos días de cielos nublados, el sol parecía querer salir.

Nos sentamos al sol en la calle de enfrente. Parecía algo normal en una situación muy anormal. Una mañana normal en una época anormal. Hoy es el último día de la tregua extendida y no parece que debamos

albergar esperanzas de que se alargue más. La gente está desesperada por otra prórroga, bajo los términos que sea. «No necesitamos más treguas», dice Saed furioso. «Necesitamos que se termine la guerra. Punto. No podemos seguir viviendo la vida bajo las condiciones de una tregua.» Le sonrío y respondo: «Toda nuestra vida es una tregua, Saed».

El campo de Nuseirat es el primer lugar al que uno llega tras cruzar el valle, hacia el sur. Uno cruza el puente, y ahí está. A la derecha de la calle Salah al-Din está el campo de Nuseirat, a la izquierda el campo de Boureij. Al estar tan cerca del nuevo «telón de acero» de los israelíes, Nuseirat ha recibido a cientos de miles de desplazados en las últimas semanas. Tras una larga marcha desde el norte, llevando a cuestas todas sus pertenencias, estas personas están listas para caer desplomadas, y es en Nuseirat donde lo hacen. Todas las escuelas están a rebosar, todas las calles están abarrotadas.

Hoy es el Día Internacional de la Solidaridad con el Pueblo Palestino. La mayoría de la gente olvida que el 29 de noviembre es el día en que, en 1947, las Naciones Unidas votaron a favor de partir Palestina, como era entonces, en dos estados: uno para los judíos y otro para los árabes. El estado judío vio la luz al año siguiente, cuando 800.000 árabes fueron expulsados a la fuerza de sus hogares, los hombres ejecutados, las mujeres violadas, las aldeas incendiadas, pueblos enteros masacrados. El terror fue lo que destruyó esa mitad de Palestina, y lo que alumbró al nuevo país. Terror. Los palestinos lo llamamos la Nakba, pero setenta y cinco años más tarde el resto del mundo sigue sin ni siquiera saber el significado de esa palabra. Igual que ahora, cuando hablamos de una «nueva Nakba», el mundo se niega a aprender.

Jueves 30 de noviembre (Día 55)

Ayer fui a pie hasta el Hospital Al-Hilal para encontrarme con mis amigos, Hanni Salmi y Ashraf Sohwail. Hanni es un novelista que se dedica a la literatura juvenil. Nos sentamos todos cerca de su puestecito, en el que sirve bebidas calientes. Desde hace unos años, este escritor de cuarenta y cinco años atraviesa dificultades y actualmente está desempleado. Ahora, sin electricidad, se le complican las cosas más simples, como hornear pan. Hace semanas que se esfuerza en juntar madera para hacer un fuego y así poder cocinar. La tarea resulta difícil, me dice, y recientemente ha tenido que empezar a quemar libros de su biblioteca.

Hasta el momento, Hanni lleva quemados doscientos libros. «Mis hijos necesitan pan», explica. «¿De qué me sirven mis libros si los dejo morir de hambre?» Entonces sonríe: «Naturalmente, estoy guardando mis favoritos hasta el último momento, con la esperanza de que la guerra acabe antes de que me toque usarlos». Cuando Gaza estaba ocupada por los israelíes, yo solía esconder ciertos libros en caso de que hubiera una redada. Tenía copias de Ghassan Kanafani escondidas entre mi ropa en un armario, y otros textos importantes sobre historia palestina, como *Un palestino sin identidad* de Salah Khalaf. Que te encontraran con uno de esos libros se pagaba con un mínimo de seis meses de cárcel. Una vez, en 1990, cuando los soldados estaban revisando las casas del barrio durante un toque de queda, encendí un fuego en la estufa con la idea de quemar tres novelas de Kanafani que tenía. Por suerte, los soldados entraron justo cuando estaba prendiendo el fuego y encontraron otra manera de expresar su ira: tiraron la estufa a patadas, con la esperanza de que se incendiara mi casa, y se fueron sin más.

Ashraf es artista. Dirige el Centro de Cultura y Arte de Gaza, en la ciudad. Su estudio personal y el de su hermana Rofida, donde pintan y donde almacenan sus obras, sufrió daños durante uno de los ataques aéreos. Decenas de nuestros centros culturales han sido parcial o completamente destruidos. La imagen del Centro Cultural al-Shawa en Rimal, reducido a una pila de escombros, es horrible. Ese centro es la institución cultural más importante de toda la ciudad. En su teatro se representaron tres de mis obras. Ni Ashraf sabe qué suerte han corrido algunos de los centros que tiene a su cargo. La galería Eltika, que se encuentra en la calle Omar al-Mukhtar, ha sufrido daños parciales. Eso sí lo sabe. Había cientos de cuadros almacenados en ese lugar, y muchos de ellos están quemados o dañados de forma irreparable.

Ya no queda café de verdad en Rafah, así que mientras hablábamos, Hanni nos ofreció té o Nescafé. El Hospital Al-Hilal me recordaba al Hospital Al-Shifa, con sus tumultos y sus familias de desplazados construyendo un nuevo hogar en cada rincón y en cada pasillo que no esté ya ocupado. El zoco que se va formando en la puerta de entrada. La mirada vacía en las caras de las personas. Los gritos. Los alaridos de dolor. Todo en ese lugar es como una copia del Al-Shifa antes de nuestra partida, cuando los tanques decidieron convertirlo en su blanco.

Después de despedirme de Ashraf y Hanni, me dirigí caminando a ver a mi hermana Halima, quien estaba durmiendo en una escuela a quince minutos de allí. Cuando llegué, no estaba. Supuse que habría ido con su marido a buscar una caja de suministros al centro de asistencia humanitaria. Hay quien espera horas para recibir su pedazo de ayuda. Gran parte de la ayuda que llegó a través de la frontera fue a parar a la ciudad de Gaza y a las ciudades del norte, después de verse privadas de todo durante la invasión terrestre. Pasé veinte minutos con el hijo de Halima, Mahmud, que, como la mayoría de las personas desplazadas del norte, piensa que estábamos mejor antes de irnos. Los precios aquí son más altos y los comerciantes se aprovechan. «Estamos en guerra», le dije. «Todos quieren aprovechar la oportunidad.» No los justificaba, solo intentaba que un chico de dieciséis años comprendiera que la vida no siempre es de color blanco o negro.

Desde el refugio, veía regresar a hombres y mujeres con sus paquetes de ayuda. Parecían cansados pero felices de tener algo de comer que darles a sus hijos los siguientes dos días. Luego, tocará volver a hacer cola. La vida en cola desgasta, pero no les queda otra.

Hay colas por todas partes. Colas para el pan. Colas para el agua. Colas para las carpas. Toda la Franja no parece ser más que una larga cola.

Hace unos minutos, los mediadores que están en Qatar han logrado extender la tregua un día más. Anoche, cuando nos acostamos, no sabíamos si lo conseguirían. Era como una adivinanza: ¿la tregua se ha prolongado o la tregua no se ha prolongado? Me desperté a las 5 de la madrugada para leer las noticias. Uno de los milagros de la tregua es que en Jan Yunis, y en algunas otras áreas hay internet y señal móvil. Aunque en otros lugares como Nuseirat, todavía no se restablece. La tregua actual tenía el final pautado para las 7 de la mañana. A las 6:40 empezaron a llegar noticias del éxito de las negociaciones. Los árabes tenemos un proverbio: «El olor de algo es mejor que no tener nada». Hoy al menos tenemos otro día. Está soleado y, si bien tengo frío, me siento con ganas de caminar por los pasillos estrechos de los campos de Jan Yunis. Los campos de refugiados palestinos son todos parecidos, ya estén en la Franja de Gaza, en Cisjordania, en Jordania o en el Líbano.

Todos los análisis que llegan de Israel sugieren que Jan Yunis será el próximo blanco de la ofensiva israelí.

En la calle, escucho a la gente discutir esa noticia. Ahora que todos están más tranquilos con la prórroga de un día, el siguiente de sus miedos es el día que le sigue. «¿Tantos días y tanta energía y todo lo que han conseguido es un simple día más? ¿Qué va a pasar mañana?», se queja un anciano. «¿Hemos perdido medio Gaza a cambio de unas pocas treguas?», se pregunta un hombre más joven. Jan Yunis es el centro del sur y cualquier invasión del sur requiere atacar el corazón de ese cuerpo. En este mismo momento, es el lugar más poblado de toda la Franja y si lanzaran la más pequeña de las bombas, los muertos se contarían por cientos.

El sol promete salir y ofrecernos algo de calor. En lo respectivo a mantener la esperanza, eso es todo lo que nos queda.

Viernes 1 de diciembre (Día 56)

La guerra ha vuelto. No hubo milagro que nos rescatara, ni prórroga indefinida. La tregua, al final, no fue más que eso. Una pausa. Y lo que trae consigo el regreso de las hostilidades no es el miedo a la muerte sino a lo desconocido. Es el miedo a no saber qué esperar después, a no poder predecir cómo un acontecimiento puede afectar al siguiente, a no poder seguir la lógica ilógica de la guerra. Vivir en guerra es como tener que renovar el contrato con la vida cada día. Uno firma un contrato cada mañana y vive según los términos y condiciones hasta que termina el día. Luego te queda implorar que esa noche no sea la última. Y, a la mañana siguiente, toca volver a firmar a pie de página. El acuerdo nunca dura más de un día. Eso es todo lo que te otorgan. La tregua ha sido solo la extrapolación de ese mismo acuerdo. Tarde o temprano te atrasas en el pago y te arrancan la vida de las manos. Eso es lo que pasó ayer. Tuvimos un día extra de tregua. Y ni uno más.

Anoche ninguno de nosotros podíamos dormir, todos rezábamos para que se prolongara la tregua. Cuando ya se acercaba la medianoche, seguían sin llegar noticias de una posible prórroga. La incertidumbre era inaguantable. Poco a poco empezamos a comprender que al día siguiente no iba a haber ninguna prórroga. Los esfuerzos de los intermediarios habían fracasado. Ya en los días finales de la tregua fuimos testigos de una lenta escalada. Una persona había muerto en Beit Hanoun, víctima de los francotiradores. Y nuestros miedos iban creciendo. Al despertar, no noté, producto del zumbido ruidoso del dron que nos sobrevolaba, que algo hubiera cambiado.

A lo largo de la semana anterior, mientras duró la tregua, entraron en Gaza cientos de camiones cargados de ayuda humanitaria: una parte médica, el resto alimentos y agua. Pero lo que entró durante esos días no basta. Un trabajador de la Media Luna Roja me comentó hace unos días que cientos de camiones con agua habían llegado a la Franja. Para él, era un desperdicio. Tan solo con poner en funcionamiento de nuevo uno de los pozos, tendríamos más agua para repartir de la que traen todos esos camiones. Y todo lo que se necesita para que ese pozo se pueda volver a usar es combustible, combustible que permita hacer funcionar la bomba.

Uno de los beneficios importantes de la tregua es el de haber podido volver a hablar con mis familiares, para asegurarme de que estuvieran bien y ponerme al corriente de todo lo que han atravesado en estas siete semanas. Ha sido la primera vez que internet y la red telefónica han sido medianamente confiables. En una de esas conversaciones, mi sobrina Emman, que vive junto a su esposo y su hijo en Shaikh Radwan,

me habló de cuánto extrañaba su vida aburrida. Ahora entendía lo aburrida que había sido en comparación con esto. Pero ansiaba ese aburrimiento. Juró no volver a quejarse de aburrimiento.

Mientras desayunamos, la artillería empieza a impactar contra edificios que nos rodean. Un misil cruza silbando el aire de la mañana y el estruendo de una explosión lo sigue. Ha caído cerca del hospital Nasser. El sonido de los ataques a las aldeas y los pueblos al este de la ciudad se oyen con mucha claridad desde donde estamos. Mientras escuchamos las explosiones el desayuno permanece intacto. Pienso en mi padre, que sigue en el norte. Una vez más, me pregunto si fue buena decisión venir al sur.

«¿Piensan invadir el sur?», pregunta Yasser. Otra pregunta que no tiene respuesta. Esa posibilidad aparece cada vez más en las noticias. Lo impensable de alguna manera se vuelve más probable cuando los informativos lo normalizan. Hace no tanto, era algo impensable en el norte también. Al hablar con los habitantes de Jan Yunis, se percibe un cambio en su ánimo. Todos están repentinamente inquietos.

Los israelíes siguen arrojándonos panfletos. Esta vez les piden a los habitantes de las aldeas y pueblos al este de Jan Yunis que evacúen la región y se dirijan hacia Rafah. A Rafah, no a Jan Yunis, a pesar de que está más cerca. «Jan Yunis es una zona de combate», informan los panfletos. Las aldeas que deben evacuarse incluyen Bani Suheila, Khuza'a, al-Qarara and Abbasaan. Hay dos Abbasaan: Abbasaan Mayor y Abbasaan Menor. Desde la salida del sol esas áreas están bajo bombardeo masivo. Esto solo puede significar una cosa: la ciudad de Jan Yunis y su campo aledaño vienen después.

De tanto en tanto, el edificio se sacude cuando otro misil impacta en las inmediaciones. Es el mismo baile en zigzag de siempre, temblor para la izquierda y temblor para la derecha, el mismo al que me acostumbré en la casa de Faraj en Jabalia. Mamoun se acerca a la ventana y señala una columna de humo que se alza de un edificio en la manzana de al lado. Al no conocer el área, no siento la misma fascinación por adivinar qué edificio acaban de destruir, como sí me pasaba en Jabalia. También me he ido acostumbrando a todo esto. Para Mamoun, el proceso sigue siendo relativamente nuevo.

Hoy es «Día de Agua» en casa de Mamoun, ese evento que se da dos veces por semana en el que todos en la casa trabajan juntos para subir litros y litros de agua por las escaleras a fin de llenar los tanques del cuarto piso. Es trabajo arduo. Todos, hombres, mujeres y niños se arremangan y hacen su parte. Ahmad, el hermano de Mamoun, no pudo conseguir los dos litros de gasolina que se necesitan para poner en marcha el generador, así que la bomba no funciona. Esperó horas en vano. Para Ahmad, la tregua no trajo ni siquiera agua corriente. Todos trabajamos hasta el atardecer y hasta llenar los tanques. Estamos

exhaustos, pero también sentimos orgullo de la tarea concluida: tendremos agua para tres días por lo menos.

Los israelíes han elaborado unos nuevos mapas que dividen la Franja en cientos de sectores, cada uno con su propio número. Pretenden que nos aprendamos esos números y que sigamos sus órdenes sobre qué sector debe hacer qué cosa. El sector en el que estamos viviendo lleva el número «—» [oculto por cuestión de seguridad]. Así que, hasta la vista a los nombres hermosos, a las aldeas con nombres como Juhor al-Dik (literalmente 'madriguera del gallo'), y hola a esos ilógicos números que niegan nuestra humanidad. Los palestinos estamos acostumbrados a todo esto: para existir en esta tierra estamos obligados a obtener un «haweya», un documento de identidad con un número monitoreado por Israel. Estamos acostumbrados a que nos reduzcan a números. Pero ahora pretenden borrar los nombres de nuestra tierra, borrar su identidad y su historia. Quieren arrasarla bajo el viejo mito de que nadie vivió aquí jamás, de que esta tierra no está impregnada por un millón de memorias. Al oír las noticias, no podemos más que reírnos. «Buenos días, 96713», le digo a Mamoun, inventando el número. «¡Buenos días, 83932!», me contesta él riendo.

Sábado 2 de diciembre (Día 57)

De un día para el otro, con la vuelta de la guerra, Jan Yunis se ha convertido en el objetivo principal de los israelíes. Es como si me hubieran seguido hasta aquí. Anoche, se podían oír impactos de artillería y misiles por todos lados. No había visto un ataque «anillo de fuego» desde que dejé el norte, pero mientras estaba recostado en el suelo de casa de Mamoun, tratando de dormir, la orquesta de la guerra empezó a tocar una nueva pieza. Recuperé mi vieja costumbre: contar ataques, especular sobre el tipo de cohete, preguntarme dónde habría sido cada uno de los impactos.

Ayer por la noche, fui al hospital Nasser con el móvil y el portátil. Se ha convertido en costumbre sentarme en una de las carpas destinadas a los periodistas y ponerme al día con alguno de los que están allí trabajando, mientras cargo mi teléfono. Desde que recomenzó la guerra, el hospital se ha vuelto a llenar de gente; los que pudieron aprovechar aquellos pocos días de tregua volviendo a sus hogares ahora están de nuevo en sus carpas en el parque del hospital, o en los pasillos y escaleras que fueron su refugio. De camino a la carpa de la prensa, vi hileras de carpas y más carpas ocupando cada centímetro de espacio libre. Un nuevo campo de refugiados estaba cobrando vida en el lugar, con sus callejones apartados y sus calles principales, con sus vecindarios y sus redes. Vi grupos de personas alrededor de una fogata, cocinando. Una mujer estaba horneando pan. Dos chicas cuchicheaban entre ellas, mirando a tres chicos que fumaban narguilas. Se estaba formando una comunidad nueva.

Mostafa, un productor de *Russia Today*, me contó que muchos de los periodistas que estaban allí habían venido de la ciudad de Gaza y se habían congregado, con sus familias, junto a los muros del hospital Nasser, donde habían instalado sus propias carpas, y que allí vivían ahora. Una especie de minicampo solo para periodistas. A decir verdad, todo Jan Yunis es un gran campo en este momento. Hay carpas en cada esquina. Los recién llegados solo sueñan con comprarse una carpa y encontrar dónde instalarla. Mostafa y cientos de otros periodistas se colocan frente a una cámara para informar a cada hora. Y por la noche, caminan unos metros, se meten en la carpa de sus familias y regresan a la vida de un padre o una madre.

Me desperté a las 6 de la madrugada. Mamoun ya estaba despierto. Me hizo un repaso de los lugares, los hogares y las calles que habían sido atacados mientras yo dormía. Si bien había habido ataques en todas partes, los más brutales se concentraban en los barrios del este de Jan Yunis. Ahí ya había comenzado la invasión terrestre. Se está

ordenando a los civiles que abandonen sus hogares. «¿Crees que los israelíes van a invadir nuestro barrio?», me preguntó. Dada mi experiencia en el norte, la única respuesta que puedo dar es sí. Puede tomar un tiempo, incluso puede tomar mucho tiempo, pero vienen en camino. Los israelíes todo lo que tienen delante lo arrasan. No dejan nada en pie: ni edificios, ni árboles, ni personas. Todo lo aniquilan. «Bueno, yo no me voy a ninguna parte», me dijo Mamoun. «Dejé mi casa en Rimal y ahora es una montaña de escombros. De aquí no tengo adónde ir. No pienso irme otra vez.» Me recordó a mis charlas con Bilal.

Los israelíes retomaron sus operaciones en el norte, principalmente en la zona oeste de Jabalia. Llamo a mi hermana Asmaa, que resiste en su casa de Falouja. Se la nota aterrada después de que un pedazo de metralla de un cohete aterrizara en su jardín ayer e incinerara todas sus plantas. De noche, se desató un fuego gigantesco en un zoco de la zona que se expandió al complejo cercano y a la escuela próxima. «Había fuego por todas partes», me cuenta. «Las llamas generaban más calor del que hace durante el día.» Después de nuestra charla, llamo a mi padre, pero no logro comunicarme.

Esta mañana, otros ochenta miembros más de la familia de Mamoun llegaron desde Karara, una aldea al norte de Jan Yunis. Empezaron a llegar a eso de las 7 de la mañana con las cosas que habían podido cargar: ropa, colchones, almohadas. Los israelíes abrieron fuego contra la aldea, destruyeron varias casas y luego les indicaron a quienes habían sobrevivido que se fueran. Así que ahora la casa de Mamoun, que es bastante grande, y en la que ya se hospedaban setenta de sus parientes desplazados de Gaza, tiene que alojar a otros ochenta. La calle «2» de Karara sufrió el mayor daño, lo que incluye la destrucción de los hogares de las familias Abadalla y Kidra. En las granjas y fincas que rodean la aldea, muchos resultaron heridos. También las mezquitas locales sufrieron daños. A medida que va llegando más gente, llego a la conclusión de que para Mamoun la familia es lo primero. Ellos son su prioridad. Debemos irnos a Rafah a quedarnos con mi hermano y mis primos.

Una atmósfera distinta domina la ciudad esta mañana. Ha vuelto la guerra y, para los habitantes de Jan Yunis, el peligro es mucho mayor que antes. La tregua había embotado a todo el mundo en una sensación de falsa seguridad. Ahora ese velo ha caído y podemos ver el verdadero rostro de los israelíes una vez más.

Al caminar por la calle compruebo que Jan Yunis está cada vez más llena de gente. Los líderes militares israelíes mencionaron cincuenta ofensivas diferentes en la ciudad durante la noche de ayer. Están llegando tanques desde la frontera este de la Franja, barriendo aldeas y granjas mientras avanzan en línea recta hacia nosotros, pero, antes de que lleguen aquí, una oleada de humanidad desciende sobre la ciudad.

Encontramos un coche para que nos lleve de regreso a Rafah, pero terminamos pasando una hora parados en una intersección. Hay un cráter enorme en mitad de la calle, donde anoche impactó el cohete de un F-16. Hay atasco en ambas direcciones, los conductores intentan maniobrar para no acabar dentro del cráter. Al mirar dentro, no puedo dejar de preguntarme si este cráter va a convertirse en la nueva línea divisoria entre Jan Yunis y Rafah en la invasión terrestre que se aproxima. Como el valle era la frontera natural entre el viejo norte y el sur. Rafah pronto va a convertirse en el último lugar seguro de toda la Franja, en particular la zona costera, al este de la ciudad. A todo el mundo le van a decir que vaya ahí. ¿Y luego qué?

Domingo 3 de diciembre (Día 58)

Anoche la casa de mi familia fue destruida junto a otras seis cuando los misiles de un F-16 impactaron en esa zona de Jabalia. Por suerte estaba vacía. Todos se habían ido solo unas horas antes. La casa está cerca de la calle Jaffa, donde los refugiados de Jaffa acamparon por primera vez en 1948. La casa donde nací y donde me crie fue destruida. El lugar donde di mis primeros pasos, donde aprendí mis primeras letras, donde escribí mis primeras líneas. La casa donde Hanna y yo formamos una familia y donde tuvimos a nuestros primeros cuatro hijos. El piloto del F-16 eligió nuestra casa en particular. Con toda la tecnología que manejan, los israelíes podrían haber visto que estaba vacía. Aun así, anoche el piloto tenía una misión, destruir la casa de mi familia y otras seis. Cuando me fui de esa casa hace diez días, no pensé que no volvería a verla. Nadie sabe cuándo algo está sucediendo por última vez. Ese día, me quedé unos minutos sentado con mi padre, hablando de los mismos temas de siempre, de la guerra, de los distintos miembros de nuestra familia, y cuando me fui le dije: «Cuídate». No pensé en despedirme de la casa o decirle que se «cuidara». Supuse que volvería a verlo todo más adelante: las escaleras de madera, las fotos de mi graduación, la foto enmarcada de mi hermano Naseem que estuvo colgada en la pared todo el tiempo que él estuvo preso y de ahí en adelante.

Mi padre ya no tiene donde dormir. Anoche, mientras los proyectiles caían sin orden por todo el campo, decidió trasladarse a lo que consideraba un lugar más seguro junto a otros vecinos. Había ataques en varios puntos, y en momentos así la posibilidad de estar acompañado resulta algo reconfortante. Ahora, él, al igual que miles de gazatíes, está sin hogar. Me hizo una llamada de WhatsApp a las 6:30 de la mañana. «La casa ya no existe», dijo, y nada más. Le temblaba la voz y tenía lágrimas en los ojos. Ese hombre de setenta y cuatro años ya no tenía hogar por la única razón de que alguien tomó la decisión estratégica de hacerlo sufrir. La situación en Jabalia es más que desesperante. Llamo a mi hermana Asmaa. Escuchar el tono de llamada siempre es un alivio. Los teléfonos suelen quedar destruidos cuando sus dueños quedan sepultados entre escombros. Por lo que, si su teléfono todavía funciona, puede ser que siga con vida. En mi tercer intento, contesta. «Buenos días», dice. Esas palabras son suficientes para mí. Puedo volver a respirar. Ella pasa a describir los horrores de la noche anterior, la forma en la que contaba los minutos para que esa

secuencia interminable de explosiones llegara a su fin. Podía ver el edificio de sus vecinos arder, y no llegaba a entender de qué lado de la casa estaban cayendo los misiles, de lo cerca que estaban. Tan solo cuando los primeros rayos del alba se abrieron paso por la ventana destrozada, pudo entender que había vivido para contarlo. «No estoy segura de que vaya a ver otro amanecer, Atef», me dice.

Ayer caminé por la calle Tel al-Sultan en dirección al centro de Rafah. Me hizo bien caminar bajo el sol, ahora que las nubes se habían ido. En las oficinas del Departamento de Desarrollo Social, me reuní con el director a cargo de la Franja de Gaza, Loay Madhoun. Unos minutos más tarde, se unieron otros cinco colegas, para charlar y analizar la situación. Loay está a cargo de distribuir ayuda humanitaria y asistencia a los desplazados y estuvo la mayor parte del día en el paso de Rafah, recibiendo a los camiones y supervisando la distribución. Según sus cálculos, lo que ha entrado en Gaza hasta el momento es apenas un diez por ciento de lo que se necesita. Con las oleadas de personas que llegan desde el resto de la Franja, principalmente a Jan Yunis, lo primero que hay que resolver es dónde van a dormir. Es un desafío que se repite noche tras noche. La mayoría se está quedando en las escuelas, ya sea en las de la UNRWA o las del gobierno. Pero ya hace tiempo que no hay sitio. Hasta las universidades y otras instituciones superiores están haciendo de refugio. Y no hay más sitio para nadie en ninguna parte.

Antes de acostarme, charlé con mi tía abuela Noor. Noor es la hermana de mi abuela Salwa. Debe de ser la única persona que queda en mi familia que nació en Jaffa, antes de la Nakba.

Junto con su madre y su padre, tuvieron que huir dejando atrás una casa hermosa para pasar el resto de su infancia en una carpa, algunos kilómetros al norte de aquí. Su padre era el *mukhtar* de la ciudad, una suerte de alcalde de su tribu, una posición de muchísimo prestigio. Pero en un instante pasó a ser un refugiado sin hogar y sin dinero. Ahora, todo indica que su hija, Noor, tendrá que escapar a un nuevo campo. A lo largo de mi vida, me ha contado una y otra vez el día en el que tuvo que dejar atrás sus libros del colegio y salir corriendo de su casa abriéndose camino por la calle al oír los proyectiles que volaban desde Tel Aviv. Aún recuerda lo alterada que estaba en ese entonces por no haber podido llevar consigo los libros. Amaba su colegio en Jaffa y nunca más pudo volver a estudiar. Cuando anoche me contó la historia una vez más, noté que cambiaba algunos detalles, tomados de lo sucedido durante la evacuación apresurada de su casa en Jabalia unas semanas antes. Era como una secuencia de montaje en una película, escenas intercaladas del pasado y del presente, atravesando setenta y

cinco años de historia. Un gran editor cinematográfico no podría haberlo montado mejor que ella en su confusión.

Anoche, los israelíes atacaron el barrio Shujaiya de Gaza; se estima que en el ataque murieron cientos de civiles y alrededor de cincuenta edificios, incluidas partes de la ciudad antigua, fueron destruidos. Hoy siguen llegando más refugiados desde Jan Yunis y Rafah parece estar a punto de explotar. Uno apenas puede abrirse paso por el mercado a empujones, de la cantidad de gente que hay. Ya casi no queda nada que se pueda comprar.

Las personas solo van allí porque necesitan caminar, tomar un poco el aire. Mi amigo que trabaja en la Media Luna Roja adelanta que en los próximos días van a tener que repartir cientos de carpas nuevas, tan solo para los recién llegados. Alguien puede llegar a pasar tres, cuatro, cinco días sin comer, pero si llueve nadie aguanta una sola noche en la calle.

Lunes 4 de diciembre (Día 59)

No puedo dejar de pensar en la casa de mi familia. Al perderse esa casa, he perdido una parte de mí.

Fue en esa humilde estructura de cemento, sentado a los pies de mi abuela Eisha, donde escuché mis primeras historias. Al crecer me hice escritor para poder compartirlas con el mundo y revivir esa vida que ella tuvo en una casona de Jaffa. Eso fue antes de la Nakba de 1948, antes de que se viera obligada a mudarse a la casita angosta que sería mi casa familiar en el campo de refugiados de Jabalia, tras cruzar las arenas calientes junto a otros cientos de personas, llevando a rastras a sus hijos pequeños.

Escribí mi primer cuento corto en esa casa —que jamás publiqué, claro está— sobre un viejo que amaba contar historias, pero nunca podía recordar sus finales. Para cuando tuve trece años, ya tenía un cuaderno especial donde anotaba mis borradores. La mayoría de mis historias tenían lugar en un reino mágico que existía dentro de esa casita. Capturaban los acontecimientos de nuestra vida diaria, como la reunión semanal de las amas de casa de los callejones cercanos, sus conversaciones llenas de profundidad, sus chismes, sus bromas.

Aunque fuera pequeña —menos de cien metros cuadrados en una sola planta— esa casa era nuestro cobijo. Tenía dos habitaciones principales y un tercer cuarto más pequeño, una suerte de sala de estar. Cuando mis hermanos y yo nos hicimos más grandes, mi padre agregó un segundo piso donde construyó un cuarto de juego para nosotros. Para llegar, subíamos por una escalera de madera que temblaba a cada paso por no estar bien fijada a la pared. En ese cuarto de juegos leí mis primeras novelas, escuché música y fumé mi primer cigarrillo alejado de los ojos vigilantes de mis padres. En un espacio junto al techo, criaba polluelos, que tenía como mascotas en una jaula.

Después de terminar la universidad, comencé a pensar en casarme, así que vertimos un techo de cemento sobre la casa y construimos todo un piso nuevo, que dividimos en dos apartamentos pequeños: uno para la familia que yo pensaba tener y el otro para que viviera mi hermano Naseem, que acababa de ser liberado de una cárcel de Israel. Fue allí donde Hanna y yo formamos una familia y allí fue donde oí el primer llanto de mi primogénito. En la sala compartida que tenía ese nuevo piso, solíamos juntarnos y pasar largas noches charlando, jugando a las cartas y fumando narguila. Allí vi a Naseem por última vez. Fue la noche antes de irme a Italia a realizar mis estudios de doctorado en el Instituto Universitario Europeo de Florencia. Solo meses después nos lo arrebatarían, víctima de una bala israelí. Cuando estaba solo en esa

sala, casi podía volver a escuchar su voz, riéndose mientras me contaba un chiste, o los sueños que había tenido estando preso.

En años recientes, volví a esa casa a visitar a mi padre en su vejez. Nos sentábamos en la sala principal y, mientras hablábamos, yo me ponía a mirar los muchos libros y fotos, dejándome llevar por las memorias, escuchando las voces de mi niñez, recordando a los que ya no estaban. Habíamos perdido a muchos a lo largo de los años.

La casa en la que crece un escritor es un aljibe del que brotan ideas. En todas mis novelas, cuando quería presentar una casa típica en un campo de refugiados, evocaba la nuestra. Podía mover de lugar algún mueble, cambiar el nombre de la calle, pero ¿a quién engañaba? La casa siempre era la nuestra.

Todas las casas de Jabalia son pequeñas. Están construidas al azar, de forma caprichosa, y no están pensadas para que duren. Esas casas reemplazaron a las carpas en las que palestinos como mi abuela Eisha vivieron después del desplazamiento de 1948. Quienes las construyeron creían que pronto regresarían a las hermosas y espaciosas residencias que habían dejado atrás en los pueblos y las aldeas de la antigua Palestina. Pero ese regreso nunca llegó, a pesar de nuestros muchos rituales esperanzados, como guardar con recelo la llave de nuestras antiguas casas familiares. El futuro nos sigue traicionando, pero el pasado es nuestro.

Muchas de las casas de alrededor pertenecían a miembros de mi familia. Los Abu Saif una vez fueron una de las familias más numerosas de Jaffa. Hasta el día de hoy, tenemos familiares que viven allí, dentro de Israel, con los que mantenemos el contacto. Después de la Nakba, los Abu Saif, como todas las familias palestinas, nos dispersamos por toda la región. Algunos se instalaron en Gaza, otros en Jordania y el Líbano, y otros en Egipto. Nuestra casa era una parte de una casa mayor, la casa de los Abu Saif de Jaffa, y en ella recibíamos a nuestros parientes de toda la región, que traían consigo sus historias.

Cuando pienso en que nuestra casa tenía menos de cien metros cuadrados, empiezo a dudar de mi recuerdo. Tenía que ser más grande. Para mí era un palacio, un enorme castillo. El edificio más grandioso jamás construido.

Aunque he vivido en muchas ciudades de todo el mundo, y he visitado unas cuantas más, esa casita destartalada era el único lugar donde me sentía en casa. Mis amigos y mis colegas siempre me preguntaban: «¿Por qué no te mudas a Europa o Norteamérica? Tienes esa posibilidad». Mis estudiantes también se lo preguntaban: «¿Por qué volver a Gaza?». Mi respuesta era siempre la misma: «Porque en Gaza, en un callejón del barrio Saftawi de Jabalia, se ubica una casita que no puede encontrarse en ningún otro lugar del planeta».

Si el día del Juicio Final Dios me preguntase dónde quiero ser enviado, no dudaría en responder «allí».

Ahora «allí» ya no existe.

Martes 5 de diciembre (Día 60)

Anoche fui al Hospital Europeo a visitar a mis suegros. A Wissam por fin la trasladaron en coche a un hospital de Egipto, así que ahora están solos. Necesitaba hablar con el director del hospital para pedir que siguieran acogiéndolos. Mi suegra tiene problemas graves de movilidad y no está en condiciones de cuidarse ella sola. Necesita atención a tiempo completo. Necesita un acompañante. Cuando Wissam estaba en el hospital, Widdad, su hermana, cuidaba de ambas. El primer día, cuando llegaron, los administradores aceptaron desocupar una habitación y alojarlos allí, ya que todos estaban registrados como los acompañantes de Wissam. Pero ahora que ella se ha ido (y Widdad con ella), el resto tiene que irse también. Les planteé la posibilidad de que vinieran a quedarse con nosotros en el campo de refugiados. Es importante tener opciones. Después de decenas de llamadas a la gerencia del hospital, acordamos que se quedarían en la habitación esa noche y que su solicitud de permanencia sería evaluada a la mañana siguiente.

Yasser pidió quedarse con ellos en el hospital. Le preocupaba que los fueran a echar de un momento a otro. Le dije que no había mucho que él pudiera hacer en ese caso. Pero insistió en quedarse igual. Podía ver la preocupación en la cara de mi suegro, así que le aseguré que, en el peor de los casos, terminarían viniéndose al campo de refugiados con nosotros, y que en ese lugar tenemos muchos parientes dispuestos a ayudarlos.

Por el momento, no hemos tenido noticias de Wissam. La mañana en que partió, le dijeron que su destino final era un hospital en Puerto Said. Pero se fueron y durante horas no pudimos comunicarnos con ella. Por la noche Hanna lo consiguió. Le dijo que ya habían pasado el atasco del paso fronterizo y que ya estaban en Egipto, conduciendo por Sinaí del Norte. Esas dos jóvenes, Widdad y Wissam, están haciendo su primer viaje fuera de la Franja, privadas de sus padres, de sus hermanos, de cualquier tipo de apoyo y, en el caso de Wissam, de tres de sus extremidades. Desconocen cómo es ese mundo al otro lado de la valla perimetral. Están escapando de esa prisión de una manera que jamás hubieran deseado.

A las 19:00 dejamos de tener señal móvil. La única conexión con el mundo de fuera del campo son los sonidos y luces de las explosiones que oímos a lo lejos y el rugir de los F-16 al noreste, en dirección a Jan Yunis. Somos doce hombres sentados en la carpa hablando y tratando de procesar la situación, aventurando cuál podría ser el resultado, apenas escuchándonos entre los rugidos de los F-16. «Va a ser una

noche difícil en Jan Yunis», entona Faraj. «Está empezando la invasión terrestre de Jan Yunis», especula algún otro. ¿Pero quién sabe qué está pasando en verdad? En la carpa hay tres narguilas encendidas. El humo se elevaba hacia el techo y se acumula allí como una nube. Esta es nuestra vida ahora, en el sur. Por lo menos podemos tratar de estar cómodos. Hay un segundo en el que todos parecemos ausentes, como si estuviéramos a varios kilómetros de distancia. Pensamos en nuestros seres queridos que siguen en el norte. Ibrahim cuenta que lo ha llamado un amigo y le ha dicho que lanzaron «anillos de fuego» por todo Jabalia. Se habla de que los tanques entraron al barrio Falouja y que están avanzando hacia el centro del campo. «No se ve nada», ha dicho su amigo. «Tan solo muerte y oscuridad.»

Mis hermanos Mohammed e Ibrahim se han despertado esta mañana cerca de las 5:30 para encender el fuego. Han preparado té y Mohammed ha hervido un poco de leche para sus hijos. Alrededor de las ocho el desayuno estaba servido. Por una vez hay pan para comer. Es un milagro. Los niños juegan al escondite entre las carpas. El campo rápidamente cobra vida. Veo a Ahmad, el hijo de cuatro años de Mohammed, y pienso en cómo su abuelo, mi padre, a su misma edad estaría jugando alrededor de una carpa igual que esta.

Según nos dicen, la calle Salah al-Din está convertida una vez más en un río de gente, que escapa del este de Jan Yunis con destino a Rafah. Anoche, se oían los ataques en Jan Yunis y su campo. No se detuvieron. Incluso ahora, se sigue oyendo el estruendo de las explosiones. Parece que están muy cerca. Se ha vuelto muy complicado conseguir que alguien te lleve hasta Rafah. Hace una semana era mucho más fácil, pero, con el crecimiento exponencial del número de desplazados que llegan a la ciudad, hay escasez de todo, incluso de coches, camionetas y carros de tres ruedas. La gente se mueve en carros tirados por burros o ponis. Viajar en coche es un privilegio; se llega a esperar una hora para conseguir uno que te lleve. Mientras espero un carro a un lado de la ruta, mi amigo Emad detiene su coche, se baja y viene a abrazarme. El coche está ocupado por su familia y todas sus cosas, ya que acaban de evacuar su hogar en el centro de Jan Yunis y vienen conduciendo por la calle al-Rashid, una calle costera. Emad es el antiguo presidente de la Universidad de Palestina. Tiene la esperanza de poder refugiarse en casa de un amigo, donde ya se están quedando otras cinco familias.

En el coche comienzo mis llamadas diarias. Es el momento del día en el que trato de contactar con cada uno de mis familiares en la Franja y con mis amigos más cercanos, para saber si están bien. Llamo primero a mi padre, pero no puedo comunicarme con nadie de Jabalia. Luego lo intento con Halima, mi hermana que se fue a Jan Yunis, pero tampoco logro comunicarme con ella. Mi amigo Mamoun, también en Jan Yunis,

tampoco tiene cobertura. Entonces llamo a mi hijo Yasser al hospital. Dice que se encuentra bien y que lo alegró pasar la noche con sus abuelos. Aun así, insiste en que lo pase a buscar antes de que anochezca. A continuación, llamo a mi hermana Eisha, en Deir al-Balah, con quien hace dos días que no puedo comunicarme. Después de varios intentos, al fin escucho su voz decir «hola». Me cuenta que hace tres días que no consigue pan. Sus hijos lo piden todos los días. Mi amigo Mahmud, que trabaja en la Media Luna Roja, me dijo que las organizaciones internacionales, incluidas las agencias de la ONU, se están negando a entregar ayuda humanitaria en la Gobernación Central (donde se encuentra Deir al-Balah) o en Jan Yunis. Consideran que no es seguro conducir por esas zonas porque las fuerzas israelíes no autorizaron esas entregas. Esto significa que toda la ayuda se queda en Rafah.

Es la misma historia de siempre. Lo mismo que hicieron para dividir la Franja en «norte» y «sur» es lo que están haciendo para partir el sur. Jan Yunis ya no es «seguro» y todos deben ir a Rafah. Lo que están haciendo es perfectamente transparente, y aun así no hay un solo líder en el mundo que diga una palabra en su contra. Es como si estuvieran congelados, inmovilizados por el miedo de decir algo fuera de lugar, algo que pueda poner en riesgo sus mezquinas e insignificantes carreras políticas. Mientras tanto, en la Franja, continúa el ciclo de la destrucción: una y otra y otra vez, más y más rápido, los lugares en los que se nos permite refugiarnos se vuelven cada vez más pequeños.

El 30 de diciembre de 2023, Atef y su hijo, que había cumplido dieciséis años tan solo dos días antes, lograron cruzar la frontera egipcia y ponerse a salvo. Muchos de sus familiares y amigos siguen atrapados en la Franja. La suegra de Atef, Haja, murió de frío en una tienda de Rafah mientras cerrábamos la maqueta de este diario. El genocidio dura ya 873 días.

